

Mons. MIGUEL DE ANDREA

Obispo de Temnos

El Evangelio y la actualidad

PRIMERA PARTE

**OBRAS
COMPLETAS**

TOMO I

BX

890

.A55

v.1

EDITORIAL DIFUSION S.A.

BUENOS AIRES

Library of The Theological Seminary

PRINCETON • NEW JERSEY



FROM THE LIBRARY OF THE
REVEREND JOHN ALEXANDER MACKAY
LITT.D., D.D., LL.D., L.H.D.

BX
890
.A55
v.1



Digitized by the Internet Archive
in 2015

<https://archive.org/details/obrascompletas01andr>

Obras Completas
de Monseñor de Andrea

SUMARIO DE LOS PROXIMOS TOMOS

LIBRO I, TOMO II. El Evangelio y la Actualidad (Continuación).

LIBRO II. La perturbación social contemporánea.

Las causas. — Su estado actual. — Fatales consecuencias. — Medios de evitarlas. — La U. P. C. A. — Emancipación obrera. — Servicios sociales. — Aclarando conceptos. — La mansión popular. — Instituto Técnico Femenino. — Universidad Obrera. — Sindicatos y Cajas rurales. — Ateneo Social de la Juventud. — Nuevas obras. — Apéndice.

LIBRO III. Conferencias en "La Wagneriana" (1931).

Europa. — Rivalidades nacionales. — Sacrificio de la libertad al oro. — Sta. Teresita. — Lisieux. — La Argentina. — Acatamiento a la autoridad. — Organización de la democracia. — La familia. Peligros que la acechan. — Disminución de la autoridad paterna. — La Congregación de Sta. Teresita. — El apostolado en la familia.

LIBRO IV. A las trabajadoras.

Conferencias pronunciadas en el Día de la Empleada.

LIBRO V. Socialcatolicismo.

Conferencias pronunciadas en la Facultad de Derecho, en el Jockey Club, en el Museo Social, etc. — La Encíclica "Rerum Novarum" y la actualidad argentina. — La Libertad frente a la autoridad. — Justicia Social. — ¿Estado Corporativo o democracia corporativa? — El Capital y el Trabajo.

LIBRO VI. Hacia un mundo nuevo.

Conferencias pronunciadas en los EE. UU. en la National Catholic Welfare Conference. — En la tumba de Washington. — En la Asamblea de Chicago. — Declaración de Principios del Seminario Interamericano de Estudios Sociales promovida por la Conferencia Nacional del Bienestar.

LIBRO VII. Samaritanas.

Conferencias pronunciadas el día de Nuestra Señora de los Remedios.

LIBRO VIII. Misticismo y Arte.

La estigmatizada de Baviera. — Quién es Teresa Neumann. — Sus estigmas. — La ciencia ante sus extraordinarias victorias eucarísticas. — La Pasión en Oberammergau.

LIBRO IX. La Eucaristía.

La hora de la Caridad (Sermón del primer día del Congreso Eucarístico Internacional en Buenos Aires, 1934).

Monseñor Dr. Miguel de Andrea
Obispo de Temnos

OBRAS COMPLETAS

Tomo I



EDITORIAL DIFUSION
Tucumán 1859
Buenos Aires

Con las debidas licencias

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

PROLOGO

MONSEÑOR *De Andrea*. Su nombre solo es presentación suficiente y sobrada. Y no solamente dentro de los ámbitos de la Patria, si que también fuera de ella. Relieve y renombre se han originado de su palabra y de su obra; pero más de su obra que de su palabra. Su palabra es palabra de realización, que tiene en la obra su complemento necesario.

Cuando Monseñor *De Andrea* habla, todos los oídos están atentos, desde un extremo al otro del país; porque saben que escucharán la orientación que es necesaria en el momento; la fuerza y el impulso que los hombres están buscando sin poder encontrar; o la expresión de aquello que está en el alma de todos; pero que carece aún de la fórmula ajustada y precisa.

Habla en él la masa: la masa de los que piensan y de los que no piensan; de los ricos y de los pobres, pero más la masa de los pobres que la de los ricos, conforme a la doctrina y al ejemplo del Maestro Divino, que fué obrero y que tuvo por los pobres una señalada preferencia.

A veces se ha intentado presentarlo como bandera de facciones. Cuando los corazones están agitados por una pasión violenta, la confusión invade las inteligencias, y las palabras tienen el sabor y el sentido que la pasión les atribuye. Entonces hasta la palabra que analiza y discrimina, aunque tenga la transparencia de un cristal, es desviada de su alcance verdadero por la falsa visión de aquel que en todas partes no descubre otra cosa que la proyección de su propio estado anímico. Así solamente ha podido encerrárselo en las estrecheces de una facción, cuando, colocado en el plano superior de la verdad, sólo exponía, con expresión lúcida y con rigor de lógica, la doctrina imperecedera que emana de la fuente única de la luz divina, que es la Iglesia de Jesucristo.

El campo de la sociología es su campo desde hace muchos años. Es una manifiesta vocación la suya. Ha asimilado las enseñanzas de los Pontífices y de los grandes maestros, con los cuales le une una estrecha cordialidad, propia de las almas que se encuentran acercadas por vocaciones coincidentes y por anhelos idénticos. Pero sobre todo ha auscultado el ansia que palpita en los corazones de los que sufren, de los que trabajan, de los que se debaten con la miseria en la dura lucha de la vida. Sabe muy bien —la doctrina de la Iglesia es luminosa y categórica— que hay derechos respetables y sagrados en manos de los que poseen la riqueza y administran el poder. Justamente el conflicto tiene su origen en la aparente irreductibilidad de ambos dere-

chos. Y es la búsqueda de esta solución la que ha absorbido la preocupación de su vida.

Con el bagaje, pues, de amplia ciencia y de abundante experiencia, ha emprendido la tarea de la pacificación social.

Muchos confunden la pacificación social con la revolución social, no obstante significar actitudes antitéticas, tan antitéticas como paz y guerra. La pacificación social requiere un paciente trabajo que tiene por objeto delimitar las fronteras de los derechos en coalición, con absoluta justeza; y en donde el derecho abruma al débil, ensanchar con la caridad las exigencias del derecho. La caridad en tal caso tiene la misma fuerza obligatoria que el derecho; porque una y otra cosa se ordenan al bienestar humano y tienen su origen en la voluntad de Dios.

Pero la caridad presupone la justicia. Por donde aparece cuán falsa es la posición de aquellos que piensan hacer caridad y no han llegado todavía a practicar la justicia.

Caridad y justicia son, pues, las dos alas que impulsan el vuelo del progreso y conquistan la paz. In charitate et justitia pax, reza el lema del escudo episcopal del obispo de Temnos.

Las obras realizadas por Monseñor De Andrea, en orden a la pacificación social, poseen una vitalidad extraordinaria. Los barrios de casas baratas para obreros, levantados con el producto de la gran colecta nacional, a la que precedieron sus inolvidables conferencias en

la catedral de Buenos Aires, han resuelto innumerables problemas familiares. Y la Federación de Agremiaciones Católicas de Empleadas no ha sido un experimento utópico, sino el fruto de una madura experiencia: una realización feliz, armónica y perfecta en su orden, que provoca la admiración de juristas, sociólogos y estadistas que afluyen a la gran capital argentina.

Este mismo contacto con el pueblo, unido a su cordial afabilidad, a su comprensión y a su bondad evangélica, han ensanchado la actuación de Monseñor De Andrea, hasta hacerla vastísima e inabarcable. La legislación obrera y social, de cualquier sector que haya partido su preparación, ha tenido siempre en él un colaborador diligente e infatigable.

Pero, además de ello, apenas hay hecho de importancia en Buenos Aires sobre cuyos prolegómenos Monseñor De Andrea no haya dejado caer su consejo o su rectificación, o su amable reproche o su sincera reprobación. Ni hay conflicto trascendental para el cual no haya buscado, cristiana y patrióticamente, una solución adecuada, una fórmula de conciliación y armonía.

Este trabajo silencioso y oculto es característico de su personalidad y demuestra la eficiencia de su inmensa labor.

En esta edición de las obras de Monseñor De Andrea, que con tanto acierto ha dispuesto la Editorial "Difusión", el lector encontrará la palabra elocuente y persuasiva del gran obispo de Temnos. Pero la resonan-

cia de la misma quedará en las obras que ha levantado su esfuerzo, y palpitará, acaso sin que nadie lo perciba jamás, en el fondo de los hechos que han sido en la Patria una orientación hacia sus destinos inmortales, y que la Historia ha de destacar un día.

† **Audino Rodríguez y Olmos,**
Arzobispo de Cuyo.

Libro I

EL EVANGELIO Y
LA ACTUALIDAD

PRIMERA PARTE

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

DIJO Jesús a sus discípulos: Habrá entonces señales en el sol, en la luna y en las estrellas. En la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas, quedando los hombres sin aliento, de temor y sobresalto, por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo, pues las virtudes de los cielos serán conmovidas. En aquel tiempo verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad. Cuando comiencen a suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque vuestra redención se acerca.

Y propúsoles esta comparación: Reparad en la higuera y en los demás árboles. Cuando ya empiezan a producir el fruto, conocéis que está cerca el verano. Así también, vosotros, al ver el cumplimiento de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. En verdad, os digo, que no se acabará esta generación, hasta que todo esto se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

San Lucas, cap. XXI, v. 25-33.

Es hoy el primer Domingo de Adviento. El adviento es el tiempo consagrado por la Iglesia para prepararnos al advenimiento de Jesucristo, Redentor del género humano. Con este primer Domingo comienza el año litúrgico. Y la Iglesia, a fin de decidirnos a emprender la senda de nuestro aprovechamiento moral, nos propone en el Evangelio de hoy, la meditación de la página que contiene la profecía del fin del mundo y del juicio universal.

Este mundo que tanto nos seduce, terminará un día y llegará para todos la hora de dar cuenta rigurosa de lo que en él hacemos.

¿Es cierto que el mundo terminará un día? Sí, matemáticamente cierto. ¿Por qué? Porque Dios así lo ha resuelto. Y tenemos la evidencia de que lo ha resuelto, porque nos lo ha revelado. Nos ha dado su palabra de que así lo hará: la ha empeñado, la ha comprometido. Y la palabra de Dios, no es como la palabra del hombre. La palabra del hombre falla con frecuencia, o porque no quiere, o porque no puede cumplirla. Pero nada de esto puede suponerse en Dios. Y conviene tener presente que Dios, a más de ser la omnipotencia infinita, es la verdad absoluta. ¡Dios no miente!



¿Y cuándo será ese día? ¿Estará muy cerca o se hallará muy lejos? Jesucristo no ha creído conveniente revelarlo. Con relación a la proximidad o a la lejanía del fin del mundo ha dejado en libertad a la opinión de los hombres. Respetemos las altas razones que para ello ha tenido Jesucristo, y no nos preocupe el ignorarlo. Para decidirnos a apartarnos del mal y a practicar el bien, nos basta saber que, un día, fuerzas de una virtud infinita sacudirán el universo para quitar de él las profanaciones con que lo han envilecido los hombres, como cuando nosotros golpeamos los objetos para expeler de ellos el polvo que se les ha adherido. Nos basta saber que un día un fuego purificador y misterioso, lo abrasará totalmente, para consumir la escoria que lo ha envuelto, a fin de dejarlo limpio, resplandeciente y como nuevo ante la humanidad resucitada. Y sobre todo nos basta saber que inmediatamente después del fin del mundo, tendrá lugar el juicio, en conjunto, de todo el género humano, congregado en una asamblea inmensa.



Pero hay otro pensamiento que me parece de mayor eficacia para decidirnos a huir del mal y a seguir el bien. Así como, inmediatamente después de la destrucción del mundo, tendrá lugar el juicio universal; inmediatamente después de la destrucción de nuestra vida terrena, tendrá lugar para cada uno de nosotros el juicio individual. He aquí la otra verdad de fe, la otra verdad revelada: "*Statutum est hominibus semel mori, et post hoc, judicium*". Ha quedado establecido, que todo hombre muera una vez, y que luego de morir, sea juzgado.

A nadie se le ocurre dudar de que va a morir, ¿por qué dudaría de que se lo ha de juzgar? Una misma es la autoridad que dicta las dos sentencias y uno mismo el sujeto que las cumple. Y de la misma manera que no puede evadir la primera, tampoco puede sustraerse a la segunda. ¿Y habrá alguien que se atreva a pensar que es más inseguro el juicio que se cumple del lado de allá, que la muerte que se produce del lado de acá? ¡Ah, no! Todo hombre, el más virtuoso como el más criminal, el más indefenso como el más poderoso, el más creyente como el más ateo, ha de ser inexorablemente juzgado. El hombre, cualquiera que sea, no se va de este mundo, como viene a él; se va acompañado de sus obras, que reclaman sanción: "*Opera enim illorum sequuntur illos*".

Si todos fuesen a la misma nada o a la misma gloria, habría que admitir una de estas dos consecuencias igualmente absurdas y blasfemas: o que el bien y el mal son idénticos, o que Dios no existe.

Cuando en esta vida terrena el hombre se entrega al mal y lo multiplica amontonando sobre su cabeza el desprecio y la venganza, suele llegar un momento, en que empuña el

revólver para evadir con la muerte la sanción que le reserva el mundo. Y si no existiera el juicio después de la muerte, el malvado haría con Dios lo mismo que hace con el mundo. El disparo con que se sustrae del castigo del mundo, al acogerse a la muerte, le serviría también para sustraerse del castigo de Dios, sumergiéndose en la nada. Y he aquí lo imposible, lo absurdo. Es ley inexorable para el universo físico y para el universo moral, que nada vuelve a la nada.

Si el mal y el bien no pueden conducir a la misma nada, tampoco pueden llevar a la misma gloria. ¡Cómo! ¿Sería posible, que después de un tiempo más o menos largo, se encontrasen compartiendo la misma recompensa, el inocente y el malvado, el leal y el cínico, el oprimido y el opresor, la víctima y el victimario? ¿La diferencia entre el bien y el mal sería solamente accidental, solamente transitoria? ¿Quedaría reducida a una simple cuestión de tiempo?



La inmensa mayoría de nuestros contemporáneos, y sobre todo aquellos a quienes engecece la fuerza, han perdido la visión de estas cosas. Y es ésa la causa real y profunda de la espantosa tragedia humana. Todo se desarrolla de acuerdo con su propio germen. Y la suma de las individualidades determina la suerte de las colectividades.

Extinguida la fe en sus almas, se entenebrecen sus conciencias. Ya no tienen presente que sus pensamientos y sus actos van a ser inexorablemente sometidos al juicio y a la sanción de Dios. Las tinieblas que se proyectaron sobre la tierra, al ser crucificado Jesucristo, son un símbolo que evoca el Augusto Pontífice reinante, Pío XII, en su reciente Encíclica, y agrega: "Los criterios morales, según los cuales, en otros tiempos, se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído en desuso, y el tan decantado laicismo de la socie-

dad que ha hecho cada día más rápidos progresos, sustrayendo al hombre, la familia y el Estado, al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios, y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señales de un paganismo corruptor y corrompido”.

3/12/39.

* * *

El Evangelio del Domingo pasado contenía dos profecías: la de la destrucción de Jerusalén y la del fin del mundo. La primera de esas profecías se ha cumplido ya. Ha entrado con todos los detalles de un hecho consumado en los dominios de la historia. Para los contemporáneos de Jesús fué el anuncio de un acontecimiento futuro, que muchos no creyeron; para nosotros es el recuerdo de un hecho pasado, que todos podemos comprobar.

La segunda profecía continúa siendo para nosotros el anuncio de un acontecimiento futuro. Refiriéndose a la una y a la otra había dicho Jesús: “Os aseguro que esta generación no habrá pasado sin que se haya cumplido lo que anuncio”. Por lo que respecta a la destrucción de Jerusalén sabemos que cuando se consumó la catástrofe vivían aún muchos de los que eran niños o jóvenes cuando la anunció Jesús.

En cuanto a la segunda profecía, es decir, a la del fin del mundo, dijo también Jesús que no pasaría la generación por Él aludida sin que se hubiese realizado. Pero aquí no entiende por generación a la de sus contemporáneos, sino a la de la raza judía y a la de la generación cristiana.

* * *

A estas dos profecías se refirió también Jesús, al terminarlas con esta solemne sentencia: “Pasarán los cielos y la tierra, pero la palabra de Dios no pasará”.

Después que Jesús expuso con toda claridad sus anuncios proféticos, en los cuales hizo expresa referencia a la destrucción del Templo, aumentó el asombro de los discípulos, que consideraban indestructible el colosal edificio Salomónico.

Más indestructible nos parece a nosotros el conjunto del universo. Los sabios nos hablan con énfasis de la eternidad de la materia, de la estabilidad de las revoluciones siderales y de la indefectibilidad de las leyes físicas que las rigen. Y bien: precisamente a esas leyes establecidas por Dios se refiere Jesucristo cuando asegura que las virtudes del cielo, es decir, las fuerzas reguladoras del universo, serán quebrantadas durante la suprema y universal catástrofe. Las negaciones de los incrédulos no la impedirán, como tampoco detuvieron la destrucción de Jerusalén los incrédulos contemporáneos de Jesús. Probablemente el universo, creado para el hombre, como un palacio para un rey, habría perpetuado indefinidamente su armonía originaria, si la humanidad no hubiese alterado la suya. Probablemente se hubiese liberado de la destrucción y de la purificación del fuego que lo ha de transfigurar, si el hombre no lo hubiera profanado. Pero ahora lo cierto es que Jesucristo nos ha revelado que Dios ha resuelto renovarlo, purificarlo y transfigurarle, por medio de una alteración esencial de un trastorno violento y de una combustión misteriosa. He aquí algunos de los detalles anticipados por Jesucristo, que precederán a la destrucción del mundo.

“El sol se oscurecerá”. ¿Será por un debilitamiento progresivo, por una extinción subitánea o por una ocultación total? Nadie lo sabe. Pertenece al arcano de Dios que dispone de los infinitos recursos de su omnipotencia.

Ya una vez se produjo un extraordinario y subitáneo oscurecimiento del sol fuera de todas las leyes astronómicas. Coincidió con un estremecimiento de la tierra. Ante ese extraordinario fenómeno, un eminente sabio del Areópago de

Atenas exclamó: "O la naturaleza se deshace o el autor de la naturaleza padece". Había acertado: el autor de la naturaleza, hecho hombre, acababa de morir. Mas al fin del mundo, cuando tales cosas acontezcan, no será porque el autor de la naturaleza padezca, sino porque la naturaleza se destruirá.

"Las estrellas caerán". El Apocalipsis alude a este detalle de la profecía cuando dice, en una frase gráfica y enérgica, que las estrellas caerán del cielo, como caen los higos maduros, de las ramas de la higuera sacudidas con violencia.

"Las virtudes del cielo se conmoverán". Las leyes físicas reguladoras del universo serán quebrantadas, quedarán trastornadas, parecerán enloquecidas.

El Cataclismo será universal. Y en medio de los estertores gigantescos del mundo que para renovarse se deshace; al conjuro de la voz creadora de Dios, surgirá toda entera la humanidad de todos los siglos. Parecerá que las destrozadas entrañas de la naturaleza se abren para restituir todo cuanto en ellas había sido sepultado y para dar a luz a todos los hombres a la vez.

Y congregada la entera humanidad sobre la superficie de la tierra, aparecerá en el cielo, entre nubes de gloria, la señal del Hijo de Dios, la enseña del Hijo del Hombre, la Cruz. Y no ya clavado en ella, sino precedido por ella y entre nubes de ángeles aparecerá Jesucristo, pero no como Redentor sino como Juez. La Cruz entonces no será un patíbulo sino un solio. Tal es el acto de fe que tal vez sin la suficiente reflexión formulamos en privado todos los días y en público los días de fiesta ante el altar cuando, al rezar el credo con el sacerdote oficiante, decimos: "Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos".

Ojalá este pensamiento cause en nosotros un estupor fecundo, cuya consecuencia sea la resolución de vivir en forma

tal, que al aparecer ante nosotros la Cruz el día del juicio, podamos levantar la cabeza, como quiere Jesús, para que por los ojos nos entre hasta el alma el júbilo de la proximidad de la liberación.

¡Cuál será el júbilo que ha de causar al creyente sincero la visión de la Cruz, que definitivamente liberta, si aún en este mundo resulta inefable la visión de la Cruz que transitoriamente mortifica...!

No lo diré yo que, sin embargo, he gustado el más divino de los júbilos humanos, en un momento de mi vida en que vi acercárseme la Cruz para que mi alma quedara enclavada para siempre en ella.

Quiero que lo oigáis de los labios de aquel discípulo del Bautista, que cuando éste dijo señalando a Jesús: "He aquí al Cordero de Dios", lo siguió e hizo que también lo siguiera su hermano. Me refiero a San Andrés, hermano de San Pedro, uno de los primeros invitados por Jesús para que fueran sus Apóstoles.

Después de una larga vida de fecundo Apostolado, San Andrés fué condenado por el Pro-Cónsul Egeas a morir en la cruz, como el Maestro cuya doctrina predicaba. Su ancianidad venerable, no lo eximió de la crueldad de la tiranía. Al ser conducido al lugar del suplicio, alcanzó a ver la cruz que le estaba preparada y tendiendo hacia ella las manos trémulas y los ojos ávidos, comenzó a decir con voz clara y serena: "¡Oh mi buena cruz, embellecida por el contacto del cuerpo del Señor, durante tanto tiempo deseada, tan tiernamente amada, sin ninguna interrupción esperada y al fin hallada después de tanto haberte ambicionado! Segrégame de entre los hombres y devuélveme a mi Maestro, para que por ti me reciba, el que me redimió por ti". Si así se expresaba el hombre al ver la cruz en que iba a ser atormentado, ¿cuáles serán los cánticos de júbilo en que han de prorrumpir

cuantos miren la cruz gracias a la cual van a ser glorificados?

La cruz que verán acercarse como mensajera de las eternas recompensas, es la misma que tantas veces hicieron en privado y en público con toda reverencia y con toda dignidad sobre la frente, sobre los labios y sobre el corazón. La cruz por cuya confesión toleraron tantos desprecios y por cuya defensa soportaron tantos vejámenes. La cruz en que durante las penas morales enclavaron el alma y durante los sufrimientos físicos inmolaron el cuerpo. La cruz que tantas veces plantaron sobre sus concupiscencias para subyugarlas, sobre sus odios para apaciguarlos y sobre sus rebeldías para moderarlas.

La cruz que después que les sirvió con su vértice para enviar al alma en dirección al cielo, continuará guardando bajo sus brazos tendidos el cuerpo que duerme y se deshace en el seno de la tierra hasta el día de la resurrección final, en que todo se reconstruya en la libertad, en el amor y en la gloria.

28/11/37.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

HABIENDO oído Juan en la prisión las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro?

Jesús les respondió, diciendo: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los rengos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasión de escándalo.

Luego que se fueron ellos, empezó Jesús a hablar a las turbas acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve? Decidme, sino, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con molicie? Ya sabéis que los que visten ropas delicadas habitan en palacios de reyes. ¿Qué, pues, salisteis a ver? ¿A algún profeta? Eso sí, yo os aseguro, y algo más que profeta, pues él es de quien está escrito: He aquí que envío a mi Ángel, ante tu presencia, el cual preparará tu camino delante de ti.

San Mateo, cap. XI, v. 2-10.

La Iglesia ha señalado para la Misa de este domingo y para la de los dos siguientes, tres páginas del Evangelio en que se habla de Juan Bautista. No es extraño. Estamos en el tiempo de Adviento, es decir, de preparación para el advenimiento del Mesías y nada más natural que recordar al que fué elegido para anunciar al mundo que la expectativa había terminado y que el Mesías acababa de aparecer.

Juan se hallaba encarcelado desde hacía un año más o

menos en la fortaleza de Maqueronte, contigua al Palacio del Tetrarca Herodes Antipas. Había sido arrestado porque se había atrevido a reprender a Herodes, cuya conducta era vituperable y cuya liviandad escandalizaba al pueblo, al vivir con la mujer de su hermano.

No ha sido exclusiva de los poderosos de aquella época, la pretensión de amordazar a la verdad. En todos los tiempos los grandes pretenden adjudicarse el privilegio de una cómoda intangibilidad en sus torres de marfil. ¿Qué hombre de Dios, qué intrépido predicador de su Evangelio, de su justicia y de su moral, no tiene que sufrir sus represalias? ¡Como si la palabra de Dios pudiera enmudecer ante los balazos o las amenazas de los hombres! ¡Como si la verdad pudiese ser recusada por los grandes o los pequeños! ¡Como si los grandes no estuvieran obligados tanto o más aún que los pequeños a la práctica de la moral y a la inviolabilidad de la justicia!

* * *

Los que tenemos la misión de predicar las verdades del Evangelio, podemos apreciar el mérito de la actitud intrépida del Bautista. Los poderosos no se avienen a ser reconvenidos. Y disponen de muchos medios para impedirlo: la prisión, el destierro, la muerte. A veces las circunstancias les aconsejan no apelar a tales extremos, por temor a la reacción o al desprestigio, y se valen de otros medios, para imponer silencio. No hay una época de la historia en que no se hayan repetido esos casos. Y por ventura ¿en la nuestra, no se dan también? ¿Acaso no se movilizan influencias y no se ponen en juego recursos para hacer enmudecer a los predicadores del Evangelio, que se atreven a denunciar los procedimientos con que se profana la moral, o se desvirtúa la caridad o se viola la justicia? ¿Acaso en naciones que conocemos, no hay sacerdo-

tes prisioneros y mártires? ¿Acaso no se obstaculiza y se prohíbe el conocimiento y la difusión de las propias Encíclicas Pontificias?

Los que tenemos la misión de predicar la verdad, tenemos la obligación de someternos a la influencia divina de la gracia, para que ella cree en nosotros un temperamento de mártires. Porque, ¿cómo podríamos regatear a la verdad, la palabra, cuando estamos resueltos a inmolarle la vida?

El Bautista, primero encadenado, y luego decapitado, es el heroísmo ejemplar que debemos tener ante los ojos del alma, los heraldos de la verdad. Yo no sé si somos capaces o dignos de su suerte. Pero puedo afirmar que se necesita mucho desprendimiento y mucho valor para decir las verdades en ciertas circunstancias, y que diciéndolas no cosechamos satisfacciones, sino sufrimientos.

Algunos de los discípulos de Juan, consecuentes con él, lo visitaban en la cárcel. El Bautista aprovechó la oportunidad de estas visitas para enviar a dos de ellos a que preguntaran a Jesús si era Él el Mesías o si debían aguardar a otro. Este mensaje de Juan parece desconcertante. ¿No es el Bautista quien lo había estado anunciando? ¿No es él quien al verlo acercarse lo señaló a la atención de los demás exclamando: "He ahí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo"? Pues entonces, ¿qué ha pasado? ¿Será él también como la generalidad de los hombres quebrantados o caídos, víctima de la desmoralización y de la inconstancia? ¡Ah! Cuando todo va bien, cuando se disfruta de bienestar, cuando se goza de consideración, cuando se obtiene resultado y se alcanzan éxitos, es agradable emprender obras y trabajar en ellas, es cómodo perseverar, es fácil creer, esperar, amar... Pero cuando todo va mal, cuando todo se presenta adverso, cuando uno cae en desgracia, cuando el aura es hostil, cuando uno, aparentemente al menos, ha fracasado y se halla en

plena humillación, ¡cuán fácil es desmayar, dudar, desesperar!... ¿Será ése el estado de ánimo en que se halla Juan en la prisión?

Analicémoslo, que hay en esto una lección de sumo interés para la vida. ¿Esa pregunta que el Bautista manda hacer a Jesús le ha sido ocasionada por la duda? No. Todo lo contrario. Se la ha sugerido el afán de propagar la fe en la Divinidad de Jesucristo y de llevar al espíritu de sus discípulos el convencimiento de que Jesús es el verdadero Mesías.

Los discípulos del Bautista estaban prendados de su santidad. Muchas de ellos le estaban adheridos hasta la obstinación. Lo creían el Mesías. Eran, por decirlo así, más Juanistas que Juan. Se resistían a seguir a Jesús. ¿Por qué? Porque Jesús vivía exteriormente como todo el mundo, vestía como sus contemporáneos y alternaba indistintamente con todos ellos, sin huir de la sociedad de los hombres y sin recurrir ostensiblemente a penitencias extraordinarias.

Poco iluminados aún en las cosas del espíritu y habituados a juzgar por las apariencias, pensaban que era mayor la santidad de Juan. Por eso les dijo Jesús: "Bienaventurados los que no encuentren en mí motivos de desedificación o de escándalo". ¡Cuántas veces nosotros, como los discípulos de Juan, juzgamos por las apariencias y hacemos prevalecer nuestros juicios, que no se diferencian de nuestros caprichos!

Cuando los discípulos de Juan se acercaron a Jesús lo hallaron entregado a la tarea de curar enfermos. Lo interrumpen, le hacen la pregunta y Jesús les contesta: "Id a decir a Juan lo que habéis visto y lo que habéis oído". Y continuó aplicándose a sí mismo el pasaje de la profecía de Isaías donde dice que el Mesías hará ver a los ciegos, oír a los sordos y andar a los paralíticos; que resucitará a los muertos y predicará a los pobres la buena nueva. Respuesta admirable. Los hombres pretenden convencer a fuerza de palabras. Los filó-

sofos exponen sus raciocinios, los políticos redactan sus manifiestos. Los sociólogos enuncian sus sistemas. Pero el procedimiento de las solas palabras está bastante desacreditado. Todas las palabras suelen ser igualmente promisoras. Las gentes quieren hechos. Si Jesús se hubiese limitado a responderles: Sí, yo soy el que ha de venir, ¡cómo los habría convencido! Hay afirmaciones que necesitan ser demostradas y ésta es una. Él había dicho que los árboles se conocen por sus frutos. Cuando se tienen los frutos, los raciocinios sobran. Por eso ante los hechos incontestables realizados en su presencia, con todo derecho pudo decirles: Ahora, después de lo que habéis constatado, podéis regresar: porque podéis sacar la conclusión por vosotros mismos.

Los discípulos de Juan se habían retirado a llevar la respuesta. Pero la pregunta de si Jesús era el Mesías le había sido presentada en nombre del Bautista públicamente. Y muchos de los oyentes interpretaron que la fe de Juan, sumido en la tribulación, se hallaba vacilante. Y Jesús, que sabía toda la verdad, veló por el buen nombre del amigo ausente, y aleccionando a todos los que se sienten tentados a ser desleales con los amigos caídos en desgracia, dijo a su auditorio: No incurráis en la ligereza de modificar la buena opinión que tenáis formada de Juan. Él no ha vacilado en la desgracia; se ha mantenido firme en la tribulación. Lo que enseñó con la palabra lo está ratificando con el ejemplo. La persecución no lo ha desmoralizado ni la cárcel lo ha intimidado. No es de los hombres a quienes influyen el halago de la seducción o el miedo de la amenaza. Aun entre cadenas y con la espada suspendida sobre la cabeza continúa siendo mi precursor, como lo fuera en el desierto. Los que pusisteis vuestra fe en su palabra y vuestra admiración en sus obras y en su vida, no habéis sido defraudados. Cuando ibais al desierto para verle y oírle, ¿qué os llevaba? No era

la curiosidad de ver un hombre voluble como una caña: esos los encontraréis en el mundo todos los días y a cada paso; ibais a conocer a quien era firme como una roca. Y no os habéis equivocado. No os guiaba tampoco la esperanza de ver un hombre lujosamente vestido; esos se hallan en los palacios, no en los desiertos. Buscábais un profeta. Pues bien, él se ha mantenido a la altura de su misión. Es un profeta. Es el más grande de mis profetas. En consecuencia, de la misma manera que sus discípulos no debieron escandalizarse de mí, vosotros no debéis escandalizaros de él. Ambos cumplimos la misión para la cual hemos venido: yo la mía y él la suya. Y de tal manera la cumple en toda circunstancia, que entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno más grande que él.

¡Qué bello gesto el de Jesús, hermanos míos, y qué modelo! Jesús volvió por el honor del amigo ausente, del amigo en desgracia. Y no sólo se constituyó en su defensor sino también en su panegirista. ¡Qué hermoso ejemplo de amistad! En nuestro tiempo y en nuestro medio ¡habría tanta necesidad de imitarlo! Pero dada la desmonetización de los valores morales ¿hay la posibilidad? ¿Existe todavía la amistad? Antes podía decirse que en cualquiera de las contingencias de la vida había dos sitios donde uno podía considerarse seguro: el seno de Dios y el corazón del amigo. Pero hoy son innumerables los que me darían razón si dijera que no podemos sentirnos seguros sino sólo en Dios. Con razón San Pablo no quería saber más que de Jesucristo y de Jesucristo Crucificado.

Jesucristo: he ahí el modelo de las virtudes divinas y humanas, personales y sociales, intelectuales y morales. El había prometido confesar ante el Padre Celestial a quienes con la palabra y la conducta lo confesaran ante los hombres. Pero he aquí que no aguarda a confesarlos ante el Padre ni se

conforma con ello, sino que se apresura a confesarlos también ante los hombres, es decir, a vindicarlos y a glorificarlos.

* * *

Jesús recibe a los discípulos de Juan. Y para facilitarles la creencia en su divinidad, se la demuestra, pero no con simples afirmaciones. Las afirmaciones en asuntos tan trascendentales, necesitan ser demostradas. Por eso les ofrece las pruebas irrecusables, las pruebas de sus milagros. ¡Qué milagros! Los sordos oyen, los ciegos ven, los parálíticos andan, los muertos resucitan. ¡Los milagros! Pero ¿cómo los milagros de Jesucristo prueban su divinidad? Esta es una cuestión interesante, porque, en definitiva, de muchos hombres se afirma que han hecho y hacen milagros. Y el mismo Jesucristo anunció a sus apóstoles, que harían milagros, aún más grandes que los suyos. Y ningún Santo es canonizado sin que hayan sido autorizadamente constatados los milagros que ha realizado.

Pero si los milagros de los Santos no comprueban que cada uno de ellos es Dios, ¿por qué los de Jesucristo, demuestran que lo es?

Todos los milagros, sean de Jesús o de los Santos, demuestran directamente la misma cosa, es decir, que es necesario creer en la verdad de la doctrina predicada por los taumaturgos.

Siendo los milagros, intervenciones evidentes del poder sobrenatural, deben ser considerados como las credenciales que Dios otorga al que constituye depositario de su verdad y de su poder. Cuando Jesús salió de las aguas del Jordán, después de haber recibido el bautismo de Juan, se dejó oír la voz del Padre, que decía: "Escuchadle." Esto mismo es lo que Dios expresa con los hechos, respecto de aquel a quien otorga el poder de hacer milagros. Dios revela que es nece-

sario tener por verdad la doctrina que anuncia, puesto que Él mismo se adelanta a servir de garantía. Ahora bien, ¿qué era lo que enseñaba Jesús? Enseñaba que Él es Dios. Innumerables veces declaró Jesucristo que hacía los milagros para que los hombres creyesen que es Dios. Y Dios no puede prestarse a justificar una impostura ni a garantizar una mentira.



Llamo vuestra atención, sobre uno de los milagros que cita, como demostración de su divinidad. Les había enumerado los milagros que entran por los ojos, los que se ven, los que más sorprenden. Pero eso no es todo. Les cita además y en último lugar, como el término de una gradación, este otro: "los pobres son evangelizados".

Los pobres son evangelizados... ¿Pero esto es un prodigio? Sí, un gran prodigio. En la época de Jesucristo, los pobres no eran respetados, no eran comprendidos, no eran ni siquiera considerados.

El paganismo los había despojado de todas las libertades y privado de todos los derechos. Los pobres habían sido desheredados de todo. La pobreza era sinónimo de esclavitud. El mundo se hallaba dividido en dos clases, los muy ricos y los muy pobres, que en aquellos tiempos equivalía a decir: la de los señores y la de los esclavos.

Es necesario situarse en aquel estado de cosas, para darse cuenta de la enorme revolución civil y social que comportaba la pretensión de restituir a los pobres, es decir: a los que constituían la casi totalidad del género humano, las libertades y los derechos de que habían sido despojados. Ningún hombre, por mucho que estuviese dotado de talento, de riqueza y de poder, habría podido, no digo realizar esa empresa, pero ni aun intentarla y ni siquiera concebirla. Así, pues, cuando

Jesucristo dice a los enviados a averiguarle, si Él es el Mesías: "Id y contad, que los pobres son evangelizados", les da la gran demostración de que en realidad lo es, porque no se trataba de curar a un enfermo o de resucitar un muerto, si no de rehabilitar, de devolver la vida social y civil, de restituir todos los derechos, de dar todas las libertades, a casi toda la humanidad. Y para realizarlo, debía contrariar a los fuertes. ¿Y con qué recursos humanos cuenta para realizar esta gran revolución? Con ninguno. ¿Con qué armas? Con ninguna. ¿Con qué procedimientos de fuerza? Con ninguno. ¿Y lo intentó? ¿Lo consiguió? Sí. Ahí están los pobres en todas las naciones cristianas, rivalizando con los ricos en el ejercicio de todos los derechos, y aun prevaleciendo sobre ellos. No necesito otra prueba, para convencerme de la divinidad de Jesucristo: la dignificación de los pobres.

* * *

Y sin embargo, no faltan quienes digan, para inducir en error al pueblo, que la Iglesia es enemiga de los pobres.

Desnaturalizan la historia y niegan los hechos. ¡La Iglesia, enemiga de los pobres! ¿Y no es la Iglesia quien ha creado las Congregaciones consagradas al cuidado de los pobres? ¿De dónde proceden las Hermanitas de los pobres? ¿Quiénes levantan los asilos donde se refugian los hijos de los pobres?

¿La Iglesia enemiga de los pobres? Pero, ¿no es la Iglesia, quien, para discernir los supremos honores que pueden corresponder a los hombres, los honores de los altares, exige que sean pobres o que se hagan pobres?

Soy Obispo: pongo la mano sobre el pecho y digo: que a medida que amo más a los pobres, me adentro más en la Iglesia; y que a medida que yo mismo me hago más pobre, complazco más a la Iglesia.

Hermanos míos: en nuestros sufrimientos ocasionados

por los contrastes de la vida, en las humillaciones causadas por la maldad o la ignorancia de los hombres, no desmayemos jamás. Pongamos toda nuestra confianza en Jesucristo. Confiémosle nuestra suerte, nuestro presente y nuestro porvenir. El velará por nosotros, nos vindicará, nos rehabilitará. Y, sobre todo, nos hará fuertes y felices. El solo nos bastará; y añadamos también que nos sobraré, porque la fortaleza y la dicha con que nos inunda alcanzarán para hacer fuertes y felices a los demás.

10/12/39.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

ENVIARON los judíos desde Jerusalén sacerdotes y Levitas a Juan, para preguntarle: ¿Quién eres tú? — El confesó la verdad y no negó, mas declaró: Yo no soy el Cristo. — Pues ¿quién eres?, le dijeron. ¿Eres tú Elías? — Y dijo: No lo soy. — ¿Eres tú el profeta? — Respondió: No. — Pues, ¿quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?

—Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como lo dijo el profeta Isaías.

Los enviados eran de los fariseos. Le preguntaron y le dijeron: Pues ¿cómo bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?

Respondióles Juan diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno, a quien vosotros no conocéis. Él es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido hecho antes que yo, y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato.

Esto sucedió en Betania, en la otra parte del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

San Juan, cap. I, v. 19-28.

También en este Domingo aparece Juan como protagonista en el relato evangélico. Trátase hoy de otra embajada. Pero esta vez no es el Bautista quien la envía, sino quien la recibe. Los enviados constituyen, como diríamos empleando términos jurídicos, una comisión de instrucción, encargada de someter al Bautista a un proceso indagatorio.

* * *

Antes de Jesucristo el Judaísmo era la religión verdadera. Y lógicamente debía haber en ella quienes fueran depositarios de la autoridad religiosa. El depositario supremo de esa autoridad se llamaba el Sumo Sacerdote. El era el jefe de la familia de Aarón. Esta familia era la destinada a proveer los sacerdotes encargados de los sacrificios rituales. Los que desempeñaban cargos inferiores en el ejercicio del culto divino, eran miembros de la tribu de Leví. Llamábanse Levitas.

El Sumo Sacerdote encargado de velar por la pureza de la doctrina y la ortodoxia de las prácticas religiosas, era asistido en el desempeño de su alto cargo por 71 miembros elegidos entre los Sacerdotes, los Levitas y los laicos más notables. A los laicos se confiaba especialmente la administración de los bienes temporales. Todo el conjunto de ese Consejo Superior se denominaba el Sanhedrín.

* * *

A ese Sanhedrín habían llegado reiteradas informaciones acerca de la predicación del Bautista y del bautismo que administraba en las aguas del 'Jordán. Aquellos hombres no podían mirar sin preocupación recelosa el advenimiento de un nuevo Profeta. Delegaron, pues, en algunos colegas la facultad de ir a interrogarlo.

Los delegados eran fariseos, es decir: hombres pertenecientes a la secta que se gloriaba de ser la más observante de la ley Mosaica. Eran los indicados para ser más exigentes. Se presentan a Juan e inician su interrogatorio: "¿Tú quién eres?" El Bautista sabía que muchos de sus discípulos y de sus oyentes se empeñaban en considerarlo como al Mesías. E inmediatamente se adelanta a disipar en sus interpelantes cualquier duda que pudieran abrigar a este respecto. Les dice:

“Yo no soy el Cristo”. Los delegados, pretendiendo interpretar las profecías, insisten: “¿Eres por ventura Elías?” — “No”. — “¿Eres el Profeta?” — “Tampoco”. — “Pues entonces ¿quién eres? Porque nosotros debemos llevar alguna respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices tú de ti mismo?”

* * *

El Sanhedrín estaba en su derecho. Podía y debía hacer la luz a ese respecto. Era la autoridad legítima encargada de velar por la pureza de la doctrina y de las prácticas de la religión. Las personas que la investían se habían vuelto indignas, pero no por eso sus poderes dejaban de ser legítimos. Es verdad. Pero también lo es que generalmente los poderes se vuelven abusivos cuando aquellos que los invisten se hacen indignos. Es lo que aconteció en este caso. Los componentes del Sanhedrín se habían vuelto incapaces de su misión espiritual. Carecían ya del espíritu que vivifica y sólo se regían por la letra que mata. Se habían materializado, se habían vuelto sensuales. Esperaban un Mesías, pero lo querían para el orden temporal. Anhelaban un Mesías que fuera un rey poderoso, un batallador por sus fueros civiles y religiosos, un restaurador de sus privilegios de clase, un libertador que por medio de la fuerza les restituyera su independencia política. La historia se repite. ¿No han aparecido también en nuestra época los que quisieron servirse de la Iglesia para fines puramente temporales? ¿No abundan los que quisieran utilizarla para la conservación de sus privilegios y aun para la coonestación de sus actitudes belicosas? Es muy peligrosa la deformación del concepto que debe tenerse de la función espiritual. En ese peligro cayó el Sanhedrín. Por eso no se avino a reconocer en la humildad y la penitencia del Bautista las cualidades características del Precursor del Mesías por ellos acariciado.

* * *

Cuando se parte de un error inicial, si a tiempo no se rectifica, se llega fatalmente a los extremos. La penitencia de Juan exacerba la aversión de los hombres dominados de sensualismo y su humildad exalta la prepotencia de los que abusan del poder. Y ya no se limitan a interrogarlo, comienzan a increparlo. — “¿Por qué, pues, bautizas si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?” Siempre acontece lo mismo: la hora de la declinación de los valores morales, es la del resurgimiento de las prepotencias materiales. ¡Siempre que se debilita la fuerza del derecho, se robustece el derecho de la fuerza!

* * *

Pero ni los hombres se envilecen, ni las instituciones degeneran impunemente. Cuando esto acontece, la sustitución se impone. Mientras la humanidad siga siendo lo que es, es decir: una sociedad de hombres creados por Dios, deberá existir en la tierra una autoridad religiosa. Sin autoridad no hay sociedad. La ausencia de autoridad es anarquía, es decir: todo lo contrario de sociedad organizada. La autoridad religiosa puesta por Dios desde entonces, en reemplazo de la Sinagoga, es la Iglesia. La Iglesia es la autoridad divinamente encargada para velar en la tierra por la pureza de la fe, la integridad de la moral y la ortodoxia de la religión. El depositario auténtico y supremo de esa autoridad es el Vicario de Jesucristo. Es el Papa, que lo representa en la tierra. Durará hasta el fin de los tiempos, porque, según la promesa de una asistencia divina indefectible, jamás podrá fallar en lo concerniente a la fe y a la moral.

* * *

La asistencia de Dios da a sus vicarios en la tierra una firmeza y una seguridad, como no podrían tener con la suma de toda la sabiduría, de toda la riqueza, de toda la fuerza y de toda la autoridad que hay en el mundo.

De ahí dimana la inmovible firmeza y la serena seguridad con que Pío XII acaba de decir al mundo desorientado, en su Primera Encíclica: "Como Vicario de Aquel que, en una hora decisiva, delante del representante de la más alta autoridad terrena de entonces, formuló esta augusta afirmación: "Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad, oye mi voz, (S. Juan, 13, 37); Nos estamos persuadidos que el principal deber que nos impone Nuestro oficio y Nuestro tiempo es dar testimonio de la verdad con fortaleza apostólica": *Testimonium perhibere veritati.*" Este deber implica necesariamente la exposición y la refutación de errores y de culpas humanas, que es menester conocer para que sean posibles el tratamiento y la cura: "conoceréis la verdad y la verdad os librará." (S. Juan 8, 32). En el cumplimiento de este Nuestro deber no Nos dejaremos influir por consideraciones terrenas, ni titubharemos por desconfianzas y contradicciones, por repulsas e incomprendiones, ni por temor de malas inteligencias y de falsas interpretaciones. Pero nuestra conducta estará siempre animada de aquella caridad fraternal que, mientras sufre por los males que atormentan a los hijos, les señala el remedio. En una palabra, Nos esforcaremos por imitar al divino modelo de los Pastores, Jesús el Buen Pastor, que es al mismo tiempo luz y amor: "*Veritatem facientes in charitate.*" (Efes. 4, 15); proclamaremos la verdad, pero siempre en la caridad".

* * *

Los Sacerdotes que le estamos adheridos, predicamos no con la autoridad dimanada de nuestras cualidades personales,

sino con la que nos viene de la doctrina del Papa que es la de Jesucristo. "Mi doctrina —debe poder decir cualquier Sacerdote digno de su misión— no es mía, sino de Aquel que me ha enviado". Desde el momento en que predicásemos una doctrina contraria a la de Cristo, por ese solo hecho quedaríamos descalificados y vosotros mismos no esperaríais la sentencia de la Iglesia; vosotros nos condenaríais y nos dejaríais solos en las cátedras que habríamos profanado.

Es cierto que nuestra virtud personal no se halla siempre a la altura de nuestra doctrina; es cierto. Somos los primeros en reconocerlo y también en lamentarlo. Y aun cuando nosotros quisiéramos olvidarlo, nuestros detractores se encargan de recordarlo y ¡aun de exagerarlo! Pero téngase presente que ello no exime a nadie de la sumisión a la verdad, porque no la predicamos en nombre de nuestra virtud sino de la doctrina de Jesucristo. Y en este punto Juan es nuestro acabado modelo. En cuanto a mí, con más razón que el Bautista, debo confesar ante vosotros que no soy ni Cristo por la santidad, ni Elías por el celo, ni profeta por la sabiduría; pero como él, puedo también afirmar que soy una voz puesta al servicio de Dios y utilizada por Él como órgano oficial para la transmisión de su verdad.

Y esa voz que en Juan clamaba en el desierto, en mí clama desde el Sagrado recinto para decir a mis contemporáneos, como él a los suyos, que Aquél, que está tan por encima de mí, Aquel a quien no soy digno de desatar las correas de las sandalias, está en medio de vosotros, y vosotros parece que no le conocéis.

Y en verdad que son muchos los que en esta hora nebulosa andan descarriados, porque no saben que Él es el camino. Muchos, los que niegan o dudan, porque no saben que Él es la verdad. Muchos los que se debaten en las tinieblas de la muerte, porque no aciertan a comprender que Él es la

vida. Todos cuantos tenéis la conciencia cargada de pecados, y ojalá también de remordimientos, pensad que en medio de vosotros está el Cordero de Dios que con su sangre lava los pecados del mundo. Todos cuantos padecéis dolores en el cuerpo o torturas en el alma, sabed que en medio de vosotros está quien dice: "Todos cuantos os halláis trabajados, venid a Mí que yo os aliviaré". Hombres que os odiáis y os perseguís: en medio de vosotros está el Amor. Mundo que cada día te despiertas más sobresaltado por la inquietud: comprende de una vez que Jesucristo es el Príncipe de la Paz.

* * *

La autoridad es un elemento indispensable para la constitución y la subsistencia de la sociedad —sin autoridad no hay sociedad—. Si en toda sociedad es necesaria la autoridad, lo es mucho más en la sociedad religiosa: porque la sociedad religiosa es la asociación de los espíritus y nada hay más difícil que asociar a los espíritus, porque la nota esencial de los espíritus es la libertad: *ubi spiritus, ibi libertas*.

Nos toca vivir en una época que pasará a la historia como la de la lucha titánica por la libertad. Y esta época es hija de la anterior que se ha caracterizado por el abuso de la libertad. Nada hay que cause más irremediablemente la privación de una cosa que el abuso que se hace de la misma.

No es el caso de insistir en la necesidad de mantener inviolado el atributo de la libertad. Lo he defendido en toda circunstancia de acuerdo con la Iglesia Católica que jamás vaciló en presencia de los tiranos que pretendían sojuzgarla.

Pero es necesario proclamar conjuntamente la necesidad de la autoridad. ¿Se puede defender a un mismo tiempo la libertad y la autoridad? ¿No hay oposición entre ambos términos? ¿La libertad no es enemiga de la autoridad y la auto-

ridad no lo es de la libertad? He aquí una cuestión que conviene esclarecer, porque perturba muchos espíritus.

Para ello es necesario tener una noción clara de lo que es la libertad.

Muchos piensan que la libertad es la posibilidad de hacer el mal o de incurrir en error. Pero esa pecabilidad, lejos de ser un complemento de la libertad, es una limitación de ella. "No hago el bien que quiero —dice San Pablo, gemiendo— y hago el mal que no quiero". Esa pecabilidad, por lo tanto, es esclavitud, no privilegio. "La verdadera libertad consiste en poder realizar la verdad en la caridad", dice también San Pablo; lo que equivale a decir: sin imposición exterior y sin coacción interior. Sin imposición exterior, es decir: sin estar violentado por la necesidad, ni por la tiranía. Sin coacción interior, es decir: sin estar cegado por la pasión ni arrastrado por la concupiscencia, ni seducido por el error ni engañado por la ignorancia, ni dominado por el atavismo y los prejuicios. Un hombre así jamás incurriría en el error, jamás pactaría con el mal, jamás se sometería a esa transgresión que llamamos pecado. Y ese hombre, por el hecho de no querer pecar, ¿dejaría de ser libre? Al contrario, lo sería en toda su plenitud. Ser libre, pues, es ser dueño de sí para la práctica del bien y para la conquista de la verdad. Esa es la libertad de Cristo. Él ha puesto bajo el imperio de nuestra voluntad regenerada, fortalecida por la gracia, al demonio, al mundo y a la carne. La libertad, pues, es la facultad en virtud de la cual el hombre puede, sin coacción de ninguna especie, realizar meritoriamente el bien.

Quizá se entenderá mejor si observamos la diferencia que existe entre libertad e independencia. Se puede ser libre y a la vez dependiente; dependiente de la autoridad, dependiente de las normas reguladoras de la libertad. La libertad es un derecho y todo derecho debe ser regulado.

La autoridad es necesaria para que pueda ser posible la libertad.

La autoridad sin libertad es despotismo, la libertad sin autoridad es anarquía.

En todo conflicto entablado entre el débil y el fuerte, la libertad es quien oprime y la autoridad la que libera.

12/12/37.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

EL año décimoquinto del Imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilina; siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás: el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fué por toda la ribera del Jordán predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías: "Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. Todo valle será terraplenado; todo monte y cerro, allanado. Los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos, igualados. Y verán todos los hombres la salud que viene de Dios".

San Lucas, cap. III, v. 1-6.

¡Cuánta solemnidad hay en la introducción de esta página del Evangelio! Está redactada como una de esas inscripciones grabadas en las piedras o los bronces conmemorativos de los grandes acontecimientos. Parece un modelo de actas de la colocación de las piedras fundamentales de los monumentos históricos.

Comienza diciendo: "En el año décimoquinto del reinado de Tiberio César, siendo Procurador de Judea Poncio Pilatos y Tetrarca de Galilea Herodes y Sumos Sacerdotes Anás y Caifás...", es decir, empieza consignando los nombres de las

autoridades civiles y eclesiásticas para precisar la fecha histórica en que el Bautista comienza a predicar que ha llegado ya el momento largamente esperado de la Redención humana.

* * *

La consignación de la fecha histórica sugiere esta pregunta: si el fin de la Redención era reparar la ofensa inferida a Dios y la ruina causada al hombre por el primer pecado, ¿por qué esa larga espera de cuarenta siglos? En estas cuestiones relacionadas con los impenetrables misterios de Dios, debemos proceder con suma reverencia. Nuestra actitud no puede ser la de un juez, sino la de un hijo que interroga a su padre con el deseo de saber y con seguridad de descubrir una nueva razón que le ha de servir para conocerlo mejor y para amarlo más.

El largo lapso de tiempo mediado entre la promesa de la Redención y su cumplimiento, parece haber sido necesario para que los hombres sintiesen por experiencia la necesidad que tienen de Dios. Si la Encarnación del Verbo se hubiese producido inmediatamente después de la caída del hombre, si la llaga abierta en la naturaleza humana se hubiese cerrado en seguida... la humanidad no hubiese adquirido conciencia de la gravedad del mal que se había causado, ni hubiese tenido la medida de la inmensidad del nuevo beneficio que Dios le hacía. Además, el hombre había caído por haber pensado que sin Dios podía llegar a saberlo todo y a poderlo todo; por haber creído que podía llegar a ser en la tierra lo que Dios es en el cielo. Convenía, por lo tanto, que Dios dejara a la humanidad librada a sus propios recursos durante mucho tiempo, a fin de que por ella misma constatará lo que puede llegar a saber y lo que es capaz de hacer.

* * *

La humanidad en un momento de locura había dicho a

Dios: ¡Marchaos! Pues bien: día llegará en que acuciada por una muy dolorosa experiencia, se verá precisada a decirle angustiosamente: ¡Volved! Pero fueron necesarios miles de años para que experimentalmente quedara constatado que sin Dios, nada sabía y nada podía. Léase la historia de sus cuarenta siglos. Al fin de ellos nada sabía, ni de Dios, ni del alma, ni de su origen, ni de su destino. En el mundo pagano, según una frase célebre, "todo era Dios, excepto Dios." Y como nada sabía en orden al espíritu, nada podía en orden al verdadero bien. Por eso establecieron su reinado el egoísmo, la depravación, la crueldad, la esclavitud. Es decir, todo aquello que es natural en la era en que el espíritu se halla supeditado a la materia y el alma sometida al cuerpo. Y de esa manera, horrorizada ante el espectáculo que presentaba la tierra, la humanidad se vuelve al cielo y dice por boca de sus profetas: "Cielos, lloved de lo alto; nubes, dejad caer al Justo." ¡Oh Dios a quien habíamos expulsado, volved! Y el Mesías vino al mundo, según lo anuncia su Precursor, en el año décimoquinto del reinado de Tiberio César.

* * *

Ahora bien: si el Verbo se hace carne, si el Hombre Dios muere y redime, no es por la humanidad en abstracto, sino por cada uno de los hombres que la constituyen individualmente considerados. Es por mí que os estoy hablando, y por cada uno de los que me estáis oyendo. Dios, al bajar hasta el hombre, ha abierto el camino por donde cada hombre puede subir hasta Dios. Pero hay algo que puede inutilizar ese camino: el pecado. Mas no todo pecado lo malogra de la misma manera. No continuamos nuestro camino hasta la meta que es Dios, o porque nos hundimos demasiado o nos elevamos con exceso; o porque nos perdemos en los desvíos o tropezamos en los obstáculos. La predicación del Precursor

nos exhorta a que rectifiquemos el camino. Tal es la exhortación, diría mejor, el mandato del Evangelio de hoy.

* * *

Dice el Precursor: *"Todo valle debe ser colmado."* Un valle es una depresión del suelo. Aquí se trata de la depresión del alma, del abatimiento. Una de las consecuencias y acaso la más perniciosa de nuestros males físicos y morales, es la desmoralización. Esa sensación de impotencia para reaccionar. Ese descorazonamiento que obliga a dejarse estar en el abatimiento, como en el fondo de un abismo a donde no llegan destellos de luz ni de energía. A todas las incitaciones reaccionarias se responde: "¿para qué? todo es inútil." Es que quien en tal situación se halla está obsesionado por un fatalismo enervante que lo paraliza y hace de él un pesimista, un doblemente escéptico. Escéptico con relación a Dios, en quien no confía; y escéptico respecto de sí mismo, de quien nada espera. ¡No, hermanos, no! Contra ese estado fatal se puede y se debe reaccionar. ¿Cómo? Invocando insistentemente a Dios como si el éxito debiera esperarse sólo de Él y resolviéndose con fe en sí mismo a poner en juego los propios recursos, como si el resultado dependiera sólo de nosotros mismos.

* * *

"Todo monte debe quedar aplanado." Si es funesto el abatimiento, lo es todavía más la presunción. Aun en el mundo de las relaciones humanas, todo presuntuoso se hace repelente. El aprecio exagerado en que se tiene a sí mismo corre parejo con el desprecio que provoca en los demás. Pagado de su propia suficiencia se considera superior a sus semejantes y provoca sus reacciones. Se considera superior a todos los peligros y se expone a ellos, creyéndose capaz de superarlos prescindiendo de la ayuda de los otros y aun de la de

Dios. Y ¿qué es lo que sucede? Lo que lógicamente debe suceder: sobrevienen las catástrofes. Es necesario aplanar las elevaciones presuntuosas del orgullo y llamarse cada uno a la realidad de la propia insuficiencia.

* * *

“Todas las tortuosidades deberán rectificarse.” Los caminos tortuosos son los más cómodos, los más seguros, los más proficuos y también los más cortos para el logrerismo de la vida.

Pero el único camino legítimo y honesto, bendecido por Dios y también, al menos a la larga, respetado por los hombres, es el camino recto. El que se sigue sin desviaciones teniendo en vista el deber como único norte de la vida. Lo sé: para seguirlo siempre, sobre todo en ciertas ocasiones, hay que hallarse dotado por la gracia de Dios de un temperamento de héroe y a veces casi de mártir. Y es lógico. El hombre de deber no puede aspirar a parecerse al reptil que cambia de dirección a cada obstáculo con que tropieza su interés; sino al águila, que toma impulso y salva el obstáculo remontando el vuelo al cenit donde tiene puestos el corazón y la mirada.

Hermanos míos: que todas las tortuosidades sean rectificadas, porque tarde o temprano, pero siempre, los hombres tendrán que lamentarse de sus desviaciones, mientras que nunca habrá quien tenga que arrepentirse de la inflexible rectitud de su paso por la vida.

* * *

“Todas las piedras deben ser removidas.” Dios por pura misericordia ha salvado la distancia infinita que lo separa del hombre para redimirlo. Pero esto no basta para que yo individualmente quede redimido. Soy un ser eminentemente libre, y para mi redención se requiere el concurso de mi vo-

luntad. "El que me creó sin mí, no me salvará sin mí." Es indispensable mi cooperación personal. El obstáculo que se opone a que yo la dé, es la culpa. La piedra que obstruye el camino es el pecado. Es necesario decidirse a removerla por medio del arrepentimiento, de la sincera penitencia.

* * *

Si nos adaptamos al ambiente creado por los acontecimientos actuales, la prudencia humana parece aconsejarnos que, al repetir el augurio jubiloso que los ángeles cantaron sobre la Cuna de Belén, lo hagamos en voz muy baja y con las reservas aconsejadas por las circunstancias.

El espectáculo que está dando el mundo, y no sólo el pagano, sino también el cristiano, no es como para dar gloria a Dios en las alturas. Y por lo que respecta a la tierra, resultan un tanto forzados los augurios de paz, porque a los hombres llamados a establecerla les falta el requisito indispensable, que es el de la buena voluntad.

Las nubes que cubren el cielo de algunas naciones, se difunden hacia otras, y las sombras de la noche avanzan sobre todo el mundo. El monstruo de la guerra alarga sus tentáculos, alcanza las fronteras de las naciones que abominan de ella y las conturba. La angustia habitual, con que se teme una nueva sorpresa para cada día, sólo es turbada por hechos inverosímiles que provocan reacciones tan contradictorias como ingratas. La noche que envuelve al mundo es muy negra. No en vano se han venido acumulando los vapores emanados del entrevero de tantas pasiones, que andaban desenfrenadas. Hoy más que nunca, tienen aplicación las palabras pronunciadas por Jesucristo, ante los que se disponían a darle muerte: "*Haec est hora vestra et potestas tenebrarum.*" Esta hora es la vuestra, la hora del poder de las tinieblas. Ni la política, ni la diplomacia, ni la filosofía, ni nada de todo lo que es pura-

mente humano, puede hacernos concebir esperanzas augurales. Por lo demás, la absoluta falta de lógica que se observa en todo, priva de fundamento a cualquiera de las predicciones optimistas. Esta época de la historia se distingue de las precedentes en que su norma es la anormalidad. La anormalidad es hoy la norma privada y la norma pública. El mundo está convertido en una caja de sorpresas, pero siempre ingratas.

* * *

Ese estado de cosas ha hecho decir al Papa, en su reciente Encíclica: "Tal vez muchos que no entendían la importancia de la misión educadora y pastoral de la Iglesia, comprenderán ahora mejor sus amonestaciones, que ellos desatendieron con la falsa seguridad de los tiempos pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo... De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos, se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica."

"... Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo, no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes, que proclamaban aquella separación, como liberación de la servidumbre en que hubiesen estado retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que liberta y el error que esclaviza; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennobecedora doctrina de amor de Cristo, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable. Hablaban de progreso cuando se degradaban, de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban: no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para restituir la ley de Cristo." ... "Se habían

infatuado en sus propios pensamientos.” (Rom. I, 21). He ahí la gran ofuscación de las conciencias.

* * *

Hay en el libro del profeta Isaías un capítulo del cual voy a reproducir unos conceptos que pueden ser aplicados a la situación actual. Me refiero al capítulo en que predice la ruina de Babilonia: “He tenido una visión torturante... El incrédulo obra con infidelidad y el devastador con ira... Mis entrañas se sienten devoradas por el dolor... Mi corazón desfallece... las tinieblas me envuelven... El destino de mi querida Babilonia ha sido puesto delante de mi mirada... cayó, cayó Babilonia y todos sus dioses han quedado pulverizados en el suelo.” De pronto resuena una voz: “*Custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte?*” Vigía, ¿cómo se presenta la noche, qué es de la noche? El vigía sondeó la densidad del horizonte y dió este grito como respuesta: “Se acerca la mañana, se acerca la mañana. Si queréis convenceros, indagad, convertíos, venid.”

Y bien: conturbado por el espectáculo que ofrece el mundo, apenado por los sufrimientos que lo aquejan y por los que lo amenazan, desconcertado por las tinieblas que oscurecen su presente y su porvenir, me sustraigo de él y en espíritu salto hasta esta noche.

Me interno en ella con emoción y con esperanza. Y a todas las voces que me llegan angustiadas de los cuatro vientos, preguntando, ¿qué será de la noche que envuelve al mundo?, les contestaré como el vigía de Isaías: “Me hallo en la mitad de la noche, de esta noche, de la Noche Buena. Buena por lo que nos ofrece, por lo que nos da. ¡Albricias!, pues se acerca la mañana, y comienza a despuntar la aurora. Hay destellos que rasgan las tinieblas, y dejan ver la luz que asoma en el cielo. Hay ecos de angélicos cantares, que los espíritus

perciben, imponiendo silencio a los estruendos y las catástrofes de la guerra."



Hay en el mundo ángeles que cantan hoy, junto a la cuna de Jesucristo, con la misma realidad con que cantaron hace 1939 años: "Gloria a Dios en las alturas; y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad." El Pastor Angelicus, el Pastor Angélico propone la paz, ofrece la paz, da la Paz: Hombres responsables: "*convertimini, venite.*" Convertíos y venid.

¿Cómo ofrece Jesucristo la paz? ¿Por qué medios? Por medios diametralmente opuestos a los empleados por los hombres.

Los hombres utilizan el oro y la fuerza, es decir, medios materiales. Jesucristo, medios puramente espirituales. Ofrece la paz, desarmando los espíritus y ennobleciendo las voluntades. Por eso nace inerme y pobre, como jamás naciera ninguno entre los hijos de los hombres. Su suprema indigencia, ¡he ahí la razón de nuestra infinita confianza!

Puesto que Dios se ha dignado abatirse hasta tomar nuestra miserable naturaleza humana, es necesario que todas las circunstancias de que se rodea, correspondan a un aniquilamiento semejante. Se requiere en su nacimiento una pobreza extrema, como no la haya habido nunca en el mundo, porque sólo esa pobreza extraordinaria puede ser sin contradicción, la característica de la cuna de un Dios que se aniquila. El Creador, el Omnipotente, no puede aparecer, como teniendo necesidad de ser realzado por la riqueza o por la fuerza. Para Él nuestra riqueza es miseria y nuestra fuerza debilidad. Si Él hubiese resuelto utilizar estas cosas, habría parecido mendigar las sombras de la grandeza que acaba de dejar allá en el cielo. No había para Él en el mundo sino una sola situación conveniente, y ésa es la más baja, la más inerme,

la más indigente, porque ésa es la única que revela la grandeza del Ser, que para imponerse se basta a sí mismo, y que no tiene necesidad de rodearse de nada de lo que los hombres necesitan, cuando quieren ser tenidos por grandes.

Poniendo, pues, toda nuestra confianza en Dios, esperando contra toda esperanza, demos esta noche un asalto a la misericordia de Dios, y prosternados junto a la Cuna de su Verbo, que nace para salvar a la humanidad, gritémosle como sus apóstoles, cuando se hallaban en peligro de naufragio: "*Domine, salva nos, perimus.*" Señor, salvadnos que perecemos.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

JOSÉ y María, la Madre de Jesús, se admiraban por las cosas que de él se decían.

Simeón bendijo a ambos, y dijo a María su Madre: He aquí que éste está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser blanco de contradicción. Una espada traspasará tu propia alma, a fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos.

Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muy avanzada, la cual había vivido con su marido durante siete años desde su virginidad. Habíase mantenido viuda hasta los ochenta y cuatro años de su edad, no saliendo del templo y sirviendo a Dios día y noche con ayunos y oraciones. Ésta, pues, sobreviniendo a la misma hora, alababa igualmente al Señor y hablaba de Él a todos los que esperaban la redención de Israel.

Cumplidas todas las cosas ordenadas en la Ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

Entretanto el niño iba creciendo y fortaleciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en él.

San Lucas, cap. II, v. 33-40.

Vivía en Jerusalén un anciano que llevaba una vida santa. Instruido en las Escrituras, llenaba sus últimos días con la esperanza en la venida del Mesías prometido a Israel. Una revelación divina le había hecho saber que antes que cerrara los ojos, vería al Salvador,

Cierto día un irresistible impulso interior llevólo al Templo. Era el día en que María y José llevaban al Niño Jesús para cumplir con el rito de su presentación al Templo. El anciano, que ya se hallaba en él, salió al encuentro de la pequeña comitiva, pidió que le permitieran tener en brazos al Niño, y transportado, cantó el *Nunc dimittis*. Cántico sublime, que desde entonces vienen repitiendo, y repetirán hasta el fin de los tiempos, todos los hombres que llegan a ver satisfecha la aspiración suprema de la vida. "Ahora, Señor, puedes llevarme del mundo; ¡porque mis ojos ya vieron lo que ansiaban ver!" María y José se estremecieron de júbilo, al ver cómo este venerable desconocido estaba tan informado de sus dulces secretos.

Pero el anciano, iluminado por el Espíritu Santo, continuó diciendo: "Este Niño viene a traer una vida nueva a los hombres. Muchos la aceptarán y la asimilarán, pero muchos más la rechazarán. Y así, este Niño será como el signo de la contradicción. A causa de Él combatirán entre sí los hombres." Y... volviéndose a la Virgen, Madre, le dijo: "Esas contradicciones te llegarán al corazón, se clavarán en él y lo traspasarán como una espada." Pero esas contradicciones obligarán a los hombres a definirse y a tomar partido. Deberán estar con Él, o contra Él, poniendo así de manifiesto lo que hay en el fondo de sus corazones.



La profecía de Simeón no es de las que fijan su cumplimiento para una época determinada. Es una profecía inmanente, perenne. No es simplemente el anuncio de lo que iba a acontecer a los hombres contemporáneos de Jesús, sino de lo que ha de acontecer a los hombres de todas las edades. Es el anuncio de lo que nos está aconteciendo a nosotros.

Entre nosotros hay muchos que han aceptado y procu-

ran asimilarse la vida nueva que ha venido a traernos Jesucristo: la vida de la moral, la vida de la caridad, la vida de la justicia, en una palabra: la vida del espíritu. Pero ¡ay!, son muchos más los que han continuado viviendo en su rechazo habitual y aun en su hostilización permanente.

No tenemos necesidad de entretenernos en investigaciones históricas. Hemos vivido toda una época que se ha caracterizado por el rechazo habitual y por la hostilización permanente a la vida nueva que vino a traernos Jesucristo. La acción empeñada en el desplazamiento del Cristianismo ha sido constante, organizada, metódica, sistemática. Y ahora estamos soportando sus consecuencias, ruinosas y trágicas. No me estoy refiriendo a naciones determinadas. No estoy aludiendo a naciones beligerantes o a neutrales, a totalitarias o a democráticas, a Europeas o a Americanas, a ateas o a religiosas, a cristianas o a católicas. Me refiero a todas y, en primer término, a la nuestra. En la nuestra durante una larga época ha estado en boga el desplazamiento del Cristianismo.

La hostilidad contra Cristo, como todas las hostilidades humanas, tiene dos manifestaciones: una confesada y pública, otra hipócrita y secreta. La primera suele emplear el medio de la violencia; la segunda, el de la seducción. Declaro que temo menos a la violencia que a la seducción. La violencia, no puede ser durable; la seducción, en cambio, puede ser permanente. La violencia ejércese contra los cuerpos; la seducción actúa sobre las conciencias. La violencia causa la reacción o el martirio; la seducción engendra el sometimiento y la servidumbre, la peor de todas, ¡que es la servidumbre moral!

En la acción de desplazamiento del cristianismo entre nosotros, ha venido empleándose el medio de la seducción.

Ha sido seducida la inteligencia. De la enseñanza oficial de la niñez, fué legalmente abolida la religión, base única

de la moral. Y en la enseñanza universitaria, aquella abolición quedó sellada por la formación racionalista.

Ha sido seducida la libertad. Se la desvió de sus normas, se la sacó de sus límites y se la transformó en liberalismo.

Ha sido seducida la economía. No se quiso que la informara la justicia, y quedó en su reemplazo la ambición desenfrenada que entronizó el individualismo.

Ha sido seducida la moda. Cuando sus creaciones se hallan en pugna con la cristiana moderación del Evangelio, la extravagancia de la moda triunfa contra el pudor del Evangelio.

Han sido seducidas las costumbres. Las viejas costumbres, las costumbres tradicionales tan cristianas, tan argentinas, quedan suplantadas por las exóticas y las neopaganas.

Es decir, todas las manifestaciones de la vida del mundo han venido desarrollándose sin cristianismo o contra el cristianismo. Cualquier neo-pagano, hubiera podido volver contra los cristianos, la frase lapidaria con que Tertuliano apostrofaba a los paganos de su tiempo: "Todo os lo hemos invadido, ¡os hemos dejado solos en vuestros templos!"

* * *

Dije que ahora ya estamos soportando las consecuencias ruinosas y trágicas de haber prescindido del Cristianismo como base de construcción social. Las consecuencias son el espectacular desmoronamiento de la forma contemporánea de la civilización occidental.

Después de este desmoronamiento que ya nada ni nadie puede evitar y ni siquiera retardar, surgirá fatalmente *un nuevo orden de cosas*.

El Papa acaba de denunciarlo al mundo en forma impresionante y solemne. Constituye el fondo del histórico discurso con que contesta el saludo del Colegio Cardenalicio el

día de Navidad. Reconoce que la Europa de la preguerra y su estructura política sufrirán una gran transformación. "La aplicación práctica de un sistema político o de otro, depende en gran medida y a veces decisivamente de circunstancias y causas extrañas a los fines y a la acción de la Iglesia." Pero el Papa afirma que la transformación que se está operando tendrá que ser más fundamental, porque deberá consistir en la sustitución de la base jurídica sobre la cual deberá asentarse la nueva vida política internacional. A este respecto se está llegando a un convencimiento universal. Y no puede sorprender, añade Pío XII, que este deseo sea más vivamente sentido por los grandes sectores de la población que viven del trabajo manual y en los cuales repercuten más hondamente las crisis económicas nacionales o internacionales, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra. Y menos aún puede sorprender a la Iglesia que como madre de todos aprecia y comprende el grito que espontáneamente surge del alma humana torturada.

La Iglesia había ya levantado su voz anunciando la necesidad de este nuevo orden de cosas asentado sobre base cristiana. Pero "más de una vez la Iglesia debió predicar a oídos sordos. Aun hoy esa prédica es la dura realidad, y a su desesperado grito comienzan a abrirse los oídos que hasta ahora habían permanecido obstinadamente cerrados a la voz maternal de la Iglesia de Cristo."

La consigna universal de un nuevo orden de cosas sólo podrá hallarse atractiva si está basada sobre normas de moralidad privada y pública. "De lo contrario, se trataría de un nuevo mecanismo externo, o de una nueva demarcación geográfica, modificaciones éstas, impuestas por la fuerza, carentes de dignidad y sin ningún valor."

Y ¿sobre qué bases tendría que fundarse ese orden nuevo para que merezca ser saludado como la aurora de una nueva

era de paz honorable y justa? Lo anuncia el Papa. Sobre cinco victorias, pero victorias esencialmente morales:

Primero: sobre la victoria contra el odio, que es hoy causa de división entre hombres y pueblos.

Segundo: sobre la victoria contra la desconfianza, que oprime como una carga aplastante el derecho internacional y hace imposible la realización de cualquier acuerdo sincero.

Tercero: sobre la victoria contra el principio destructor de que la utilidad es la razón de la ley y la fuerza la del derecho.

Cuarto: sobre la victoria contra los gérmenes de conflictos que emanan de la desigualdad demasiado irritante en la esfera de la economía mundial. Y conjuntamente, la adopción de los medios necesarios para asegurar, en cada Estado, condiciones de vida apropiadas a sus ciudadanos de todas las categorías.

Y quinto: sobre la victoria contra el frío egoísmo, cuya fuerza temeraria impulsa fácilmente hacia la violación de la soberanía y del honor en el orden individual y en el orden internacional.

Esas cinco victorias son las cinco bases indispensables para el establecimiento del nuevo orden de cosas, si se quiere que las nuevas generaciones vean el resultado que pueda compensar tanta matanza, tanta destrucción y tanto sufrimiento.

Pero esas cinco victorias son imposibles, sin el cristianismo, y más aún contra el cristianismo, fuente única de la energía moral que para conquistarlas es indispensable.

He aquí cómo la voz tremenda de los acontecimientos viene a actualizar la profecía contenida en el Evangelio de hoy.

El Niño Divino que hoy muestra al mundo sosteniéndolo en sus brazos el anciano Simeón, ha venido a traer una vida nueva a los hombres.



La época en que vivimos paréceme distinguirse de las anteriores por la gran desorientación que la caracteriza. Creo que jamás la hubo tan generalizada. Se la advierte en todos los órdenes. en el económico, en el político, en el filosófico y en el social.

¿Dónde están hoy los hombres cuyas doctrinas respondan a las incertidumbres de la humanidad en esta hora trágica del mundo? ¿Dónde los que con sus teorías satisfagan las ambiciones de los pueblos y calmen sus inquietudes? Se me dirá que abundan los que pretenden ser orientadores de las multitudes. Es cierto. Pero eso mismo nos da la contraprueba de la general desorientación y la vuelve más desconcertante al observar la volubilidad de las ideas que los tales orientadores profesan y la contradicción de las teorías que propugnan.

Entre todos esos hombres, no se descubre más que uno capaz de orientar a la humanidad hacia la solución de sus grandes problemas. Uno cuya doctrina maravillosa está contenida en ese libro que resulta nuevo para cada generación que se levanta y fecundo en soluciones para cada problema que se suscita: el Evangelio. Uno que es hombre, pero que al mismo tiempo es Dios: ¡Jesucristo!

El racionalismo ha difundido demasiado la noción tan errónea y perniciosa de que Jesucristo es simplemente un hombre. A cada paso nos encontramos con gentes eruditas en diversas ramas de la ciencia y que creen hacer el elogio de Jesucristo diciendo que lo tienen por el más grande de los filósofos, de los moralistas, de los virtuosos. Esos grandes elogios al hombre equivalen a las mayores blasfemias al Cristo, si en Él no reconocen a Dios. ¿Cómo podrían todas las aureolas humanas que le atribuyen, llenar el vacío de la divina que le niegan? Los que niegan su Divinidad quedan inhibidos para elogiar a Cristo. No pueden tenerlo por un gran

hombre sino por un gran impostor, puesto que la gran verdad que ha enseñado en la vida y por la cual ha muerto es la de que Él es Dios.

En las actuales circunstancias, paréceme que uno de los grandes deberes de los creyentes consiste en afianzar en sí mismos y difundir entre los demás el convencimiento de que Jesucristo es al mismo tiempo Hombre y Dios. Si este convencimiento se generalizara, la doctrina de Cristo sería aceptada como divina; y como ella contiene la solución de todos los problemas humanos, el mundo se podría salvar. He ahí la que debiera ser la gran tarea de los sinceros creyentes de nuestro tiempo. Esa tarea no es privativa de los sacerdotes. Así nos lo enseña el Evangelio de hoy. Los primeros que comienzan a divulgar la Divinidad del Niño que acaba de nacer, fueron dos creyentes, dos laicos, un hombre y una mujer: Simeón y Ana.

Ambos tuvieron la dicha de hallarse en el templo de Jerusalén el día de la Presentación del Niño. Al verlo Simeón exclama: "Este niño viene a traer la salud espiritual a los hombres. Muchos lo aceptarán, y muchos otros ¡ay! lo rechazarán. Con respecto a Él se suscitarán apasionadas controversias y Él mismo será objeto de muchas oposiciones; pero todo ello servirá para poner a prueba y revelar el temple de los corazones humanos".

Y Ana, consagrada desde los días de su viudez durante sesenta años al servicio de Dios, desde que vió al Divino Niño comenzó a hablar de Él a cuantos esperaban la redención de Israel.

Ante estos ejemplos consignados en el Evangelio es el caso de preguntar: ¿Los creyentes de hoy son también apóstoles de la Divinidad de Jesucristo? ¿Lo son con la palabra y sobre todo con el ejemplo? ¿Lo son por la doctrina y lo son por las costumbres? Hombres que os llamáis cristianos,

¿sois como Simeón? Mujeres, ¿sois como Ana? Ellos no se desentendieron de ese deber de apostolado social, porque comprendieron que es inherente a todo aquel que ama de verdad a Jesucristo. La deserción por parte de los cristianos de ese apostolado social, es la mejor cooperación prestada al comunismo ateo, porque se deja a la sociedad librada a las propagandas contrarias, que son antisociales por ser anticristianas.

* * *

Mas no puede haber apostolado cristiano cuando no es viva la fe en la Divinidad de Jesucristo. Por eso debemos fomentarla. Procuremos hacerlo valiéndonos de las siguientes consideraciones:

Todos los hombres nacen de la misma manera. No obstante las desigualdades accidentales de la vida; para todos es exactamente igual la entrada y la salida del mundo. El nacimiento es el primer paso que el hombre da para entrar en la vida. Es su primer acto de presencia en el mundo. Hijo de reyes o hijo de esclavos, todo recién nacido es un enigma viviente entre el pasado y el porvenir. El pasado es para él, pura nada; el porvenir, puro misterio. Las circunstancias del nacimiento de algunos privilegiados, pueden proyectar algunas claridades y hacer concebir algunas esperanzas sobre su porvenir. Pero nada hay que pueda proyectar un poco de luz sobre el pasado, porque el pasado es la nada y la nada con nada se esclarece. Tal es la condición general de los nacimientos humanos. Todo hombre nace así. Jesucristo es el único que no ha nacido como todos los demás ni respecto de su porvenir, ni con relación a su pasado, que es lo más extraordinario. Jesucristo es el único a quien ha correspondido el privilegio de un natalicio considerado como el coronamiento de un pasado de cuarenta siglos. Jesucristo es el único que ha vivido en la mente y en el corazón de la humanidad mi-

les de años antes de haber nacido. En tanto que a ningún hombre le es dado hacerse conocer antes de existir, Jesucristo antes de haber nacido ha podido hacerse conocer, ha sabido hacerse amar y ha logrado hacerse adorar. Ya es un prodigio el continuar haciéndose adorar después de muchos siglos de haber vivido; pero, ¿cómo podrá calificarse el privilegio de haberse hecho adorar antes de haber nacido?

* * *

En cada página del Evangelio resaltan en admirable conjunción la pequeñez y la grandeza, el sometimiento y el imperio. Esa conjunción denuncia en Jesucristo la alianza íntima de las dos naturalezas, la humana y la divina, que constituyen la persona del Hombre-Dios.

Es hombre, y por eso sufre en el pesebre las inclemencias del tiempo y las privaciones de la indigencia; es Dios, y por eso sobre su cuna se forma un astro y los ángeles emiten sus cánticos y sus fulgores.

Es hombre, y por eso se somete a la ley y hace que sus padres paguen el rescate de los primogénitos; es Dios, y por eso se nimba luego de la aureola divina de los milagros con que suspende las leyes de la naturaleza.

Es hombre y por eso acepta la mirra utilizada para el embalsamamiento de los cuerpos; es Dios, y por eso recibe el tributo del oro que proclama su realeza y el homenaje del incienso que expresa el culto de la Divinidad.

Es hombre, y por eso cuando ayuna cuarenta días en el desierto disponiéndose para la redención, siente hambre; es Dios, y por eso, después de haber rechazado la tentación diabólica de convertir en pan, las piedras, bajan del cielo los ángeles para servirle.

Es hombre, y por eso sufre, sangra, se debilita y muere; es Dios, y por eso el sol se enluta, la tierra tiembla, las piedras se parten y las almas se convierten.

Es hombre, y por eso es sepultado; es Dios, y por eso al tercer día resucita.

Y ¡oh maravilla inefable!, ese Hombre-Dios ha cifrado su dicha en la nuestra. A todos esos divinos recursos ha apelado para hacernos posible la paz y la dicha. Ha llegado hasta cada uno de nosotros, según la frase inspirada, por medio de saltos misteriosos e inconmensurables. Desde el cielo saltó al Pesebre, del Pesebre a la Cruz, de la Cruz al Tabernáculo y del Tabernáculo a cada uno de nosotros para convertirnos en sagrarios vivientes.

24/12/39.

* * *

“Este Niño, que aquí véis, ocasionará la ruina y causará la resurrección de muchos en Israel. Será un signo de contradicción, a fin de que se hagan manifiestos los pensamientos ocultos en muchos corazones.”

Ahora conocemos en sus inmensas proyecciones, la realización de esta profecía. Pero entonces, ¿quién hubiese podido tomarla en serio? Se trataba de un pequeñuelo de pocos días. Había nacido entre unas ruinas que servían de establo. Acababan de tomarlo de su pobre cuna, formada de unas pajas, sostenidas por cuatro tablas, y lo habían llevado al Templo, para ser circuncidado. La comitiva, aunque muy digna, no podía ser ni más reducida, ni más pobre. Debió pasar completamente desapercibida.

Pero el anciano Sacerdote, al mirar al pequeñuelo, vio una luz que se le entraba por los ojos y le bañaba el alma. Como el sol se ve en la gota de rocío, el profeta vio en el Niño, el mundo del futuro. Ese Niño baja del cielo trayendo a la tierra una vida nueva. Muchos la asimilarán y vivirán del espíritu y les causará la resurrección. Y muchos la rehusarán, continuarán viviendo de la materia y les ocasionará la ruina. Va a ser para todos la piedra de toque. Obligará a

los hombres a definirse. Deberán declararse por Él o contra Él, y así se manifestará lo que hay en el fondo de sus corazones.

* * *

La verdad de la profecía comenzó inmediatamente a constatarse desde aquellos días. Continúa comprobándose en los nuestros, y con evidencia cada vez más sorprendente seguirá confirmándose hasta el fin de los tiempos.

Nace Jesús, y ya se encuentra como escoltado por dos cortejos, cortejos de reyes. Pero unos llegan desde el lejano Oriente para ofrecerle dones y adorarlo; otro, desde la próxima Jerusalén, envía verdugos para matarlo.

Inaugura su vida pública. Inmediatamente se agrupan, en torno suyo, sus apóstoles y sus discípulos; pero también, con intención aviesa y con asiduidad torturante, lo siguen los Fariseos y los Escribas.

Habla y hace milagros. En seguida aparecen los leales, que sin poder contener el entusiasmo, exclaman: "Nadie ha hablado jamás como habla Él"; "Si no fuese Dios, no podría hacer lo que hace." Pero también se presentan los pérfidos, que dicen: "¿Puede salir algo bueno de Nazaret?" "Las maravillas que hace, las realiza por arte del demonio."

Muere en la Cruz. A su derecha se halla un ladrón que lo descubre, lo confiesa y lo implora; y a su izquierda otro, que lo provoca, lo insulta y lo vitupera. Y a sus pies se encuentran su pobre Madre y Magdalena y Juan y las Santas Mujeres; pero están también los sayones que lo ejecutan y los Fariseos que de Él blasfeman.

Resucita. Su Humanidad, divinizada, sube al cielo glorificada, y al propio tiempo permanece en la tierra, sacramentada, hasta el fin de los tiempos. Y Jesucristo no ha dejado por eso de ser el signo de la contradicción. Todo lo

contrario. Parece serlo más. De un lado el inmenso cortejo de los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, los santos grandes y pequeños, conocidos e ignorados. Todos los que creen, esperan y aman. Todos los que prefieren la virtud al vicio, el deber al interés, el espíritu a la materia. Todos los que quieren sinceramente que Él reine sobre nosotros. Y del otro lado, el no menos inmenso de los incrédulos y los perseguidores: los que combaten la fe con la palabra o la pluma y los que matan a los creyentes con golpes de espadas o con puntas de alfileres. Todos los que molestan a los cristianos con sonrisas o con blasfemias, con seducciones o con amenazas, con perfidias o con violencias. Todos éstos, en fin, que con procedimientos positivos o negativos, demuestran de una o de otra manera que ni quieren, ni toleran, que Jesucristo reine en este mundo.

* * *

A medida que el tiempo avanza, la realización de la profecía aumenta en proporción y en evidencia. Todo el mundo, queriéndolo o sin quererlo, concurre a constatarlo. Jesucristo es hoy más que nunca el signo de la contradicción, y no ya solamente respecto de los hombres, sino también de los pueblos. Quienes le forman hoy los dos grandes cortejos no son ya los individuos, sino las razas y las naciones. De un lado las ateas, dadas de la mano con las neo-paganas; y del otro, olvidando sus diferencias, las cristianas. El espectáculo se está volviendo imponente. La humanidad está partiéndose como en dos mitades. Una y otra hacen sus cálculos y extreman sus esfuerzos. Nos hallamos en las vísperas solemnes del desenlace histórico de contiendas ciclópeas. Por fortuna, no obstante las resistencias opuestas por la naturaleza humana a la penetración del Cristianismo, éste va ganando terreno. Los hombres y los pueblos van comprendiendo lo que comporta

vivir con o sin Cristianismo. La influencia y el prestigio del Vicario de Cristo se agiganta, llegando a proporciones nunca vistas en la historia. Y es éste, a mi modo de ver, el más promisor de los augurios.

Con firmeza y seguridad de piloto de tormenta, señala la ruta que puede conducir a puerto seguro, al mundo que parecía navegar a la deriva.

Grandes Naciones de ambos Continentes, le ofrecen la mano para asociarla a la suya puesta ya en el timón.

Como si en el horizonte divisara una aurora, para otros invisible, el Papa anticipa gestos augustos y saluda el advenimiento de la paz. En ambas márgenes del Tíber, tienen su sede dos grandes poderes: el poder espiritual más grande del universo, y uno de los poderes temporales más cristianos de la tierra. Y en ambas márgenes, como acaba de decirlo el Papa, retoñan y reverdecen los olivos. Si ellos se alcanzan y se entrelazan, como lo prueban las recientes visitas soberanas, por encima de los ríos, pueden hacerlo también por encima de las montañas y por encima de los mares. ¡Dios lo quiera! De todos modos, Pío XII ya tiene las bases de la paz cristiana. Sea que sobrevenga el choque formidable entre los dos cortejos, sea que se evite, el mundo nuevo, el mundo de mañana tendrá que ser más cristiano. Tendrá que acercarse más a Jesucristo, y así acontecerá progresivamente en las diversas etapas de la historia, hasta que Jesucristo no sea el signo de la contradicción, sino el de la unificación, gracias a la cual la humanidad vendrá a ser, al fin, un solo redil bajo un solo Pastor.

DOMINGO DE RESURRECCION DE 1940

Christus resurgens ex mortuis iam non moritur, mors illi ultra non dominabitur.

Cristo resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez, y la muerte no tendrá ya dominio sobre Él.

Carta de San Pablo a los romanos, cap. VI, v. 9.

LA Resurrección de Cristo es la garantía divina de la supervivencia y de la victoria final del cristianismo.

La paz no es posible mientras no se establezca el orden. La paz es la tranquilidad que resulta del orden. Si hay desorden en la conciencia, no es posible la paz del alma. Y si hay desorden en la justicia, no es posible la paz social ni la paz internacional. Una de las voces autorizadas que acaba de dirigirse al mundo de los beligerantes y de los neutrales, ha dicho con toda claridad y valentía: "Actualmente buscamos una base moral para la paz." Si se tomara de una vez la dirección que señala esta brújula, se marcharía bien.

Desde 1914 el mundo perdió la paz. La de 1918 no fué una paz sino una tregua hasta que se recuperaran las fuerzas y se dispusiera de otra generación destinada a la masacre.

Desde 1914 el mundo se halla en guerra: guerra abierta y guerra solapada; guerra de frente y guerra por la espalda; guerra diplomática y guerra comercial; guerra política y gue-

rra religiosa; guerra totalitaria y guerra democrática; guerra militar y guerra social.

Y el mundo ha continuado en guerra desde 1914, porque la paz de 1918 no se estableció sobre una base moral. La base moral la había propuesto a todos los beligerantes por igual y conjuntamente Benedicto XV, en los seis puntos que habían de servir, según sus palabras, para que "la fuerza material sea reemplazada por la fuerza moral." Hecha la proposición de los puntos, terminaba con esta impresionante exhortación: "El mundo entero reconoce que está a salvo el honor de los ejércitos de ambas partes. Dad por esto oído a nuestras solicitudes. Aceptad la fraternal invitación que os envío en nombre del Redentor Divino, del Príncipe de la Paz. Reflexionad sobre vuestra muy grave responsabilidad ante Dios y ante los hombres."

No fué así por desgracia. Y han pasado apenas veinte años, y ya se está resquebrajando el mundo en la catástrofe que aquel gran Pontífice le había profetizado y que en toda forma le quería evitar.

La historia se repite con una exactitud impresionante. Un nuevo Papa, divinamente inspirado como aquel su glorioso antecesor que pasó a la historia con el nombre de "Pontífice de la Paz", Pío XII, hace poco tiempo ha propuesto a los beligerantes de hoy cinco puntos como base sólida e in-conmovible de una paz moral, de una paz justa, de una paz duradera. La propuesta de Pío XII ¿correrá la misma suerte que la de Benedicto XV? ¡No lo quiera Dios! Diría mejor, no lo quieran los hombres.

No es lógico, ni es honrado, atribuir a la voluntad dispositiva de Dios, los males, las desgracias y las catástrofes, que son consecuencias de las voluntarias transgresiones de los hombres. "Hay en Wells, dice un autor de nuestros días, un diálogo entre los hombres y Dios. Los hombres se quejan

a Dios de que la vida está llena de sinsabores, de calamidades, de injusticias, de guerras. Y Dios contestó a los hombres: "¡Si esas cosas no os agradan, no las hagáis!"

* * *

Es imposible predecir cuál será el futuro inmediato que nos reserva como desenlace, esa especie de manía de suicidio de que pareciera hallarse atacada una buena porción de la humanidad. Pero sobre toda esta confusión, aparece ya ante la conciencia del mundo este hecho que nosotros saludamos como la aparición de un astro, destinado, más tarde o más temprano, a guiar a la humanidad hacia una paz moral justa y duradera; el hecho es éste: ¡El cristianismo está en plena resurrección!

Durante mucho tiempo el filosofismo, el racionalismo, el positivismo, el materialismo en todas sus formas, habían creído llegada la hora en que cualquiera pudiese extender la partida de defunción del cristianismo con todos sus valores espirituales.

Hoy todo el mundo pretende erigirse en paladín de los valores morales. Y los unos quisieran persuadir a los otros que son sus aliados, y que están de su parte la moral y la justicia, es decir, los dos grandes valores espirituales del Cristianismo. Se ha universalizado el convencimiento de que no podrá ser considerada como justa y duradera ni una paz germana, ni una paz sajona, ni una paz latina, ni una paz europea, ni una paz americana, sino sólo la paz cristiana, ¡porque sólo ella será una paz humana!

"*Christus jam non moritur*". Cristo resucitado ya no muere. El cristianismo, que es su prolongación, que es el crecimiento de su cuerpo místico a través de los siglos, tampoco muere.

Podrá padecer eclipses ocasionados por las nubes que levanta la corrupción de la naturaleza humana; pero éstas, como todas las nubes, son siempre pasajeras.

Casi siempre las grandes polvaredas que levantan las catástrofes humanas, son la señal de los pasos de la majestad de Dios que se aproxima.

Falta dar el segundo paso. El cristianismo está en plena resurrección, o, mejor dicho, todos sus principios espirituales, todos sus valores morales, se hallan en plena revivificación. La humanidad los reconoce, los proclama y declara que le son insustituibles.

Es el primer paso. Lo que resta ahora, y es esencial para la paz de la conciencia del individuo y para la paz del mundo, es que con esos principios espirituales y morales informemos prácticamente nuestra vida individual y nuestra vida colectiva. De nada serviría que quedaran reconocidos y aclamados por la inteligencia, si no regularan la voluntad. La paz individual, social o internacional no es para los hombres de buena inteligencia, sino de buena voluntad.

* * *

No necesito advertir que lo que llevo dicho afecta directamente no sólo al mundo europeo sino también al mundo americano, al mundo nuestro. La interdependencia es hoy general, omnímoda. Esto debe llamarnos a la reflexión. No se desgasten las energías en el lujo, en el juego, en los negocios, en la política. Que no lo absorban todo las bagatelas de la vida. No conviene vivir desprevenidos. Pueden sorprendernos acontecimientos que nos causen el efecto de un trueno en pleno sol.

No hablo por mi cuenta. Estoy siendo un débil eco de la voz augusta del Pontífice Supremo que en la víspera de

la última Navidad, se dirigió al mundo en los siguientes términos: "...La suma de los sufrimientos y de los sacrificios ha llegado al punto de provocar una vivísima ansiedad en todos los que se preocupan del futuro estado económico, social y espiritual de Europa, y —agrega el Pontífice—, no solamente de Europa.

"Cuanto más el monstruo de la guerra crea, acumula y arrebatada los medios materiales que inexorablemente se destinan a las necesidades de la guerra, que de hora en hora van en aumento, tanto más agudo se vuelve para las naciones directa o indirectamente comprometidas en la guerra, el peligro de una anemia perniciosa. Y surge esta pregunta angustiada: ¿Cómo podrá, terminada la guerra, una economía exhausta o extenuada hallar los medios para la reconstrucción económica y social, entre el número de dificultades que aumentarán enormemente y de las cuales las fuerzas y los artífices del desorden que se mantienen en acecho, tratarán de valerse, en la esperanza de dar a la Europa cristiana el golpe decisivo?"

Ninguna advertencia mejor para decidarnos sin tardanza y sin reservas a cooperar en la obra de previsión, aunando esfuerzos para el mejoramiento material y moral del pueblo, única base firme de la pacificación social.

Esto supone el establecimiento del reinado de la justicia y de la caridad. "*Opus justitiae Pax*", como nos lo ha recordado el augusto Pontífice.

¡Oh Cristo Resucitado que ya no mueres!, haz que no muera la civilización cristiana en ninguna parte del mundo; y si en alguna parte hubiese muerto, haz que resucite renovada y vigorosa.

Adelanta la hora de tus milagros, y que toda la humanidad vea, más pronto de lo que los acontecimientos hacen

temer, el advenimiento de tu reinado integral. Y para ello, adelanta la hora en que los pueblos y los gobiernos digan en espíritu y en verdad: ¡Padre Nuestro que estás en los cielos, venga a nos el tu reino, que no es reino de fuerza, ni reino de odio, sino reino de justicia y reino de amor! Así sea.

PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA
(DOMINICA "IN ALBIS")

EN aquel día, el primero de la semana, siendo ya tarde, y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor. El cual les repitió: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros. Dichas estas palabras, sopló hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis, y quedan retenidos a los que se los retuviereis.

Tomás, empero, uno de los Doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron y mi mano en su costado, no lo creeré.

Ocho días después estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio de ellos, y dijo: La paz sea con vosotros. Después dice a Tomás: Pon aquí tu dedo, y examina mis manos; y trae tu mano y llévala a mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Porque me viste, Tomás, has creído: ¡bienaventurados los que no vieron y creyeron!

Aún muchos otros milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero éstos se han escrito con el fin de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Cuando el Verbo se hizo carne, es decir, cuando Dios se hizo hombre, dió a conocer al mundo los propósitos que traía. No bien apareció en la cuna, los ángeles bajaron del cielo y anunciaron al mundo su programa. Ningún político se ha atrevido ni se atreverá jamás a esbozar uno que se le pueda asemejar. Y eso que la política suele ser tan ampulosa en la enunciación de sus fáciles promesas. El programa que expone Jesucristo es, a la vez, el más amplio y más concreto, el más sabio y más claro, el más sublime y más profundo. Consta de sólo dos cláusulas: "*Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.*"

Tales son los dos ideales con que viene al mundo. Todo cuanto diga y haga: el ejemplo que dé, la doctrina que enseñe, la moral que establezca, la bondad que difunda, los sufrimientos que padezca, la sangre que derrame, la muerte que afronte, todo, todo irá encaminado a la realización de esos dos propósitos.

¿Puede darse propósito más sublime que el de volver más resplandeciente la aureola de proyecciones infinitas de la gloria externa de Dios? ¿Y puede darse propósito más profundo que el de llegar a crear y a restablecer la paz en las profundidades inaccesibles de las conciencias humanas?

No es la oportunidad de considerar cómo logra el primero de sus propósitos. De acuerdo con el Evangelio de hoy nos limitaremos a hacer alguna consideración acerca de cómo realiza el segundo: "*en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.*"

Observemos el estado en que se hallan los Apóstoles durante los días que siguieron a la muerte del Redentor. Todavía no habían sido iluminados ni fortalecidos por el Espíritu

Santo. Se sienten vacilantes. Todos ellos en un mismo estado de ánimo, se hallan reunidos como para sumar las propias dudas con las de los demás. Sus espíritus están desorientados. Además, tienen miedo. El miedo los domina. El miedo es extremadamente contagioso. Se apodera fácilmente de la comunidad y se convierte en pánico. Por eso se hallan a puertas cerradas. Temen correr la misma suerte de su maestro. Sus corazones se hallan conturbados.

Hermanos míos: esa inquietud de espíritu y ese sobresalto de corazón en que se hallan los Apóstoles, me hacen pensar en el desasosiego espiritual y la angustia sentimental que constituyen la nota característica del mundo de hoy.

En efecto: *la paz del espíritu*, que es tan indispensable, falta a la inmensa mayoría de los hombres de hoy. En épocas pasadas no era así. En la edad de oro de la fe, estaba bastante generalizada la paz de los espíritus. ¡Pero nos hallamos tan lejos de ella! El viento de la duda se ha vuelto más agotador. Pasa sobre las almas y las quema; sobre todo a las almas jóvenes. ¡Pobres almas! Algunas de ellas se lamentan “de haber llegado demasiado tarde a un mundo ya demasiado viejo.” Andan divorciadas de la verdad. Se mueven a merced de la duda. Y como dudan de todo, no se obligan a nada. Dudan del deber, de la virtud, del cielo, del infierno, de Dios y de la conciencia misma. ¡Oh, los espíritus desorientados, perdidos, llevados por la duda en direcciones encontradas, hasta ir a sumergirse a veces en el abismo de la negación! Son como esas aves migratorias, que sorprendidas por la tormenta sobre el océano enfurecido, perdido el rumbo en la oscuridad impenetrable y con las alas sin gobierno, adelantan y retroceden, buscando afanosas una roca donde posarse, y no encuentran más asilo que el del abismo que abren a sus pies las olas inquietas y convulsas.

¡Oh, dulce paz de los espíritus! ¡Quién les diera salir

de esa vida de angustia y de incertidumbre; librarse de una vez de la duda, del "puede ser"; saber con la firmeza de la fe de dónde se viene y a dónde se va; comprender la razón de por qué y para qué se nace y se lucha, por qué se sufre y por qué se muere; en una palabra, aquietar el propio espíritu en la segura y dulce posesión de la verdad! Pero, ¿quién nos la dará?...

Y luego la paz de los corazones... Los espíritus tienen sus tempestades; pero las tienen mayores aún los corazones. ¡Pobres corazones! Son precisamente sus tempestades las que constituyen el fondo de los dolorosos dramas de la vida. ¡Pobres corazones!, repito. Oigo el lamento de todos ellos en el verso de uno que dice: *"en el fondo de los vanos placeres que persigo deseoso de aturdirme, encuentro un tal hastío ¡que me siento morir!"* Con razón ha dicho una bella inteligencia: "Dios para castigar el mal, no tiene necesidad de intervenir: le basta con dejarlo hacer."

* * *

Pues bien, a todo ese número incontable de espíritus atormentados y de corazones angustiados, ¿quién los apaciguará? ¿Quién los reconciliará consigo mismos, con Dios y con la vida? Para ello es necesario poder llegar hasta el fondo mismo de la conciencia humana. ¿Y qué hay en el mundo que pueda penetrar en esa profundidad tan personal, tan privativa, tan secreta y tan inviolable? La violencia puede forzarlo todo en el mundo, menos la conciencia. La conciencia del hombre puede repetir, dirigiéndose a la violencia, lo que Dios dijo a la furia desencadenada del océano al ponerle límites: *"¡Hasta aquí llegarás, pero de ahí no pasarás!"*

Cerradas están a todo lo humano, a todo el universo, las puertas que dan acceso a la conciencia del hombre. Sólo Dios la alcanza sin necesidad de abrirlas.

De esa misma manera se hallaban los Apóstoles en el Cenáculo. Turbados por la inquietud y por el miedo tenían las puertas cerradas. Jesucristo penetró de improviso. Al verle quedaron atónitos. Pero Él les dijo: *Pax vobis*: "Paz a vosotros." Era el principio de la realización de la cláusula profunda del programa divino.

Hermanos míos: todos los días se realiza esta aparición y millares de almas esparcidas por el mundo reciben ese mismo saludo; y en ellas se crea o se restablece la paz. Una luz se enciende en los espíritus, una gota de celestial dulzura cae en los corazones. Unas veces es el arrepentimiento del pecado, otras la admiración de la virtud y otras, la pasión de la verdad. Y siempre, bajo cada una de esas formas diversas y múltiples, es Jesucristo que entra hasta el fondo de la conciencia, haciéndola temblar de dulce emoción con este saludo: *Pax tecum*: "La paz sea contigo."

Y a fin de que esa paz sea difundida, ¡oh infinita misericordia de Jesús!, dió Él a sus Apóstoles y a sus Sacerdotes, esparcidos por el mundo y puestos al alcance y a la disposición de todas las almas, el poder divino de confirmarlas en la paz. "Como mi Padre me envió a mí, dice, yo os envío a vosotros. Recibid el Espíritu Santo. Los pecados que vosotros perdonéis quedarán perdonados."

¡Oh Jesús!, nuestra alma tiembla ante Vos con una emoción intensa provocada por una gratitud sin límites. No os habéis llevado con Vos la paz para que sólo reine en el cielo, no. Nos la habéis traído y nos la habéis dejado para que también podamos gozarla en la tierra. Vuestros Sacerdotes, vuestros Ministros, aunque pobres y modestos, son sus felices depositarios.

Al entrar en la casa de un enfermo formulan este saludo litúrgico que resulta tan fraternal: *Pax huic domui*: "Entre

la paz en esta casa", a la cual ha entrado la angustia, y en cada uno de cuantos la habitan.

Al ver que se pone de rodillas con toda humildad una conciencia arrepentida, forman sobre ella la señal de la cruz al mismo tiempo que dicen: "Tus pecados te son perdonados, vete en paz."

Al subir todos los días al altar para interceder por el mundo inmolando la víctima divina, exclaman: *Agnus Dei*, Cordero de Dios que con tu sangre lavas los pecados del mundo, danos la paz.

Y cuando terminada la jornada de la vida, cuando cesada la lucha acompañan a un hermano para depositarlo en el seno de la madre tierra para que lo guarde hasta el día de la Resurrección, lo bendicen diciéndole: "Descansa en paz."

Las almas lo saben, Señor, por eso acuden en muchedumbres compactas a vuestros templos. Nuestras Iglesias, son los asilos de paz colocados en medio del mundo. ¡Qué bello es el espectáculo que se da cuando se ve a seres separados por tantas diferencias, mezclándose fraternalmente los unos a los otros, para recibir la circulación de la savia divina de una misma fe, de una misma esperanza y de un mismo amor! ¡Qué atmósfera de calma la que a todos igualmente envuelve! Apenas transpuesto el dintel sagrado y hecha la señal de la cruz, su sombra protectora y su silencio augusto envuelve a las almas y las aísla del mundo, como si el mundo quedara a mil leguas de distancia. De tal manera se adivina, de tal manera se siente la cercanía de Dios, aún antes que el resplandor tembloroso y tenue de la lámpara del Sagrario nos diga en su mudo lenguaje, como Marta a María: "El Maestro está ahí y te llama." Sí, el Maestro está ahí en el Tabernáculo de nuestros templos, esperando a todos los espíritus

conturbados y los corazones dolientes para restablecerles la paz y restituirles la calma.

19/4/36.

* * *

Esa especie de manía suicida de que aparece atacada la humanidad interpone un velo fatídico entre el mundo de hoy y el saludo de Jesús Resucitado y victorioso, que es un augurio de Paz: *Pax vobis*. A través de ese velo se esfuma la blanca silueta de la paloma de la paz y se transparenta el negro espectro de la guerra.

Las naciones la temen, y sin embargo, como si obraran perturbadas, para defenderse de ella, la provocan, porque se concentran en un nacionalismo huraño y belicoso. Cierran sus límites con murallas de inexpugnables fortalezas y erizan sus fronteras de cañones. Para ello, según una estadística reciente publicada en Francia, en el año 1936 se invirtieron entre Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Polonia, Rusia y Estados Unidos, la suma fantástica de 178.000.000.000 de francos, elevada en 1937 a 217.000.000.000 para llegar en el año en curso a la de 259.000.000.000. No me corresponde ahora hablar de las consecuencias fatales de esta inverosímil y enfermiza carrera armamentista. Me basta con anotar el hecho.

Ante él considero conveniente no limitar la explicación de este Evangelio de la Paz, a la paz individual, a la paz de la conciencia, como lo hice otras veces. Convendrá, más bien, relacionarlo con la paz colectiva, la paz internacional, la paz social. Porque en una época de tanta confusión, como es la nuestra, se hace necesario preguntar y responder con toda claridad: ¿Cuál es la doctrina de la Iglesia respecto de la guerra? ¿La considera un mal?

* * *

Si se preguntara: ¿la peste es un mal?, ¿el hambre es un mal?, nadie se detendría en disquisiciones filosóficas o teológicas para llegar a establecer si lo es intrínseca o extrínsecamente. Pues, entonces, contéstese también que la guerra, salvo el caso excepcional de legítima defensa, es un mal y en proporción mayor, entre otras razones, porque es causante del hambre y de la peste. La guerra es mala porque es la violencia organizada para la destrucción de las vidas humanas y del patrimonio de los pueblos. Es mala, porque resulta inepta para defender el derecho y también para vengarlo; ya que en la guerra triunfa la fuerza, no el derecho. Es mala, porque es terriblemente fecunda en odios inextinguibles, incubadores fatales de venganzas. Es mala, porque es la antítesis de lo que hay de más bueno en el mundo, que es la Paz.

* * *

El Papa, que preside con tanta autoridad los destinos morales de la humanidad cristiana, guarda celosamente esta doctrina. Todo el mundo lo sabe. Es en estos momentos el más grande partidario de la paz y el más celoso de sus guardianes. Sus Encíclicas, sus plegarias, sus dolores, persiguen el objetivo supremo de la paz. Todo el mundo recuerda que no hace mucho tiempo, sin importársele del peligro en que ponía su propia tranquilidad, hizo suya esta frase enérgica de la Escritura: *Dissipa gentes quae bella volunt*: "Humilla, Señor, y destruye a los promotores de la guerra."

Tal es la doctrina de la Iglesia. Recórranse sus oraciones oficiales. En ellas la aspiración predominante es la de la paz. Su fórmula es: Paz y concordia entre los pueblos y los Príncipes cristianos. Y cuando hace que sus Ministros se postren ante los altares de Dios asumiendo una actitud suplicante en representación de sus pueblos, les ordena repetir: *A peste, fame et bello, libera nos, Domine*: "Señor, líbranos de la

peste, del hambre y de la guerra." Y en la más grande y augusta de todas las oraciones, la Misa, hay un instante de grandeza sublime. El sacerdote se inclina sobre la piedra del altar, fija la mirada en la divina víctima inmolada, golpea su pecho con humildad y compunción y dando a Dios el más pacífico de los nombres lo llama "Cordero de Dios", y le dice: "*Danos la Paz.*"

* * *

Hay en la actualidad una nueva causa de guerra más universal y más profunda que la de las ambiciones prepotentes de las razas y las hegemonías de las naciones. En el seno de los pueblos se están cultivando imprudentemente gérmenes de guerras fratricidas. Los que las promueven lo hacen, según parece, con el propósito de resolver un problema político económico o social: con el propósito de establecer el predominio de una forma determinada de gobierno dictatorial o democrático. Y unos y otros pretenden girar en su favor la influencia de la Iglesia y aun hacerla participar de su beligerancia. Quienes así proceden incurren en graves desaciertos. Y con ello demuestran, ante todo, un desconocimiento lamentable de la doctrina de la Iglesia, para la cual son igualmente respetables todas las formas de gobierno. Demuestran, además, una gran incomprensión del problema que ellos mismos tratan. Se detienen en su superficie, no lo alcanzan en su fondo. En su fondo anida la negación explícita o implícita de principios fundamentales del derecho natural, que es derecho divino. Negación inmanente en el fondo de los dos sistemas que se están disputando el predominio y que los vuelve igualmente funestos para los destinos de la civilización cristiana.

* * *

En la democracia, tal como quieren constituir la las tendencias denominadas izquierdistas, predominan la inclinación al ateísmo y la actitud casi siempre tumultuosa, propensa a degenerar en demagógica y revolucionaria. Y en la dictadura, tal como tratan de implantarla los cultores de la fuerza, prevalecen la autoridad totalitaria absorbente de los derechos naturales de los hombres y el endiosamiento del individuo que la inviste.

¿Cómo puede, por lo tanto, pretenderse que la Iglesia se complique con cualquiera de los dos sistemas cuya esencia la forman flagrantes negaciones de su fundamental doctrina? Y aun cuando no existieran estas razones esenciales que imponen la actitud prescindente de la Iglesia, nadie pretenda hacerla aparecer aliada de ningún partido por respetable que parezca. Partido viene de parte. Y la Iglesia no es para una parte del pueblo, sino para todo el pueblo y para la humanidad entera.

Los políticos, los sociólogos, los estadistas, tienen hoy una misión muy complicada y muy difícil. Nosotros pediremos ¡que Dios los ilumine y los asista! Pero que ellos a su vez dejen a la Iglesia tranquila en su pacífica propaganda de verdad, a fin de que, eliminados los errores de los sistemas, cualquiera que sea el que al fin se imponga, resulte capacitado para procurar la salvación del pueblo. Que dejen a la Iglesia entregarse libremente al desempeño de su misión de amor, a fin de que, apaciguados los rencores y los odios que dividen a los hombres, se vuelva posible la iniciación del reinado de la Paz que Jesucristo ha venido a ofrecer al mundo.

24/5/38.

* * *

Las palabras de Dios son creadoras. Crean lo que expresan. Cuando en medio de la inmensa oscuridad que llenaba el espacio dijo *Fiat lux*, fué creada la luz y reinó la claridad.

¿Quién podría expresar la paz que iluminó y serenó los espíritus entenebrecidos y conturbados de los Apóstoles y Discípulos que se hallaban encerrados por miedo a los judíos, cuando Jesucristo resucitado se les presentó de improviso y la creó dentro de ellos al decirles: *Hágase en vosotros la luz?*

Yo no sé si en alguna otra hora de la historia ha estado tan entenebrecido y conturbado el mundo como lo está hoy ante el miedo de una inminente guerra universal. Pero sé que nunca ha sido más generalmente apetecida e invocada la paz. En estos mismos días está resonando por todas partes el grito poderoso que acaba de levantarse para reclamarla.

Los hombres la buscan, porque presienten que la guerra sería seguida inevitablemente por el caos. Pero la buscan por medio de la fuerza. Y todos se dicen animados de propósitos pacíficos, pero el hecho es que nadie los cree.

Para formarse una idea de los extremos a que han llegado la desconfianza y el escepticismo entre las Naciones, basta darse cuenta de las colosales proporciones adquiridas por el armamentismo.

Desde que se puso en evidencia, hace como cinco años, el éxito negativo de la Conferencia del desarme, la carrera desenfadada del armamentismo aceleró locamente su ritmo.

La fuerza es necesaria para el mantenimiento del orden y para la defensa del Derecho. Lo sé. Pero sé también que las fuerzas que hoy están acumulando sobre sus espaldas las Naciones, son excesivas para el cumplimiento de esos fines nobilísimos. Sé además que el pueblo observa que, si en un momento dado se redujera a su justo medio la fuerza constantemente aumentada a sus expensas, las fantásticas sumas economizadas bastarían para aliviar la pobreza que lo aflige y para alejar la miseria que lo amenaza.

Y sé, en fin, lo que algunos parecen olvidar: que no será consistente la pujanza de ningún gigante que adopte el siste-

ma de cargar las espaldas en la misma proporción en que debilita los pies.

“Una convención acerca del desarme —escribió un hombre de Estado en 1934— habría garantizado cierto período de estabilidad en la política europea y mundial; el fracaso de la Conferencia en cambio, abre la puerta hacia lo desconocido.”

Por desgracia ya nos hallamos en condiciones de conocer con infinita tristeza lo que importa lo desconocido, al menos en sus efectos inmediatos, y podemos afirmar que es espantoso. Pero no hallaríamos palabras para expresar lo que será en un futuro próximo, si los acontecimientos no tuercen el rumbo, porque un abismo lleva a otro abismo.

Digo que los gobernantes pretenden justificar el medio elegido de la acumulación de la fuerza diciendo que se preparan para la guerra con el fin de asegurar la paz. Pero no sé si advierten que a fuerza de armarse han creado ya en el mundo un ambiente de guerra: ambiente que se está volviendo irrespirable y que es ya extremadamente perjudicial.

En su último Congreso, celebrado en Berlín, el año 1937, la Cámara de Comercio Internacional declaraba: “La carrera armamentista es una amenaza para la paz del mundo. Es por lo tanto necesario y urgente regular los conflictos políticos y calmar las aprensiones que surgen de la acumulación de los armamentos, para poder consagrar de nuevo en la mayor medida posible las fuentes productivas de las Naciones a los fines de una real utilidad económica y social.”

Ya sobran las pruebas que evidencian que por grandes que sean, andan desorientados los hombres que buscan la paz por medio de la fuerza.

* * *

Los católicos de todo el mundo, iluminados por razones superiores a las económicas y sociales, ya lo sabíamos. Los

Papas de los últimos tiempos han venido reiterando luminosas y paternales advertencias. “Los ejércitos innumerables —proclamaba León XIII— y la fuerza ilimitada de los aprestos bélicos, pueden servir para contener durante algún tiempo los ímpetus y los asaltos de los enemigos, pero la paz estable y segura no la producirán jamás. Por el contrario, las armas esgrimidas en gestos amenazantes, sirven más para alimentar que para extinguir los recelos y los odios: hacen vivir a los pueblos en continuos sobresaltos y traen consigo gravámenes y sacrificios que muchas veces no se puede decir que sean menos desastrosos que los de la misma guerra” (*Nostis errorem*, alocución de febrero de 1889).

Benedicto XV, en plena conflagración mundial, en su mensaje del 28 de julio de 1915, decía: “La seguridad y la tranquilidad de las Naciones, descansan sobre la mutua benevolencia y sobre el respeto del derecho y de la dignidad ajenos, más que sobre el número de los ejércitos y la indestructibilidad de las fortalezas.”

Y Pío XI: “La mejor garantía de la paz no se tiene en medio de una selva de bayonetas, sino en el seno de la confianza mutua.” (Carta del 7 de abril de 1922).

* * *

Está erizada de peligros la carrera armamentista, y al llegar a su término comprueba su fracaso cualquiera de las dos alternativas: la de la paz o la de la guerra. Digo la de la paz, porque ¿en qué se emplean luego esos millones de brazos? ¿cómo se desmonta la máquina? ¿cómo se normalizan las finanzas? ¿cómo se fomenta la producción? ¿cómo se combate la miseria?

Y digo también la de la guerra, que es la más segura de las alternativas, porque ¿cómo se la evitará?

Yo estoy persuadido de que los jefes de los Estados no

representan una comedia indigna cuando hacen protestas de patrocinar la causa de la paz. No me resigno a creer que alguno de ellos quiera efectivamente la guerra, ya que todos saben que detrás de ella les aguarda el caos. Pero creo que cuando imprudentemente se han dado a las marchas impulsos formidables, no siempre es posible frenarlas de golpe al borde del abismo. Creo que cuando todo se ha cubierto de pólvora, basta una chispa para provocar el estallido.

Deduzco de todo ello que el viejo adagio latino: *Si vis pacem para bellum*, si quieres la paz prepárate para la guerra, es, cuando menos, equívoco. Prefiero la fórmula de Agustín, el genio de Tagaste: *Obtinere pacem pace, non bello*. Conquistese la paz con la paz, no con la guerra.

* * * *

El problema de hoy no es el de las clases, que mantuvo agitada a la humanidad con el conflicto promovido entre el capital y el trabajo, entre la aristocracia y el proletariado. Este enorme problema no ha desaparecido, pero ha pasado a segundo plano, porque ha quedado absorbido, al menos momentáneamente, por otro de mayores proporciones. El problema que hoy pesa sobre la humanidad como un cielo de plomo, cargado de electricidad y cruzado por relámpagos, no es el de la lucha de las clases sino el de la rivalidad de las Naciones. Pero si entre éstas se produce el choque, el problema de las Naciones quedará sofocado bajo el problema de las clases. La guerra comenzará siendo internacional para continuar siendo social.

Ahora bien: afirmo que así como la fuerza ha sido impotente para solucionar el problema de las clases, lo será también para solucionar el de las Naciones. El instrumento para establecer la paz, no es el de la fuerza. No hay más que uno; el de la justicia. La justicia es el único medio que pue-

de establecer la paz entre las Naciones y entre las clases de la organización social, como lo es para establecerla en la conciencia de la persona individual. La paz por lo tanto nunca será producto de la fuerza, pero lo será siempre de la justicia.

El Jefe que ha dado Dios a su Iglesia, el Papa, para nosotros tan venerado y tan querido, poco después de subir a la Silla de San Pedro se lo ha recordado al mundo en nombre de Jesucristo.

Es una nueva aparición del Resucitado en la persona de su Vicario. Los discípulos de Cristo no están hoy encerrados en un cenáculo. Están esparcidos por el mundo: en el proletariado y en la aristocracia, en los pueblos y en los gobiernos. Pero están entenebrecidos por la inmensa nube que cubre el cielo y asustados por la catástrofe que los amenaza. El Papa desde el Vaticano nos está diciendo: *Pax vobis*. ¿Lo oirán los hombres? ¿Lo escucharán sobre todo los responsables?

¡Dios lo quiera!

16/4/39.

* * *

Desde 1914 el mundo ha perdido la paz. Desde entonces, nunca ha cesado de correr sangre humana en alguna comarca de la tierra. Y en otras, hasta tanto no llegara el momento en que se trabara la lucha, se preparaba calculada y sordamente la venganza.

El año 1940, ese estado permanente de discordia cruenta o incruenta, hizo su estallido formidable. Hay en la actualidad extensas regiones sobre las cuales los combatientes se destrozan con la consigna de la mutua destrucción hasta el aniquilamiento total. El resto del mundo que, al menos hasta ahora, no se halla en guerra, tampoco se halla en paz. Por una parte, ya sufre los efectos del tremendo choque, y, por otra, lo trabajan las discordias intestinas.

* * *

Al perder la paz, ha perdido el mundo la condición indispensable de la normalidad, del progreso y de la dicha. Ahora sabemos por experiencia que la paz es el divino tesoro de los pueblos. La guerra trae el hambre, la destrucción, la muerte, el llanto. La paz, en cambio, promueve la abundancia, la edificación, el bienestar y la alegría.

Pero, ¿por qué ha perdido el mundo la paz? Porque ha pecado y continúa pecando contra la justicia. Y ha sido revelado que “la senda de la justicia conduce a la vida, y el camino torcido, a la muerte” (Salomón, Proverbios).

* * *

Pero ¿qué es la justicia? La constante voluntad de dar a cada uno lo que en derecho le corresponde, sea que convenga o contraríe los propios intereses. De esta definición se sigue que si hay justicia, habrá paz, y si no hay justicia, no habrá paz. La justicia es una virtud individual y colectiva; lo que equivale a decir que obliga al hombre y obliga a la Nación. La justicia individual obliga al hombre para con el prójimo, y la colectiva obliga a la Nación para con las demás Naciones. Hay paz con el prójimo y paz con las Naciones cuando se respetan los derechos que a ellos corresponden, es decir, cuando se observa la justicia. La paz es obra de la justicia: *Opus justitiae, pax*. Fórmula divina, que ha sido providencialmente elegida como lema de su Pontificado por Pío XII.

• • •

Benedicto XV, hizo al mundo un llamado durante la conflagración del 14. Pidió una tregua en la cual se concertaran las bases de una paz justa y, por lo tanto, duradera,

quedando en salvo el honor de los ejércitos y la soberanía de las Naciones. Los gobiernos de éstas desoyeron su angustia y paternal admonición. La paz que luego sobrevino, no se estableció sobre la justicia. La impuso la fuerza, y por el tiempo que pudo, la mantuvo la opresión. Por eso duró solamente el tiempo necesario para preparar la revancha y para dejar crecer la generación destinada a ser carne de cañón.

* * *

Hoy Pío XII vuelve a levantar la rama de olivo, que el mundo no aceptó de manos de Benedicto XV. No es la misma, porque otras son las circunstancias. Es nueva, pero igualmente tomada del tronco milenarío y siempre verde de la Iglesia. Y, también como aquélla, para ser plantada en el mundo y para que pueda prender, pide un suelo de justicia. ¿Correrá la misma suerte? ¿El mundo enceguecido por el odio dejará de verla? ¿Los gobiernos se rehusarán a aceptarla? ¿La dejarán caer entre la sangre y el fuego que debilita y destruye a las Naciones? Hasta ahora ha sido así. Por eso el grande y acongojado Pontífice, al saludar al mundo con los aleyuas de la Resurrección el Domingo de Pascua, exclamaba: "...Desdichadamente no ha habido resurrección, no ha habido restauración de la paz entre las naciones, y entremezclada con nuestras alegres congratulaciones pascuales se advierte una nota de desesperanza que es motivo de gran pesar y de continua tristeza para nuestro corazón como lo era para el corazón del Apóstol San Pablo al preocuparse por sus hermanos, sus deudos según la carne." (Ep. a los romanos, Cap. 9, vers. 2.)

* * *

Si la voz del Papa no ha sido aún obedecida, la nuestra tan exigua y tan modesta no puede pretender que sea ni si-

quiera escuchada. Tampoco nos corresponde la misión de hablar al mundo. Pero tenemos el deber sagrado de hablar a una reducida porción del mundo, a la constituida por vosotros que me escucháis. Y en su virtud, cumplo con el doloroso deber de hacer esta denuncia: ¡nuestro pueblo tampoco se halla en paz! Mantiénese por fortuna hasta ahora alejado de la contienda internacional: pero se halla trabajado por profundas discordias intestinas. En muchos casos se halla herida de muerte la paz individual de la conciencia y la paz doméstica, la paz económica, la paz política, la paz social. El mundo de los espíritus se halla en pie de guerra. Y como si no fueran ya excesivas las causas internas, otras externas vienen a sumarse para ahondar aún más las discordias que están dividiendo a la familia argentina. ¡Alto ahí, cristianos, alto ahí, católicos y católicas; alto, argentinos y argentinas! Estamos llegando al borde del caos. ¡Basta ya! No nos precipitemos en él, reaccionemos a tiempo, si tenemos la pretensión de salvarnos.

* * *

¿Podemos reconquistar la paz? ¡Sí, podemos y debemos! En cuanto a la paz mundial, el Sumo Pontífice nos insta a emprender de nuevo la cruzada de la plegaria. "A vosotros y a todos aquellos que elevan sus espíritus y sus corazones a Dios, os repetimos hoy la invitación a orar y a redoblar vuestra oración. Sí, roguemos por una pronta paz, roguemos por la paz universal, no por una paz basada en la opresión ni en la destrucción de pueblos, sino por una paz que garantice el honor de todas las naciones, que satisfaga todas sus necesidades vitales y asegure los derechos legítimos de todas ellas." (El Domingo de Pascua).

Y en cuanto a nuestra paz, la podemos y la debemos reconquistar con nuestra plegaria y con nuestra conducta. Ac-

tualicemos el Evangelio de hoy. Después de la muerte de Jesucristo, los Apóstoles hallábanse presa del desconcierto y del miedo. Considerábanse expuestos al mismo trágico fin de su Maestro. Su fe en la resurrección era muy rudimentaria y se hallaba vacilante como la llama debilitada de una mecha, a la cual una brisa basta para apagarla. Se habían encerrado en el Cenáculo. De pronto, se aparece en medio de ellos el Divino Resucitado. Sin tiempo de reconocerlo, creen contemplar una visión, un espíritu, un fantasma. Se asustan, se espantan. Jesús los serena, los aquieta, los apacigua. Como resucitado, está transfigurado, resplandeciente. Conserva las cicatrices de los clavos y de la lanza, pero son luminosas. Se las muestra para recordarles que no vaciló ante los sacrificios exigidos para la rehabilitación de la justicia, y les dice: *Pax vobis*, "la paz sea con vosotros". Y de la misma manera como había penetrado en el Cenáculo, sin que se le abrieran las puertas, penetra en ese momento en sus almas. Y al entrar crea en ellas una constante voluntad de rehabilitar la justicia primero en sus propias conciencias y luego en las de los demás. Y con ello hace brotar en las almas de los Apóstoles la fuente perenne de la paz.

De esa manera iniciaba en el mundo la era del cumplimiento del programa que había anunciado cuando hizo su aparición en él. El cielo lo había promulgado. Los ángeles cantaron sobre la cuna de Belén: "En la tierra paz a los hombres de buena voluntad."

Hemos dicho que la justicia es la constante voluntad de dar a cada uno lo que en derecho le corresponde, sea que convenga o contraríe los propios intereses. Y bien, tal es la voluntad que Jesucristo exige en los hombres como condición previa de la paz.

Jesucristo vino al mundo a traernos del cielo la paz: vino a ofrecernos, a darnos la paz. Y entonces ¿por qué no hay

paz? Porque nosotros le oponemos resistencia. Si el terreno es árido o es adverso, la planta no brota ni prende. La condición de nuestra parte es la buena voluntad. La voluntad constante de ser justos en todo y con todos. Y esa voluntad casi siempre nos falta. En el mundo de hoy predomina la mala voluntad. Por eso lo normal es la discordia y la guerra.

* * *

La Iglesia, depositaria y continuadora de la misión de Cristo, no cesa de aconsejar, de ofrecer y de dar la paz. Al recién bautizado que va a iniciarse en la vida, lo introduce en ella diciéndole: *Pax tecum*: "la paz esté siempre en ti". Al arrepentido que luego de haberse descarriado retoma la buena senda, después de absolverlo le dice: *Vade in pace, et noli amplius peccare*. "Vete en paz y no peques más." Al que llega al fin de la jornada, y cae derribado por la muerte, lo bendice diciéndole: *Requiescat in pace*: "descanse en paz".

Repitiendo las palabras reveladas del Salmista, anuncia diariamente a todos: *Pax multa diligentibus legem tuam*: "Paz, mucha paz a los que aman y guardan la ley de Dios". Por el contrario, ¡cuánta inquietud para los que la quebrantan! Andarán escoltados de honores, cargados de oro, saciados de placeres, armados de poder, pero en su interior se sienten roídos por los remordimientos y la conciencia no los deja en paz.

¡Oh Divino Resucitado, de cuyos labios, dondequiera que apareces, fluye el saludo de la paz! Entra en mi alma, entra en el alma de cada uno de mis hermanos, entra en la familia, entra en los partidos, entra en las clases sociales. aun las más cerradas, entra hasta el fondo del corazón de la Patria, a darnos la paz. *Dona nobis pacem*. Y si no encuentras la buena voluntad, la constante voluntad de la justicia, créala con tu misericordiosa omnipotencia, *cor mundum crea in mi, Deus*,

et spiritum rectum innova in visceribus meis. Crea en mí un corazón limpio y renueva en mis entrañas la rectitud de espíritu.

2/4/41.

* * *

Hablando de la Resurrección de Cristo, San Pablo, divinamente inspirado, expone con profundo y claro razonamiento el dogma de la resurrección universal. Todos los cristianos somos miembros integrantes del Cuerpo Místico de Jesucristo. Él es la cabeza. Y ese cuerpo en la inmortalidad no puede quedar mutilado. Todos, pues, resucitaremos. *Omnes resurgemus.* Las almas no resucitan, porque no mueren; pero los cuerpos, sí. Para ellos la muerte es como un largo y profundo sueño. A su hora despertaremos todos. Antes de devolver la vida a los muertos solía decir Jesús refiriéndose a ellos: *dormit*, "duerme". Quería significar que para su omnipotencia es tan fácil resucitar a un muerto, como para nosotros despertar a un dormido. La idea de comparar la muerte con el sueño se ha generalizado. El sitio destinado al descanso de los cuerpos se llama cementerio, que quiere decir: dormitorio. En él duermen esperando ser despertados por el Señor al fin de los tiempos. En el interior del pórtico de nuestro cementerio de la Recoleta se leen estas dos palabras: *Expectamus Dominum*: "Esperamos al Señor".

Profundizando más la realidad, deberíamos decir que el cementerio es, además, un laboratorio. En él la materia de nuestros cuerpos es trabajada por fuerzas misteriosas que la disgregan y disuelven. Queda al fin reducida a una cosa impalpable, que no tiene nombre en el lenguaje humano. ¡Así se llega a la purificación hasta del último vestigio de contaminación carnal! Mas, aún cuando todos resucitaremos, continúa diciendo San Pablo, *non omnes im mulabimur*, "no todos quedaremos transfigurados". Deja con esto establecida la

diferencia de sanción entre el bien y el mal. Transfigurados en gloria serán sólo los cuerpos de los que, vencidos para no ser malos, fueron buenos, de los que murieron en gracia de Dios. A éstos se refiere, cuando añade: *Seminatur corpus materiale, surget spirituale*, "se deposita en el surco del sepulcro un cuerpo material y resurge espiritual". Y su materia espiritualizada, se vuelve gloriosa y sutil. Así como se transfigurarán los cuerpos de los buenos al fin de los tiempos, se transfiguró el cuerpo de Jesús al tercer día después de su muerte, cuando volvió a unírsele el alma que de él se había separado, al expirar en la cruz la tarde del Viernes Santo.

Para el cuerpo espiritualizado, transfigurado y glorioso de Jesús resucitado, la materia deja de ser un obstáculo. La traspasa como la luz y el calor traspasan el cristal. De esa manera, cuando se levantó del sepulcro, salió de él como un sol. No hubo necesidad de romper la peña en que había sido cavada la tumba, ni de remover la pesada piedra con que habían cerrado su entrada. La piedra fué removida por los ángeles después, para que pudieran entrar las mujeres a contemplar el lugar donde había sido sepultado el cuerpo de Jesús.

De la misma manera como había salido del sepulcro, entró Jesucristo resucitado al Cenáculo, como nos lo dice el Evangelio de hoy. Los Apóstoles y los discípulos se hallaban en su interior a puertas cerradas por miedo a los judíos. El primer saludo de Jesucristo fué el mismo con que continuará saludándolos después: "La paz sea con Vosotros". *Pax Vobis*. Cuando el Verbo se hizo carne, los ángeles del cielo lo presentaron al mundo diciendo que acababa de nacer el que traía la paz a los hombres de buena voluntad. Es decir, el que traía lo mejor que se puede ofrecer a los hombres: la paz. La paz es a veces más preciosa que la vida. Cuando la pierden, suelen decir los hombres: "esto no es vida".



¡Cuán bello y cuán fecundo es el saludo de Jesucristo resucitado: *Pax vobis!* Reconquistar la paz es a veces más que recuperar la vida. La paz es como la salud: no se aprecia lo bastante hasta después que se pierde. ¿Por qué se pierde la paz? He aquí una cuestión que nos interesa vivamente. Se pierde la paz porque se falta contra el Decálogo. Todo lo que quita la paz está prohibido por el Decálogo. No es el conocimiento del Símbolo el que crea y conserva la paz, sino el cumplimiento del Decálogo. Y esto en el orden individual, lo mismo que en el social. “Cuando Jesucristo inició la regeneración de la humanidad dijo a los Apóstoles: Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id, pues, y enseñad a las gentes, pero enseñadlas a cumplir con todo lo que he mandado”. La gentilidad era pagana y, sólo con la práctica del Decálogo, se fué haciendo cristiana. Hoy han perdido la paz muchas conciencias, muchas familias, muchos gobiernos y muchos pueblos. Pero ¿por qué? Porque dejaron de cumplir las prescripciones contenidas en el Decálogo y la sociedad cristiana comenzó de nuevo a volverse pagana. La ley de la vida en el neopaganismo la da la ambición servida por la fuerza. Pero esa regresión no se realiza sin provocar inmensos desastres. No tengo necesidad de demostrarlo con la lógica; hoy tienen la palabra los hechos.

Ante ellos cunde la alarma y la tremenda experiencia obliga a formar la resolución de preparar la defensa de la civilización cristiana con todos sus valores espirituales y morales. ¿Y quiénes deberán defenderla? Nuestra generación y en especial nuestra juventud. Mas he aquí una de las grandes contradicciones de las épocas de transición. Para salvaguardar la civilización cristiana, lo primero que se requiere,

por parte de quienes deben defenderla, es el conocimiento de los principios que la crean y la sustentan. Pero ¿qué es lo que pasa? A la juventud se la instruye en todo, menos en el Cristianismo. El conocimiento del Cristianismo continúa siendo la única materia excluida de los programas que completan la instrucción primaria, secundaria y universitaria.

Son muchos, en verdad, los hombres influyentes y responsables que ya han adquirido el convencimiento de la necesidad de formar a las nuevas generaciones en la moral cristiana. Pero son también muchos los prejuicios que les impiden poner en práctica la resolución de implantarla. ¡Quiera Dios que cuando se decidan, no sea ya demasiado tarde!

Repetidas veces hemos denunciado ante el tribunal de la opinión pública la especulación y el monopolio, sobre todo cuando, como ahora, se ejercen al precio duro y cruel del hambre y de la miseria del pueblo. Pues he ahí uno de los resultados de la formación con absoluta prescindencia de la moral cristiana. Si el egoísmo es la única ley de la vida, ¿quién puede considerarse con derecho a recriminar el desenfreno de la ambición y la avaricia? Nadie. ¡Si hasta se han creado doctrinas, para justificarlo! Tal es la doctrina del liberalismo económico. Pero véanse las contradicciones a que se llega. Los partidarios de la libertad económica sin el control de la ley, abusan de tal manera de ella, que hacen necesaria la represión del Estado. De modo que los primeros causantes de las dictaduras suelen ser los partidarios incondicionales de la libertad. ¡De qué manera tan trágica las consecuencias traen en sí mismas la venganza de la conculcación de los principios! Pero ¡qué ha de hacerse! Ya que así lo quieren, o, al menos, ya que así la provocan, que venga y que venga rápida y enérgica la represión del Estado, puesto que la ley suprema es la salud del pueblo: *Salus populi, suprema lex.*

En los conflictos económicos se encuentra uno a cada paso

con un hecho que confirma la verdad sustentada por Lacordaire: "En la lucha del débil con el fuerte, la libertad es la que oprime y la ley la que liberta."

* * *

Nunca como hoy quisiera yo que mi palabra tuviese la fecundidad de la de Cristo para saludar a todos cuantos carecen de paz, diciéndoles: *la paz sea con vosotros*, y al expresarles el voto, yo quisiera creársela en el alma. Yo quisiera creársela en la conciencia, en la familia, en el pueblo, en el mundo. Cuéntanse por millones los que se hallan sin ella. Están mil veces peor que los discípulos encerrados en el Cenáculo. Aquéllos no abren las puertas de sus vicios, de su odio, de su ambición, ni éstos, las de su tristeza, de sus prejuicios, de su desesperación o de su incredulidad. Se mantienen sustraídos a la influencia bendita de la paz: persisten en su encierro. No importa. La palabra humana puede dar un pensamiento, una idea; pero la palabra evangélica, la palabra que es la prolongación de la de Cristo, la palabra en primer término del Papa y también la del último de sus ministros, como es la mía, da más, infinitamente más, porque da la gracia. San Agustín la compara con la Comunión que contiene a Dios. Yo quiero ser uno de los que se consagran a dar a sus hermanos la Comunión de la Paz. Así sea.

12/4/42.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

DIJO Jesús a los Fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es el buen pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo al lobo, desampara a las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por cuanto es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí. Así como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre y doy mi vida por mis ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; a ellas igualmente debo yo conducir las; y escucharán mi voz, y habrá un solo redil y un solo pastor.

San Juan, cap. X, v. 11-16.

El Evangelio de hoy me ofrece la oportunidad de insistir en la necesidad de utilizar el amor fraternal, como único medio eficaz para desintoxicar a la humanidad del envenenamiento de odio que la perturba y la mata. El de hoy, en efecto, es el Evangelio del amor bajo la forma cautivadora de la bondad.

No hablaré de la bondad de Dios para con los hombres. Bondad que escapa a la inteligencia porque es infinita. Bondad merced a la cual existimos y dentro de la cual vivimos, palpítamos y nos movemos. Bondad que, después de darnoslo todo, se nos da a sí misma para nutrirnos, para mejorarnos, para divinizar nos. "El buen Pastor alimenta con su propia vida la de sus ovejas,"

Tampoco me referiré a la Bondad de los hombres para con Dios.

Hablaré de esa otra forma de bondad que si existiera, el mundo tendría menos de infierno y más de Paraíso: de la bondad del hombre para con el hombre.

* * *

Hermanos míos: el estado en que se halla la humanidad nos advierte de la urgente necesidad que tiene no de que los hombres lleguen a ser más sabios o más políticos, o más ricos o más fuertes, ¡sino de que se decidan a ser simplemente más buenos!

¿Queremos sinceramente que lo sean? Hay este solo medio infalible de lograrlo: ¡comencemos a serlo desde ahora cada uno de nosotros!

Entre todos los elogios que pueden hacerse de un hombre, el único que en realidad llega al alma, porque no puede salir sino del alma, es el contenido en estas palabras: ¡qué hombre tan bueno!

¡Cuán satisfecho me sentiría si el fruto de esta explicación fuese la resolución sincera de todos cuantos me escuchan, de llegar a merecerlo!

* * *

Si nos concentramos un momento para observar lo que pasa a este respecto dentro de nosotros mismos, tal vez muchos coincidamos en descubrir esta disposición: "yo quisiera ser bueno con todos, pero no puedo." Pero yo os aseguro, sin embargo, que si ahondamos hasta nuestra esencia, nos convenceremos de que el "no puedo" debe ser sustituido por "no quiero".

¿Existe, acaso, fuera de nosotros, algún obstáculo, alguna barrera, algún abismo que nos lo pueda impedir? Ninguno.

El camino real que conduce a la bondad está libre de obstáculos y se lo encuentra en todas partes. Cualesquiera que sean las condiciones en que vivimos y el punto en que nos hallamos situados, no tenemos más que dirigirnos hacia adelante con las manos tendidas, con toda la sinceridad del corazón, para dar con la bondad. Todas las cosas, por adversas que parezcan, serán otras tantas aliadas de nuestra buena voluntad. No es otro su destino.

Con frecuencia se mutila esta gran verdad, vasta como el universo, inmensa como la vida. Se piensa que las cosas, que los hombres, que el medio, constituyen obstáculos insalvables y que nosotros debemos soportar su tiranía. ¡Qué error! ¡Acontece todo lo contrario! No hay nada que no se halle a mi servicio. Para la dulce tarea de la conquista de la bondad todo puede ser igualmente utilizado. Nada exijo, pero tampoco nada excluyo. Mi cuerpo y mi alma, la vida y la muerte, el ser infinitamente pequeño y el inmensamente grande, la debilidad y la fuerza, la pobreza y la riqueza, la ignominia y la alegría, la calumnia y el aplauso, el mal y el bien, todo, todo puede ser utilizado por mí, como elemento de bondad. Y puesto que es así, quiere decir que la realidad refractaria, la dificultad definitiva, el obstáculo real, no se halla en ninguna parte, en ninguna, a no ser que yo quiera que se encuentre en mí, dentro de mí, como acontece cuando me rehusé a utilizar las cosas para el bien y me decidí a emplearlas para el mal.

* * *

Nada de cuanto se halla fuera de nosotros, ni el mismo demonio con todo su séquito, dispone de un poder incontrastable. Nos opondrán dificultades, pero las dificultades no son para vencer sino para quedar vencidas. Y dentro de nosotros todo puede ser transformado en medio para el bien,

hasta nuestras propias deficiencias. Nuestras virtudes suben sobre nuestros defectos, como la hiedra trepa sobre los muros.

¡Qué consuelo, Dios mío, el saber que nada puede interceptarnos el camino que decide recorrer nuestra voluntad! En el orden moral no hay delante de nosotros barreras infranqueables, ni puentes destruidos, ni selvas impenetrables, ni climas mortíferos, ni desiertos infecundos. No hay más que resistencias educadoras, como las resistencias de los cauces para el agua de los ríos, y hostilidades provechosas como las de las manos que se frotan para que se laven.

Desde que Cristo venció al mundo, al demonio y a la carne, no ha quedado nada que pueda servir de obstáculo insalvable, nada que pueda imposibilitarnos pesando sobre nosotros como una angustia o como una maldición. Siempre brilla delante de nosotros la fe repitiéndonos esta frase de la victoria: *Sufficit tibi gratia mea*: "Para ser bueno te basta mi gracia."

La conclusión, por lo tanto, se impone: nada de cuanto Dios dispone o de cuanto Dios permite debe provocarnos a odiar o a destruir, y todo debe instarnos a perfeccionar y a reconstruir.

¡Oh Dios, cuán lejos estamos todavía los cristianos de vuestra serenidad, de vuestra calma, que algún día tendrán que constituir el clima de una futura humanidad! ¡Cuán poco se ha contagiado hasta ahora nuestro espíritu de la indulgencia del vuestro! ¿Por qué alimentar los impulsos instintivos, las ciegas arremetidas, los vandalismos devotos contra los que son o nos parecen malos? ¿Por qué las repugnancias hacia los que son o se hacen pobres? ¿Por qué las invectivas implacables contra los que están equivocados? Si para nosotros pedimos a Dios misericordia, ¿por qué reclamamos para los demás justicia? ¡Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nos el reino de tu Bondad, de la bondad de todos, de

la bondad para todos, para que en el mundo no haya más que bondad, la bondad que tiene la virtud de transformar los lobos en corderos!

1/5/38.

* * *

El Evangelio del último domingo era el Evangelio de la paz; el de hoy es el Evangelio de la bondad. Hay entre ellos una íntima correlación. Una relación de dependencia. La bondad es tan necesaria a la paz como la raíz al fruto.

¿Qué sería necesario para que en el mundo hubiese más paz? Que hubiese más bondad.

Los hombres aspiran a ser más ricos, a ser más sabios, a ser más fuertes. Y por ello no se les debe recriminar. Pero la paz humana no depende ni de la riqueza, ni de la sabiduría, ni de la fuerza de los hombres. En la actualidad estamos soportando esta evidencia. Para que sea posible la paz, no basta con que los hombres lleguen a ser más ricos o más sabios o más fuertes; se requiere que se decidan a ser más buenos.

El Evangelio de hoy es la divina exhortación a la bondad. En él Jesucristo lo proclama y se propone a sí mismo como modelo: "Yo soy el Buen Pastor, el que no tiene las ovejas para servirse de ellas, sino para servir las; el que no cuida las ovejas para vivir de ellas, sino para vivir y para morir por ellas."

* * *

Esta exhortación a la bondad va dirigida, en primer término, a los pastores de almas. Los sacerdotes tienen en Jesucristo su modelo. Y si son fieles a su vocación, tienen oportunidades de imitarlo en la vida diaria.

El sacerdote debe renunciar a poseer un hogar, para tener un aprisco.

No debe contraer vínculos de familia, para poderse entregar todo entero a sus ovejas.

Debe renunciar al lucro apartándose de los negocios temporales, para tener la libertad de consagrarse a los espirituales.

Ha aceptado la misión de alimentar a las ovejas, es decir, de anunciar el Evangelio y de predicar la verdad. Y os aseguro que este deber no es de los menos penosos. Para cumplirlo, necesita imponerse renunciamientos constantes, entregando su tiempo al estudio, su mente a la reflexión, su descanso a las vigiliass. Necesita armarse de valor para predicarla en todas las circunstancias, lo mismo cuando son favorables, que cuando son adversas. Porque a veces resulta cómodo y ventajoso, disimularla o callarla.

Y sobre todo ha renunciado a lo que hay más difícil de renunciar en la vida: a la propia voluntad. En la solemne ceremonia de la ordenación sacerdotal hay un momento sublime. Es un símbolo externo de una realidad interior.

El ordenando se pone de rodillas ante el Obispo Consagrante. Éste toma entre las suyas las manos juntas del novel sacerdote —simbolizando la inmolación a la obediencia— y le hace esta pregunta: "*Promittis obœdientiam et reverentiam?*" ¿Prometes obediencia y reverencia? El ordenando contesta: "Prometo". El Obispo lo besa en la mejilla como expresión del júbilo que causa a la Iglesia el heroísmo de su nuevo Ministro; y le dice: "*Pax tecum.*" La paz sea contigo. Es claro, la paz es fruto de la buena voluntad, la paz es fruto de la bondad.

Después de haber inmolado la propia voluntad, puede decirse que ya no queda nada, no queda más que la vida. Pero después de la inmolación de la voluntad, la de la vida no es más que un detalle. El Sacerdote sabe que debe no

sólo exponer, sino también dar la propia vida, cuando ella es necesaria para la salvación de los que le están confiados.

Se dirá que hay quienes no se ajustan a esas sublimes exigencias. Si los hay, somos los primeros en lamentarlo con infinita tristeza. Pero todos cuantos quieran ser dignos de su vocación, deben imitar esas virtudes del Buen Pastor. Y a fe que los hay. En cuanto las gentes, dominadas por prejuicios, se ponen en contacto directo con algún sacerdote, se les suele oír exclamar: "Si todos fuesen así..." El hecho es que en todas las épocas de la historia y en todos los lugares de la tierra, hubo y hay muchos millares de fieles imitadores del Buen Pastor, que luego de vivir en una pobreza honorable, y de trabajar con una abnegación ignorada y de dar, no ya lo que les sobra, sino lo que les hace falta; dan la vida muriendo, ya sea en el martirio, ya en el contagio, ya en el secreto desfallecimiento del propio corazón.

Es que el Buen Pastor conoce a sus ovejas, y conociéndolas las quiere, y queriéndolas se halla dispuesto a sacrificarse por ellas. "*Cognosco oves meas*", dice Jesucristo; "*et cognoscunt me meae*", y ellas a su vez me conocen a mí.

Esas consagraciones del Pastor crean en las ovejas deberes de correspondencia. Hacia un hombre que nos está consagrado, y cuya ocupación preferente consiste en proporcionarnos, aun a riesgo de la propia vida, los medios de salvación, la indiferencia sería ingratitud. Dice Jesucristo que las ovejas deben conocer a su Pastor. Deben conocerlo en sus preocupaciones, en sus estrecheces, por más que permanezcan disimuladas, y tratar de ayudarlas. Deben conocerlo ante el mundo, no negándolo por cobardía, sino defendiéndolo cuando es atacado, sobre todo como acontece en la mayor parte de los casos, cuando se lo hace con tanta injusticia. Deben conocerlo ante Dios, rogando por él. Él lo hace todos los días por nosotros, cuando inmola la víctima divina sobre el altar

y cuando se inmola a sí mismo en las múltiples crucifixiones de la vida cotidiana.

* * *

Pero los tiempos actuales no son propicios a que limite la lección del Evangelio de hoy a la de la bondad de los Pastores para con sus ovejas y la de éstas para con aquéllos. Debo extenderla a la necesidad imperiosa de la bondad de los hombres entre sí, como condición indispensable de la paz que todos anhelan.

Decía Lacordaire: "Por encima de todo, sé bueno. La bondad es lo que más asemeja a Dios y lo que más bien hace a los hombres."

Sí, mis hermanos, al hacer el bien, hagámoslo siempre con bondad. Muchas veces se aprecia más la manera con que se hace el bien que el mismo bien. Si el bien no es hecho con bondad, no deja en quien lo recibe la impresión de bien. No me atrevería a decir que es preferible no hacer el bien, si no se lo hace con bondad. Pero afirmo, que si se lo hace sin bondad, se lo hace mal, y la impresión que causa no es de quien hace bien, sino de quien hace mal.

Muchas veces no es posible hacer el bien: cuando no está al alcance de nuestra mano, ni depende de nuestra voluntad. Pero cuando se hace entrar en juego la bondad para exponer la razón por la cual no nos es posible, se hace un bien y a veces un inmenso bien. ¡Cuántas veces nos compensa la pena que nos causa la imposibilidad en que nos hallamos de hacer el bien, una respuesta semejante a ésta: "No importa; la bondad con que me habéis atendido me ha consolado y me ha confortado más que si en realidad me hubieseis favorecido"!

¡Ah, qué bueno es ser bueno! ¡Cuánto bien hace a aquel que lo es y a aquel para con quien se es!

Desde este punto de vista, podría yo decir que la bondad es una aparición del cielo, que al pasar por la tierra pisando espinas, las transforma en rosas.

Previendo Dios que la tierra iba a convertirse en un valle de lágrimas, quiere que para enjugarlas haya un poco de bondad en cada creatura humana.

* * *

Una joven de 20 años decía: "Señor, haced que yo no sea egoísta, yo no quiero serlo; haced que yo me dé, que yo os dé a Vos de quien me siento llena." Dar mucho de lo que se posee, es algo; darlo todo, es mucho. Pero todo ello no es bastante, podemos dar todavía más, podemos darnos a nosotros mismos, podemos dar algo de lo que somos, podemos dar todo lo que somos, podemos dar la vida. Y aun cuando esto parezca mucho, aun cuando esto nos parezca todo, sin embargo podemos dar aún infinitamente más, podemos dar bondad, y la bondad es algo, no de nosotros, sino del Dios que tenemos dentro de nosotros mismos.

Cuando Jesucristo designó el hombre que debía representarlo en la tierra después que se volviese al cielo, antes de transmitirle su autoridad, le hizo una pregunta. Esa pregunta se la reiteró tres veces. No le preguntó si era rico, si era sabio o si era fuerte. Eso no interesa. Le preguntó solamente si era bueno, si quería ser bueno con Dios y con todos sus hermanos los hombres. Le preguntó si lo amaba: "*Simon Petre, amas me?*"

En el corazón del Buen Pastor, que en estos días cargados de incertidumbres y de odios ha dado Jesucristo al mundo, arde aquel mismo amor, como característica eminente. Y ese amor lo apremia a decir a los hombres que se decidan a ser más buenos, si quieren preparar el reinado de la paz: "*Charitas Christi urget nos.*"

Les dice que la paz no puede brotar sino del consorcio de la caridad con la justicia, y el consorcio de la caridad con la justicia es la bondad. No se es bueno si se falta a la caridad, no se es bueno si se falta a la justicia.

Y para que ese reinado se aproxime, organiza y promueve una campaña universal. Una movilización general de las almas, desde el 1º de Mayo. ¡Qué movilización tan distinta de la que seduce a los ricos, a los sabios, a los poderosos de la tierra! Las almas van a ponerse en pie de paz, empuñarán las armas, las armas de los buenos, las de la plegaria al Dios bueno por intercesión de la Virgen Sma., la Madre buena. Y ha pedido que en especial se movlice para esta campaña a los menos malos, a los más buenos, a los niños. Y dice: “¿Cómo pueden ser rechazadas estas plegarias, si los ruegos de los ángeles del cielo que anunciaron la paz y los ruegos de los niños, que son los ángeles de nuestra tierra, se unen en una oración universal?” Condúzcanse a los templos a los niños y élévense las preces de las agrupaciones infantiles, “a fin de que de este modo pueda esperarse que se apacigüen nuestros rencores mutuos, se aquieten nuestras almas y se moderen las discordias entre los pueblos para que puedan volver mejores tiempos para la humanidad.”

23/4/39.

• • •

El de hoy podría llamarse “el Evangelio de la Bondad.” ¿Qué es la bondad? En último término, la bondad es Dios que se da. En su esencia originaria, la bondad podría confundirse con la vida. En definitiva, ¿qué es la vida? Dios que se comunica. Por eso Dios se define indistintamente, unas veces Bondad y otras Vida. *Vivo Ego*, dice Dios en las Escrituras: Soy el que vive en virtud de su propia vida. *Ego sum vita*, dice Jesucristo, *Yo soy la vida*.

Toda vida, por lo tanto, procede de Dios. Fuera de Dios

todo lo que vive tiene una vida comunicada, diría mejor, parasitaria.

El Evangelista, iluminado por la revelación, dice a su vez: *Deus charitas est*. Dios es la Bondad.

* * *

Si penetramos más a fondo, descubriremos que estas dos magníficas concepciones de Dios se reducen a una sola: porque, en definitiva, la vida y el bien se confunden: *Ens et bonum*, dicen los filósofos, *convertuntur*. La vida en sí misma, es un bien; y sin el bien la vida deja hasta cierto punto de ser vida, es decir: vida completa, vida perfecta, vida apetezible.

* * *

Cuando Dios da la vida, da conjuntamente la bondad. "Cuando Dios hizo el corazón del hombre, lo primero que puso en él fué la bondad", dijo Bossuet. De modo que el hombre que recibe de Dios la vida, recibe del Mismo la bondad. De este punto de vista puede decirse que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Pero cuando el hombre, abusando de la vida, se entrega al mal, desfigura esa imagen de Dios y hasta la borra. Tal fué el resultado del pecado de Adán, en quien todos pecamos. La imagen de Dios va quedando reemplazada por la del hombre caído. Y esa imagen no es una reproducción muerta y sin vida, es viva y actuante. Por eso en el hombre que se separa de Dios comienza a actuar el egoísmo, es decir: todo lo contrario de la bondad. Y en la misma medida que lo invade el egoísmo, la bondad esencial desaparece, y llega un momento en que ésta se desvirtúa tanto, que ni siquiera basta para servir de control del egoísmo.

* * *

¡El egoísmo! He ahí lo que en estos momentos parece haberse constituido en amo del mundo. El egoísmo impera en las relaciones con el prójimo, en el seno de las familias, en las luchas de los partidos, en las rivalidades de las clases, en las guerras de las naciones.

Y no es posible esperar otra cosa cuando nos apartamos de Dios y dejamos de abreviar en la Fuente Divina de la Bondad.

¿Cómo podría el hombre prodigar bondad en torno suyo? Para prodigar hay que poseer en abundancia. El hombre, según el Evangelio, no puede sacar bondad sino del tesoro que tenga en su propio corazón. ¿Y si ese tesoro se halla casi exhausto?

Ved por qué el corazón del hombre se prodiga tan poco. Instintivamente se repliega sobre sí mismo, porque por encima de todo necesita vivir, quiere vivir, y quiere vivir como comprende que se debe vivir, es decir: bien. Según eso, más que a distribuir su vida y sus bienes, para que de ellos vivan los otros, se siente inclinado a utilizar los bienes y aun las vidas de los otros para procurarse él, una buena vida. De ahí proceden todos los negociados, todas las exacciones, todas las violencias. El hombre es, en virtud de su naturaleza caída, un ser utilitario. Su egoísmo, en el fondo, no es otra cosa que una exigencia de su miseria. No vive ni actúa para los demás, sino de los demás. Y es un mercenario, es el pastor mercenario de quien nos habla Jesucristo en el Evangelio de hoy, que vive de sus ovejas, pero que no da la vida por ellas.

No sé si alguna vez en el mundo han abundado tanto como ahora los mercenarios; y abundan porque sobreabundan los egoístas. Por eso, hoy más que nunca hace falta que renazcan los buenos, los esencialmente buenos. Si el mundo ha de salvarse sin un gran milagro de Dios, si el mundo ha de sal-

vase por la acción de los hombres, no será ciertamente, ni por los ricos, ni por los sabios, ni por los estadistas, ni por los guerreros, ni por los políticos; sino por los humana y cristianamente buenos.

* * *

Hay una gradación en la bondad. El primer grado consiste en dar: dar de lo que se tiene. De esa bondad dimanan las dádivas, dádivas de lo que nos pertenece, que no son parte de nosotros, sino que son bienes nuestros, pero que se hallan fuera de nosotros.

El segundo grado consiste en dar no ya de lo que se tiene, sino de lo que se es. En este caso la bondad consiste, no en dar, sino en darse, lo que es inmensamente más. Así, uno da su amor, da su persona, da hasta su vida. Parece que esto fuera ya la culminación de la bondad y, sin embargo, no es así. El que recibe los dones de la bondad y aun la bondad misma, continúa siendo lo que es, es decir, un ser más o menos necesitado, más o menos aliviado y consolado; pero continúa en su misma inferioridad y guardando siempre la misma distancia que lo separa del que le da. Por mucha que sea la generosidad y la dignación del que da, esos actos reiterados no han alcanzado aún la culminación de la bondad. Esta bondad que tantos y tan abundantemente distribuyen, suele ser inoperante y quedar estéril en el sentido del mejoramiento material y de la elevación moral que en forma permanente debiera causar en aquellos a quienes se alivia y beneficia.

La generalidad de las personas que hacen caridad material, y aun espiritual, creen realizar actos de suprema bondad, porque descienden hasta los necesitados. No, no es así. Para que la bondad alcance toda su divina eficacia, es necesario que suba un grado más. No basta descender hasta el prójimo

con la dádiva, ni aun con la persona. La culminación de la bondad consiste en descender hasta los que se hallan más abajo, con el propósito de hacerlos subir más arriba. No se les debe hacer sentir permanentemente la superioridad. Es necesario levantarlos hasta cierta altura en la cual no les parezca tan sensible la distancia, ni les resulte tan humillante el contraste. He ahí el ideal supremo de la Bondad: el tercero y último grado de la Bondad verdaderamente cristiana. Ya los antiguos la vislumbraban cuando, refiriéndose a la amistad, decían: *Pares invenit aut facit*. La amistad es niveladora, porque se establece entre los que encuentra iguales, o los vuelve iguales.

El ejemplar es la Bondad infinita: Dios. El verbo es Dios. Dios es vida y es caridad. Dios da y se da. Da la vida, da la salud, da los bienes terrenales, da los bienes espirituales, da la gracia. Y además de dar, Dios se da. Para esto, *Verbum caro factum est*, "el Verbo se hace carne", se hace hombre y da su amor, da su persona y da su vida. "Yo soy el Buen Pastor", dice en el Evangelio de hoy. "El Buen Pastor da su vida por sus ovejas."

Pero no se ha conformado con eso. No se ha contentado con dar sus bienes desde la altura de los cielos, ni con darse a sí mismo, al dar su persona y al santificar su vida. Ha bajado hasta el hombre para hacer que el hombre subiera hasta El. Ha hecho desaparecer la distancia. A los hombres los ha elevado por la gracia para que, hasta cierto punto, fuesen iguales a El. Ha creado un parentesco con ellos; les ha otorgado una filiación real, ha establecido una verdadera hermandad entre los hombres y Jesucristo y les ha dado el derecho de llamarle Padre, como lo llama el Hijo. Los ha hecho participar de su vida divina y les ha dado hasta el nombre de dioses; *Dii estis*.

Tal es la esencia de la bondad cristiana. ¡Ah, si ella reinara en el mundo, en los diversos órdenes de la vida...! Observo que ahora las gentes se hallan muy divididas, entre otras cosas por las grandes disensiones que las separan en el juicio que hacen del pueblo. Hablan con exceso de democracia; unos la excomulgan, otros la bendicen. Creo que todos saldríamos ganando si se hablara menos en pro o en contra del pueblo, y se hiciera más por su elevación moral y material. Pero para realizar este bello ideal, sería necesario que los hombres se resolvieran a triunfar sobre el propio egoísmo y reemplazarlo con la bondad cristiana que incita a dar, y no sólo a dar sino también a darse; pero no a darse con el propósito de medrar, sino de hacer más llevadera la condición de los desheredados, menos irritantes las desigualdades económicas y sociales, más cortas las distancias y más fraternales las aproximaciones de las clases; y, en fin, más elevado el nivel moral y material del pueblo, para que comience a ser una realidad el advenimiento del reino de Dios, *adveniat regnum tuum*, con la unión de todos en el mismo amor a Dios y al prójimo, como lo manda el primero y más grande de todos los mandamientos cristianos.

27/4/41.



Jesucristo quiere que lo conozcamos en su intimidad. Para revelárenos se vale de una imagen, de una imagen ingenua, simpática, atrayente: la imagen del Pastor, del Buen Pastor. Del Pastor que personalmente cuida y alimenta a sus ovejas, que las conoce, las quiere y las defiende. Y las defiende hasta sacrificar por ellas su bienestar y hasta su vida. No es él como los demás pastores que viven de sus ovejas, ni como los pastores mercenarios que huyen ante el peligro del lobo que las asalta.

Hay muchas otras ovejas que aun no han entrado a formar parte de su rebaño, y dice él que las buscará sin descansar hasta encontrarlas, hasta que escuchen su voz y llegue el día en que no haya sino un solo rebaño y un solo Pastor.

Si Jesucristo no se hubiera representado en esa imagen, nosotros jamás nos hubiéramos atrevido a idearla. Y lo más conmovedor es pensar que esa misma imagen no es sino una pálida expresión de la realidad. La realidad es que su bondad es infinita.

* * *

La humanidad era el rebaño que andaba extraviado sobre esta tierra. Las ovejas vagaban perdidas e indefensas. Los lobos las perseguían y, o las dispersaban, o las devoraban.

El cielo, en cambio, era el aprisco feliz. En él se hallaban por miríadas los ángeles buenos. Y para toda la eternidad quedarían seguros en el aprisco de la gloria del Padre.

Cuando la Trinidad Santísima resolvió crear la humanidad hubo un Consejo de Gobierno de las Tres Personas Divinas. En él resolvióse crear al hombre a imagen y semejanza de Dios.

Después el hombre voluntariamente se desfiguró con el pecado. Borró en él la imagen de Dios, y la humanidad torció su rumbo, dejó de dirigirse hacia arriba: Se orientó hacia abajo, hacia el enemigo de Dios que la había tentado: Se orientó hacia el mal. Hubo entonces un segundo consejo de gobierno entre las tres Personas de la Trinidad Santísima. Y fué decretada la redención. La segunda de ellas, se ofreció a venir a esta tierra para convertirse en el Pastor del extraviado rebaño de la humanidad. Parecería inverosímil; pero es la pura realidad. Mas esta realidad sólo es posible en una Bondad Infinita. Dios es esa Bondad Infinita. Y para que nosotros pudiésemos verla, resolvió materializarla, hacerla sensible. Por

eso tomó un cuerpo humano, y convivió con nosotros, mostrándose manso, afable, condescendiente, bueno, infinitamente bueno. Y no con una bondad para con la humanidad en conjunto, sino para con cada uno de los hombres en particular.

¡Cuánta fascinación ejercía la bondad inalterable de Jesús! Una vez, al pasar ante la casa de un publicano, lo ve detrás del mostrador donde consumaba sus avaras exacciones. Le dice con sencillez: "¡Sígueme!" Y Mateo deja el dinero, la casa y la familia, sigue a Jesús y se convierte en apóstol, evangelista y mártir.

Otra vez mira bondadosamente a una mujer hundida en el fango de sus desórdenes, y ella corre a buscarlo, y rompe el alabastro de sus vanidades pasadas, y se arroja a sus pies, los lava con sus lágrimas, los unge con el unguento aromático, y se levanta con el alma perfumada por el perdón que han merecido su dolor y su amor. Amor y dolor que la han purificado tanto que las madres cristianas se complacerán después en poner a sus hijas virginales el nombre de Magdalena.

Un día, pasando por las calles, mira a un judío de pequeña estatura, que para poderlo ver había trepado a un árbol, y le dice: "Baja, he resuelto ir a tu casa." Taqueo baja precipitadamente, se va con Jesús y dice: "Hoy entra en mi casa la salud; yo quiero devolver el cuádruple a todos aquellos a quienes he defraudado."

Y una noche, al ser conducido a los tribunales, en medio del tropel de la gente, vuelve la cabeza, mira a Pedro que acaba de negarlo por tres veces, y Pedro sale afuera y se echa a llorar inconsolablemente, como lo seguirá haciendo, a la misma hora, todas las noches de su vida el primer Pontífice de la Iglesia.

Imposible enumerar todos los casos concretos. Recordemos tan sólo que cuando entraba en una casa a curar un enfermo, a resucitar un muerto, o simplemente a descansar, la muche-

dumbre la invadía, la llenaba y la rodeaba. Cuando predicaba a orillas del lago la multitud lo asediaba, y se veía precisado a subirse a una barca e internarse lago adentro. Y cuando se iba al desierto, las muchedumbres lo seguían, olvidándose hasta de comer. ¡Oh, fascinación de la bondad!

Una vez que el Buen Pastor de las almas hubo terminado su paso por la tierra, a la cual vino en busca de sus ovejas, debió decirse de El: *Pertransiit benefaciendo*, "pasó siendo invariablemente bueno y prodigando el bien." Pero al irse no nos privó del encanto de su presencia real en la tierra. Se quedó, aunque bajo nueva forma, para nosotros invisible, pero sensible, bajo la forma eucarística. Alma cristiana, que esto oyes: Tal vez no has estado siempre en el aprisco de Jesús. Tiempo hubo en que andabas lejos de El; en que vivías enredada en las zarzas y las espinas. ¿Quién te fué a buscar allí? ¿Quién desprendió tu corazón dulcemente, delicadamente de aquellas trabas, procurando que no se lastimase, que no se hiriese? ¿Quién te cargó sobre los hombros y te estrechó sobre el corazón? Demasiado lo sabes: fué el mismo Buen Pastor, resplandeciente ahora en el cielo y oculto en la Eucaristía, y que veinte siglos ha contaba esta parábola, y mientras la contaba estaba pensando en ti. Y no le detuvo la consideración de que pertenecieras a la clase alta o a la clase baja, a uno u otro de los partidos políticos, a tal o cual de las razas o de los pueblos beligerantes. El había venido a enseñar la verdad; y para hacerla aceptar, se valió de la bondad, que es lo único en el mundo que carece de fronteras. La verdad nunca se revela mejor que a través de la envoltura de la bondad.

* * *

En nuestros días la verdad parece que hubiese sido como exilada de entre nosotros. El confucionismo es un mal que se ha vuelto endémico. Hay momentos en que se cree en todo, hasta en lo más inverosímil, y otros en que no se cree en

nada. Tanto los que afirman como los que niegan una misma cosa, se consideran en posesión de la verdad. Los que se polarizan en los extremos pretenden que se halla de su parte la verdad. Este fenómeno se observa en todas las conversaciones y en todas las discusiones que se entablan acerca de asuntos sociales, económicos, filosóficos, políticos y aun religiosos. Hasta hay católicos que para justificar sus preferencias y obrar según sus prejuicios, afirman que se equivoca el Papa.

¿Nos hemos detenido a pensar seriamente de dónde proviene esta crisis de verdad? ¿No será la causa esa otra crisis que me parece todavía más aguda, la crisis de bondad?

El poder de la bondad es de una eficacia sin límites. Hay circunstancias en las que el más perverso de los hombres, cuando se halla frente a la bondad, se ve precisado a exclamar de palabra o con los hechos: "¡En cuántas verdades me estás haciendo creer; cuántas virtudes me estás obligando a adorar!"

Pero hoy escasea de una manera alarmante la bondad. Hay una terrible carestía de bondad. Y esta evidente carestía de bondad es producida por la falta casi absoluta de abnegación. El secreto de la bondad está en la abnegación de sí mismo en aras de los demás.

Donde no hay abnegación no puede haber bondad. Y no hay abnegación porque el egoísmo ha venido reconquistando los corazones humanos. Y donde hay egoísmo no puede haber abnegación. Si no hay bondad no hay amor. Por eso parece que viviéramos en el reino del odio. El creador de este reino es el egoísmo.

El egoísmo está consumando la reconquista de los corazones en todos los órdenes de la vida: en el orden doméstico, en el orden social, en el orden económico, en el orden político y aun en el orden religioso. Me detengo un instante en el orden religioso. El egoísmo penetra y conquista el corazón de los cristianos, y no se piensa en que el egoísmo es el móvil

del repudio y del odio. Entre los cristianos se odia. Aquéllos odian a los judíos, éstos a los rusos; unos a los alemanes, otros a los ingleses. Y entre ellos mismos se odian los cristianos, porque llegan a odiar a los otros cristianos que defienden a los que ellos odian.

Pero si hay algo que es esencialmente anticristiano es el odio; el odio es la negación misma del Cristianismo; es más, es la negación de Dios, porque *Deus charitas est*, "Dios es amor."

* * *

Esta misma verdad predicada hace cuatro o cinco años, no habría llamado la atención. Pero hoy, con el excesivo recrudecimiento de los prejuicios tan malignamente exacerbados, causa una especie de escándalo, farisaico por cierto, entre ciertos cristianos, cuando oyen predicar que no es lícito odiar a nadie: ni a los americanos, ni a los alemanes, ni a los ingleses, y ni tampoco a los judíos.

Si ayer esta predicación no levantaba resistencia, ¿por qué la levanta hoy? ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Ha cambiado la verdad? No, la verdad no varía. Entonces han cambiado los cristianos a quienes ella escandaliza. Y han cambiado porque se hallan desposeídos de la virtud de la bondad.

No perdamos nunca la más preciosa divisa de los cristianos, que es la bondad. Combatamos con toda valentía los abusos, los malos procedimientos, las malas prácticas de donde quiera que vengan y donde quiera que se encuentren, pero amemos a los hombres y seamos buenos con ellos, esclavos o señores, pobres o ricos, griegos o romanos, gentiles o judíos, como enseñaba San Pablo al día siguiente del deicidio, porque todos son formalmente hermanos, hijos de Aquel ante quien todos con igual derecho nos prosternamos para decirle: Pater Noster! ¡Padre Nuestro!

TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA

DIJO Jesús a sus discípulos: Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis a ver, porque me voy al Padre. Al oír esto algunos discípulos, se decían unos a otros: ¿Qué nos querrá decir con esto: Dentro de poco no me veréis; mas poco después me volveréis a ver, porque me voy al Padre? Decían, pues: ¿Qué poco de tiempo es éste de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos. Conoció Jesús que deseaban preguntarle, y díjoles: Vosotros estáis tratando y preguntándoos unos a otros por qué habré dicho: Dentro de poco ya no me veréis, mas poco después me volveréis a ver. En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis, y plañiréis, mientras el mundo se regocijará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está poseída de tristeza, porque le vino su hora; mas una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su angustia, por el gozo de haber dado un hombre al mundo. Así, vosotros ahora, ciertamente, padecéis tristeza; pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y vuestro gozo nadie os lo podrá quitar.

San Juan, cap. XVI, v. 16-22.

En uno de los períodos del discurso de Jesucristo, consignado en el Evangelio de hoy, el divino Maestro habla a sus discípulos en los siguientes términos: Debo deciros la verdad: vosotros sufriréis y lloraréis. El mundo se divertirá mientras vosotros os entregáis a la tristeza; pero tened la seguridad de que esa tristeza, pasado el corto tiempo que durará la vida, ha de trocarse en júbilo imperecedero. Cuando la mujer va a

dar a luz, se siente torturada por sus dolores; pero después del alumbramiento, los olvida y se entrega al júbilo, porque ha dado un hombre al mundo.

Hermanos míos: suele decirse que el Cristianismo es la religión que glorifica el sufrimiento y la muerte; la religión que nos estimula a sufrir y a morir sin otro aliciente que el de sufrir y morir.

Alguien ha dicho que todo error es un girón de una verdad. La sentencia encuentra una de sus mejores aplicaciones en este caso. Es cierto que el Cristianismo es la religión —agregaré más, la sola religión— que glorifica el sufrimiento y la muerte, pero no es cierto que nos estimule a soportarlos sin otro aliciente que el de sufrir y el de morir. No, el Dios del Cristianismo no es un Moloch que se goza en ver a sus adoradores debatiéndose entre las garras aceradas del dolor que los deshace para luego perderlos para siempre en el abismo de la nada. No, el Cristianismo constata con toda lealtad que el sufrimiento y la muerte, engendros del pecado, son realidades tremendas, realidades humanas, realidades cotidianas. Y no se despreocupa de ellas como las otras filosofías y las otras religiones que carecen de luz para explicarlas y de virtud para superarlas. Las acepta porque son inevitables, y las glorifica porque son redentoras, y las hace bendecir porque demuestra que son temporal y eternamente fecundas.

De nada sirve negarlas. De nada sirve cerrar los ojos para no verlas o tratar de divertirse para olvidarlas. Diariamente todos constatamos que sufrimos. Y si en algún momento privilegiado de la vida somos enteramente felices, tenemos la convicción de que el sufrimiento planea sobre nuestras cabezas y nos acecha para hacernos su presa en alguna de las encrucijadas del camino. Bendito sea por lo tanto el Cristianismo que nos da a conocer el secreto misterioso de la divina fecundidad del sufrimiento. Porque no se consuela a los que

sufren cerrando los oídos a sus lamentos o dejándolos debatirse en su impotencia o enseñándolos a blasfemar estúpidamente de la fatalidad de un destino irresponsable y ciego.

* * *

Es verdaderamente prodigiosa la fecundidad del sufrimiento. Es él quien crea la grandeza en el tiempo y da la gloria en la eternidad. Con palabras subrayadas por la vida, estoy capacitado para afirmar que es mil veces más fecunda que la exaltación del placer, la humillación del dolor.

El hombre que no ha sufrido, debe considerarse todavía como un niño, o más bien, como un pobre. En el mundo moral sólo el sufrimiento comunica vigor y acumula riqueza. Y no sólo riqueza, sino también autoridad. Quien lleva dentro de sí un gran sufrimiento lleva también una gran autoridad. Esa autoridad es más augusta que la de la ciencia y más respetable que la de la fuerza. En su presencia las cabezas se inclinan y los corazones se rinden espontáneamente, como delante de los solios y de los altares. La autoridad, ungida por el sufrimiento, es la única en la tierra que aparece nimbada por un halo misterioso.

* * *

Y hay más. El hombre que abrazándose a la cruz ha superado la prueba del dolor después de haber merecido reverencia, se conquista la confianza. A la inversa: el que ante la proximidad de una prueba o la perspectiva de una responsabilidad se bate en retirada, inspira desconfianza. El suicida es en el fondo un gran cobarde. Los desertores en todos los órdenes de la vida infunden lástima o desprecio. Hay algo indudablemente dentro de nosotros que se alegra cuando hemos logrado librarnos de sufrir. Pero también hay algo que se avergüenza porque hemos malogrado la oportunidad de dar la medida de

lo que somos capaces, de revelar una pasta de héroes o simplemente de mostrarnos hombres.

* * *

Esta fecundidad del sufrimiento es prodigiosa. Trasciende del orden individual al orden social. El bienestar se difunde siempre alrededor del hombre que sabe sufrir y que quiere sufrir para hacer gozar. Y no me refiero exclusivamente a los grandes dolores que marcan con caracteres inconfundibles ciertas vidas, sino a las infinitas mortificaciones que a diario se suceden y que son como las puntadas con que se van cosiendo esas alternativas de la existencia humana. No son más que gotas de agua prodigiosamente multiplicadas las que forman las lluvias que fecundan la tierra cubriéndola de flores y de frutos.

* * *

Todo cuanto llevo dicho vale para todos los hombres. Con respecto a los cristianos, a los creyentes, a los que están dotados no sólo de la mirada de la razón, sino también de la de la fe, el sufrimiento les reserva más allá del tiempo la fecundidad de la gloria en la región de la eternidad. Son solamente dos las sendas que a ella conducen: la de la inocencia y la de la penitencia. La imagen de Dios ha quedado desfigurada en nosotros por el pecado; la punta acerada del buril que el dolor pasa por el cuerpo y por el alma, corrige las deformaciones y restablece la imagen divina. Cuando nos hallemos próximos a la hora de la sanción definitiva una sensación misteriosa nos revelará que todas las satisfacciones de la vida fueron recompensas que se esfumaron vaporosas y ligeras y que sólo los sufrimientos resignadamente aceptados perseveran reclamando las compensaciones que los hombres les rehusaron en el tiempo y que Dios les reserva en la eternidad.

Los sufrimientos entonces quedarán trocados en júbilo impercedero porque supieron dar un hombre primero al mundo y después al cielo.

8/5/38.

* * *

El Evangelio de hoy es una parte del discurso de despedida pronunciado por Jesucristo el jueves santo.

Como era natural, el anuncio de la separación inminente causó un gran desaliento en sus discípulos. Mientras estaba con ellos, Jesús monopolizaba las persecuciones; todos los dardos enemigos iban dirigidos a Él.

Pero cuando Él se fuera, caerían sobre los discípulos. ¿Y quién los aconsejaría, quién los consolaría?, tales eran los pensamientos que trabajaban sus espíritus. Conociéndolos Jesucristo, les dijo: "Poco tiempo falta para que me dejéis de ver, es cierto. Pero después de otro poco de tiempo, me volveréis a ver."

¿Qué les quería significar con esto? ¿Acaso que volvería de nuevo a acompañarlos visiblemente en este mundo? ¡No! Para consolarlos les promete otra reunión, es verdad, pero no transitoria en la vida presente, sino definitiva en la vida futura.

Jesús se propone sostener a sus discípulos en los desfallecimientos que padecerán después de su partida.

Para ello ni les niega ni les oculta los sufrimientos que deberán soportar —todo lo contrario—, se los anticipa, se los profetiza: "Yo os lo aseguro, sufriréis, lloraréis, estaréis tristes." Y les aumentará la tristeza el contraste que ha de presentarles el mundo, que no acepta vivir según sus máximas: "Para vosotros la tristeza, para el mundo la alegría." Pero no os desalentéis —eso no durará mucho tiempo—, ¿qué es la vida del hombre por larga que se le suponga en compa-

ración de la eternidad? Apenas si llega a ser un punto en la inmensidad del espacio.

Y después de ese poco de tiempo que se desvanece con tanta rapidez, me volveréis a ver en el otro mundo en el que se despliega en todo su esplendor la gloria del Padre por toda la eternidad.

—“Vosotros sufriréis y el mundo gozará.” Esta profecía de Jesucristo, que la experiencia diaria comprueba con una cruel exactitud, da origen a una de las grandes acusaciones que los hombres suelen lanzar contra el dogma de la Providencia.

No dejará de ser oportuno recordar su falta de fundamento.

* * *

Damos el nombre de Providencia a la economía empleada por Dios en el gobierno del mundo.

Dios es la primera de las causas. Es la causa de las causas. Pero de la misma manera como un soberano, por más absoluto que se le suponga, no puede hacerlo todo por sí mismo y necesita valerse de colaboradores. Dios no quiere gobernarlo todo por sí mismo directamente. El hombre procede así por incapacidad, Dios por voluntad.

Dios gobierna el universo material por medio de leyes físicas y el mundo humano por medio de leyes morales. Empleando el lenguaje teológico diremos que Dios gobierna por medio de causas segundas. Y como las causas segundas son creadas, no son infinitas, y por eso mismo son imperfectas. El hombre, causa segunda, es el delegado de Dios en el gobierno del mundo humano. Es el ejecutor de las leyes morales.

“Dios formó al hombre y lo dejó que gobernara y se gobernara en manos de su propio consejo”, es decir, de su albedrío, de su libertad. (Ecli. XV. 14).

Y el hombre, demasiado lo sabemos, es imperfecto. Y esa

imperfección es lo que ocasiona los desórdenes en el mundo humano.

El hombre, si empleara bien su libertad, llegaría a ser perfecto. Pero abusa de ella y no lo es. En consecuencia, todos los desórdenes del mundo humano son imputables a él. Nada de lo que induce a pecar y, consiguientemente, de lo que hace sufrir, proviene de la voluntad de Dios, sino del abuso de la libertad del hombre. La imprudencia que arriesga, la mentira que perjudica, la calumnia que amarga, el robo que despoja, la fuerza que oprime, el golpe que hiere y que mata, no son mandatos de Dios; son abusos del hombre en flagrante contradicción con la voluntad de Dios. Decir, pues, que Dios manda los sufrimientos originados por tales abusos, si no es una ignorancia, es una blasfemia.

Si los hombres procediesen más de acuerdo con la voluntad de Dios, la vida tendría más satisfacciones y menos desencantos; valdría más la pena de ser vivida. Si los hombres tuviesen un poco más de caridad, habría siempre ricos y pobres, pero no se daría el caso de ver a un pobre debatiéndose con la miseria, a los pocos pasos de un rico que nada en la abundancia.

Si los hombres practicasen un poco más la justicia, habría siempre obreros manuales junto a obreros intelectuales, habría capitalistas y trabajadores, dirigentes y dirigidos, pero no existirían los sufrimientos causados por la explotación de los unos por los otros, ni estaría planteada en términos tan alarmantes en el mundo la tremenda lucha de clases.

Si los hombres tuviesen algo más de patriotismo, siempre habría rivalidades partidarias promovidas por sinceras ambiciones de servir a la Patria; pero no se daría el bochornoso espectáculo que dan, mientras el pueblo sufre las consecuencias, los que se disputan prebendas para servirse de la Patria.

Si los hombres tuviesen más amor a la humanidad, siem-

pre mantendrían una emulación saludable entre sus Naciones respectivas; pero no vivirían habitualmente en la ambición, el rencor y la amenaza, manteniendo en zozobra enervante a los pueblos que no quieren la guerra, y en torturantes angustias a millones de madres que se resisten a que sean estérilmente inmolados sus hijos, y a millones de ancianos que prefieren que la muerte les cierre los ojos para no volver a ver el horror de las masacres fratricidas.

En fin, no olvidemos nunca que el mundo actual no es el que Dios había querido, no es el que salió de sus divinas manos. Es el que subsiste en progresiva decadencia a causa del pecado del hombre.

El mundo actual tiene sus taras, y esas taras causan sufrimientos. Pero ésa es la parte del hombre. La parte de Dios es la que toma al utilizar esos sufrimientos para volverlos corredentores.

Hay dos cosas augustas, a las cuales si el hombre se acerca con sumisión y reverencia, se vuelve infaliblemente comprensivo y grande: el sufrimiento y Dios. El sufrimiento es el camino real por el que se llega a Dios. Y no es necesario andar largo trecho por él. Al dar el primer paso, al iniciarse en él, Dios se adelanta y sale al encuentro. No podría ser de otra manera. Jesucristo está en la Cruz, y cuando uno se decide a abrazar la Cruz, abraza a Jesucristo.

* * *

Seguramente, entre cuantos me escuchan, hay no pocos que comprenderán este lenguaje que no es del mundo. Son los que han sufrido y los que están sufriendo. Yo los saludo, yo los bendigo porque ellos me comprenden y porque yo los comprendo. Y por eso dejad que los oiga: "Dichosos vosotros y dichosos también aquellos que, acosados por los sufrimientos de la vida, tengan que aproximarse a vosotros." Encon-

trarán que en cierto modo sois para ellos los únicos que representan a Jesucristo, mientras dura su ausencia. Todos cuantos se os acerquen en busca de apoyo y de consuelo, comprobarán que el sufrimiento es lo único que hace al hombre verdaderamente grande y lo vuelve dulcemente comprensivo. La grandeza moral no procede ni de la riqueza, ni del talento, ni de la gloria, ni de la fuerza: viene del sufrimiento. El oro no comprueba sus quilates sino después de haber ardido en el crisol. El soldado no debe ser tenido por heroico sino después de haber peleado con valor. Al hombre no se le impone el nombre de grande sino después de haber pasado por el agua y por el fuego, es decir: después de haber recibido el bautismo del dolor.

Jesús dijo: "Todos cuantos estáis cansados de trabajar y de sufrir, venid a mí, yo os aliviaré."

Los hombres que han sufrido en la vida, continúan repitiendo esta misma frase a sus hermanos que comienzan a sufrir. Acércate con confianza, les dicen, yo conozco que sufres; yo también sufrí y mucho más que tú. Te sientes débil, yo lo soy también, pero prueba a apoyarte en mi brazo; quizás dos débiles logremos hacer un fuerte. Tú lloras, yo no sé si me será dado enjugar tus lágrimas. Pero no importa, si no soy capaz, con las tuyas mezclaré las mías; lloraremos juntos. ¡Alivian tanto las lágrimas derramadas en común!

¡Ah!, ¡hermanos! ¡cuántas reconciliaciones con la vida, operadas por el divino sacerdocio del dolor! ¡Cuántas flores agostadas, cuyo tallo quebrado las obligaba a mirar hacia la tierra opaca, al recibir el riego de lágrimas amigas reverdecieron y volvieron a levantarse al cielo!

Por fortuna de los que tengan que sufrir, habrá siempre en el mundo quienes, por haber sufrido, se han hecho verdaderamente grandes y se han vuelto dulcemente compren-

sivos. — *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* — Bendigamos el dolor. Dichosos los que lloran porque ellos serán consolados y serán los únicos que sabrán consolar.

30/4/39.

* * *

Santa Teresita del Niño Jesús, a invitación de Santa Cecilia, virgen y mártir, llevaba siempre oculto sobre su pecho el Evangelio. La página que leemos en la misa de hoy deberíamos llevarla todos en el corazón, para aprender a capacitarnos para superar las inevitables contrariedades de la vida. Es la página que nos anticipa la recompensa de los trabajos y los sufrimientos.

A cada ser humano que entra en el mundo le sale al encuentro como un aliado fatal, para acompañarlo durante jornadas más o menos largas, hasta que salga de él, el sufrimiento.

El Calvario es la humanidad en síntesis. Sobre él se hallan la inocencia y la culpabilidad en su doble expresión de arrepentida y de obstinada. La humanidad de todos los tiempos se halla dividida en estas tres categorías: inocentes, arrepentidos y obstinados. Y todos nosotros nos hallamos ubicados en alguno de esos grupos. En el Calvario se hallan Jesucristo y dos culpables, uno arrepentido y otro obstinado. Y los tres padecen, los tres sufren. Y más, infinitamente más que los culpables, sufre el inocente. He aquí representada la humanidad entera.

* * *

El sufrimiento, el dolor, constituyen el más pavoroso problema de la humanidad. Para los privados de la luz de la fe, ese problema implica un absurdo; para los iluminados por ella encubre un misterio. El absurdo y el misterio distan infi-

nitamente de la razón. Con esta diferencia: que el absurdo es algo imposible, y el misterio, algo incomprendible. El absurdo está por debajo de la razón, el misterio por encima. La razón humana está como suspendida entre el abismo del absurdo y la cumbre del misterio. Y quiere su destino que cuando vuelve las espaldas al misterio, caiga de cabeza en el absurdo.

* * *

Y ¿qué es un misterio? Una realidad absoluta, cuya percepción está fuera del alcance de la razón humana. Y por ello sólo puede ser percibida mediando la revelación divina. El dolor es uno de esos misterios. Ninguna filosofía humana ha logrado explicar su procedencia. Y cuantas veces ha intentado investigarla ha ido a dar en el absurdo. Y como un abismo llama a otro abismo, no pudiendo explicarla, ha llegado, lo que parece inverosímil, hasta negar la existencia del dolor.

El origen del sufrimiento sólo nos ha sido descubierto por la revelación. La revelación nos enseña que el hombre, luego de haber sido creado por Dios, había sido elevado a ser impassible e inmortal. Sólo así era su imagen perfecta. Esa impassibilidad y esa inmortalidad quedaron condicionadas al mérito de la libertad del hombre. Pero el hombre abusó de la libertad, se reveló contra Dios y en castigo perdió la impassibilidad y la inmortalidad, y por la brecha que abrió el pecado, según las palabras reveladas, entró en la humanidad el sufrimiento y la muerte. *Per peccatum mors...* Y así continúa aconteciendo a través de los siglos.

Los que se hallan siempre dispuestos a imputar a Dios los males que les afligen, recuerden que en Dios hay la voluntad dispositiva y la voluntad permisiva. Dios permite los males, pero no los ordena, no los impone. La causa de los sufrimientos no es Dios, somos los hombres. Los hombres los producen y Dios los utiliza para trocarlos en bien.

Véase, sino, lo que acontece. ¿Acaso Dios aconseja a los hijos o a las hijas esas licencias precoces que cargan de sombras las frentes de los padres y de lágrimas los ojos de las madres? No, Dios ordena todo lo contrario: "Honrarás a tu padre y a tu madre", *honora patrem et matrem*.

¿Acaso Dios quiere el vicio que enceguece el alma y carcome el cuerpo, causando unas veces la deserción, otras la ruina y aun el luto de los hogares? No, Dios, por el contrario, hace esta intimación: *Non fornicaberis*, "no fornicarás."

¿Acaso Dios recomienda el sensualismo de la vida, que a toda otra estimación antepone la del dinero, obteniéndolo sin escrúpulos y sin importársele de las vergüenzas que causa ni de las lágrimas que provoca? No, Dios hace esta amenaza: *Nisi pœnitentiam egetis, omnes simulter peribitis*, "si no os mortificáis, pereceréis."

¿Acaso Dios aprueba la avaricia insaciable de los que engordan sus capitales con el pan que cercenan a pobres trabajadores, a indefensas costureras, en cuyos hogares la miseria constante y monótona incuba todo género de privaciones dolorosas y de sufrimientos físicos y morales? No, Dios dice: "el salario que defraudas al jornalero clama al cielo."

¿Acaso Dios accede a las difamaciones, las calumnias y las mentiras, que causan tantas víctimas? No, Dios intima: *Non falsum testimonium*. Dice: "No levantarás falso testimonio", ¡no prejuzgarás, no mentirás!

¿Acaso Dios se muestra complaciente con todas esas defraudaciones con que se perjudica a la Patria y a las instituciones, y a las familias y a los individuos, con la consiguiente secuela de escándalos y de angustias? No, Dios conmina a todos los que incurren en ellas por igual, y sin excepción de personas y sin anfibologías complacientes les dice: *Non furtum facies*: "No robarás."

¿Acaso Dios otorga a los hombres de gobierno, en cuyas

manos se halla accidentalmente la suerte de los pueblos, la facultad discrecional de satisfacer sus ambiciones o sus odios, cegando en flor las juventudes de sus patrias, próscribiendo de ellas la paz y la alegría, arrasando de su suelo los templos y las casas, pulverizando y aventando las familias y vertiendo a torrentes y estérilmente la sangre de sus súbditos? No, Dios intima a los gobiernos con la misma soberana autoridad que a los individuos: *Non occides*: "No matarás."

En consecuencia, si en un momento dado quedaran suprimidos en el mundo todos los sufrimientos causados por los hombres, ¿qué tendríamos? Lo que tuvo la humanidad antes del pecado: el Paraíso terrenal.

* * *

Pero volvamos a la triste realidad. Ya que lo perdimos, ya que no tenemos más remedio que soportar las consecuencias, sepamos reconquistar para nosotros el paraíso interior de la propia conciencia y el paraíso ulterior de la eternidad, por medio de la aceptación voluntaria de los sufrimientos de la vida, grandes o pequeños, merecidos o inmerecidos.

Tal es la enseñanza benéfica y profunda del Evangelio de hoy en el cual Jesucristo hace a sus discípulos la revelación de cómo debemos afrontar las contrariedades de la vida para no perder la serenidad durante ella, para conservar la paz, la esperanza y la alegría. "Cuando yo vuelva a visitaros, les dice Jesucristo, —y recordemos que nos está visitando siempre—, vuestro corazón se bañará en gozo y vuestro gozo nadie os lo podrá quitar": *Nemo tollet a vobis*.

Y demos un paso más. Voy a animarme a hacer una propuesta a todos aquellos que se hallan sufriendo entre cuantos me escuchan. ¡Oh! todos los que padecéis en el cuerpo o en el alma, todos los que soportáis torturas físicas o morales, sabed que disponéis de un tesoro cuyo precio es incalculable,

De acuerdo con la revelación divina, la oración es de una eficacia infalible. El que reza está como arrodillado ante la cruz; pero el que sufre está más junto a ella, porque está enclavado en la cruz y, por lo tanto, en contacto directo con Jesucristo y participando de sus merecimientos infinitos. No hay en el mundo espectáculo que más atraiga la mirada compasiva de Dios, que el del hombre que reproduce en sí mismo la imagen de su Hijo puesto en cruz. Nada más eficaz para conmover las entrañas de la misericordia infinita que el sufrimiento del hombre aceptado con resignación voluntaria y ofrendado con abnegación cristiana. Sobrepongámonos al interés propio e inmediato y ofrendemos los sufrimientos presentes y futuros por cuantos sufren más que nosotros, ¡por la inalterabilidad de la paz de la República y por la pacificación del mundo!

4/5/41.

* * *

Tomo del Evangelio de hoy el concepto contenido en estas palabras que dirige Nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos y en ellos a todos nosotros: "Os anuncio que vosotros sufriréis y el mundo se divertirá; pero no os desalentéis: vuestra tristeza se transformará en alegría y vuestra humillación en gloria." Con esto ha querido significar que hay una providencia que gobierna el mundo y que la sanción es infalible. He aquí el consuelo supremo de los creyentes. He aquí su confianza indefectible.

Fuera de esta fe, ¿quién puede confiar en el porvenir? ¿Quién puede sentirse seguro en el presente?

El universo es un misterio. El universo físico y el universo moral. ¡Qué digo, un misterio! Es un semillero de misterios, y cada uno de nosotros es un punto apenas perceptible en medio de esos indescifrables misterios.

Llamo al más eminente de los sabios privados de fe y le digo: Henos ahí frente al universo físico. ¿Qué significa esa

multitud de seres infinitamente pequeños, ese derroche de poder para crear lo que no debe vivir más que un instante y en ese instante puede envenenar y matar la vida de seres inmensamente más grandes? ¿Qué significa esa otra multitud de seres fantásticamente inmensos que ejercen influencia poderosa en el mundo astronómico, pero que escapan en absoluto a toda percepción por parte del hombre? ¿Qué significa esa descomposición del pequeño grano en el seno de la tierra y esa muerte aparente de la naturaleza durante el invierno en que se marchita y muere la vida? ¿Es que la vida debe surgir de la muerte? ¿Qué significa ese mundo ignorado de energías cuya aparición acaso irá sorprendiendo a las generaciones futuras en la sucesión de los siglos, como sorprendieron a las pasadas las energías magnéticas, eléctricas o etéreas?

* * *

Y vuelvo a decirle: Henos aquí frente al universo moral. ¿Quién puede explicarme el sentimiento de amistad que alienta el corazón del hombre y el egoísmo que en todo momento aparece? ¿Quién puede explicar la inclinación hacia la fraternidad o la guerra que se convierte en estado permanente entre los hombres, las familias, los pueblos y las naciones?

¿Quién puede explicarme esa propensión invencible hacia la justicia que sentimos todos, y las explotaciones contra los indefensos, las opresiones entre los débiles y los vejámenes contra los pequeños de que está lleno el mundo? ¿Quién puede explicarme por qué se alaba la hermosura de la virtud, por qué se quisiera poseerla, y sin embargo se la niega y se la persigue y se la calumnia? ¿Quién puede explicarme por qué se siente el anhelo incoercible de la dicha y se tiene por patrimonio el sufrimiento? ¿Por qué se reconoce y se aplaude la superioridad del bien y se asiste impotente o impasible a la victoria del mal? ¿Quién puede explicarme la pasión que to-

dos sentimos de la libertad y el recurso constante a la fuerza para obstaculizarla y dominarla?

¿Quién puede explicarme el fracaso de los buenos y el éxito de los malos, el despojo de las víctimas y la impunidad de los victimarios? ¿De este inmenso desorden puede resultar alguna armonía?

* * *

Me viene a la mente el profeta apocalíptico. Vió el trono de la Divinidad y en los ángulos cuatro animales: el primero con aspecto de león, el segundo de becerro, el tercero de hombre y el cuarto de águila. Se acercaron veinticuatro ancianos. Se quitaron sus coronas y las pusieron al pie del trono, y decían: "Eres digno de toda gloria porque todas las cosas han sido creadas por tu voluntad soberana y de ella dependen." "Y vi en la diestra del que se hallaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera; pero el libro estaba sellado con siete sellos. Y un ángel decía con voz resonante: ¿Quién será digno de abrir el libro de los misterios y de romper los sellos? Y no había nadie ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra que pudiera abrir el libro para descifrarlo. Y echéme a llorar. Y uno de los ancianos me dijo: no llores; he ahí que saldrá victorioso el león de la tribu de Judá, de la descendencia de David, y abrirá el libro y romperá los siete sellos. Y volví a mirar y vi delante del trono un cordero que estaba vivo, pero que parecía que hubiese sido sacrificado. Y se acercó y recibió el libro de la mano derecha del que se hallaba sentado en el trono. Y abrió el libro, y al abrirlo, se prosternaron ante él los cuatro animales y los veinticuatro ancianos. Y tenían incensarios de oro, de los cuales se elevaban como incienso aromático las plegarias de los buenos. Y tenían también cítaras y arpas de oro con cuyas notas acompañaban cantos nuevos que decían: Tú, Señor, eres

el único digno de tomar el libro y de romper sus sellos, porque has sido sacrificado y has redimido con tu sangre en igualdad perfecta a todos nosotros sin diferencia de tribu, ni de lengua, ni de pueblo, ni de nación.”



Sí, Jesucristo, que es el Verbo de Dios, es el único que nos abre el libro de los misterios y rompe los sellos que esconden los secretos que desconciertan a la razón humana. Para nosotros, el libro que con su sacrificio nos ha abierto el cordero de Dios y nos lo ha puesto entre las manos es el Evangelio. Lo abro a mi vez y sé que todo hombre llegado al uso de razón se halla en cada uno de sus actos libres ante esta alternativa: guardar el orden de Dios o perturbarlo. Todo hombre elige lo uno o lo otro necesariamente: “El que no está conmigo está contra mí.”

El que guarda sus mandamientos mantiene el orden; el que los viola, lo perturba. Pero todo tiene su sanción. El desorden no puede engendrar la paz. Veo por doquiera almas inquietas, familias desunidas, naciones revueltas. La revolución se ha instalado de modo permanente en la sociedad moderna. Pero todo desorden lleva consigo su castigo y el castigo es la restauración del orden lesionado.

Dios no quedará frustrado. Él alcanza siempre el fin que se propone. Tiene en su mano el mundo entero con todo lo que en él se encierra: ninguna creatura podrá sustraerse a su soberano dominio. Hombres hay que llegan a creerse señores del mundo y son instrumentos inconscientes del soberano Artífice. Imperios y naciones hay que llenan en ciertas épocas la historia del mundo y son las pinceladas de luz o de sombra con que completa el cuadro el Supremo artista. Tengamos confianza: *Confidite filii: ego vici mundum*. Los hombres se mueven pero Dios los guía.

Los hombrés ignoran el futuro. No 'saben dónde van. Preguntemos hoy a los que todavía empuñan con mano fuerte las riendas de su gobierno: ¿Adónde lleváis a vuestros pueblos? ¿Estáis seguros de que triunfaréis? ¿Harán los pueblos con vosotros lo que vosotros estáis haciendo con ellos? ¿Cuál es la estructuración del mundo que nos daréis?

Pero ¡qué pueden decirnos del futuro, si aun ignoran el presente! Cada día un acontecimiento insólito los sorprende. Nunca los hechos se producen más faltos de lógica. El mundo parece haberse convertido en una caja de sorpresas ingratas y trágicas. Ni los pueblos, ni los gobiernos saben si luchan por una finalidad meramente política de prevalencia de sistemas totalitarios o democráticos; o por una preponderancia económica a la cual favorecerían esas formas de gobierno o, en fin, por una prevalencia de valores materiales o morales. Yo creo que es por esto último, ya que es lo exigido por la restauración del orden. Pero esa restauración comporta muchos desastres, muchos cataclismos, muchas destrucciones, muchos sufrimientos, muchas vidas y mucha sangre.

* * *

Suele ocurrirse esta pregunta. Y Dios que todo lo puede, ¿por qué no impide esta aberración de los hombres? ¿Por qué? Porque tendría que quitarles la libertad. Hay dos cosas que el hombre quiere conservar a todo precio: la razón y la libertad. Todo hombre a la pérdida de la razón o de la libertad prefiere la pérdida de la vida. La pérdida de la razón es la inconciencia, la pérdida de la libertad es la esclavitud. La inconciencia suprime el dolor moral, la esclavitud lo exagera. Entre los hombres, nos encanta la actitud de aquel que frente a la prepotencia de la fuerza se cuadra y dice: Prefiero perder la vida, antes que la libertad. Lo llamamos héroe, y si muere, muere mártir de la libertad. Y si quien habla de esa manera

heroica lo hace en nombre de todo un pueblo: ese pueblo que prefiere desaparecer antes que abdicar, es aclamado por todos los pueblos de la tierra.

Y si esto acontece entre los hombres, ¿cómo podríamos hacer a Dios la ofensa de pedirle que quite a los hombres la libertad, a Él, que es el Creador de la libertad? ¿A Él que es el remunerador magnífico de todos los grandes y pequeños mártires de la libertad?

No; los cristianos no se lo pediremos jamás. Le pedimos lo que Él nos enseñó a pedir. Le pedimos la conversión de los pecadores para que hagan buen uso de la libertad. No queremos que mueran ni moral ni físicamente; sino que se conviertan y vivan. Le pedimos que nos libre de caer en la tentación y de hacer el mal; le pedimos que no se haga nuestra voluntad, sino la suya. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*

25/4/42.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE 'PASCUA

DIJO Jesús a sus discípulos: Ahora me voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no han creído en mí; de justicia, porque yo me voy al Padre y ya no me veréis; y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros; mas por ahora no podéis comprenderlas. Cuando, empero, venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades, pues no hablará de sí mismo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os preanunciará las venideras. El me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará.

San Juan, cap. XVI, v. 5-14.

Ya que, aun cuando no seamos del mundo, vivimos en el mundo, es interesante conocer la opinión de Jesucristo respecto del mundo. La ha dado sin reticencias, con toda claridad y reiteradamente. El Evangelio la ha recogido y la guarda en muchas de sus páginas. Una de ellas es la de la Misa de hoy.

El Maestro trata de consolar a los suyos que se hallaban entristecidos por el anuncio de su próxima partida. Y notad

cómo procede. No les oculta el porvenir que les espera y no se lo desfigura. No los engaña ni los deja en la ignorancia. Considera una traición la ocultación de la verdad. Por eso se la revela toda entera y les anuncia la suerte que les depara el mundo en que deberán vivir y trabajar. Mientras Él los acompañaba en la vida, los dardos envenenados del mundo iban todos a Él. Cuando Él se vaya, serán dirigidos a los suyos. El mundo los tentará, les tenderá muchos lazos y los hará sufrir. Los morderá con calumnias y los mortificará con persecuciones que a veces serán sangrientas. Mas a renglón seguido y con igual seguridad, les promete el Espíritu Santo, Espíritu de luz y de fuerza que los hará prudentes y los sacará triunfantes. Y la victoria de Jesucristo en la persona de sus discípulos contra el mundo será perfecta, será magnífica.

* * *

Pero ¿qué debe entenderse por el mundo? El estado de personas y de cosas creado por la sistemática oposición a Jesucristo; ese estado del cual ha dicho el mismo Jesucristo que se halla todo entero situado en la maldad: *Et mundus totus in maligno positus est* (J. V - 19.)

Refiriéndose a él nos dice que cuando descienda el Espíritu de Dios quedará evidenciado que el mundo es reo de pecado, de justicia y de condenación.

De pecado, porque se ha obstinado en no creer en la palabra del Hijo de Dios. Para librarse del pecado le hubiera sido necesario creer en la verdad de su palabra divina y en la eficacia infinita de su sangre redentora. Sólo pueden dignificarse las vidas que se hacen iluminar por el sol de la verdad. Sólo pueden adquirir la blancura de la nieve las túnicas que se lavan en la sangre del Cordero.

Quedará evidenciado también que el mundo peca contra la justicia. Desde luego, contra la justicia respecto del Mesías,

a quien no quiere reconocer a pesar de la evidencia de sus legítimos derechos; y después contra la justicia en sí misma, que no quiere ni admitir ni practicar. Todo entendimiento que no esté obcecado por la pasión se siente obligado en justicia a reconocer a Jesucristo como Hijo de Dios. Y diariamente vuelve a sentirse obligado a reconocerlo en las transformaciones maravillosas que viene operando con su virtud en las almas creyentes. Esas transformaciones son la contraprueba de su perenne vitalidad y de la eficacia de su divina intervención perpetuada indefectiblemente a través de los siglos. El mundo las ve como nosotros, porque aunque se empeñe en negarlas no puede dejar de verlas. El mundo asiste al espectáculo de las virtudes siempre renacientes. Y las mira con escepticismo y las tienta con impudicia. El mundo ve la castidad, la pobreza y la obediencia; ve la^o humildad, la abnegación, la caridad; y en vez de avergonzarse ante ellas, en vez de arrepentirse de sus vicios y de cambiar de rumbo, se obstina en su pecado. En consecuencia, no se requiere otra cosa para que quede juzgado. La santidad increada de Jesucristo y la santidad adquirida de los cristianos, proyectan, frente a la densidad de las tinieblas del mundo, tales esplendores que evidencian su malicia y exhiben a la faz del cielo y de la tierra la justificación de su condena.

El mundo, pues, por obstinarse a vivir sin Jesucristo y contra Jesucristo, está condenado. Y porque está condenado se ha vuelto estéril. La primera consecuencia de la condena es la infecundidad.

El mundo carece de *virtudes*. Carece desde luego de *justicia*, porque es incapaz de los renunciamientos que ella comporta; y por eso se verá privado para siempre de gustar el supremo de los placeres de la vida, que es el de negarse a sí mismo para hacer felices a los demás. Y porque carece de justicia, carece de *paz*. No la puede tener; y porque no la

puede tener, no la puede dar. No la pueda tener porque vive en pecado, y el pecado es guerra, guerra contra Dios, guerra contra sí mismo y guerra contra los demás. Y lo peor es que ha perdido la esperanza de tenerla. El mundo es el único que ha provocado repulsión irresistible en el Corazón de Jesucristo. ¡Qué horror! Jesús, que es bondad infinita, ha rogado por los débiles que caen, por los pródigos que vagan, por los cobardes que reniegan, por los pecadores de toda condición y de toda edad; ¡pero no ha podido hallar en su inmenso Corazón una plegaria por el mundo! *Non pro mundo rogo.*

* * *

No esperemos, por lo tanto, de él sino lo que atenta contra nuestro bien y nuestra dicha. No esperemos sino lo que se puede temer del peor de nuestros enemigos. Por eso la Iglesia, como una madre, nos enseña desde la infancia anhelando preveniros contra estos tres encarnizados y formidables enemigos: el demonio, el mundo y la carne.

Y ¡cómo nos damos cuenta, al entrar de lleno en la vida, de la verdad de esta enseñanza maternal! Vosotros, padres y madres, a quienes Dios al daros los hijos que tanto amáis, ha bendecido vuestro puro amor y multiplicado sus hermosos frutos, a la sombra de vuestra tierna y solícita tutela los habéis sustraído a la contaminación exterior durante sus primeros años. Luego, a costa de ingentes sacrificios, muchas veces heroicamente disimulados, los habéis confiado a maestros religiosos con el propósito de que una atmósfera oxigenada y pura continuará preservándoos los brotes de vuestro corazón.

Pero después llega el momento en que esos hijos, que no son del mundo, deben hacer su entrada en él. ¡Oh, el poder del medio! El mal es infinitamente más contagioso que el bien. Pocos días bastan para agostar esas flores que habíais preservado, durante tantos años. Y las lágrimas de las madres caen

sobre ellas y se pierden sin lograr hacerlas reverdecen. *Vae mundo a scandalis*, dijo una vez el Maestro. ¡Ay del mundo por los escándalos que da! Pero ¡ay también de sus incautas víctimas!

Y nosotros mismos, los provecos y los maduros, ¿qué vemos en el mundo de hoy sino un laboratorio del pecado y un mercado de la justicia? Todos debemos actuar en alguno de los cuadros sociales que son como los compartimientos del mundo. No somos del mundo, pero debemos vivir y actuar en el mundo. Y ¿cómo están hoy el mundo de los negocios y el mundo de la política, el mundo de la aristocracia y el mundo del proletariado, el mundo del capital y el mundo del trabajo, el mundo de los teatros y el mundo de la moda? El ambiente que los envuelve es de prescindencia total o de tenaz oposición a Jesucristo. Y nosotros tenemos que actuar en ese ambiente.

* * *

Hermanos míos: para que los cristianos no se contaminen es necesario que los inmunice la gracia, es necesario que adquieran temperamento de héroes. Pero ¿esto dónde se obtiene? Sólo en Jesucristo. Jesucristo nos ha dicho terminantemente: *Confidite, ego vici mundum*. Avivad la confianza, hijos míos, yo sé cómo se resiste y cómo se vence al mundo, porque yo lo he vencido. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. El camino inviolable, la verdad infalible y la vida indefectible. Sin camino no se adelanta, sin verdad no se acierta y sin vida se muere. Los cristianos sinceros lo saben, Señor; por eso van en tu busca a tus templos. Un templo es un oasis en medio del mundo. ¡Qué diverso al del mundo, el ambiente del sagrado recinto! El alma que penetra con unción en el templo respira muy hondo la fe, la esperanza, el amor, virtudes éstas que faltan en la atmósfera mundana, la cual por hallarse viciada, **asfixia las almas,**

Apenas traspuesto el dintel del sagrado recinto, una atmósfera envuelve las almas y las aísla del mundo, como si éste se alejara a mil leguas de distancia. La lámpara del sagrario emite un resplandor tembloroso, repitiendo con labios de luz la indicación de Marta a María: "El Maestro está ahí y te llama." Sí, hermanos míos, a todos nosotros nos llama el Maestro, que como el samaritano nos unge las heridas que el mundo nos abre, y sentado junto al pozo bíblico nos alcanza el agua que sacia la sed que nos enciende el mundo, y al fin, resucitado y victorioso, nos aplica las alas para volar escapando de los lazos que a nuestros pies nos tienden el mundo.

10/5/36.

* * *

Os invito a meditar con toda seriedad sobre esta sentencia de Jesucristo, contenida en el Evangelio de hoy: "Cuando el Espíritu Santo descienda, convencerá al mundo de haber pecado contra la justicia."

La humanidad no hallará la paz sino bajo el reinado de la justicia. Justicia, es una palabra latina: *Justitia*. Palabra compuesta, en la cual la primera *jus* (derecho), se complementa con la segunda para darnos esta equivalencia: *juris subsistentia*: la estabilidad del derecho. Y ¿qué es el derecho? Lo que a cada uno se debe. Y ¿qué es lo que a cada uno se debe? Aquí es donde comienza la gran dificultad. Los hombres disputan acerca del derecho como acerca de la verdad. A veces creen estar en su posesión, defendiendo lo contrario. De ahí los pleitos, las desavenencias, las luchas y las guerras. ¿Quién, pues, establecerá el derecho? Se me contestará: El legislador. Es evidente. Pero, ese legislador ¿por qué se regirá para descubrirlo? ¿Por su sola visión? Y ¿en qué se apoyará para imponerlo? ¿En su sola autoridad? Y, en este caso, el derecho que establezca ¿no será exclusivamente para su gru-

po, para su pueblo o para su raza? ¿No será el que corresponda al ambiente de su civilización o de su siglo? ¿No será sólo para el presente sin ninguna seguridad para el futuro? He aquí las enormes dificultades que no pudieron vencer los legisladores de la humanidad, anteriores a Jesucristo. Y, sin embargo, Moisés y Licurgo, Solón y Numa, son nombres que han podido grabarse en el pedestal de sus naciones.

* * *

Ningún derecho logrará sustraerse a estas y a otras muchas contingencias, si no es fundamental, inmutable y universal. Derecho fundamental es el que se confunde con la esencia misma de la naturaleza humana. Por eso lo llamamos *derecho natural*. Este derecho de tal manera exige su inviolabilidad y reclama su cumplimiento, que, si es obstaculizado, sus exigencias oprimidas provocan explosiones. Lleva su reivindicación en sus entrañas.

Derecho inmutable. Porque todo derecho susceptible de ser modificado o sustituido, resulta inocuo y sometido a las conveniencias discrecionales del interés y de la fuerza y a las alternativas impuestas unas veces por el halago y otras por el miedo.

Derecho universal. Pero esto ni siquiera lo soñó ningún legislador. La raíz de su derecho la hallaban en su persona. Su derecho, por lo tanto era para su raza, para su tribu, para su pueblo. Los extranjeros quedaban excluidos en el derecho antiguo y eran considerados enemigos. Y ni aun dentro de la propia patria era admitida toda la población a compartir la protección de su derecho por medio de la justicia.

Los plebeyos eran como los esclavos, parias del derecho. Así, pues, el derecho anterior a Jesucristo no fué ni fundamental, ni inmutable, ni universal. Y el posterior tampoco lo será si quiere prescindir de Jesucristo. No siendo fundamental, el débil podrá ser, aun legítimamente, oprimido por el

fuerte. No siendo inmutable, podrá ser cambiado por el que llega arriba en detrimento del que se queda abajo. Y no siendo universal, el hombre podrá ser considerado y tratado, o maltratado, como enemigo del hombre.

Es precisamente lo que pasaba antes de Jesucristo; y por eso se desmoronó la civilización pagana. De ella hallábase ausente la justicia, como se halla hoy de la que ha venido llamándose cristiana.

* * *

Viene Jesucristo al mundo. Nace en los suburbios de una ciudad, sometido a un derecho, ligado por una tradición, vástago de una raza e hijo de un pueblo dominado por un gran imperio. Y ¿en qué términos se expresa? ¿Dice, acaso: yo soy judío, pertenezco a una raza privilegiada, formo parte del pueblo elegido, soy el esperado de mi Nación, vengo a conquistar su libertad y a establecer su primacía religiosa o política, vengo a consumir la aspiración de nuestros padres, llevando las fronteras de mi Patria más lejos que David y Salomón? No, se presenta al mundo haciendo esta sola afirmación: "Yo soy el Hijo del Hombre." ¿El Hijo del Hombre, nada más? ¡Sí, pero nada menos también!

¿Os habéis detenido alguna vez a pensar por qué Jesucristo ha puesto un empeño singular en llamarse Hijo del Hombre casi en cada página del Evangelio, mientras en muy raros pasajes, y sólo cuando debe dar testimonio de su divinidad, se dice Hijo de Dios? ¡Ah! ¡Esa sola expresión: "soy el Hijo del Hombre", encierra toda una revolución, una revolución la más profunda, la más universal; una revolución como nunca se vió ni se verá en el mundo! La revolución que acabó con las razas y las castas, con los predomnios y los exclusivismos. Antes de Jesucristo se decía: soy señor, soy esclavo, soy griego, romano, judío. Cada uno se escudaba en

su raza, en su patria, en su círculo. Cada uno se apoyaba en su condición, en su derecho, en su ley. Jesucristo, no. Es el primero, es el único que invoca este solo título: soy el Hijo del Hombre. Y por él anuncia el comienzo de una nueva era: la era consagratória del gran principio humanitario; la era inaugural de un derecho fundamental, inmutable y universal; la era en que después del nombre de Dios nada será en el mundo más grande que el de "hombre", y en que ningún otro título deberá ser más eficaz para merecer protección, respeto, honor y fraternidad. Desde entonces quedan abolidas para siempre todas las diferencias jurídicas entre griegos, romanos y judíos, entre connacionales y extranjeros, entre vencedores y vencidos, entre aristócratas y plebeyos, entre señores y esclavos. San Pablo no puede ya contener en su pecho el canto del gran principio humanitario: "No hay ya judío ni gentil, no hay ya siervo ni libre, no hay ya hombre ni mujer: porque todos somos uno en Jesucristo." ¡Oh, hombres de los cuatro vientos del cielo, que venís a hablarnos de raza, de sangre, de cunal, no sabéis lo que decís. No estáis separados por castas, ni aislados por fronteras, ni divididos por civilizaciones. No estáis catalogados por millones, no sois ni siquiera dos, no sois nada más que uno: sois hijos del Hombre. ¡Con razón, para hablar de raza os veis precisados a emigrar del cristianismo para retrogradar al paganismo!

* * *

Así, pues, el hombre está en la humanidad. Quien toca al hombre toca a la humanidad, y quien toca a la humanidad toca a Dios. Atentar por lo tanto contra el derecho de un hombre, es atentar contra la humanidad y contra Dios. Jesucristo vino a proclamar y a exigir de todos el respeto al derecho primordial del hombre. ¿Cuál es? El derecho a su vida y a su dignidad, a su propiedad y a su honra. La exigencia

de ese respeto está en las intimaciones divinas hechas a todos los individuos y a todos los gobiernos: no hurtarás y no matarás. No hurtarás ni los bienes ni la honra; no matarás ni a golpes ni de hambre. ¿Y han sido respetados esos derechos primordiales del hombre? ¡No, en ninguna parte del mundo! Y ésta es la causa de la zozobra en que se halla el mundo. El mundo ha perdido la estabilidad porque se le ha quitado al derecho. Y la estabilidad del derecho era la misión de la justicia.

Con cuánta verdad dice Jesucristo que Dios ha de reconvenir al mundo por haber pecado contra la justicia. Desde un abismo hasta otro abismo está resonando una colosal invocación a la justicia. Desde el abismo de Dios hasta el abismo del pueblo. Quiera Dios que se establezca en el mundo, porque de lo contrario no habrá paz. La paz es fruto de la justicia. Suene la hora de este anuncio del Espíritu Santo: *Justitia et pax osculatae sunt*, la justicia y la paz se besaron.

15/5/38.

* * *

“Cuando el Espíritu Santo descienda, convencerá al mundo de haber faltado a la justicia.”

Desde luego su pueblo había sido injusto con Él. No respetó ninguno de sus derechos. La verdad tiene derecho a ser reconocida, la virtud a ser venerada, la bondad a ser correspondida, la vida a ser respetada. Sus contemporáneos, con raras excepciones, se rehusaron a aceptar la verdad, a venerar la virtud, a agradecer la bondad y a respetar la vida. Fueron injustos.

Apliquemos la frase de Jesucristo, al mundo actual. Yo creo que nunca como ahora se ha faltado tanto a la justicia. No hay nada que subleve tanto como la injusticia, y no hay nada tan común como la injusticia. Es esto un contrasentido; tratemos de penetrarlo,

* * *

Analicemos el derecho. Todas las luchas en que se halla trabada la humanidad, tienen como causa una divergencia en la apreciación de la verdad o en la justificación del derecho. ¿De qué depende? ¿Es que no existen verdades inconcusas o derechos esenciales? No. Es evidente que existen aquéllas y éstos. Y limitándonos a la consideración de los derechos, sabemos que son esenciales los que proceden del derecho natural. El derecho natural ha sido grabado por el Creador en el fondo de la conciencia humana. Pero no ha permanecido oculto. Llegada la hora, fué revelado al exterior como derecho divino positivo, y quedó escrito en las Tablas de la Ley. En ésta deberían inspirarse las innumerables leyes humanas que se dicen reguladoras del derecho.

Pero las normas naturales y divinas, sobre que descansa la justicia, no están consignadas en forma de derechos, sino en forma de deberes. No se nos ha dicho: "He aquí vuestras atribuciones, sino vuestras obligaciones." Esta diferencia es capital. No es que el deber no comprenda el derecho o el derecho el deber. Yo no puedo tener un deber hacia vosotros sin que vosotros tengáis un derecho sobre mí. Y vosotros no tenéis un deber para conmigo, sin que yo tenga un derecho sobre vosotros. Pero el derecho es la faz utilitaria y egoísta de esta relación, y el deber la faz abnegada y generosa. Por eso es inmensa la diferencia que existe en constituir la sociedad sobre el derecho y en fundarla sobre el deber.

* * *

El deber es más estable y más fuerte que el derecho. Cualquiera puede ceder su derecho, pero nadie puede abdicar de su deber. Por eso es también inmensa la diferencia que existe entre el Contrato Social y el Evangelio. El Contrato

Social es el libro de los derechos del hombre. El Evangelio, el libro de sus deberes.

El hombre, munido sólo de derechos, es intimidable, es venal. El hombre, armado de deberes, es insobornable, es invencible.

El hombre, armado de deberes, no amenaza ni seduce, no se esclaviza ni oprime, no miente, ni roba, ni mata. La justicia en él, queda siempre en salvo. Para hacerla triunfar no necesita de la fuerza: no necesita buscarla afuera, porque la lleva en sí. No le hace falta la espada, no tiene necesidad del instrumento con que se mata: en todo caso le basta el instrumento en que se muere. La Cruz es la guardia pretoriana del deber ⁽¹⁾.

Cada vez que se le exija una violación a la Justicia, el hombre armado del deber responderá: "No puedo, matadme." Y matarán a uno, a diez, a mil, pero matar a un hombre que no quiere renunciar a su deber es echarse encima un peso que las espaldas de los hombres no pueden soportar. Decía el poeta: "Es un peso eterno, sacrificar un hombre honrado." A más de que las violencias ejercidas sobre derechos esenciales, son siempre vengadas por la naturaleza con tremendas represalias.

Continuemos nuestro raciocinio. Los hombres son infinitamente más accesibles a los derechos que a los deberes. Fácilmente aceptan los derechos, difícilmente los deberes. Los derechos se multiplican, los deberes se restan. Los derechos se exigen, los deberes se rehusan. Y cuando se dispone de fuerza para exigir lo que se considera un derecho, se recurre a la violencia.

He ahí la explicación de la falta de justicia. ¡Le es tan fácil a uno persuadirse de que hay justicia en todo aquello

⁽¹⁾ Al expresarme así interpreto un pensamiento magnífico de Laccordaire.

que considera su derecho! Formémonos, si es posible, una idea de cómo en el mundo actual se falta a la justicia.

* * *

Hay la *justicia distributiva*. Es la que regula las relaciones de los superiores con los súbditos. La que impone la equidad en la distribución de las cargas y de las recompensas, de los puestos y de los ascensos, de las funciones y de los honores. ¿Es respetada esta justicia? ¿Son tenidos en cuenta las aptitudes y los méritos? ¿La equidad, no es sustituida por la influencia?

Había en Jerusalén una piscina misteriosa con cinco pórticos. Junto a ellos yacía una muchedumbre de enfermos de toda clase, ciegos, mutilados, inválidos... que esperaban el movimiento de las aguas. Periódicamente el Ángel del Señor bajaba y las movía. El primero que se mojaba en las aguas removidas quedaba sano, cualquiera que fuese la enfermedad que padecía.

Había uno que hacía más de treinta años que se hallaba enfermo e imposibilitado de moverse por sí solo. Al verlo Jesús, le dijo: "¿Tú quieres curarte?" Sí, pero no tengo quien me ayude a entrar en la piscina: *hominem non habeo*. Cuando con los mayores esfuerzos trato de acercarme, ya otro me ha precedido. Jesús le dijo entonces: "Bien, levántate, toma tu cama y anda."

Pueden contarse por millares los necesitados y merecedores de promoción, que yacen vegetando durante largos años. Se les pregunta, ¿por qué? Y responden desilusionados, desmoralizados: *hominem non habeo*. Carezco de una influencia política. Y en esa desilusión, y en esa desmoralización de esos millares de relegados, incuba el descontento y fermenta la rebeldía contra la injusticia.

* * *

Hay la *justicia conmutativa*. Es la que establece la equidad entre los intercambios, la que exige el fiel cumplimiento de los contratos explícitos y tácitos. ¿Quién puede consignar el número fantástico de casos en que se viola la justicia en el solo renglón de la remuneración del trabajo, que ni siquiera se paga como una mercancía? En estos días nos hallamos consagrados a inquirir el procedimiento que deberá adoptarse para hacer efectivo el pago del salario establecido para la pobre costurera a domicilio, inicuaamente explotada. ¿Quién puede establecer el número de las irritantes violaciones y medir el grado inverosímil de las cobardes extorsiones? Y todo eso va acumulando en el pueblo sedimentos que a su tiempo han de producir incontenibles reacciones.

* * *

Hay la *justicia vindicativa*. A los encargados de discernirla, no les corresponde la tarea de hacer las leyes que la estatuyen y que es propia del Poder Legislativo; tampoco les corresponde, la de ejecutarla, que es propia del Poder Ejecutivo. Pero sí el de distribuirla. Para el desempeño de tal magistratura, las togas deben ser y aparecer impolutas y nimbadas de una imperturbable Majestad. Los que la invisten saben que cometerían un crimen enorme al condenar a un inocente y también al absolver a un criminal. Pero sin llegar a esos extremos, ¿quién puede medir la indignación que producen los excesos de rigor con los desvalidos y de condescendencia con los poderosos? Y adviértase que nada subleva tanto como la injusticia en los encargados de custodiarla y discernirla.

* * *

Resta decir una palabra de la *Justicia Social*. Hasta hace poco tiempo, la sola denominación de ésta justicia, por cuya

implantación veníamos bregando desde hace treinta años, nos era recriminada.

Pero la Iglesia ha dado carta de ciudadanía en el elenco de sus denominaciones jurídicas a la Justicia Social. Es la encargada de hacer prevalecer sobre todos los intereses de individuos, grupos y partidos, la conveniencia y la paz de la entera sociedad.

Y hoy la entera sociedad, la sociedad nacional, la sociedad internacional, la sociedad humana, se halla inquieta, conturbada, zozobante, convulsa. ¿Por culpa de quiénes?

De todos los que rehusan cumplir con los deberes y sólo piensan en imponer los derechos reales o pretendidos, por la violencia y por la fuerza.

* * *

El mundo es un volcán que parece próximo a entrar en erupción. El fuego que arde en sus entrañas está siendo alimentado por los escombros que vienen acumulando las injusticias.

Señalando el estado en que se halla el mundo, puedo llamar con el Salmista la atención de los responsables: "*et nunc, reges, intelligite, erudimini qui iudicatis terram.*"

En cuanto a nosotros, hermanos míos, antes de ser injustos resolvámonos a pertenecer al número de los que padecen persecución por la justicia. Y si alguna noche al hacer el examen de conciencia de cada día surge en nuestro fuero íntimo esta admonición: "en tal emergencia he sido injusto", prometamos que el sol del día siguiente no se pondrá sin haber iluminado la palabra, el gesto, o el acto de reparación de la injusticia. De esta manera comenzaremos, en lo que de nosotros dependa, la siembra de la paz. *Opus justitiae Pax.*



La dignidad de la vida individual y la garantía de la paz social, descansan en el respeto de todos los derechos. Y éste es el objeto de la virtud de la justicia.

La justicia es una virtud. Todas las virtudes morales tienen por objeto algo que es en sí mismo bueno. Pero hay algunas que son obligatorias y otras simplemente facultativas. La virtud de la justicia pertenece a la primera categoría. Su objeto —que, como acabo de decir, es el respeto de todos los derechos— es siempre obligatorio. Nadie puede considerarse exento de la virtud de la justicia. Desde el más elevado hasta el más ínfimo de los hombres, todos están obligados a la virtud de la justicia, porque siempre se hallan frente a los derechos de los demás. Y el derecho siempre se presenta imperioso dondequiera que aparece. Exige ser respetado, necesita quedar satisfecho, y no a medias, sino cumplidamente.



Pero ¿qué es el derecho? Recordemos, para concretarlo, la diferencia clásica entre el derecho objetivo y el subjetivo. El derecho *objetivo* es la ley reguladora del derecho, el código del derecho. Y el derecho *subjetivo* es el que asiste a cada persona. A éste nos referimos al decir: corresponde a la ley la protección de mi derecho. Este derecho subjetivo reside en cada persona por el sólo hecho de serlo. En el lenguaje jurídico la persona se define así: *subjectum juris*, "sujeto de derechos." ¿De qué derechos? De los que le son propios, de los que son suyos, y especialmente de los que le son connaturales.

Toda persona tiene derechos que le son connaturales, porque dimanan de su propia naturaleza. Tales derechos no proceden de la ley, ni los confiere el Estado. El Estado no es la fuente de esos derechos. Esos derechos proceden de la naturaleza, es decir, de Dios que la crea y la regula. Y el Estado tiene la obligación ineludible de respetar y de hacer respetar

tales derechos. Me estoy refiriendo a los derechos naturales que residen en cada persona humana, aun en la más insignificante del mundo. Y el que atenta contra alguno de esos derechos, atenta contra la humanidad y contra Dios.

* * *

En cuanto a los derechos naturales, y por lo tanto divinos, inherentes a cada persona y cuyo respeto inviolable es el objeto obligado de la justicia, me limito a enumerar los esenciales.

El primero es el derecho a la vida. Este es un derecho que sólo Dios puede dar y que sólo Él puede quitar. De él, se derivan las consecuencias siguientes:

Todo infanticidio, cualesquiera que sean las razones especiosas de cuantos pretendan cohonestarlo en ciertas circunstancias, es un crimen^o de lesa justicia humana y divina. Crimen tanto más abominable, cuanto más indefenso es el sujeto del derecho. Toda eliminación de lisiados e incapaces con el propósito de crear por selección la fuerza de una raza, es una teoría pagana conculcadora del más inviolable de todos los derechos, que es el derecho a la vida. ¡Desgraciadas las razas que para subsistir o para predominar deban alimentarse de tales crímenes!

Toda extinción de vidas humanas, causada por guerras, provocadas por el odio, la ambición o la venganza, son atropellos brutales contra derechos individuales y colectivos, que por ser naturales y divinos no podrán quedar sin su tremenda vindicación. *Sanguinem enim animarum vestrarum repriram* (Gén. IX, 5). Dice el Señor: Yo pediré cuenta de los torrentes de sangre en que se extinguen tantas vidas.

El segundo derecho esencial de la persona humana es el derecho al trabajo. El trabajo es el ejercicio de la actividad personal, otorgada por Dios al hombre para que pueda conservar su existencia y labrar su bienestar.

Ese derecho se vulnera por exceso y por defecto. Por exceso, cuando a trueque de remuneraciones insuficientes y de salarios de hambre, se exige un trabajo excesivo. Y por defecto, cuando a causa de los trastornos producidos por el desenfreno del liberalismo económico, se crea en el mundo el pavoroso problema de la desocupación, hecho éste que por sí solo constituye la más formidable denuncia contra la injusticia social. El pueblo nunca se rebela contra el trabajo. Todo lo contrario: protesta contra la falta de trabajo y contra la explotación del trabajo.

El tercer derecho esencial a toda persona humana es el que se estima sobre todos los demás derechos: el derecho a la honra. Este derecho se presenta como enaltecido por Dios, porque no sólo lo confiere a la persona humana como un derecho, sino que se lo impone como un deber. *Curam habe de bono nomine*. Ten sumo cuidado del honor de tu nombre. Ha de ser terrible el peso que gravita sobre la conciencia del que ha dado muerte a un hombre. Pero no es menor el que debiera sentir la conciencia de quien ha herido de muerte una fama. ¡La maldición de Dios planea por igual sobre el puñal que chorrea sangre, sobre la lengua que suelta veneno y sobre la pluma que destila infamia!

* * *

He recordado algunos de los derechos esenciales inherentes a toda persona humana y he demostrado, cómo al no respetárselos, se viola la virtud de la justicia.

Pero ¿sólo la persona humana es para nosotros sujeto de derecho? ¿Dios no lo será también en sus tres personas Divinas? ¡Cómo! Dios que es la fuente de todos los derechos, ¿no habría de tener los suyos? Y si la virtud de la justicia es la guardiana inexorable de los derechos humanos, ¿no ha de serlo también de los divinos? Y ¿cuáles son los derechos de

Dios? Él mismo nos los ha revelado; Él mismo nos los ha escrito, primero en lo más hondo del corazón, y después en las Tablas de la Ley. Están contenidos en el Decálogo, que es su Código Divino. Su cumplimiento no es facultativo, sino estrictamente obligatorio. El Decálogo no es de devoción, es de justicia, es la primera justicia, y a ella se refiere cuando en el Evangelio de hoy nos dice Jesucristo que el Espíritu Santo recrimina al mundo por haber faltado contra la justicia.

* * *

En tiempos no muy lejanos, de cuyos errores estamos pagando las consecuencias, se han proclamado con exceso los derechos del hombre. Digo con exceso, porque se había pretendido proclamarlos como originarios del hombre y divorciados de Dios. ¡Así le está yendo al mundo en esta hora terrible, en que no se encuentra seguro ninguno de los decantados derechos del hombre!

Y es lógico. Si se niega a Dios como fuente originaria de todo derecho, ¿por qué un hombre puede exigir de otro que respete su derecho? Todos los hombres somos iguales, porque nos nivela un mismo origen y un mismo destino. Ningún hombre viene al mundo con un derecho superior al de los otros. La superioridad la adquiere cuando, por los procedimientos establecidos, desciende sobre él, desde el Derecho eterno, un destello que le ilumina la frente, ungiéndosela con alguna autoridad: autoridad paterna, autoridad civil, autoridad religiosa, de las cuales a su vez dimanan, como otros tantos reflejos, todas las otras autoridades establecidas en el mundo.

11/5/41.

* * *



Ninguna sociedad humana iniciará su ascensión hacia el progreso moral si no se apoya sobre la roca viva de la justicia. Puede afirmarse también que ninguna sociedad humana logrará el orden y alcanzará su estabilidad, si no se asienta sobre la justicia.

La justicia es la virtud que hace dar a cada uno lo que le es debido. Pero ¿quién establecerá lo que a cada uno le es debido? Es claro que se hallan en el fondo de la conciencia humana algunas prescripciones elementales. La conciencia dice a cada uno en su lenguaje secreto: mentir no es lo mismo que decir verdad; matar al padre a puñaladas o a disgustos, no es lo mismo que auxiliarlo y venerarlo.

Pero ¿qué son unas pocas prescripciones elementales, cuando se trata de determinar el derecho en las múltiples y complicadas relaciones entre los hombres y aun entre las naciones? ¿Quiénes lo determinarán? ¿Los legisladores, los políticos? Yo los veo turbarse, los veo vacilar, los veo dar un paso hacia adelante y otro hacia atrás, semejantes al piloto que busca en el cielo la ruta; pero a quien las nubes, que se interponen, ocultan la estrella polar. ¿Podrán por sí solos los políticos, los legisladores, los estadistas, dictaminar las normas justas que deben regir las relaciones humanas?

¿Será que algunos hombres, encontrándose en las antecámaras de un Congreso o a la entrada de una selva, movidos por instintos de defensa o de depredación, podrán establecer en un contrato los derechos básicos de la humana sociedad? Esto se ha dicho y se ha escrito en un libro que se ha hecho célebre, "El Contrato Social". Y luego, esos mismos hombres, u otros, ¿serán capaces, por propia inspiración, de enumerar las normas reguladoras de la Justicia, como ha pretendido

hacerse en ese otro libro denominado: "Los derechos del hombre"?

Pero ¿quién asegura, quién garantiza que eso es el derecho? Yo encuentro una gran diversidad y aun también una gran contradicción de derechos y por lo tanto de deberes, según el grado de civilización, la diferencia de circunstancias o la condición de los climas. Uno es el derecho de Solón, otro el del Licurgo, otro el de Numa, otra el de Mahoma.

Y sin ir a los Legisladores que crearon en el pasado el derecho de sus respectivas sociedades, en nuestros días ¿qué es lo que acontece? De la misma manera como unos, considerándose iluminados por la ciencia, creyeron hacer justicia sancionando los derechos del hombre; otros, armados de la fuerza, piensan a su vez hacerla mejor proclamando los derechos del Estado, ante quien desaparecen los derechos del hombre. Y ¿quién tiene razón? ¿A quién asiste el derecho? ¿Quién hace justicia? ¿Quién acierta, cuando decide del mando o de la sumisión, de la paz o de la guerra, de la vida o de la muerte, del trabajo o de la huelga, de la propiedad o del comunismo, del mérito y del demérito, del castigo o de la impunidad?

La humanidad tiene necesidad absoluta de un derecho esencial, de un derecho inmutable, de un derecho universal. Pero este derecho no puede emanar sino de la esencia misma de la naturaleza humana, donde debe buscarse el emplazamiento de la justicia. Y este emplazamiento de la justicia no puede ser descubierto sino con un relámpago de luz emanada de Dios. Porque sólo Dios, que ha creado la naturaleza humana y que ha medido las consecuencias y las proporciones de su caída, puede descubrir en ella las raíces verdaderas de la justicia, aptas para producir la savia de la regeneración.

La humanidad carecía de ese derecho esencial, y por eso unos se eximían de aquello que a otros obligaba. Le faltaba

un derecho inmutable, y por eso el débil no tenía protección contra el fuerte. Le faltaba un derecho universal, y por eso el hombre se hacía enemigo del hombre, fuera y aun dentro de una misma frontera.

Pero viene Jesucristo al mundo y ¿qué hace? Da a la sociedad humana un derecho esencial, un derecho inmutable, un derecho universal.

Pero ¿cuál es ese derecho que ha venido a promulgar el Hijo del hombre? ¿Es acaso el derecho natural grabado en el fondo de la conciencia humana? Sí, es ése. Pero es además el derecho que lo exterioriza y lo concreta. Es también un derecho positivo, un derecho escrito, un derecho codificado. El código de ese derecho esencial, inmutable, universal, se llama el Decálogo. El que falta a cualquiera de los artículos del Decálogo, viola la justicia. Y el que viola la justicia divina, no escapa a la sanción, como suele acontecer con los que violan la justicia humana.

Cuando venga el Espíritu de Dios —nos advierte Jesucristo—, convencerá al mundo de haber pecado contra la justicia. ¡Cuánto se ha venido pecando contra la justicia! ¡Qué contradicción! Todos sentimos un anhelo profundo de justicia y tal vez contra nada se peca tanto como contra la justicia. Contra la justicia conmutativa, contra la justicia distributiva, contra la justicia vindicativa, contra la justicia legal. Pero las leyes de Dios no son como las leyes de los hombres. Las cosas vedadas por las leyes divinas no son malas porque están prohibidas: están prohibidas porque son malas. Por eso las leyes divinas llevan en sí mismas sus reivindicaciones. No se las puede violar impunemente. Son como las aguas. Tienen en sí mismas la virtud tremenda que las impele a buscar el restablecimiento de su equilibrio. Cuando se quiere torcer su rumbo, cuando se les opone resistencia, ellas acumulan sus caudales y llega el día en que con la vehemencia de su fuer-

za rompen los obstáculos y se precipitan llevándose cuanto encuentran por delante sembrando la destrucción y la ruina. Es lo que ha comenzado a suceder en el mundo. Las injusticias por tanto tiempo acumuladas están a punto de ser barridas por un torrente de justicia.

Éste se irá al extremo, no cabe duda; pasará como con todas las reacciones; pero, al fin, se establecerá el equilibrio. Quiera Dios que entre nosotros nos resolvamos a hacer justicia en forma evolutiva. Es lo que nos pide la Iglesia por boca de sus últimos y grandes Pontífices que nos instan al establecimiento del reinado de la justicia social. Que se adelante el reinado de la justicia. Venga a nos el tu reino, el reino de Dios, fuente de toda razón y de toda justicia.

3/5/42.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

DIJO Jesús a sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedidle, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. Os he dicho estas cosas, usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas de mi Padre. Entonces le pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré a mi Padre por vosotros, pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo; ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre. Dícenle sus discípulos: Ahora sí que hablas claro, y no en proverbios; ahora conocemos que tú lo sabes todo, y no has menester que nadie te haga preguntas, por donde creemos que has salido de Dios.

San Juan, cap. XVI, v. 23-30.

Os invito a levantar la cabeza por encima de las cosas de la tierra, que constantemente nos ocupan y preocupan. Hagamos que el alma suba y se asome a la región sobrenatural para que respire su atmósfera. La Oración es precisamente la elevación del alma a Dios para contemplar su grandeza, para agradecer su bondad, para implorar su misericordia. Y el Evangelio de hoy es el Evangelio de la Oración.

Pero prescindamos de disquisiciones teológicas y de sistemas místicos. Ocupémonos del método de orar que está al

alcance de toda creatura humana, cualesquiera que sean su capacidad mental y su formación espiritual.

Hay circunstancias en que ni se acierta a meditar, ni se está en disposición de rezar. No importa. Cuando el pensamiento se rehusa a remontarse a Dios, quedan las palabras; y cuando hasta las palabras faltan, quedan las actitudes. He aquí el método simplicísimo sobre el cual quiero llamar vuestra atención.



Las actitudes tradicionales de la plegaria cristiana son de una elocuencia conmovedora y victoriosa. Tal vez nunca nos hayamos detenido a ponderarla. La primera de estas actitudes es la de las manos juntas. A los espíritus que se complacen en ser tenidos por fuertes, esta actitud les parecerá simplicísima. Y en realidad lo es. Pero en la simplicidad es donde casi siempre se halla la sublimidad. Les parecerá también una actitud ingenua. Pero en la ingenuidad se halla la expresión transparente de la realidad y la elocuencia soberana de la verdad.

Las manos juntas, perfumadas todavía de inocencia, de los pequeños que aún no saben rezar. Las manos juntas de los primeros comulgantes, transparentándose bajo los tules blancos que los envuelven, como una nube sutil bajada de lo alto. Las manos juntas de los trabajadores, cuando las levantan al cielo, al dejar los instrumentos que las han mantenido demasiado tiempo vueltas a la tierra. Las manos juntas de los desvalidos que imploran misericordia. Las manos juntas de los muertos que descansan en la paz de los cementerios. Manos queridas, algunas de las cuales hemos entrelazado nosotros mismos como para prolongar eternamente la plegaria suprema en los que ya se nos fueron, a fin de que

cuando los ángeles vayan a despertarlos el día de la resurrección, los encuentren en actitud de piadosos suplicantes.

Todas esas manos juntas son de un significado inefable y de una elocuencia conmovedora. Y con todo no hemos penetrado aún su sentido esencial en su relación con Dios.

La causa de todos los males está en el abuso de nuestra libertad. Las manos juntas son la expresión de la voluntad de los que no quieren continuar siendo independientes de la voluntad de Dios. Son manos que ya no quieren resistirse. Son manos que renuncian al mal. Son manos que se entregan. Son manos desarmadas. Son manos cautivas. Son manos que se abandonan y confían. Son manos de sumisión, de dulzura, de docilidad, de mansedumbre. Son manos de bendición, manos de paz.

No os parezca ingenuo, ni sin trascendencia, el argumento de mi predicación de hoy. Lo expongo con toda reflexión ante las gentes que parecen resueltas a asumir las actitudes más opuestas y las más violentas, según los partidos que han adoptado o piensan adoptar en su propósito de contribuir eficazmente a la solución de los grandes problemas contemporáneos. Estamos en pleno apogeo del lenguaje de las manos. Y ese mudo lenguaje está siendo utilizado en todo el mundo para indicar la dirección y la intensidad de las grandes corrientes humanas, que se hallan próximas a estrellarse las unas contra las otras. El lenguaje de las manos tendidas, el de las manos levantadas y el de los puños cerrados. Nadie puede todavía afirmar cuál de entre todos esos lenguajes es el que habrá de prevalecer. Pero cualquiera que sea, se puede tener la seguridad que ninguna de esas manos servirá para ofrecer a la humanidad el olivo de la paz.

Hay una segunda actitud tradicional entre las prácticas cristianas: la de *las rodillas dobladas*. Hay gestos humanos cuyo significado suele pasar inadvertido: gestos que se hacen por imitación, por tradición y por rutina, como el de quien se descubre, el de quien da la mano. Lo mismo suele acontecer con el gesto de quien se pone de rodillas. Por ello es muy conveniente detenerse a pensar alguna vez en lo que expresa.

Los hombres no se abrazan fácilmente a la verdad. Cuando la ven acercarse, piensan que no les permitirá vivir según sus caprichos o sus gustos. Le dan la espalda, huyen de ella y se ocultan entre los bosques enmarañados de la vida. Hacen como los salvajes o como los niños. Pero como la verdad es inmutable, no envejece, está siempre joven. Y como es eterna, es paciente, es perseverante, y un día inevitablemente nos alcanza. La muerte nos corta la retirada, y la verdad gana terreno y se nos echa encima. Entonces no habrá más remedio que rendirse a ella, pero si es a pesar de nuestra resistencia, el encuentro de la verdad con el alma sellará su crucifixión involuntaria y sempiterna. Para que así no suceda, en la plenitud de la vida, o en la plenitud de la reflexión, o en la plenitud de la conciencia, me vuelvo de cara a la verdad, y para expresarle que no quiero continuar huyendo, me pongo de rodillas para dejarme tomar todo entero por ella, dándole las gracias, porque desde tanto tiempo me haya perseguido y porque, antes de que fuera demasiado tarde, me haya alcanzado.

La actitud del que se pone de rodillas tiene un segundo lenguaje. Las bestias de carga en el Oriente, los camellos del desierto a los cuales tantas veces aludía cuando predicaba Jesucristo, se ponen de rodillas cuando llega la hora de ser aligerados de la carga. Los que ya no pueden soportar las pesadumbres morales y físicas que culpablemente han venido

acumulando en la vida, los que tienen las espaldas agobiadas y las conciencias oprimidas, sienten que las rodillas casi instintivamente se les doblan, y cuando, al fin, se postran con humildad y compunción sobre la tierra, refrigerados por la brisa de la absolución que se avecina, quedan aliviados de la opresión de los errores, de las culpas, de los remordimientos, que sin darles tregua los aplastaba.

Y he aquí el tercer lenguaje de las rodillas dobladas. Yo sé que debo continuar marchando por la senda del bien, del honor, de la virtud. Yo debo continuar subiendo la cuesta de la montaña santa. Pero abandonado a mis solas fuerzas no podría continuar la marcha ascendente. No me siento capaz, me faltan las fuerzas, me hallo agotado, desfallezco. Eso es también lo que quiero expresar, cuando, sin pronunciar una palabra, me pongo en la presencia de Dios y caigo de rodillas. ¿Y qué otra actitud me correspondería? ¿La de la altivez petulante? ¿Podría cuadrarme ante Dios como de potencia a potencia?

¡Ah!, los que huyen de la verdad, los que siguen el mal, los que se yerguen de orgullo, los que persiguen con odio, pueblan el mundo. ¡Dios mío! ¿Qué habría sido del mundo si, para neutralizar todas esas provocaciones que suben de la tierra, no se hallaran como abrazándola para ocultarla a los golpes de la justicia divina, los millones de seres que se vienen postrando en humildad y en adoración, desde aquella noche durante la cual Jesucristo cayó de rodillas en el Huerto de Getsemaní para salvar al mundo?

Señor, el último recurso de que disponemos los hombres cuando hemos agotado los argumentos con que solemos implorar lo que nos parece que necesitamos tanto o más que la misma vida, es el que nos decide a amenazar con la actitud de la práctica tradicional de los cristianos exclamando: "te lo pido de rodillas." En este día del Evangelio de la Oración,

danos tu verdad, danos tu perdón, danos tu amor, danos la paz. Te lo pedimos postrados de rodillas.

Así sea (1).

14/5/39.

* * *

Desde el siglo XVIII y durante todo el siglo XIX hizo fortuna el humanismo.

¿Qué es el humanismo? La fe exclusiva del hombre en sí mismo: en su razón, en su riqueza, en su fuerza. La fe en Dios había comenzado a debilitarse y luego a desaparecer, casi por completo, en las diversas manifestaciones de la actividad humana.

El hombre buscó dentro de sí mismo el manantial de su propia grandeza. Creyó encontrarlo y le pareció que con sus propios recursos podía llegar a hacerse superhombre. Pero como había rechazado la revelación, se equivocó en el análisis de su propio fondo. Desconoció su esencia. Olvidó su origen. Dejó de creer en la perturbación introducida por el pecado original. Creyó que su fondo era originariamente bueno, y que todo cuanto de él procedía, su egoísmo, sus instintos, sus pasiones, era legítimo.

Olvidando su origen, olvidó también su destino: lo negó. Dejó de sentir la atracción de lo alto. Ningún interés tenía para él lo supraterráneo. Toda su actividad se desarrollaba sobre la tierra. En ella nacía y en ella moría. Vivía sólo en la superficie. Toda la vida quedaba absorbida por lo económico o lo político. Toda se gastaba en los asuntos debatidos sobre la superficie de la tierra. Se movía sólo en dos direcciones: la de la izquierda o la de la derecha. Nada interesaban ni lo profundo ni lo sublime. La vida no se movía en el sentido

(1) Algunas de las consideraciones precedentes, las he tomado de los Capítulos XIX y XXX de Pierre Charles en su libro: "La prière de toutes les heures".

de esas otras dos dimensiones. No se tenía en cuenta que lo que inficiona y corrompe la civilización, emana de muy abajo, del espíritu del mal; y lo que la salva y la redime, desciende de muy arriba, del Espíritu de Dios.

Toda la vida se desarrollaba de cielo abajo. Prácticamente era atea. De ahí el empeño para que las instituciones fuesen neutras o laicas. Las máximas cristianas no informaban ni las costumbres de la sociedad ni la enseñanza de las escuelas, ni la legislación de los Parlamentos, ni el desarrollo de la economía, ni la distribución de la riqueza, ni los programas de orden político, ni las relaciones de derecho internacional. Todo era puro humanismo. Toda la fe se había puesto en la razón, y tenemos como resultado el más desconcertante confusionismo de la historia. Toda la esperanza se había cifrado en la riqueza, y la humanidad está pereciendo de miseria y de hambre. Toda la confianza se había depositado en la fuerza, y la fuerza sólo está sirviendo para paralizar la producción, para destruir el arte y para oprimir el derecho. El humanismo se halla en plena bancarrota. Nunca se había visto en el mundo un fracaso de las proporciones del suyo.

Los filósofos decían que no era necesario contar con las luces de lo alto. Ya se podían apagar impunemente las estrellas. Aparecían sobre la tierra constelaciones luminosas, poblaciones resplandecientes. A una de ellas denominábasela: ciudad luz. El siglo pasado fué llamado *el siglo de las luces*.

Pero cuando llegó la hora en que, por la fuerza de la lógica aparecieron las consecuencias de los principios que se habían establecido, sobrevino la densa e impenetrable oscuridad que se ha extendido sobre el mundo. Los conglomerados humanos no ven nada. Las mismas cabezas dirigentes andan a tientas. Y, lo que es peor, cierran los ojos para no ver, o dan vuelta la cara para no mirar hacia la única luz que

permanece brillando en la plenitud de su fulgor, en medio de tantas tinieblas como se han venido acumulando.

Recordemos una de las ceremonias de la liturgia establecida para los días de la Semana Santa. El Clero se congrega para cantar Maitines. La Iglesia se halla enlutada. El sagrado recinto está en tinieblas. Junto al Clero se coloca el tenebrario. Al fin de cada salmo se apagan sucesivamente las candelas, hasta la que se halla en la punta superior del triángulo, única que continúa ardiendo. Me parece la imagen del mundo. Apagadas todas las luces puramente humanas, permanece una sola encendida sobre la colina más alta de la historia, sobre la colina vaticana. Esa no se apaga nunca, porque no es una antorcha humana, es divina. La encendió Jesucristo, que es Dios, y el mismo Jesucristo continúa alimentando su llama. *Non deficiet fides tua*, le ha dicho y le continúa diciendo hasta el fin de los tiempos Jesucristo, al que hace sus veces aquí en la tierra. La luz de tu fe no se consumirá, no se apagará, no se debilitará jamás. Que se oscurezca el mundo que ha creído poder prescindir del astro moral que brilla en el cielo. Que soplen los vientos huracanados que apagan, unas en pos de otras, todas las luces artificiales que no viven por sí mismas. La claridad de aquel astro eterno, reflejándose sobre su Vicario en la tierra, no dejará de iluminar jamás. *Ego sum lux mundi*, había dicho el Maestro. Y esa luz es la misma que ha continuado y continuará ardiendo en su Vicario el Papa.

El humanismo había hecho estragos hasta en los creyentes. Hay católicos que creen ver con más claridad a la luz de su propia razón que a la luz de aquel a quien Jesucristo ha confiado la continuidad de su magisterio en el mundo. Hay católicos que dicen que el Papa se equivoca. Y ¿quién acierta entonces? ¿Podéis alegar vosotros una seguridad mayor de la asistencia divina? Sólo a Pedro y sus sucesores ha

dicho Jesucristo: *Non deficiet fides tua*. Sólo en él nuestras inteligencias vacilantes pueden hallar seguridad en la fe y en todas las verdades, de cualquier orden que sean, que tengan atingencia alguna con ella.

El mundo católico, el mundo cristiano, el mundo que desencantado de los valores puramente humanos, comienza a esperar en los espirituales y divinos, se dispone a tributar un homenaje universal al Vicario de Jesucristo en la persona augusta de Pío XII, que el 14 de este mes celebra sus Bodas de Plata Episcopales. Ningún homenaje más grato a él, y más eficaz para el mundo de hoy, que el homenaje de nuestra razón, de la adhesión firme, absoluta e incondicional de nuestra inteligencia. El mejor de los obsequios es el que llama San Pablo *rationabile obsequium*, el obsequio racional de nuestra fe en él.

Hay un segundo obsequio que por títulos de igual legitimidad estamos obligados a tributarle. El Papa no es sólo Maestro, también es Padre. Los hijos deben rezar por los Padres. Yo veo con emoción a los hijos buenos apretarse como las uvas de un racimo en torno a la figura venerable y querida de su Padre, cuando festeja alguno de sus aniversarios íntimos y gratos. Yo los veo congregarse al pie del altar, llenárseles de lágrimas los ojos, juntar las manos sobre el pecho, doblar las rodillas junto a la Mesa Eucarística y entreabrir los labios para recibir en comunión a Jesucristo, para impetrar del Padre que está en los cielos las bendiciones necesarias al padre que quisieran conservar aún durante largo tiempo en la tierra. Y más fervorosamente aún si el padre se halla preocupado, apenado, angustiado, dolorido.

El parentesco de la carne no ata con vínculos más reales que el del espíritu. El Papa es padre, ¡y qué padre!, y celebra una efemérides plena de emociones íntimas, y tiene el cora-

zón dolorido y angustiado, y el alma llena de preocupación y pesadumbre.

Pues bien: el Evangelio de hoy es el Evangelio de la oración. Nos dice Jesucristo: "Os aseguro, bajo la fe de mi palabra, que el Padre os concederá todo cuanto le pidáis en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis a fin de que vuestra dicha sea completa." ¿Puede pedirse al Padre, en nombre de Jesucristo, más auténticamente que cuando se le pide por aquel que hace en la tierra las veces del mismo Jesucristo?

Y en las actuales circunstancias, tal vez como en ninguna otra, pedir por el Papa es pedir por nosotros mismos, para que se aleje de nosotros el amago de la guerra, de la discordia, de la miseria, y nuestra dicha sea completa. Pedir por el Papa equivale en estos tiempos a pedir lo que Él está implorando de Dios: que cesen los odios raciales, las luchas internacionales, las demasiado irritantes desigualdades económicas. Pedir por el Papa equivale a pedir lo que Él está implorando de los hombres: que desarmen de rencores sus espíritus, que no pretendan esperar algo bueno de la fuerza, que piensen en aprovechar la primera coyuntura para la paz, pero una paz fundada en la justicia; equivale, en fin, a pedir que cese la destrucción y la matanza, que no se continúe multiplicando la orfandad, que dejen de correr la sangre y las lágrimas, que terminen la miseria y el hambre, que cese la explotación de los débiles y los necesitados, que deje, en fin, el mundo, de parecerse tanto a un infierno y empiece a asemejarse más al Paraíso.

Digamos con la Iglesia en su plegaria oficial por el Papa: *Dominus conservet eum et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra et non tradat eum in animam inimicorum ejus.*

DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION

DIJO Jesús a sus discípulos: Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de Mí; y vosotros daréis testimonio, puesto que desde el principio estáis en mi compañía. Estas cosas os las he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas, y aun viene la hora en que quien os matare creará hacer un obsequio a Dios. Os tratarán de esta suerte, porque no conocen al Padre ni a Mí. Pero yo os he advertido estas cosas, a fin de que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os las había anunciado.

San Juan, cap. XV, v. 26-27; c. XVI, v. 1-4.

“Una vez que haya venido el Consolador que os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí y vosotros lo daréis también.” ¡Magnífica profecía! ¡Cuán sublime es la altura a la cual eleva Jesucristo la misión de sus discípulos! A todos los discípulos de Jesucristo, es decir, a todos los cristianos del mundo dignos de llevar ese nombre, se les ofrece el honor insigne de ser a la par del Espíritu Santo, los testimonios vivientes de la Divinidad de Jesucristo. ¿Cómo? Sirviendo de prueba de la verdad de su doctrina, de la bondad de su moral y de la fortaleza victoriosa de su fe. De la verdad de su doctrina, hablando de ella; de la bondad de su moral, viviendo según ella; de la fortaleza victoriosa de su fe, muriendo por ella. El testimonio de la palabra es fácil; el de la vida,

difícil; el de la muerte, heroico. Por eso el supremo de los testimonios es el del martirio. Mártir quiere decir testigo.

Desgraciadamente son innumerables los cristianos cuya vida equivale a un constante renunciamiento al honor de tan elevado testimonio. Han nacido y han crecido en un ambiente religioso. Usan la señal exterior de los cristianos. Han aprendido a ver en la cruz el símbolo de la religión de Jesucristo.

Le dan en su casa el sitio de honor que le corresponde. Tal vez también la llevan colgada del cuello sobre su propio pecho. Pero la vida que llevan, en lugar de ser un testimonio de ello, es un desmentido. Mientras todo se reduce a creer en los dogmas, a hablar de ellos y aun a frecuentar algunas prácticas religiosas, no hallan dificultad en ser apologistas del cristianismo. Mas cuando se trata de vivirlo, tampoco la hallan en convertirse en tránsfugas.

De la misma manera que para los incrédulos, para los católicos teóricos el cristianismo es prácticamente la inversión de los valores positivos de la vida. Y observando la manera como proceden, estamos autorizados a pensar que lo conciben como una disonancia con las prácticas habituales del mundo que frecuentan.

Que el injuriado deba reprimirse y disponerse a presentar la otra mejilla; que el enemigo deba ser no sólo perdonado, sino también favorecido y amado; que la autoridad deba persuadirse de que su misión es la de servir, más que la de ser servida; que el camino de la elevación sea la humildad, el de la dicha y el sacrificio y el de la paz el renunciamiento, todas esas cosas son para ellos, cuando se trata de ponerlas en práctica, extravagancias de seres alucinados. Usufructuarios afortunados de posiciones más o menos legítimamente conquistadas, no conciben ni a Dios ni a los adoradores de Dios; antes armados de esplendor y de poder, están

habitualmente resueltos a imponer sus derechos por el imperio de la fuerza.

¡Ah, cristianos oportunistas que cuando conviene a vuestros intereses hacéis valer ese nombre para proclamar que estáis en posesión de la verdad! Decidme: ¿para qué os sirve la verdad? Tal vez los preceptos de la simple y austera moral de Jesucristo os sean muy familiares en cuanto a la letra. Tal vez sepáis recitarlos de memoria sin olvidar uno solo. Tal vez podáis enseñarlos a los demás. Pero ¿informan ellos, acaso, vuestros actos de hombres y de ciudadanos, vuestra conducta privada y pública, vuestra vida doméstica y profesional? ¿No os servís del nombre como de un salvoconducto para hacer pasar vuestras ambiciones económicas, sociales o políticas?

Hermanos míos: los cristianos a que me acabo de referir son prácticamente desertores. No han sabido no han querido responder a la misión sublime de ser con su vida testigos de la Divinidad de Jesucristo. Se han rehusado a servir de testimonio de la verdad de su doctrina, de la bondad de su moral y de la fortaleza victoriosa de su fe. Se han hecho indignos de ese gran honor y en cuanto de ellos depende han servido más bien de desprestigio al Cristianismo.

En cambio (¡qué consuelo!) ¡hay tantos cristianos en esta hora del mundo, que responden con su palabra, con su vida y con su muerte al honor sublime que les ofreciera Jesucristo de llegar a ser sus autorizados testimonios! ¡Ah, no era posible, Jesús, que fallara tu divina profecía!

* * *

No obstante la atmósfera tan adversa que envuelve al mundo, la humanidad continúa produciendo una maravillosa floración espiritual. Y en esta hora del mundo, como en todas las horas desde que hiciste tu confortante profecía, millares de cristianos dicen de todo corazón palabras como éstas: Sean otros los que se dejen llevar por la codicia del oro,

el incentivo de la voluptuosidad y la soberbia de la vida, los que se dejen seducir por los bienes efímeros y los honores estériles. A cada uno su ensueño, según el género de su ambición; a cada uno su ideal celosamente acariciado.

Y así es, las miras de los cristianos verdaderos son muy distintas. Éstos sueñan con renunciamentos, con pureza, con paz y con ternuras. Y ¿quiénes son? ¿Dónde viven? Son los buenos de que tanto necesita el mundo y viven en medio de nosotros.

Es ese sacerdote de corazón apostólico a quien un hombre del pueblo, envenado de odio, le dice: "Si supieras cómo te aborrezco", y que contesta: "Si supieras cómo te amo."

Es una Hermana de Caridad que, al tender la mano para pedir una limosna, recibe un salivazo en la mejilla, y mientras se lo enjuga imperturbable añade: "Esto para mí; ahora alguna cosa para mis queridos huerfanitos."

Es esa joven afortunada y dichosa que, lujosa pero castamente vestida para ir a una fiesta, antes de salir dirige una última mirada, no al espejo, sino al Crucifijo y exclama: "Oh Jesús, yo te amo y todos los atractivos del mundo no me apartarán ni un ápice de Ti."

Es esa otra de veinte años que, a una hora avanzada de la noche, en su humilde cuarto, cansada de trabajar y enrojecidos los ojos de tanto manejar la aguja a la escasa luz de una débil bujía, al oír cantar a las gentes que van por la calle de fiesta, levanta la mirada, la fija en la Cruz colgada en la pared y dice: "Oh Jesús, yo te amo, y todas mis privaciones y toda mi miseria no bastarán para separarme ni un ápice de Ti."

Son, en fin, esos jóvenes y esos hombres que se conservan puros en medio de todas las seducciones y firmes frente a todas las amenazas. Los que se alimentan del Pan angélico que nutre vírgenes, y beben del vino eucarístico que engen-

dra mártires. Son todos los buenos, todos los pacientes, todos los abnegados, todos los puros, todos los justos que llenan los claustros y que viven en el mundo, dando con sus vidas el testimonio magnífico de la Divinidad de Jesucristo, de la verdad de su doctrina, de la bondad de su moral y de la fortaleza victoriosa de su fe.

24/5/36.

* * *

Jesucristo es rey en el mundo de las almas, como el sol es rey en el mundo de la luz. Los buenos cristianos son, mientras viven en la tierra, el prisma sobrenatural que la divina perfección de Jesucristo atraviesa para mostrarse a nuestros ojos en infinitos matices. Cada una de las vidas humanas debe manifestar un color, debe hacer resaltar, aislándola, una tonalidad peculiar, y de esa manera exteriorizar y confesar la riqueza íntima e inagotable del Hijo del Hombre. Lo que Él no ha podido revelar desde los límites concretos de su cuerpo mortal y desde el espacio comprendido dentro de su corta vida, lo revela y lo revelará hasta el fin de los tiempos por medio de la amplitud de su cuerpo místico formado por todos los cristianos. Lo que sus labios carnales no tuvieron oportunidad de expresar, la gracia de su Espíritu inmanente lo hará decir a su tiempo por los labios de millones de confesores de su fe. El óleo y el vino que sus manos no alcanzaron a verter sobre las llagas que sucesivamente se abrirán en los cuerpos y en las almas de los hombres, los seguirá derramando con las manos de sus fieles, que hasta el fin de los siglos se irán prestando a ser encarnaciones vivientes del buen samaritano.

* * *

Todos nuestros deberes se hallan comprendidos en este único precepto: *imitar a Jesucristo*. ¿Qué quiere decir imitar

a Jesucristo? ¿Es acaso copiar su vida histórica, reproducir materialmente sus actos, poner nuestros pies en las huellas dejadas por sus pasos? No. Imitar a Jesucristo es hacer lo que Él haría si viviese en los tiempos en que vivo, si estuviese donde estoy y si fuese lo que soy. Es informarnos hasta tal punto de su Espíritu, que Él pueda en mí y por mí completar su obra redentora y revelarse al mundo en el proceso de cada vida cristiana. Es, en definitiva, ser su testimonio ante Dios y ante los hombres. Y es el momento ya de publicar que quienes dan el testimonio supremo, son sus misioneros.

Cierto día, en una hora de gracia, abrieron el Evangelio o se postraron ante el Sagrario; y con los ojos del alma vieron a Jesucristo con tal esplendor de majestad serena y de mansedumbre infinita, tan poderoso y a la vez tan accesible, tan justo y a la vez tan misericordioso, mostrándoseles de tal manera Dios a través del Hombre y de tal manera Hombre a través de Dios, que se levantaron resueltos a seguirlo; pusieron la mano sobre el arado y juraron no volver la cara hacia atrás para mirar de nuevo al mundo. Y a cuantos tratan de disuadirlos de su vocación, responden: Vosotros sabéis que yo creo firmemente que un día el Hijo de Dios se hizo hombre y murió en una cruz para redimir a todos los hombres, y que hay millones de hombres que no lo saben; ¿y queréis que no sienta la necesidad irresistible de emplear mi juventud para ir a gritar esa buena nueva a los cuatro vientos del mundo?

Tales son los misioneros que se distribuyen las regiones más remotos de la tierra produciendo con sus predicaciones, con su sudor y con su sangre, floraciones magníficas de la más genuina cristiandad.

29/5/38.

“Cuando descienda el Espíritu Santo que yo os enviaré, Él dará testimonio de mí, y vosotros lo daréis también.”

De estas palabras se sigue que, si nosotros damos testimonio de Jesucristo, es señal evidente de que el Espíritu Santo está en nosotros, y de que, si no lo damos, el Espíritu de Dios no está en nosotros.

Dar testimonio de Jesucristo quiere decir, confesarlo en público, darlo a conocer, ponerlo de manifiesto en la palabra, en la vida y en la muerte. En otros términos: se da testimonio de Jesucristo hablando, viviendo y muriendo como verdaderos cristianos.

Hay dos cosas que se oponen a ello: el respeto humano y la falta de raigambre de las convicciones religiosas.

El respeto humano: he ahí la prueba de fuego ante la cual pagan el tributo de sus claudicaciones los pusilánimes. Se hace necesario profundizar aquellas palabras para darse cuenta de su significado. Porque se trata de dos palabras que en sí mismas son nobles y bellas.

“Respeto”, ¡qué palabra tan venerable! Respetar a Dios, respetar a la Patria, respetar a sus padres, respetar a la autoridad, respetar la palabra empeñada, respetar la virtud, la verdad, el honor... He ahí lo que hace el encanto de la vida y lo que confiere dignidad a la conducta del hombre.

“Humano”, ¡qué palabra tan promisoría! Quien dejara de ser humano, se colocaría al margen, no ya del cristianismo, sino de la humanidad.

Pero ¡qué pena tan grande! La conjunción de estas dos palabras tan nobles y bellas, nos da la denominación de una tiranía que hace una infinidad de esclavos en el mundo. En efecto: por respeto humano se entiende: el respeto al hombre colocado por encima del respeto que se debe a Dios. Y

ahondando más, podría decirse: que el respeto humano es el miedo de la burla del hombre, primando sobre el temor del justo juicio de Dios. Para esos tales Dios viene a ser como un amigo que en público compromete. Esos tales, por más que pretendan afirmarlo, no son cristianos. No figuran en el número de los que dan testimonio de Jesucristo. No tienen temperamento de mártires. ¡No son testigos, son detractores! No son Confesores, son perjuros. No confiesan a Jesucristo, lo niegan.

* * *

La segunda causa que se opone a que los hombres den testimonio de Jesucristo, hablando, viviendo y muriendo como cristianos, es la falta de raigambre de las convicciones religiosas. Y las continuas transgresiones en que por ella incurren los cristianos a medias o los malos cristianos, redundan no en glorificación, sino en desprestigio enorme del cristianismo.

Cuando nosotros hablamos de la quiebra de los valores materiales y puramente humanos, los enemigos de la religión nos replican con el fracaso de los espirituales y divinos⁽¹⁾. Y en base a él, afirman que también ha fracasado el cristianismo. ¡Realmente! En la actual civilización, que no se aviene a dejar de apellidarse cristiana, ha venido preponderando la ambición, la molicie y la injusticia; la intolerancia, la crueldad y el odio. Ella ha incubado todos los abusos y todos los excesos. Estamos, por lo tanto, en presencia de un gran fracaso. Pero pregunto: ¿A quién debemos imputarlo?

(1) Las consideraciones siguientes pertenecen a un ilustre convertido de nuestros días.

¿Acaso al cristianismo? ¡Al cristianismo, no! ¡Pero a la inmensa mayoría de los que se dicen cristianos, sí!

La naturaleza humana no se adapta al cristianismo sino muy difícilmente. Por regla general, no lo acepta sino mutilándolo. No lo asimila, sino por partes, y se conforma con ellas. Y no es eso lo peor, sino que, al asimilar esas porciones de la verdad cristiana, con su enorme capacidad de desvirtuarlo todo, las transforma en instrumento de sus pasiones y las emplea para sus fines. Estoy haciendo una afirmación muy grave, pero desgraciadamente muy exacta.

Por otra parte, humanamente hablando, es muy explicable. Aun los Apóstoles que convivieron con el Divino Maestro, antes de haber recibido la infusión del Espíritu Santo, alteraban también el sentido del cristianismo. Pretendían orientarlo hacia la materia, circunscribirlo a lo temporal y adaptarlo a las conveniencias inmediatas. De su seguimiento del Mesías esperaban ventajas que estaban muy lejos de ser de orden espiritual. Comprendían la verdad de Cristo demasiado humanamente, conformándola a su concepto de la vida, israelita, limitado y circunscrito.

Ahora bien, en épocas ya lejanas, se juzgaba al cristianismo por su propio contenido, por su verdad eterna y por su moral sublime. Pero en la actualidad, ya no es así. Preocupa más a los hombres lo inmediato, lo tangible, lo útil, lo humano. En nuestros siglos menos espirituales y más incrédulos, se ha venido arraigando la costumbre de juzgar al cristianismo, no por su contenido, sino a través de sus manifestaciones en los cristianos. Y las deformaciones a que se someten con sus malos comportamientos, con los excesos y los abusos en que incurren, impresionan a los hombres, más que el cristianismo. Les llaman más poderosamente la atención las incongruencias y las fallas de los cristianos, que la eterna verdad del cristianismo,

El cristianismo es la religión del predominio del espíritu, y se lo juzga por la preponderancia que dan a la materia los cristianos. El cristianismo es la religión de la libertad, y se lo juzga por las opresiones realizadas por los cristianos. El cristianismo es la religión del amor, y se lo juzga por el odio que se tienen los cristianos. El cristianismo es la religión de la justicia, y se lo juzga por las explotaciones de los cristianos. El cristianismo es la religión de la moral, y se lo juzga por la amoralidad de los cristianos. El cristianismo es la religión de la austeridad y la modestia, y se lo juzga por la liviandad de las actitudes y el sibaritismo de las costumbres de los cristianos.

¡Nadie puede calcular el desprestigio que acumulan los cristianos cuya conducta no es un testimonio sino más bien una negación de Jesucristo!

En estos tiempos nos preocupamos, a veces para adularlo o para combatirlo con excesos, del concepto que debemos formarnos de los democráticos o de los totalitarios, de los racistas o de los judíos. Y nunca nos detenemos a pensar delante de Dios, acerca del concepto que se forman ellos, de nosotros los cristianos.

Y no hagamos el cargo a nuestros hermanos. Cada uno de nosotros hágaselo a sí mismo. Y comienzo por mí. Yo no puedo todavía, lo confieso a Dios Omnipotente y a vosotros, mis hermanos: *Confiteor Deo Omnipotenti et vobis, fratres*, yo no puedo todavía decir con verdad como San Pablo: "Yo vivo, pero no es mi *yo* quien vive en mí, porque quien vive en mí es Cristo." Si yo me atreviera a decir que mi *yo* no vive en mí, mentiría a Dios, mentiría a mí mismo, ¡y tal vez me desmentirían mis hermanos!

Pero con la misma sinceridad con que hago esta pública confesión, hago también la manifestación de mi voluntad de responder al influjo del Espíritu de Dios, para que llegue

pronto el día en que sea Jesucristo quien viva en mí, a fin de que pueda dar testimonio de Él a la sociedad en que vivo y de que llegue a servir de edificación a mis hermanos, a quienes debo encaminar hacia el Bien con la palabra, con la vida y con la muerte.

21/5/39



El hombre, abandonado a la inspiración de su egoísmo y de sus instintos, no puede dar en el mundo testimonio con digno de Jesucristo. Podrá, tal vez, testificarlo con la palabra. Pero no podrá hacerlo ni con la vida ni con la muerte, si no se deja penetrar y muy a fondo del Espíritu de Dios.

Cuéntanse por millones los que se han dejado penetrar de ese Espíritu y han dado con la sangre un testimonio heroico e irrefutable de la divinidad de Jesucristo. Tal vez nunca nos hemos detenido a meditar sobre la gratitud que debemos a los mártires del Cristianismo. Creo que conviene hacerlo en nuestros días. El testimonio de los mártires es la gran prueba que pueden dar los hombres de la divinidad del Cristianismo. ¿Por qué?

El hecho de morir por una causa ¿constituye acaso un argumento irrefutable en favor de la verdad de esa misma causa? ¿No vemos nosotros mártires de otras religiones y de otras ideas? Tomemos al acaso una religión: el brahmanismo. Tomemos una ideología: el anarquismo. Hay brahmanes que se dejan matar por su religión; y hay anarquistas que también se dejan matar por su ideología. ¿Acaso el testimonio que dan con su muerte basta para probar la verdad de la religión brahmana o de la ideología anárquica? De ninguna manera. ¿Por qué? Porque tales testimonios pueden ser dados por hombres viciosos, por hombres exaltados y por hombres equivocados.

Las religiones más degradadas tienen adoradores, los pro-

gramas más extremistas tienen sus místicos, las ideas más extraviadas tienen sus fanáticos.

Y véase en esto la diferencia sustancial entre esos testimonios y los mártires del cristianismo. Estos no son, no pueden ser hombres viciosos, ni hombres exaltados, ni hombres equivocados. Estos tienen que ser forzosamente, estos son hombres virtuosos, hombres reflexivos, hombres fehacientes.

Son, en primer lugar, *hombres virtuosos*. ¡Cosa admirable! Pocos días antes de anunciar Jesucristo a sus discípulos que darían testimonio de Él con su martirio, les había profetizado que, al ir a predicar su Evangelio por el mundo, harían maravillas: “Sanaréis los enfermos, resucitaréis los muertos, evangelizaréis a los pobres, perdonaréis los pecados, tranquilizaréis las conciencias, regeneraréis las vidas, seréis la sal de la tierra y la luz del mundo: convertiréis las gentes con el ejemplo de vuestras virtudes.” Y casi a renglón seguido, a los dos o tres días, les dice: “Os acusarán ante los tribunales, os azotarán, os meterán en las cárceles, os condenarán a muerte.” ¿Cómo se explica eso? ¡Ah! ¿Cómo se explica que toda acción provoca reacción? El bien provoca la reacción del mal; la verdad, la del error; la virtud, la del vicio; la justicia, la de la injusticia. Si hay alguien que no haya sufrido en este mundo persecución por la justicia, es porque aún no se ha sentido capaz ni de proclamarla ni de exigirla.

Yo puedo afirmar, y vosotros estaréis de acuerdo conmigo, que en este mundo se sufre más por hacer el bien que por hacer el mal. Cuando los Apóstoles, los discípulos y los primeros cristianos comenzaron a predicar, con el ejemplo y con la palabra, la verdad, la virtud, la moral, la justicia, la dignidad, la libertad de toda persona humana por pequeña y despreciable que pareciese, todo el mundo pagano se levantó contra ellos en una reacción formidable; y no logrando

hacerlos callar, los sometían implacablemente al martirio. Les prometían cuanto era dable, si adoraban a los Césares, si quemaban incienso a los ídolos, si incurrían en sus liviandades, si se mostraban complacientes con sus escándalos. Y los cristianos, sin vacilación, optaban por la muerte. Tertuliano pudo exclamar: "No los condenáis a muerte por sus vicios, sino por sus virtudes."

Son también hombres reflexivos. Se ha visto algunas veces en las falsas religiones y en las falsas ideologías, afrontar intrépidamente la muerte bajo el imperio de una exaltación tan violenta como pasajera. ¡Qué extraño! Se ha visto infligírsela con la propia mano: ¡ahí están los suicidas! Pero los mártires cristianos no son hombres exaltados; son hombres serenos, hombres reflexivos. Son niños, jóvenes, ancianos, mujeres, hombres que abrazaban el Cristianismo sabiendo perfectamente que ello equivalía a abrazar, a plazo más o menos corto, el martirio. Vivían sabiendo perfectamente que un día u otro morirían por su fe. El pensamiento de la muerte a que voluntariamente se exponían, los acompañaba toda la vida, y esa vida se les hacía muchas veces más dura que la misma muerte. Y esa fué la primitiva vida cristiana para todos, aun para los que no fueron sometidos a dar el testimonio de su sangre. Los primeros cristianos no eran hombres exaltados ni fanáticos. Hacían cuanto les era posible y lícito por evitar la persecución; no provocaban temerariamente su martirio; pero cuando se los amenazaba con él, sabían aceptarlo y sabían morir con la misma serenidad con que habían sabido vivir.

Finalmente, los mártires son *testimonios fehacientes*. ¿Por qué? ¿Por qué hace plena fe el testimonio de los mártires cristianos? Porque sellan con su sangre el testimonio que dan, no precisamente de una idea, sino principalmente de un hecho. Ya he dicho que el que muere por una idea, no hace

con su muerte que sea verdadera, si la idea es falsa. Quien así muere, da a lo sumo testimonio de su buena fe en la verdad de la idea.

Pero es muy diferente el testimonio que se da de un hecho. Y los hechos que ellos atestiguaban eran maravillosos, sobrenaturales, divinos: los hechos de Jesucristo exponiendo su moral, realizando milagros, profetizando, muriendo, resucitando; los hechos de los Apóstoles a quienes el mismo Jesucristo había conferido el poder de realizar maravillas aún más sorprendentes para facilitar la conversión del mundo. Los primeros cristianos daban testimonio de todo esto: de lo que aconteció desde el principio; "de lo que oímos con nuestros oídos", como escribió el Evangelista; "de lo que vimos con nuestros ojos, de lo que palpamos con nuestras manos respecto del Verbo de la vida." Y cuando la fuerza de los tiranos pretendía hacerlos enmudecer, a fin de que no turbaran la vida egoísta, utilitaria y sensual, tolerada y consentida por el paganismo, ellos contestaban: "No, nosotros no podemos callar lo que hemos visto y lo que hemos oído." Y sellaban con la sangre el testimonio que daban con la palabra y con la vida. Pascal decía: "Yo creo firmemente en las historias atestiguadas por hombres que no vacilan en dejarse degollar."

Penetrémonos alguna vez de la importancia del testimonio de los mártires. Multipliquémosla por el número de los años durante los cuales se continúa reiterando, por la extensión de los territorios sobre los cuales se sigue reproduciendo y por la multitud siempre creciente de los cristianos, a quienes se continúa persiguiendo, exilando y ejecutando; y, si somos capaces, apreciemos en lo que valen estas pruebas irrefutables y magníficas de la divinidad del Cristianismo. Y, sobre todo, aprendamos a colocarnos a la altura de los deberes que nos impone.

Nada me induce a pensar, al menos hasta ahora, que nos esté reservado el destino de llegar a dar testimonio de Jesucristo con la muerte.

Pero todo concurre a persuadirnos de que nunca como en nuestra época han tenido los creyentes más estricta obligación de dar público testimonio de Jesucristo con la palabra, y más que con la palabra, con la vida. El que se considera y se proclama creyente, y no habla, ni actúa, ni vive como cree, niega con el hecho la fe que inútilmente proclama con la palabra. Y cuanto de él depende, contribuye al desprestigio del Cristianismo. Resultaría más ventajoso al Cristianismo si esos tales se quitaran el rótulo y se manifestaran también teóricamente como resultan ser prácticamente, es decir: ateos.

La moda dispone de un poder que parece incontrastable. La moda no sólo ejerce su imperio respecto de los vestidos; lo impone también en las costumbres, en la poesía, en el arte, en la arquitectura, en la medicina y en la ideología. Hasta hace muy pocos años estaba de moda y era de buen tono decirse liberal. Hoy las cosas han cambiado y viste mejor el confesarse católico. ¡Quiera Dios que la sustitución de la etiqueta vaya siempre acompañada de un cambio de sustancial!

Vivamos en cristiano para difundir a nuestro alrededor lo que pedía el Apóstol: "el buen olor de Cristo."

El deber de los cristianos de dar testimonio de Jesucristo tiene además este otro alcance: debemos dar también testimonio de todos los que constituyen el cuerpo místico de Jesucristo. Cada uno de nuestros hermanos es un miembro de ese cuerpo místico. Si nosotros contribuimos a desacreditarlo o a negarlo, desprestigiamos la cristiandad. En nuestros días no se tiene en cuenta esta faz esencial del deber cristiano de dar testimonio de Jesucristo. En todo círculo, en toda reunión, se desacredita a alguien. Alguna vez quizás con fundamento,

pero casi siempre sin él. Y casi nunca aparece el cristiano que tome la palabra para decir: ¡alto ahí! Yo no tolero que se difame a un amigo; o simplemente: yo no permito que se hable mal de un ausente; en mi concepto es una cobardía. Ya van desapareciendo aquellos tiempos en que con valentía cristiana se daba testimonio, es decir: se daba la cara por el amigo o por el ausente.

Y ¿qué es lo que acontece? En un pueblo cristiano, en una sociedad católica, no queda en salvo una sola reputación, no queda sin empañarse un solo nombre. De tal manera que, sin advertirlo, se está contribuyendo al total desprestigio y consiguientemente al lamentable debilitamiento de la resistencia de una civilización que continúa llamándose cristiana.

17/5/42.

DOMINGO DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos: Si alguno me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él. El que no me ama, no practica mi doctrina. Y la doctrina que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me ha enviado. Os he dicho estas cosas, conversando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se atemorice. Habéis oído que os he dicho: Me voy y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, os alegraríais sin duda, de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Yo os lo digo ahora antes de que suceda, a fin de que, cuando sucediere, os confirméis en la fe. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca; sino para que conozca el mundo que amo al Padre y que cumplo según me lo ha encomendado.

San Juan, cap. XIV, v. 23-31.

En este día, designado por la Liturgia con el nombre de Pentecostés, celebra la Iglesia Católica la fiesta del Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. A los diez días de haber ascendido al cielo, cumple Jesucristo la promesa de enviar el Espíritu Santo a la tierra. Después del

día de la Resurrección, es éste el gran día de la Iglesia Católica. Es el día de su natalicio. El día en que se presenta al mundo. Hasta este día Jesucristo se había dedicado a reunir los elementos y disponer los materiales constitutivos de la Iglesia.

Había reunido discípulos y elegido Apóstoles. Había designado al que haría sus veces después de su partida. Había constituido la jerarquía: el Pontificado, el Episcopado, el Sacerdocio. Había revelado su doctrina y promulgado su código. Había instituido los Sacramentos para conductos de la vida sobrenatural, y, en fin, a esa sociedad de las almas, a esa gran familia espiritual le había dado una Madre, y ¡qué madre! ¡la suya propia!

Pero hasta entonces estaba compaginado solamente el cuerpo. Le faltaba el Espíritu necesario para poseer la vida y para entrar en actividad. Así había procedido Dios en la creación de la humanidad. El sexto día formó el cuerpo del hombre. Pero ese cuerpo, compuesto de materia, carecía de vida. Y Dios, para infundírsela, emitió sobre él, dice el Génesis, *spiraculum vitæ*, un sopro de vida.

Así había quedado la Iglesia el día de la Ascensión. Era un cuerpo. Admirablemente organizado, por cierto. Pero todavía no era más que un cuerpo. Hallábase todavía inactivo, intimidado y recluso en el Cenáculo. Y el día de Pentecostés, el Padre y el Hijo, desde el cielo, emitieron el sopro de vida divina sobre el cuerpo de la Iglesia, y el Espíritu de Dios bajó hasta él con el fragor de un viento extraordinariamente impetuoso. Lo penetró, lo animó, lo vivificó. Inmediatamente después, la Iglesia, llena de intrepidez, abrió de par en par las puertas del Cenáculo y se presentó al mundo. Enardecida de entusiasmo, principió a actuar, e iluminada de claridad sobrenatural comenzó a hablar al aire libre, en las calles y plazas de Jerusalén, sin miedo, sin tener en

cuenta que sus autoridades y su pueblo acababan de consumir el deicidio abominable.

* * *

El Espíritu es invisible como la vida. Sólo se percibe en sus efectos. Dios, sin embargo, a veces se digna volverlo sensible. Y cuando esto acontece, su presencia puede comprobarse hasta con el testimonio de los sentidos. ¡Cuántas veces, en las apariciones efectuadas a los hombres por persuasión divina, los espíritus angélicos asumen contornos de cuerpos alados, luminosos y sutiles! ¡Cuántas veces se aparece vaporosamente materializado el espíritu de un santo! ¡Cuántas veces el alma de Teresita se aparece con su rostro plácido y sonriente y con su traje de religiosa carmelita, y con sus manos rebosantes de rosas! ¡Cuántas veces el Espíritu Divino, en comunión inmanente con Jesús, se dejaba ver de los hombres planeando sobre su cabeza, bajo el símbolo de una paloma de níveo plumaje y nimbada de luz!

Es lo que aconteció el día de Pentecostés. El Espíritu Santo descendió en forma sensible sobre la Iglesia naciente. Dentro del Cenáculo se vió descender sobre la cabeza de los Apóstoles bajo la forma de lenguas de fuego. Las lenguas eran simbólicas. Jesucristo fundó la Iglesia para conquistar al mundo por medio de la Verdad. Para toda conquista se requiere un poder. No hay más que dos poderes en el mundo: el de la fuerza y el de la idea. Por fortuna no nos dió el de la fuerza. Ni era posible que nos lo diera. Hubiera sido ineficaz y contraproducente.

El de la fuerza no alcanza a las almas, muere en los cuerpos. Por lo tanto, todos aquellos que seducidos por la táctica de una época en que se pretende establecerlo todo por el imperio de la fuerza para la conquista o la reconquista de

la verdad, no sólo se salen del Evangelio, sino que se sitúan contra el Evangelio.

En cambio, nos armó no sólo del derecho, sino también del deber de emplear el poder de la idea. La idea llega a las almas. Las toca, las atraviesa. Y el vehículo de la idea es la palabra. Por eso el Espíritu baja sobre los Apóstoles en forma de lenguas.

Pero si la idea basta para iluminar al hombre, no es suficiente para moverlo, es decir, para impulsarlo a seguir la verdad y a sacrificarse por ella.

La idea ilumina la inteligencia. Pero la inteligencia es apenas la mitad del hombre. El hombre no es sólo inteligencia, es también voluntad. Y la voluntad es el motor. Por eso se hace indispensable calentarlo, encenderlo, para ponerlo en marcha. De ahí que las lenguas del Espíritu sean de fuego. El fuego simboliza el amor. Y sólo el que ama se entrega, se inmola, se olvida de sí mismo y sigue hasta el heroísmo, hasta el sacrificio, hasta el martirio.

He aquí la lección trascendental y completa. Olvidemos por ahora a todos los demás y apliquémosla a nosotros. *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*. Con sinceridad absoluta hagamos que nuestro espíritu se sature del Espíritu de Dios. Rompamos el molde que habíamos formado a nuestro espíritu para sustraerlo a la influencia del Espíritu de Dios. Quebrems el alabastro que mantenía aprisionadas a nuestra inteligencia y a nuestra voluntad. Nuestra inteligencia con su modo de ver, nuestra voluntad con su deseo de obrar. Expongámoslas al beso de la luz y del amor de Dios. Nada más nos es necesario para que veamos y sigamos la verdad.

De esa manera, cada uno de nosotros será un depositario viviente del Espíritu. Permanecerá invisible como la vida, pero se lo percibirá en sus efectos. Y podremos abonar la

fe con el testimonio de la propia experiencia. Porque si ante las manifestaciones de los actos sensitivos creemos en la vida orgánica, y ante las revelaciones de los actos racionales creemos en la vida intelectual, ante las comprobaciones de los actos virtuosos, que no proceden ni de la vida orgánica ni de la vida intelectual, creeremos en la vida sobrenatural de la gracia. Entonces, con la revelación de la fe y con el testimonio de la experiencia, diremos: *¡Creo en el Espíritu Santo!*

5/6/38.

* * *

El domingo pasado dijimos que se daba testimonio de Jesucristo hablando, viviendo y muriendo como cristianos. De hecho, una inmensa mayoría de cristianos no dan ese testimonio, ni con su palabra, ni con su vida, ni con su muerte. Esa es la causa del desprestigio que padece el cristianismo. Los hombres, por regla general, no juzgan el cristianismo por su contenido, por su verdad eterna y por su moral sublime, sino por sus manifestaciones en los cristianos. Y tales manifestaciones suelen no concordar con el contenido del cristianismo. ¿Por qué? Porque la naturaleza humana no se adapta sino muy difícilmente a las exigencias del cristianismo. Se lo asimila por partes. Y dada la tremenda facultad de desvirtuarlo todo, hasta llega a hacer que esas porciones de verdad cristiana le sirvan para utilizarlas para sus fines y hasta para cohonestar sus abusos.

¿Qué se necesitaría para que la naturaleza humana se volviera capaz de adaptarse al cristianismo? Una fuerza superior. Una vigorización del espíritu. Y es esa vigorización, esa fuerza, la que comunica al alma el Espíritu Santo cuando desciende a ella. ¿Cómo actúa? No lo sabría explicar. ¿Cómo actúa el sol sobre la planta? ¿Cómo su luz, su calor y su fuerza dan el desarrollo a la planta, el sabor al fruto y el colorido a la flor? No lo sé. Pero sustraed la planta, la

flor y el fruto a la influencia fecundante del sol, y comprobaréis que ésta es real, y no sólo real, sino también indispensable.

El Espíritu Santo preside el origen y el desenvolvimiento de todos los movimientos de la vida sobrenatural, lo mismo de los pequeños que de los grandes. Él orienta la marcha colectiva del mundo y la historia individual de las almas. Es Él quien todo lo dispone para el bien, aun el mal, sin que nosotros tengamos de ello conciencia.

César no sabía, cuando se dirigía a las Galias, que el Espíritu marchaba ante él, para preparar el camino a la predicación del Evangelio. Augusto, cuando daba el edicto para levantar el censo del imperio, ignoraba que él era el medio para lograr que el Verbo naciera en el lugar profetizado por las Divinas Escrituras. Alejandro no supo jamás por qué condujo a sus Macedonios a través del reino de Poro. Cartago ignoró también que tenía una misión divina que cumplir⁽¹⁾.

Los hombres que hoy gobiernan el mundo no saben más que los objetivos inmediatos que se proponen. Someten a grandes privaciones a sus pueblos para cargarse en forma fantástica de armamentos, e ignoran su definitivo destino. ¡No saben por qué preparan la guerra y por qué la conjuran, por qué la desean y por qué la temen, por qué la quieren y por qué no la quieren! Si no viene la guerra, no saben lo que será de su suerte ni de la suerte de sus pueblos; y si viene, tampoco.

Pero el Espíritu de Dios, en cualquiera de sus alternativas, logrará sus altísimos propósitos. Yo sé que en las batallas genialmente conducidas, el jefe que las dirige, nunca se hace visible. Se lo siente en todas partes, pero en ninguna se lo ve.

(1) "Prière de toutes les heures" de Pierre Charles, cap. LXXIV.

La obra del Espíritu de Dios, nos envuelve como en una segunda atmósfera: "*In ipso vivimus, movemur et sumus.*" En medio de ella vivimos, nos movemos y existimos. Es la razón determinante de la vida: no se la ve, pero se la siente. Y si nosotrosuviésemos más expedito el sentido de la fe, caeríamos de rodillas, durante la lectura de una simple página de esa historia a la cual impropiamente denominamos profana.

Y en la vida íntima de cada creatura, jamás podremos en este mundo ni siquiera sospechar la obra maravillosa que realiza. Sin la iluminación y sin la asistencia del Espíritu, no podemos tener una iniciativa, ni realizar un acto que sean dignos de mérito, en el orden sobrenatural. No es que sin Él podamos hacer muy poca cosa. Sin Él, no podemos nada. "*Sine me nihil potestis facere.*" Sin Él, nuestros actos humanos, son moneda sin valor. A Él debe atribuirse el trabajo silencioso y admirable que se lleva a cabo en el mundo de las almas. Es un efecto de su divino influjo la actitud de esa niña angelical, que junta sus inocentes manecitas, y, con voz casi balbuciente, pide la conversión de su padre, y la consigue; y la de ese joven pródigo que, de pronto, hastiado de la vida libertina, vuelve al seno de la casa paterna; y la de ese otro, cuya frente limpia irradia la castidad de su cuerpo y de su alma, obtenida a fuerza de los auxilios del Espíritu; y la de esa mujer que soporta con paciencia edificante los descomedidos tratos del marido; y la de ese esposo que sufre por la superficialidad veleidosa de su mujer, para triunfar al fin tanto el uno como la otra, en la reconquista de la afectuosa concordia; y la de ese rencoroso que parecía impenitente, y que de pronto perdona y se reconcilia con sus hermanos, con su conciencia y con su Dios; y la de ese anciano que, alejado hasta ahora de las prácticas cristianas, se despide de la vida, como un santo que desde su lecho vuela

a la gloria para aguardar la eterna reunión con los que deja; y la de ese sacerdote que estudia y trabaja y se sacrifica y se da y se desgasta y se muere en la modestia y la pobreza.

* * *

Toda la virtud, toda la verdad, toda la bondad, toda la abnegación, toda la caridad, toda la justicia, toda la reconciliación, toda la humildad, todo el bien que trasciende del mundo de las almas, es obra del Espíritu.

Busco un ejemplo en la naturaleza y lo hallo en la ley de la gravedad. Nosotros creemos que es importante, solamente lo que es extraordinario, y más aún lo que es espectacular. Y no es así. Si nosotros quisiéramos detenernos a pensar en la ley de la gravedad, no necesitaríamos observar tan sólo los pesos formidables de las moles que caen y se deshacen. La bóveda bajo la cual os estoy hablando, no está sostenida sino en virtud de la ley de la gravedad, y, basada en ella, se levanta la torre que lanza al cielo su cruz. La ley de la gravedad que hace bajar el paracaídas, es la misma que permite subir hasta alturas sublimes al avión.

La ley de la gravedad que hace girar sobre su eje a la mole de la tierra, es la misma que hace rodar la lágrima por la mejilla del niño. Esa ley es la que rige cuando yo, fatigado de los afanes del día, me tiendo sobre la cama, pongo la cabeza sobre la almohada y me entrego al reposo, y cuando otros al fin de la vida me tenderán en el ataúd; y la que ordena las inmensas y veloces circunvalaciones que entretanto va haciendo la tierra alrededor del sol.

* * *

Pocas veces se asiste al hecho del descendimiento del Espíritu en forma sensible. No lo vemos bajar en forma de paloma, como se manifestó planeando sobre la cabeza de

Jesucristo junto a las aguas del Jordán. No lo vemos descender en forma de lenguas lucientes y rojizas, como en el día de Pentecostés sobre la cabeza de los Apóstoles. Pero el hecho es que algunas veces lo oímos invocar y lo sentimos bajar durante la administración de algunos sacramentos. Al iniciar las ceremonias del Bautismo, la Iglesia pone en labios del Sacerdote estas palabras: "Aléjate espíritu del mal, y deja tu lugar al Espíritu Santo Paráclito..."

Al administrar la confirmación, el Obispo tiende sus manos sobre la cabeza de los confirmandos y dice: "Omnipotente y sempiterno Dios, infúndeles el Espíritu Santo."

Y en la ordenación Sacerdotal pone el Obispo las manos sobre la cabeza del elegido y dice: "*Accipe Spiritum Sanctum.*" Recibe el Espíritu Santo.

Pero fuera de estos actos solemnes, la atmósfera del Espíritu nos envuelve y nos penetra, y si nosotros no ponemos resistencia, la respiramos y la asimilamos. Y ese Espíritu vive y trabaja en nosotros. Los que trabajan, se hacen presentes, no por lo que hablan sino por lo que realizan. Y precisamente por lo que el Espíritu Santo realiza en nosotros, debemos ser, ante los que dudan o niegan, la prueba viviente de la real presencia del Espíritu.

28/5/39.

* * *

El mundo católico celebra hoy la Fiesta del Espíritu Santo. Conmemora el hecho histórico de su descendimiento sobre el Sagrado Colegio Apostólico.

Había ya bajado del cielo y se había vuelto a él, después de haber consumado la redención, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo. Ahora, para coronar la obra, para realizar la santificación de los redimidos, baja la Tercera Persona, el Espíritu Santo.

Se hallaban los Apóstoles reunidos según el mandato de

Jesucristo, orando y esperando el cumplimiento de su extraordinaria promesa. De pronto, un día como hoy, se oyó sobre el Cenáculo un fragor como de viento impetuoso. Este fenómeno fué percibido por las gentes, y en gran número se congregaron junto a él. Mientras tanto, los que se hallaban reunidos en su recinto se sienten abrumados por una emoción inmensa. Ven bajar y posarse sobre sus cabezas, bajo la forma visible de lenguas ígneas, el Espíritu de Dios.

* * *

Los Apóstoles, no obstante la enseñanza en que durante tres años los había adoctrinado Jesucristo, eran aún bastante ignorantes, indiferentes y medrosos. Nadie lo sabía y lamentaba más que Jesucristo. Y esas deficiencias eran capitales, sobre todo para iniciar un apostolado universal destinado a inaugurar una gran revolución moral cuyo propósito era cambiar la civilización del mundo y mejorar y santificar a los hombres. Se hacía necesario subsanarlas, armándolos, aun cuando fuera a costa de prodigios de luz para esclarecer su inteligencia, de amor para enfervorizar su corazón, y de fuerza moral para vigorizar su voluntad.

* * *

La fecha de hoy no es solamente la recordación de un hecho histórico. Es, además y principalmente, el homenaje a la fe en la actualización de otro gran misterio que se perpetúa en el tiempo y que se halla en actividad permanente. El misterio del Espíritu Santo interviniendo incesantemente en la humanidad y en cada uno de los individuos que la constituyen en todos los momentos, grandes o pequeños, de su historia.

El sol desde el centro de nuestro universo actúa con su luz, con su calor y con su fuerza sobre todo él y sobre cada uno de sus elementos. De la misma manera, aunque infinitamente más extensa y más intensa, actúa el Espíritu de Dios

sobre la humanidad en su conjunto y en sus miembros. Para ello se requiere una sola condición. La condición de que el hombre no se sustraiga a la influencia de su misteriosa actividad. Porque la actividad del Espíritu de Dios está condicionada a la libertad del hombre. Nunca la subyuga por la violencia.

Desgraciadamente el hombre abusa de su libertad y se somete con preferencia a la actividad del espíritu del mundo, del espíritu del demonio y, si es posible expresarse así, del espíritu de la carne. Tal es el espíritu que aparece como predominante hoy en el mundo. El Espíritu del bien podría en esta hora de la historia dirigirse al espíritu del mal repitiéndole las mismas palabras que dijo Jesucristo a las fuerzas coaligadas de las tinieblas cuando fueron a prenderlo: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum.*

Los Apóstoles no se sustrajeron a la actividad operante del Espíritu. Se sometieron a ella, se le entregaron. De ahí su maravillosa transformación espiritual.

La transformación que más impresiona entre las operadas por el Espíritu de Dios en el espíritu de los Apóstoles, es la que se exterioriza en su indomable fuerza moral.

Antes de sentirse favorecidos por el Espíritu de Dios, conocían la verdad y no se animaban a predicarla. Sabían cuál era su deber, y no se resolvían a cumplirlo. Comprendían la resistencia y la oposición de las fuerzas materiales, y carecían de las energías morales necesarias para enfrentarlas.

Ahora, en cambio, robustecidos sus espíritus con el vigor que infunde la comunión con el Espíritu de Dios, dan al mundo el magnífico espectáculo de la superioridad de la fuerza moral.

Esta fuerza se halla hoy en decadencia, se encuentra muy debilitada y, podría decirse, casi extinguida. Y este fenómeno individual ha pasado, por una lógica consecuencia, a hacerse

colectivo. Lo colectivo es la suma de lo individual. La norma de los individuos muy pronto llega a ser la norma de las naciones. En la apreciación de los unos y de las otras prevalecen hoy los valores materiales. Las rivalidades individuales y las guerras internacionales se proponen ese objetivo. La acumulación y el empleo de la fuerza material persiguen ese propósito. Y como un abismo llama a otro abismo, la fuerza llama a la fuerza. Tal es la causa de la tragedia cruenta en que se está debatiendo el mundo.

Debo hacer aquí una aclaración. El Cristianismo no condena la fuerza, sino la violencia, que es el abuso de la fuerza. La fuerza, en efecto, es un elemento indispensable a los que tienen hambre y sed de justicia, porque contribuye a mantenerla o a restablecerla. No basta, en realidad, que una nación tenga derechos incontestables; ella debe capacitarse para hacerlos respetar, y desde ese punto de vista la fuerza material le resulta necesaria. Es célebre la fórmula de Pascal, que debiera grabarse de nuevo en la conciencia de cada individuo y de cada nación: "La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica." Es necesario por lo tanto hermanar la justicia con la fuerza; y para ello, hacer que lo que es justo sea fuerte, y lo que es fuerte sea justo.

Pero, ¿quién toma hoy en cuenta a la justicia? ¿Quién la contrabalancea con la utilidad? Hoy, para el logro de las propias ambiciones, nadie se detiene a pensar "si en justicia debe"; sólo le interesa constatar "si con la fuerza puede." Todo es cuestión de fuerza. Pero andando por ese camino la fuerza se desprestigia, denuncia su decadencia. Los individuos apelan a todos los medios legítimos o ilegítimos para satisfacer sus egoísmos, y los gobiernos para imponer sus hegemonías. Falta la energía moral necesaria para el renunciamiento de todo lo que sea contrario al derecho, a la moral y a la justicia.

Por eso se hace hoy tan indispensable la asimilación po-

sitiva del Espíritu de Dios por el espíritu de los hombres. Si el mundo quiere salvarse, no lo conseguirá sino volviendo al Cristianismo, que es la única fuente de la energía moral generadora de la verdadera virtud en el cristiano y del verdadero patriotismo en el ciudadano.

El mundo parece ser hoy un inmenso Cenáculo en cuyo recinto se hallan los individuos, los pueblos y los gobiernos. Están, como los Apóstoles, en tinieblas, en ansiedad y con miedo. El fragor que perciben como de viento impetuoso no es el del Espíritu, es el de la Fuerza. Es fuego, pero no el espiritual de las simbólicas lenguas, sino el material de las bombas; no el que desciende del cielo, sino el que sube de la tierra para luego caer en ella y envolverla con sus llamas devoradoras.

La fuerza moral parece haberse refugiado en un reducto, en una ciudadela: el Vaticano, desde donde el Vicario de Jesucristo con lágrimas invoca al Espíritu Divino, para que baje a infundir en los hombres y en los gobiernos cordura, justicia, paz. La Iglesia entera está hoy con él clamando: *Emitte Spiritum tuum et creabuntur*. Envía tu Espíritu para que renazcan de nuevo esas virtudes que habían desaparecido; *et renovabis faciem terræ*: y la faz de la tierra quedará renovada y pacificada.

12/5/40.

* * *

La Iglesia Católica celebra en todo el universo el día de su presentación al mundo. Hasta el día que hoy conmemoramos, la Iglesia había sido creada por Jesucristo, había sido constituida: le había sido dada la autoridad suprema en la persona de Pedro, el primero de los Papas; se la había investido de todos los poderes de una perfecta sociedad espiritual: el poder de enseñar, de legislar, de juzgar, de absolver. Pero los primeros depositarios de aquella autoridad y de estos po-

deres, y los primeros miembros de esta sociedad universal, hallábanse desmoralizados, temerosos, reclusos. Sus espíritus no habían sido tocados aún, no habían recibido el bautismo de fuego, no habían participado del Espíritu Santo, del Espíritu de Dios, es decir: del Amor, porque la esencia del Espíritu de Dios es el Amor. Los espíritus de los Apóstoles no habían sido convertidos aún en tabernáculos vivientes del Amor.

Pero en este día de Pentecostés el Espíritu de Dios bajó en forma sensible sobre los Apóstoles. Se le vió descender del cielo y posarse sobre sus cabezas en forma de lenguas de fuego.

Iluminados por esa luz, robustecidos con esa energía, enardecidos por ese calor, salieron del Cenáculo donde habían permanecido encerrados, se presentaron al mundo a la vista misma de los que habían condenado y ejecutado a su Maestro, hicieron irrupción hacia las plazas públicas e inauguraron la predicación de la buena nueva. Todos los que se hallaban en Jerusalén, venidos de otros pueblos que hablaban diferentes idiomas, entendían como si les hablaran en el propio. Sentían sus inteligencias clarificadas, sus corazones enardecidos; descubrían la verdad y la adoraban. Se convertían por millares, se unían formando una sola alma y un solo corazón. Así hizo la Iglesia su presentación al mundo.

* * *

Me parece muy conveniente detenerse a reflexionar de vez en cuando acerca del poder del espíritu. Para lograrlo, detengámonos un momento a observar la influencia que el espíritu ejerce sobre la materia.

El hombre no es, según la frase de Pascal, ni ángel ni bestia. No es sólo espíritu como el ángel, ni sólo materia como la bestia. Es un compuesto de los dos elementos. Es el producto de la comunión admirable del espíritu y de la materia. La compenetración entre el cuerpo y el alma es tan íntima,

tan esencial, que de ella resulta una sola entidad física y moral: la persona humana.

Esta persona humana será digna o indigna, según que en su evolución predomine el espíritu o la materia. Lo mismo debe decirse de una sociedad. Su civilización será floreciente, alcanzará su edad de oro, si predomina el espíritu; caerá en la degradación si adquiere preponderancia la materia.

Pero lo que por ahora nos interesa es tener una idea clara de la influencia que el espíritu ejerce sobre la materia. No somos partidarios de los espiritualistas exagerados, que sólo pretenderían admitir la actividad del espíritu; y menos de los positivistas obstinados, que pretenden explicarlo todo por la actividad de la materia. Es, sin duda, una gran verdad que la materia ejerce una influencia enorme sobre el espíritu; pero lo es también que el espíritu la ejercita sobre la materia. Con esta diferencia: la influencia que la materia ejerce sobre el espíritu es funesta; la que el espíritu ejercita sobre la materia es saludable y fecunda.

El sacerdocio y la medicina adquieren en el ejercicio de su función una ciencia experimental acerca de esa mutua influencia. Los médicos observan que cuando se logra levantar la moral del enfermo, se dispone de un factor casi siempre decisivo en la evolución favorable de su mal. Observan también que un disgusto o una fuerte impresión puede matar la vida ya debilitada en su cuerpo.

Los sacerdotes, a su vez, comprueban que un prolongado malestar del cuerpo sin esperanza de alivio, o una miseria continuada que priva, no sólo del bienestar, sino también de lo indispensable para la vida, es una causa permanente de desmoralización o de rebeldía del espíritu. Por eso denunciarnos, *oportune et importune*, oportuna e inoportunamente, que en ningún campo se cultiva mejor el germen de la revolución que en el de la miseria.

Una segunda observación comprobará mejor la influencia poderosa del espíritu. Nada hay que agrade tanto como la vida. El hombre hace todo lo posible por prolongarla y se resiste a perderla. La muerte lo atemoriza, lo espanta. Pero cuando el espíritu, tocado por una idea bajada de lo alto, se abre a ella y la concibe y se deja encender y transfigurar por ella, ¡qué maravillas realiza! Domina la resistencia de la materia y empuja al hombre y lo lleva a donde sabe que va a morir por la salvación del hermano, por la independencia de la patria, por la defensa de la libertad.

* * *

Ahora bien: si observándonos a nosotros mismos descubrimos que tal es la influencia que el espíritu ejerce sobre el cuerpo, ¿cuál será la influencia que el Espíritu de Dios ejerce sobre el hombre? Nos lo revela el hecho misterioso que hoy conmemoramos y a que me he referido al comenzar. Y ese hecho se repetirá constantemente, mientras dure la Iglesia, lo que equivale a decir: mientras dure la humanidad. Hay en el sol, el Astro Rey, tres manifestaciones, tres actividades: la fuerza, la luz, el calor. En la Trinidad Santísima, la fuerza creadora y conservadora es el Padre; la luz, la Sabiduría in-creada es el Hijo; el calor, el Amor infinito es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el Amor. El Amor que procede del Padre y del Hijo. Y el Amor es el alma de la vida.

Ese Espíritu Santo, ese Amor baja constantemente hasta los hombres, si bien de manera invisible. Les toca el espíritu, los penetra, los calienta, los vivifica, los mueve, los lleva hacia la verdad, hacia la virtud, hacia Dios. Los hace buenos, los hace santos, los hace mártires.

• • •

¡Qué admirable es el simbolismo de las lenguas de fuego bajando sobre los Apóstoles! La lengua significa la palabra, medio de convicción, instrumento de la fe: *fides ex auditu*: la fe entra con la palabra por el oído. Pero las lenguas son de fuego. El fuego simboliza el amor. La palabra sin amor es fría, estéril, infecunda, y añadiré, también, incomprendible. La palabra vacía de amor no engendra amor. Cuando se la oye, tal vez se descubra la verdad; pero no se la sigue, no se la abraza. No se la adora. Sólo el amor es amable. Y sólo el amor infinito es adorable.

La lengua es el órgano de la palabra. La palabra nos ha sido dada para entendernos. Por eso suele decirse que los hombres hablando se entienden. Para que así no acontezca, tiene que mediar alguna gran deficiencia o en la emisión o en la recepción de la palabra. Y esta gran deficiencia es uno de los fenómenos más desconcertantes de nuestros días. Jamás se ha hablado tanto de palabra o por escrito. Nunca se ha discutido tanto como ahora en el mundo. Suele decirse que de la discusión sale la luz. Pero he aquí que nunca ha salido menos luz que ahora. Parecería que de la discusión salen tinieblas.

Es que para entenderse, es necesario hablar la misma lengua. Esto es elemental. Pero las verdades más elementales suelen ser las más olvidadas. Ahora bien, los hombres que hoy discuten no se entienden porque cada uno habla su propia lengua y no quieren entender la de los demás. Ellos mismos lo confiesan. Con preferencia se los oye decir, después de una discusión: no nos entendemos, hablamos distinto idioma. No se entienden los miembros de una misma familia, ni los hombres de un mismo partido, ni los partidos de un mismo pueblo, ni los pueblos de una misma raza, ni las razas todas de la humanidad.

Nada es tan nuevo sobre la tierra como las viejas verdades de la Sagrada Escritura. Estas son siempre nuevas, porque son eternas. Los relatos bíblicos son exactamente históricos y al mismo tiempo son perfectamente simbólicos. Al hacer el relato de hechos pasados, consignan la profecía de hechos futuros. Historiar y profetizar no son para la Biblia cosas distintas. Ella actúa en los dominios de la eternidad, donde el pasado, el presente y el porvenir se encuentran actualizados, pero no confundidos.

Entre los relatos históricos, y al mismo tiempo proféticos, no es el menos impresionante, el de la Torre de Babel. Los hombres resuelven levantar un monumento, prescindiendo de Dios para construirlo. Y Dios no tuvo que hacer sino lo que ellos querían, es decir: dejarlos solos, para que quedaran confundidos. No fué necesario que el rayo bajara del cielo para caer sobre la Torre de Babel. Bastó dejar a los constructores, para que dejaran de entenderse; y bastó que dejaran de entenderse, para que comenzaran a dispersarse.

El estado en que hoy se encuentra el mundo, es la actualización de la vieja historia de la Torre de Babel. En aquella época se reunieron los hombres para levantar hasta las nubes un monumento sin Dios y contra Dios. En ésta los hombres se lanzan los unos contra los otros para demoler el monumento que habían levantado los siglos, y no pueden entenderse acerca de cuál es el nuevo monumento con que lo han de reemplazar.

Es que los que hablan lo hacen cada uno en su propia lengua. No hay nadie que quiera entender la lengua de los demás. Y no la entienden porque los que hablan tienen talento, tienen elocuencia, tienen fuerza, pero les falta lo esencial, les falta el Amor. Hablan a los sabios el lenguaje de la ciencia, a los fuertes el de la amenaza, a los gobiernos el de la política, a los pueblos el de las promesas; pero a nadie hablan el len-

guaje del amor, y por eso no se entienden, por eso se dividen, por eso se dispersan y no pueden pensar en ninguna construcción.

En cambio, hace veinte siglos el cielo nos reveló la manera de lograr que los hombres se entiendan, y que colaboren con eficacia en la construcción de los monumentos del progreso. Hace veinte siglos un puñado de hombres, desprovistos de ciencia humana, de riqueza financiera y de fuerza material, iniciaron la gigantesca construcción del monumento de esa sociedad universal que se llama la Iglesia Católica. Y ahí está y ahí estará hasta el fin de los siglos difundida por todo el mundo.

Los obreros de Babel no logran entenderse ni ponerse de acuerdo; los obreros del Evangelio, sí; porque es el amor quien los hace hablar, el amor quien los hace entender y el mismo amor quien los hace colaborar. *Emitte Spiritum tuum et creabuntur*. Envía tu Espíritu para que sean creados y se vean multiplicados los que hablen movidos por el amor. *Et renovabis faciem terræ*: Y la paz de la tierra, hoy tan tenebrosa, quedará iluminada y se verá renovada. ¡Oh, Divino Jesús! Yo quiero creer firmemente en Ti, yo te quiero amar por mi bien y por el bien de mis hermanos, porque Tú has dicho que quien cree en Ti sentirá saltar de sus entrañas torrentes de agua viva, refiriéndose al Espíritu que han de recibir todos cuantos Te conozcan, Te crean y Te amen.

No te pido, pues, sabiduría, no te pido dinero; te pido amor para poderte amar y para poder amar a todos los hombres sin diferencia de clase, de patria, de raza, de religión; a fin de que ellos Te conozcan y amen a su vez, y con ello el mundo comience a ver cuán feliz es el reinado de Tu amor.

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD Y PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñadles a observar todas las cosas que os he mandado. Y he aquí que yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.

Primer Evangelio: San Mateo, cap. XXVIII, v. 18-20.

Dijo Jesús a sus discípulos: Sed misericordiosos, así como vuestro Padre también es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará: se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada, hasta que se derrame; porque con la misma medida con que midiereis a los demás, se os medirá a vosotros.

Proponíales asimismo esta semejanza: ¿Por ventura puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? No es el discípulo superior al maestro; todo discípulo será perfecto, siempre que sea semejante a su maestro. ¿Por qué miras tú la paja en el ojo de tu hermano, no reparando en la viga que tienes en el tuyo? O ¿con qué cara dices a tu hermano: Hermano, deja que te quite esa paja del ojo, cuando tú mismo no echas de ver la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y después podrás ver cómo has de sacar la paja del ojo de tu hermano.

Segundo Evangelio: San Lucas, cap. VI, v. 36-42.

Es hoy la fiesta de la Sma. Trinidad. Día consagrado al culto del Dios Uno y Trino. Realidad misteriosa de la cual los cristianos estamos más seguros que de la del sol que nos alumbramos. Cada cristiano, si lo es en verdad, tiene el derecho, y, añadiría, el deber de expresarse así: De la realidad del sol, estoy seguro porque la veo; de la existencia de la Sma. Trinidad estoy más seguro porque la creo. El testimonio de la vista no puede ser ni más firme ni más autorizado que el de la fe. El testimonio de las cosas de este mundo soy yo: el de las del otro es Dios.

Dejémonos, pues, penetrar del Espíritu de la Iglesia. Es nuestra madre. Refugiémonos confiados en su regazo y vibremos al soplo de su maternal inspiración. Ella quiere que hoy hagamos un acto de fe, un acto de esperanza y un acto de caridad. Para ello nos coloca en presencia de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo. El Padre nos crea, el Hijo nos redime, el Espíritu Santo nos santifica. Creamos en Dios Creador, confiamos en Dios Redentor y amemos a Dios Santificador.

* * *

Padre Eterno, yo creo en vos. *Credo in Deum Patrem Omnipotentem*. Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Si el universo fuera sensible, haría como yo: prorrumpiría en un inmenso acto de fe; porque como yo sé que no me he hecho a mí mismo, sino que procedo del Creador, el universo lo sabría también. Pero como no tiene alma, yo le presto la mía. El me presta su grandeza y yo le infundo mi sentimiento. De esa manera el acto de fe y el himno de la adoración resulta más grande que si fuera sólo mío, y más sentido que si fuera sólo del universo.

Cuando el sacerdote vuelve del altar, penetrado todavía del misterio de la Eucaristía, la Iglesia le hace entonar el himno grandioso del *Benedicite*. Apostrofa en él a los Angeles del

cielo y a las bestias de la selva, a las estrellas y a los reptiles, a los pájaros y a los peces, a la calma y a la tempestad, a las aguas y a los vientos, al fuego y al hielo, al silencio y al ruido, a las montañas y a los valles, a la luz y a las tinieblas.

Y termina diciendo: *Benedicat terra Dominum; laudet et superexaltet eum in sæcula*. Y por encima de la bendición de todo el universo, oh Padre Eterno, que te bendiga la tierra, esta tierra de nuestra cuna y de nuestra tumba, esta tierra que elegiste para que fuera morada de tu Hijo. Tierra santificada con la huella de sus pasos, sembrada de las perlas de sus lágrimas y nimbada con el halo rojizo emanado de su divina sangre. ¡Cómo habrá brillado esta tierra en medio del universo, cómo brilla todavía y cómo continuará brillando hasta el fin de los tiempos con las fulguraciones vivas que proyectan las Hostias consagradas que la pueblan!

Esta tierra que en su superficie o en su seno nos lleva a todos en sus órbitas gigantescas, describiendo en el espacio los signos musicales del himno gigantesco de la creación. ¡Y hay entre los que la poblamos quienes no te descubren en la belleza de tu obra, quienes no te sienten en la armonía del universo, ni te ven en la fiesta de tu luz! El Verbo lo dijo: Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no palpan, tienen alma y no sienten. ¡Por ellos y por nosotros te bendecimos y te adoramos!

Hemos proclamado nuestra fe en el Padre. Cantemos la razón de nuestra confianza en el Hijo. El supremo inspirador de la confianza es el amor. En quien ama se confía.

12/6/38.

* * *

Este primer domingo después de Pentecostés coincide con la celebración de la fiesta de la Sma. Trinidad. Haremos mención de los Evangelios correspondientes que se leen uno al principio y otro al fin de la Misa.

Comienzo por hacer alguna reflexión acerca del Misterio de la Trinidad.

La razón humana nos convence de la necesidad de la existencia de una Causa Primera, de una Causa Creadora, de una Causa Universal, es decir: de un Dios. Nos convence también de la imposibilidad de la existencia de más de un Dios. Porque la Omnipotencia de uno, constituiría el obstáculo insalvable de la Omnipotencia de otro.

Pero la sola razón humana no habría logrado imaginar que subsistiesen tres personas en la unidad de una naturaleza divina. Y con la misma lealtad debemos afirmar que la razón humana no es capaz de señalar ninguna imposibilidad para aquella maravillosa subsistencia. Podrá decir que le resulta incomprendible, pero no por eso podrá demostrar que es imposible. Ninguna de las tres Personas ha tenido principio, como ninguna tendrá fin. Las tres son idénticas en la omnipotencia, idénticas en la ubicuidad, idénticas en la perfección. Las tres, en consecuencia, tienen, con relación a nosotros, idéntico derecho a nuestra adoración.

Antes de Jesucristo, el Misterio de la Trinidad fué poco conocido. Dios no había hecho más que bosquejar su existencia. Su plena revelación estaba reservada para que la hiciera Jesucristo.

Pero la revelación precisa, categórica, positiva, nos fué hecha en la circunstancia consignada en el Evangelio de hoy. Antes de volverse al cielo, Jesús confió a sus apóstoles la misión de instruir a todas las naciones y a todas las gentes, bautizándolas en el *nombre del Padre* y del *Hijo* y del *Espritu Santo*.

La inteligencia humana no es capaz de comprender la inmensidad de ese gran misterio; mas la voluntad humana lo es de prestar toda su fe a la palabra de Dios que se lo revela, y el corazón humano, de adorar,

Apartemos la mirada de esa cosa tan grande que es el sol y fijémosla en esta otra cosa tan pequeña, que somos nosotros mismos. En medio del universo yo no soy más que un átomo. Soy una gota de rocío que tiembla sobre una hebra de la grama del valle. Pero así como el sol se refleja todo entero en la gota de rocío, de tal suerte que parece contenerlo en síntesis, la Trinidad se refleja en mí. Hay en mi espíritu memoria, entendimiento y voluntad, triplicidad admirable que, no obstante su pequeñez, es un símbolo de la Trinidad de Dios.

Desde el punto de vista del espacio y del volumen, el universo es inmensamente más grande que yo. Desde el punto de vista de mi espíritu, yo soy más grande que él. Él es inanimado, es insensible. Yo tengo un espíritu inmortal, yo soy libre, yo pienso, yo siento, yo quiero. Yo creo, yo espero, yo amo. Yo soy en el mundo moral inmensamente más poderoso que el universo material. Pero ¿qué haré para irradiar en el mundo moral aquello que no puede proyectar el universo material? ¿Qué haré para lograr que se extienda la fe, que reverdezca la esperanza y que se difunda el amor?

¿Qué haré? He ahí lo que me enseña el segundo Evangelio de hoy.

* * *

“Estote misericordes, sicut Pater vester celestis misericors est: sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial. No juzguéis, y no seréis juzgados. No condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados.”

¡Qué programa de conducta para los hombres del mundo de hoy!

Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial. Sin limitación de grados ni de personas. Con una misericordia infinita, como es la del Padre, que hace llover en beneficio de los justos y de los pecadores, que hace alumbrar al sol para los buenos y para los malos. ¿Dónde están hoy los misericor-

diosos? No se los encuentra casi en ninguna parte: por eso es que en el mundo de hoy casi nadie encuentra misericordia. La misericordia es la recompensa de los misericordiosos.

No juzguéis. Este mandato se relaciona con las buenas acciones. A los que las hacen, no les imputéis segundas intenciones. No desnaturalicéis sus propósitos. No seáis temerarios, egoístas, pequeños. No arrojéis sombras ni dudas, porque ello importaría tenerlas en la propia alma, y esa carga hace mal. Sed buenos, sed generosos: "No juzguéis y no seréis juzgados".

No condenéis. Esta prohibición se relaciona con las acciones real o aparentemente malas. Sed severos, sed implacables con el mal, sobre todo cuando lo halléis en vosotros mismos. Pero no lo seáis jamás con las demás personas. Condenad los pecados, pero no condenéis los pecadores: a éstos procurad regenerarlos, procurad salvarlos, y para ello tenéis necesidad de amarlos. Dios detesta infinitamente el pecado; pero ¿dónde estaríamos nosotros si no tuviese misericordia del pecador? "No condenéis y no seréis condenados."

Perdonad y seréis perdonados. Perdonad. El rencor es genuinamente pagano, el perdón es esencialmente cristiano. Para odiar basta con dejarse llevar: para perdonar es necesario vencerse. Hoy no hay cristianismo verdadero, y por eso no hay perdón.

El perdón supone una victoria heroica sobre sí mismo. El vencer a los demás es posible y muchas veces fácil: pero vencerse a sí mismo es difícil y casi siempre heroico. Por eso es tan raro el perdón. El perdón es raro porque es raro el heroísmo.

Para enmascarar esta falta de heroísmo se acude a la deformación de los conceptos. Se presenta el perdón como una debilidad, y la venganza como un honor. Se tiene por pusilánimes a los que perdonan; y a los que se vengan, por fuertes. Es la total inversión de los valores. Y es esto lo que, para

nuestra desgracia, constituye uno de los signos de la época. Nadie perdona. No perdonan los individuos, no perdonan los partidos, no perdonan las clases, no perdonan las Naciones. Y sin embargo, la cristiandad continúa postrándose ante Aquel que, clavado en la Cruz, perdona a los que lo matan, diciéndole: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores."

4/6/39.

* * *

En el decurso del año litúrgico la Iglesia nos sitúa hoy ante el misterio augusto de la Santísima Trinidad. He aquí el gran misterio. Este gran misterio está fuera del alcance de la razón humana. Hay cosas que son contra la razón humana y otras que están fuera de ella. Aquéllas están debajo, éstas encima. Lo que está debajo de la razón y contra ella es el absurdo; lo que está encima de la razón y fuera de ella es el misterio.

La razón humana es la luz que Dios enciende con su Luz infinita en el espíritu de todo hombre que viene al mundo. *Lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*, según la afirmación que repetimos todos los días en la lectura del último Evangelio. Con esa luz de la razón podemos descubrir la existencia de Dios, porque de la comprobación de los efectos se puede y se debe llegar al convencimiento de la existencia de una causa. Pero la razón, por poderosa que sea, con su sola luz natural no puede alcanzar a vislumbrar que Dios es a la vez Uno y Trino. Para descubrirlo le fué necesaria la revelación. Aun entre los hombres, el verbo recóndito, el pensamiento íntimo de cada uno, se halla fuera del alcance de los demás. Por penetrante que sea la mirada inteligente de un hombre, jamás podrá violar mi intimidad para sorprender el secreto que guardo en mi conciencia. Sólo lo sabrá si yo se lo revelo. Es lo que pasa en Dios. ¿Quién puede descubrir el secreto de su Esencia, si Él no lo revela?

Para dicha nuestra, por su Bondad infinita, se nos ha revelado. Cuando Jesucristo, la Segunda Persona de la Trinidad Santísima, el Hijo, al iniciar su vida pública se acercó al Jordán, entre la multitud que iba a recibir el Bautismo, San Juan lo señaló, y sobre la cabeza del Hijo descendió el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma y se oyó bajar del cielo la voz formidable del Padre que decía: "Este es mi Hijo en quien tengo puestas todas mis complacencias: *ipsum audite*: escuchadlo." He ahí en forma sensible la revelación del misterio augusto de la Trinidad. Y cuando los Apóstoles fueron enviados a predicar a todas las gentes la buena nueva, Jesucristo les dijo: "Id a enseñarles a guardar mis mandamientos y a bautizarlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." He ahí, por segunda vez, una nueva y evidente revelación del Misterio.

La comprobación científica de los hechos históricos nos demuestra que Dios se ha dignado revelarnos el misterio de su existencia: y si soy razonable, esto me basta para creer en él. Porque Dios no es como los hombres. Dios no puede ni engañarse ni engañar. Dios no puede ni equivocarse ni mentir. Conclusión lógica: yo creo en la verdad de su misteriosa existencia, porque la autoridad de Dios que me la revela es la suprema garantía. ¿Cómo? Yo creo en lo que me afirma bajo la fe de su palabra un hombre honrado que me ama, y me atrevería a hacer la injuria de no creer lo que me revela el Hombre-Dios?

* * *

La fe en este Misterio no es una creencia que deba permanecer inactiva en la región de las ideas puras. Esa fe debe ser vivida por nosotros, como es vivida la Trinidad en Dios. La creencia abstracta en el Misterio de la Trinidad no basta; sería absolutamente infecunda.

La Trinidad no permanece impasible o inactiva. Las Tres Divinas Personas actúan de una manera positiva y eficaz sobre el Universo en conjunto y sobre cada uno de nosotros en particular.

El sol, el Astro Rey, no permanece estático e inactivo en un punto determinado del espacio. Actúa con una triple actividad: con su energía, con su luz, con su calor. En la Trinidad, la energía es el Padre, que ha creado y conserva el Universo; que me ha creado y me conserva a mí. La luz es el Hijo, el Verbo, la Sabiduría infinita que ilumina a la humanidad en general y a mi espíritu en particular. La luz del sol llena con su claridad el espacio, pero alcanza también y toca con sus rayos infinitos cada una de las gotas de agua de la superficie inmensa del océano, cada uno de los granos de las arenas extendidas sobre sus playas; cada una de las briznas de la yerba que cubre la extensión de la tierra. El calor es el Espíritu Santo, es decir, el Amor: porque el Espíritu de Dios es el Amor. El Amor que procede del Padre y del Hijo y que desborda sobre la humanidad y sobre cada uno de sus individuos, para levantarlos, para perfeccionarlos, para salvarlos, porque sólo el Amor es quien levanta, perfecciona y salva.

La Trinidad, por lo tanto, no permanece estática e impasible con relación a nosotros, sino que en sus Tres Personas se halla en una actividad incesante. De la misma manera debemos nosotros conducirnos para con Ella. El homenaje perfecto que tenemos el deber de rendir a la Trinidad no es sólo el de la memoria, el de la inteligencia y el de la voluntad. No es tan sólo el de la gratitud, el de la creencia y el de la adoración: es también, y sobre todo, el de la vida. Debemos vivir de la fe en el Padre, de la esperanza en el Hijo y del amor en el Espíritu Santo.

Centenares de millones de veces se hace sobre la tierra por centenares de millones de seres humanos el acto de fe im-

plícita o explícita en el Misterio de la Santísima Trinidad. Desde los niños aún balbucientes con sus manecitas inseguras, hasta los ancianos agonizantes con sus manos trémulas, millones de veces forman los hombres, desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, la señal de la Cruz, diciendo: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo." Pero tal vez millones de veces borran esa cruz con los actos que ejecutan y con la vida que llevan, desde que dejan de ser niños hasta que llegan a ser ancianos.

No obstante la confesión de su creencia, el mundo cristiano ha venido incurriendo en una apostasía de hecho, casi universal. La humanidad se ha venido alejando de Dios, cuya existencia confesaba. Se ha ido marchando lejos de Dios. Llegada hasta cierto límite, se ha encontrado al borde del caos, y una gran parte de ella ya se está precipitando en él. Se impone un alto. Se impone un grito de: "¡Firme ahí!" Se impone un cambio de frente: un franco e inmediato retorno a Dios. No existe otro medio de salvación. Es éste el único. No hay opción entre dos, porque no hay más que uno solo. Necesitamos desandar el camino recorrido. Necesitamos rectificar el grave error. El error ha sido el dar a la vida humana, tanto a la individual cuanto a la social, una finalidad puramente temporal. El error ha sido haber hecho del hombre el fin del hombre, y de la sociedad el fin de la sociedad. El gravísimo error ha sido el de eliminar a Dios de la vida. "Pero esto, más que error, más que herejía, más que blasfemia, más que absurdo, más que suicidio, ha sido estupidez."

La necesaria reacción exige por lo tanto el propósito firme de insertar en la vida individual de cada uno de nosotros la preocupación espiritual, la realidad sustancial de Dios; en la vida doméstica, la elevación sacramental de la familia, y la cristianización de la educación; en la vida profesional, la subordinación de la economía a la moral y la cooperación sin

reservas de las clases entre sí bajo la égida del Estado; en la vida cívica, el consorcio de los tres poderes que se hallan divorciados: el político, el económico y el religioso; en la vida internacional, el respeto del derecho natural, puesto que el derecho natural es divino, ya que procede de Dios. Y mejor aún: el respeto de Dios, como soberano absoluto y Tutor celosísimo de los derechos de los individuos y de las naciones; y, en fin, en la vida sobrenatural, la tendencia permanente hacia Dios por medio de su Cristo y de su Iglesia, mediadores necesarios del hombre en su ascensión a la finalidad última de su destino.

Aprovechemos la celebración de esta Festividad. Avivemos nuestra fe en el Padre, nuestra esperanza en el Hijo, nuestro amor en el Espíritu Santo. Los hombres vivían como si hubiesen perdido la fe. La fe entre los hombres no existe ya. Ya no tienen sentido ni valor estas bellas garantías del pasado: "a fe mía", "bajo la fe de mi palabra". Todo el mundo desconfía de todo el mundo. ¿Cómo pueden creer en los hombres quienes han dejado de creer en Dios? Es hora de volver a la fe en Dios, Padre creador y conservador del cielo y de la tierra: a la fe en el Padre Nuestro que está en los Cielos.

Y con la fe en el Padre, la esperanza en el Hijo. Nosotros ya hemos perdido toda esperanza en los hombres. Ya no se puede esperar ni en el genio, ni en el oro, ni en la fuerza. Ya no queda esperanza de salvación en los valores puramente humanos. Los hechos nos hacen ver lo que nos veníamos resistiendo a creer, es decir: que de nada ni de nadie puede esperarse la salvación, fuera de Jesucristo. *Non est in alio aliquo salus.*

Y con la fe en el Padre y la esperanza en el Hijo, el amor en el Espíritu Santo. ¡Cuánta falta hace hoy en el mundo el amor fraterno! Pío XII ha dicho el año pasado en su alocución de la beatificación de la venerable Duchesne: "El mundo actual amenaza perecer en la violencia, porque hay demasia-

dos hombres que no tienen corazón." Este reproche, que es el mismo que enrostraba San Pablo al paganismo de su época, puede hacerse a los nuevos paganos adoradores del oro, del placer, de la ambición. El corazón es el valor y la energía unidos, puestos al servicio del derecho y de la justicia. Es también piedad para la debilidad, ternura para el sufrimiento, perdón para las ofensas...

31/5/42.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a los Fariseos esta parábola: Un hombre dispuso una gran cena y convidó a mucha gente. A la hora de cenar, envió un criado a decir a los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Mas empezaron todos, como de concierto, a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito salir a verla: ruégote que me des por excusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas: dame, te ruego, por excusado. Otro dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá.

Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto a su amo. Irritado entonces el padre de familia, dijo a su criado: Sal luego a las plazas y barrios de la ciudad y tráeme acá cuantos pobres y lisiados y ciegos y cojos hallares. Dijo después el criado: Señor, se ha hecho como lo mandaste, y aún sobra lugar. Respondióle el amo: Sal a los caminos y cercados, y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa. Pues yo os aseguro que ninguno de los que antes fueron convidados, ha de poder probar mi cena.

San Lucas, cap. XIV, v. 16-24.

En el Evangelio de hoy leemos la parábola de Jesucristo en la cual nos habla del padre de familia que prepara un gran festín, para el cual reparte invitaciones. El padre de familia en este caso es Dios. El festín, el reino de los cielos. El reino de los cielos es, en este mundo, la gracia, y en el otro, la gloria. La religión autorizada para establecer ese reinado es el cristianismo. El cristianismo es el renunciamiento de la

concupiscencia de la vida. "Quien quiera seguirme —es decir: quien quiera hacerse cristiano—, ha dicho Jesucristo, niegue a sí mismo." Lo que equivale a decir: refrene su concupiscencia. La invitación que hace Dios es, por lo tanto, a la práctica del Cristianismo.

Los invitados de la parábola rehusan aceptar la invitación, y dan las causas de las excusas, o más bien, los pretextos. Jesucristo las enumera, y todas ellas dimanar de la concupiscencia de la vida. Tal es la triste historia de cuantos se resisten a aceptar la divina invitación al Cristianismo práctico. Digo práctico, porque el teórico no provoca resistencia; antes, al contrario, hay etapas, en ciertas épocas, en las cuales hasta resulta ventajoso hacerse su entusiasta apologista. Pero cuando se trata del Cristianismo práctico, ya es otra cosa, porque implica no sólo una simple afirmación teórica, sino una sucesión constante de renunciamientos efectivos.

Ahora bien, los hombres, por lo general, aman el placer que esperan de la satisfacción de la concupiscencia, y por eso la siguen. Y odian la mortificación que temen de los renunciamientos que impone el Cristianismo y por eso lo huyen.

Y he ahí un error de concepto que acarrea funestas consecuencias. Los renunciamientos que exige el Cristianismo pueden ocasionar mortificaciones a la carne, pero siempre proporcionan grandes satisfacciones al espíritu. Jesucristo compara el reino de los cielos no con un duelo, sino con un festín. ¿Un festín el cristianismo? Sí. La concupiscencia de la vida tiene sus satisfacciones. Pero las tiene también la vida del espíritu. Y las satisfacciones de la concupiscencia son inferiores y transitorias, mientras las del espíritu son superiores y permanentes. Las de la concupiscencia se obtienen con claudicaciones siempre indecorosas, y se compran con oro como cualquier mercancía; las del Cristianismo sólo se conquistan

con vencimientos honorables y se obtienen a fuerza de verdad y de virtud.

Toda la vida de Jesucristo es la comprobación de esta doctrina. Suena la hora señalada desde la eternidad. El Verbo se hace carne en las entrañas purísimas de la Virgen Madre. Nace pequeño y desvalido. Más pobre que todos los hijos de los pobres, carece de casa en que nacer. No es extraño. Están de viaje y los pobres no hallan fácil cabida en ninguna parte, y menos en las casas de los parientes afortunados. ¿Qué pueden éstos esperar de aquéllos? Es colocado sobre unas pajas entre unas ruinas, refugio de bestias en las noches invernales. Y ese niño desvalido es el mismo que lanza los astros al espacio y los hace mover y girar con el soplo de su boca. Ese niño pobre es el mismo que ha creado los tesoros del cielo y de la tierra.

Pero da ese ejemplo porque viene a enseñar a los hombres que los recursos humanos son ineficaces para la conquista de la virtud, y que las satisfacciones de la concupiscencia son perjudiciales a las victorias del espíritu.

Y el Creador, el Omnipotente no quiere aparecer como teniendo necesidad de las vanidades y de las riquezas de la tierra. Para Él nuestra esplendidez es miseria y nuestra púrpura, oropel. Si Él hubiese querido rodearse de estas cosas, habría parecido mendigar en la tierra la sombra de las grandezas dejadas en el cielo. No hay para Él en el mundo sino una sola situación conveniente, y ésa es la más baja, la más indigente, la más desvalida; porque es ésa la única situación que revela la grandeza del ser que para imponerse se basta a sí mismo y que no tiene necesidad de acudir a nada de lo que los hombres consideran necesario para ser felices o para ser tenidos por grandes.

La fuerza puede ofrecer posibilidades a los débiles, pero no al Omnipotente. La riqueza puede brindar facilidades a las

criaturas, pero no al Creador. Un trono puede engrandecer a un hombre, pero no a un Dios. Dios, por el contrario, engrandece todo aquello a lo cual se digna descender. Desde que Jesucristo se hizo débil y pobre, quedó fortificada la debilidad y ennoblecida la pobreza. Y lo que antes de Él era motivo de pena, ha venido a ser una causa de bienaventuranza. Ya comenzamos a entrever las satisfacciones del espíritu. *Beati pauperes*, dirá más tarde Jesús a la humanidad en su sermón de la montaña. "Dichosos los pobres." Y pueden serlo, en efecto, porque de ellos es el reino de los cielos, que está en oposición a la concupiscencia de la vida. Pero no deberán esperar la vida futura para serlo, lo serán aun en la presente.

La dicha no es una mercancía que pueda cotizarse en ninguna Bolsa de comercio. La dicha no se compra con oro. En este inmenso mercado que es el mundo moderno, todo se compra, porque todo se vende. Pero, por fortuna, no hay en el mundo entero oro bastante para comprar la dicha. Porque la dicha no está fuera, sino dentro de nosotros. La dicha es el fruto del beso de Dios en la intimidad más recóndita de la conciencia del hombre. Con Dios, hasta el infierno se transformaría en cielo; y sin Dios, el cielo se convertiría en infierno.

Esta doctrina no contiene una descalificación para los ricos, sino para los concupiscentes. De acuerdo con el Evangelio, hay ricos que, por hallarse desapegados de las riquezas, son pobres por su espíritu cristiano, y por eso son dichosos; y hay pobres que son ricos por la avidez del deseo con que ambicionan las riquezas, y por eso son infortunados.

Lo que interesaba era demostrar que se equivocan los que se alejan del Cristianismo para seguir la concupiscencia de la vida: porque las satisfacciones terrenales son deleznable y hartadoras, y las espirituales permanentes y estimulantes.

19/6/38.

Por desgracia ya no hay necesidad de demostrar la evidencia de la gravedad del mal que aqueja a la humanidad. Ahora lo interesante, lo urgente, es hacer con exactitud el diagnóstico. Tampoco es necesario entrar en disquisiciones acerca de las causas mediatas o inmediatas, remotas o próximas que lo han determinado. Lo que se requiere es cerciorarse de cuál es ese mal. Creo poder afirmar que es el más grave de cuantos pueden atacar a la humanidad: el de su disgregación. Porque ya lo sabemos: la disgregación es el preludio, la iniciación de la muerte. La muerte del individuo no es otra cosa, que una disgregación: la disgregación de los dos elementos cuya asociación es la condición de la vida: el alma y el cuerpo. Y la muerte que acaba también con el cuerpo, reduciéndolo a polvo: la muerte del cadáver, si es lícito expresarse así, no es más que la disgregación de los elementos de que el cuerpo se halla constituido.

No digo yo que este período de disgregación, que es la característica del mal contemporáneo, será seguido por la muerte física de toda la humanidad, no: la humanidad, aun diezmada en forma trágica y brutal, continuará viviendo durante muchos siglos. Pero en ella morirá lo mejor: morirán sus instituciones, morirá su civilización, morirá su paz.

Morirá lo que es la forma actual de su vida: y esa muerte, si esa disgregación continúa, se producirá en medio de una gigantesca catástrofe. Acaba de anunciarlo uno de los pocos hombres que tienen en sus manos el destino de la humanidad: "Después de la guerra de mañana, vencedores y vencidos quedarán sepultados bajo los mismos escombros de la tierra destruída."

¿Por qué digo que estamos en un período de disgregación? Porque lo veo.

Los individuos se disgregan entre sí y se divorcian de las normas que tienden al bien de la Comunidad. Los hijos

se independizan de sus padres. Los esposos de sus esposas. . . y no puedo seguir la gradación, sin emplear términos más conformes a la verdad. En vez de decir se disgregan, debería decir, se hostilizan. Las clases hostilizan a las clases; las razas a las razas, los partidos hostilizan a los partidos; y las naciones a las naciones.

¿Y cómo podría detenerse este proceso que lleva fatalmente hacia la muerte? ¿Cómo podría volverse a la vida? Por un procedimiento contrario: por el de la asociación. El de la asociación entre los individuos y las familias y las clases y las razas y las naciones. ¿Y por qué medio puede iniciarse esta asociación de los espíritus, tan indispensable a la paz de la comunidad y a la vida de la humanidad?

Hace tres días (el 8 de junio) un hombre de letras, Charles Maurras, político y sociólogo, de quien tal vez nadie se hallaba autorizado a esperar una declaración semejante, pronunció las siguientes palabras en el discurso de su admisión en la Academia Francesa: "Cargado de misterio el porvenir, no se concibe sin la protección y la mediación de apoyos misteriosos: esos apoyos misteriosos son los santos, las santas y la Virgen a quien está consagrada la Francia." —Son singularmente expresivas esas palabras—. Pero yo las saco del marco de la Francia: las extiendo a la humanidad y digo: "Cargado de misterio el presente, no será posible superarlo sin la intervención de otro misterio: es decir, sin Cristo; y es necesario que la humanidad se persuada de que *non est in alio aliquo salus.*"

¡Ahora sí que puedo yo gritar, a todos los medios puramente humanos, llámense individualismo o colectivismo, bolcheviquismo o nazismo, racismo o totalitarismo; a todos los sistemas políticos, económicos o sociales: ya no espero nada de vosotros, no quiero saber de nada, más que de Cristo, y de Cristo crucificado para dar su vida por la vida de la hu-

manidad! "*Cum venissem ad vos, fratres, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiae, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim iudicavi me scire aliquid inter vos, nisi Iesum Christum, et hunc crucifixum.*" (San Pablo, I Cor., II. 1-2).

Esto que acabo de decir, ¿qué relación guarda con el Evangelio de hoy? El Evangelio de este Domingo, dentro de la octava de la festividad del Corpus Christi, consigna esta parábola de Jesús a los Fariseos:

Un hombre preparó un espléndido banquete al cual invitó a muchísima gente. Llegada la hora, los invitados, resueltos a no asistir, enviaron sus excusas: quien, porque acababa de hacerse propietario, quien porque debía dedicarse al trabajo, y quien porque iba a entregarse a los placeres. Ordenó entonces que sus criados saliesen a invitar a todos cuantos encontraran, cualquiera que fuese su condición, hasta que se llenara la casa; y terminó diciendo: ninguno de los que habían sido convidados y han rechazado mi invitación se sentará a mi mesa.

Esta parábola alude directamente al banquete de la Mesa Eucarística. Esa mesa Dios la ha tendido para todos, sin excepción de ninguna especie. Y el manjar de que se nutre el que acepta la divina invitación, es Cristo. Cristo que desde el cielo ve que la humanidad se muere porque se disgrega, baja hasta ella para que en Él se asocie y viva, ¡qué misterio, señores! ¡qué misterio! Pero no nos parezca imposible, porque quien lo realiza y quien lo revela es el mismo Cristo.

Ego vivo propter Patrem, et qui manducat me et ipse vivet propter me. Yo vivo la vida de mi Padre, y quien se nutre de mí, vivirá mi propia vida. Las imágenes de que se valen las Escrituras para anunciar este misterio, son grandiosas: *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* Se levantó como un gigante para salvar resueltamente las distancias. *Venit sa-*

liens. Y llegó a nosotros como saltando abismos. Desde el seno del Padre saltó hasta el seno de la Virgen, del seno de la Virgen saltó a la Cruz, de la Cruz saltó al Sagrario, y desde el Sagrario, donde se halla vivo, pero oculto bajo la especie de pan, salta hasta la mesa eucarística para bajar luego hasta mí.

He aquí la gran realidad, la inmensa realidad, la misteriosa realidad. Todos cuantos comulgan con Cristo, quedan adheridos a Él y vivificados por Él. Se hacen miembros de su Cuerpo Místico. Participan de la misma vida. Se asocian íntimamente a Él, y, por la virtud de su vida, se asocian entre sí para formar la unidad cristiana. *Ut omnes unum sint*. Los cristianos primitivos, saturados de vida eucarística, no obstante la infinita variedad de origen y de cultura, de condición social y de temperamento racial, constituyen la unidad más bella de que haya ejemplo en la humanidad, y su recuerdo es la página más rosada de su larga y accidentada historia. Formaban todos un solo corazón y un alma sola. Los que se nutren de la vida de Cristo, que es caridad, si no son sacrílegos, no pueden despreciar, no pueden odiar, no deben dividirse: no deben combatirse. No puede romper su unidad una diferencia de color en los ojos, en el cabello, en la piel, en la bandera o en la sangre.

El que vive en quien comulga no es el ario ni el judío, ni el griego ni el romano, ni el compatriota ni el correligionario, ni el amigo ni el enemigo, es Cristo.

He ahí el medio infalible para desandar el camino que lleva a la disgregación, que es el de la muerte, retornando al que conduce a la asociación, que es la vida. *Yo soy el camino, la verdad y la vida*.

Si los hombres rehusan aceptar la invitación, peor para ellos. El mal no es para Jesucristo, es para ellos mismos, es para la humanidad.

Y cuán poco dignos, cuán vergonzosos los pretextos con que se excusan. Todos están incluidos en estas tres categorías. Los que rehusan acercarse a Cristo y a nutrirse de Él porque se han hecho propietarios, y se sienten señores; es decir: los que se dejan dominar por el orgullo.

Los que se consideran fuertes, los que se creen sabios, los que se sienten ricos. Esos creen bastarse a sí mismos. Disponen de los más poderosos recursos humanos: ¿cómo se resignarían a confesar su impotencia acudiendo a auxilios misteriosos?

Los que se rehusan porque deben dedicarse al trabajo, es decir: los que acosados por la necesidad, piensan tan sólo en obtener lo necesario para el sustento del cuerpo, sin importárseles para nada de la vida del alma, y los que, acuciados por la ambición, piensan tan sólo en acrecer su fortuna, sin detenerse aun cuando sea necesario violar la justicia o matar la caridad.

Y, en fin, los que se rehusan porque prefieren entregarse a los placeres, es decir: los que resuelven cerrar los ojos a toda consideración para gozar de la vida, aun sabiendo que se hacen presa de la muerte.

De todo esto se deduce que hoy más que nunca queda en pie, como una formidable advertencia, este dilema, cuya consistencia no aparecía tan evidente cuando se anunciaba por primera vez: "o comunión o comunismo".

11/6/39.

* * *

Ved el segundo significado de la parábola. El señor, es Dios; el festín, el reino de los cielos. El reino de los cielos es allá arriba el Paraíso; y acá abajo, la Iglesia, a la cual es necesario pertenecer en la tierra si se pretende luego alcanzar el cielo.

La primera invitación a pertenecer a la Iglesia fué he-

cha por los Apóstoles a los Judíos. Éstos no la aceptaron. Salvo algunas excepciones señaladas entre las gentes del pueblo, los Fariseos y los Escribas, la rehusaron como de común acuerdo. No estaban en condiciones de aceptar la humildad, la justicia y la moral, es decir, el contenido del nuevo Evangelio. Se hallaban dominados por la soberbia, la ambición y la sensualidad. Las tres causas enunciadas por Jesucristo al enumerar los pretextos que oponen todos los que se resisten a establecer en sí mismos el reino de Jesucristo.

Los servidores del Señor, es decir, los Apóstoles, cumplieron entonces la orden de llevar la invitación a los demás pueblos de la tierra. Más tarde dejarán constancia documentada de este proceder. San Pablo dirá a los Judíos en nombre de todos sus colegas: Vosotros nos cerráis las puertas, rechazáis nuestra invitación; pues bien, nosotros os dejamos; pero como es necesario que el reino de Dios se establezca en el mundo, sacudimos el polvo de nuestros pies y nos vamos a predicar el Evangelio a los gentiles.

* * *

La parábola contiene un tercer significado. Las gentes que aceptaron el Evangelio y se hicieron cristianas, han sido invitadas a su vez a otro gran banquete: al banquete eucarístico. No basta que acepten la doctrina de Jesucristo. Para revestirse de la energía moral requerida para practicarla, es necesario que lo reciban a Él, que lo hagan suyo, que se nutran y que vivan de Él. El ideal del cristiano consiste en tratar de despojarse del hombre viejo y de revestirse del hombre nuevo. Es poder llegar a decir como San Pablo, al menos en cierta medida: "Yo vivo, pero ya no soy yo quien vive en mí." Es decir: ya no vive en mí la soberbia, la ambición, la sensualidad; ya comienza a vivir en mí la humildad, la

justicia, la mortificación; ya empieza a vivir en mí Jesucristo. Y para ello es indispensable nutrirse de Jesucristo.

* * *

Pero ¿es esto posible? ¿Podría el hombre nutrirse de Jesucristo, alimentarse del Verbo y nutrir su vida moral con su divina sustancia?

El Evangelista, a quien la tradición representa bajo el símbolo del águila, para significar el vuelo magnífico con que se remontó al cenit inaccesible y fijó en el Verbo su mirada para iniciar con Él, la narración del Evangelio, dice: "El Verbo existía desde el Principio", es decir, desde antes que todas las cosas creadas comenzaran a tener principio. ¡Qué sublimidad inaccesible!

Pero cuando en la eternidad sonó la hora de que comenzara el tiempo, el mismo Verbo que lo creó nos hizo oír esta frase: *Nisi granum frumenti cadens in terra mortuum fuerit, ipsum solum manet; sin autem mortuum fuerit, multum fructum affert.* "Si el grano de trigo no cae en la tierra y no muere dentro de ella, se queda solo. Pero si muere, produce mucho fruto." Hablaba de Sí mismo. Y a Sí mismo se refirió también cuando dijo: *Ego sum panis vitae*: "yo soy el pan de la vida." Y se convirtió en el pan de la vida. El grano de trigo bajó del cielo y cayó en la tierra. La simiente debe adentrarse en la tierra. La tierra debe desgarrarse para recibirla, debe abrir surcos, que son como heridas profundas, para guardarla en ellos, para prestarle su jugo, a fin de que mezclándose las dos sustancias, se yerga, alboree y fructifique. El Verbo bajó del cielo hasta las entrañas de una Virgen. Salió luego de ella y fué puesto en una cruz. Quedó así humedecido y regado con su propia sangre. Pero eso no bastaba. El grano de trigo fué triturado, fué molido y fué hecho pan en el fuego de su infinito amor. Y bajo la especie de ese Pan,

el Verbo se quedó en la tierra para ser el alimento de la vida moral del hombre hasta el fin de los tiempos.

Aquel a quien el Evangelista vió por revelación desde el principio, lo tenemos ahora entre nosotros hasta el fin. Sólo tenemos que dar algunos pasos para llegar hasta Él; sólo debemos abrir los ojos para verlo bajo la especie de su envoltura blanca; sólo necesitamos alargar la mano para alcanzarlo, y para adentrarlo en nosotros y convertirlo en alimento nuestro; ya no tenemos que subir a alturas inaccesibles; tenemos que bajar, aproximarnos más a la tierra, doblar las rodillas, juntar las manos y entreabrir los labios.

Y ¡qué pena!, la inmensa mayoría de los hombres, que por su credo se hallan dentro de la Iglesia, desoyen la invitación de Jesucristo, que les dice: *Venite ad me*: "Venid a mí todos los que os sentís cansados de luchar o de sufrir, todos los que os sentís con sed de moral y con hambre de justicia; venid a mí que yo os aliviaré, yo os saciaré." Los hombres en su inmensa mayoría rehusan aceptarla. ¿Por qué? ¿No será también porque se hallan dominados o por la soberbia, o por la ambición, o por la concupiscencia? Y si es así, ¿no incurrimos, pero con mayor conocimiento, y por ello con mayor responsabilidad, en la misma falta por la cual recriminamos tanto a los judíos?

No basta que el Verbo se haya convertido en el pan de la vida. No basta que esté permanentemente allí. Es necesario que penetre en la tierra de nuestra propia vida. Es necesario que la roturemos, que abramos resueltamente un curso en nosotros para extirpar la cizaña y sembrar en su lugar el trigo. Sólo así dará el fruto que está destinado a producir. El fruto no es en Él. Dios es infinito y no es susceptible de mejoramiento ni de progreso. El fruto tiene que ser en nosotros, volviéndonos más buenos, más puros, más justos, más caritativos.

* * *

Jesucristo ha querido compararse con el trigo, que para convertirse en pan debe ser triturado y molido y pasado por el fuego. El pensamiento me lleva a la contemplación de la humanidad de hoy. Millones de ancianos y de enfermos, y de mujeres y de niños, millones de jóvenes soldados, están siendo o triturados por el infortunio o molidos por la metralla. Están siendo amasados en su misma sangre y quemados en un mismo fuego. ¿Será para bien? ¿Será la dura condición para que la humanidad dé el fruto que ha tardado tanto en producir? ¿Podrá decir la humanidad de sus tremendos martirios, lo que San Pablo aseguraba de los propios, cuando decía: *Adimpleo quae desunt passioni Jesu Christi*: "Completo con ellos lo que hace falta a la Pasión de Jesucristo", es decir, lo que corresponde a la cooperación humana, para la salvación del mundo? ¡Dios lo quiera!

Entretanto, ¡qué gran desgracia, qué gran dolor! En la última noche de su vida, al instituir el Pan eucarístico, dijo Jesucristo: *Ut unum sint*. "Que sean uno" los que comulgan con mi cuerpo, con mi sangre, con mi fe. Y, o porque los hombres no comulgan o porque no comulgan bien, viven desunidos, para no unirse sino cuando caen amasados con la misma sangre o quemados en el mismo fuego.

Y lo peor es que parece que ya no sirve el escarmiento en cabeza ajena; porque en cuanto al que se tiene en la propia llega siempre demasiado tarde. Digo esto, porque entre nosotros no faltan quienes también pretenden iniciar la tarea fatídica de dividirnos, desunirnos, hostilizarnos, creando problemas que no tenemos, que no necesitamos, y que no queremos tener. (Alguna vez suele preguntárseme si no tengo miedo de hablar con claridad. ¡Ningún miedo! Porque tengo

por norma no atribuir jamás actualizaciones concretas ni a personas ni a bandos. Yo hago doctrina y establezco principios. Y si algunos se sienten aludidos, se denuncian: ante Dios y ante la propia conciencia, si callan; ante la opinión pública y ante la Patria, si hablan).

Ut unum sint! Que todos seamos uno, que nos mantengamos unidos, que nos entendamos, que nos perdonemos, que seamos hermanos, porque sólo así conservaremos la paz.

25/5/40.

* * *

En el Evangelio de este domingo dentro de la Octava de la festividad del Corpus Christi, la Iglesia nos hace leer una parábola con la cual Jesucristo invita a todos los hombres a participar del banquete de la Eucaristía, donde Él mismo se les convierte en divino alimento.

Nos hallamos todavía en el Tiempo Pascual, que es el señalado por la Iglesia para cumplir con el precepto de recibir la Sagrada Eucaristía. La invitación es general. Se hace extensiva, en primer término, a todos los cristianos. Pero su aceptación no es facultativa, es obligatoria: porque el que quiere vivir la vida del espíritu y la vida feliz de la eternidad, debe necesariamente nutrirse del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo para incorporársele a Él.

Pero he aquí que los invitados se rehusan, retenidos por alguno de los tres poderosos atractivos que mantienen a los hombres alejados de Dios.

El primero de éstos es el egoísmo. ¿Qué es el egoísmo? El yo, elevado a la exageración. El yo, con exclusividad de los demás. Al egoísmo suele llamársele *egolatría*, es decir, según la definición del Diccionario de la Academia: "Culto, adoración, amor excesivo a sí mismo." Al repudiar el egoísmo, no quiero decir que uno no debe amarse a sí mismo, no; dejar de amarse es imposible. El amor a sí mismo es una necesidad;

es además una virtud. Jesucristo la toma como punto de referencia para proclamar el primero y más grande de los mandamientos: "Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo." Lo que se prohíbe, pues, no es el amor, sino el exclusivismo en el amor. Ese exclusivismo que lleva a la indiferencia y a la rivalidad y a la conculcación y al odio hacia los demás.

Yo no sé si hay en el mundo algo que ocasione más discordias que el egoísmo. Todos los que se admiran de las resistencias y las malas voluntades con que tropiezan en la vida, deberían pensar si cada una de ellas no habrá sido causada por algún movimiento advertido o ignorado de su propio egoísmo. Y cuando el egoísmo individual se hace colectivo, a su alrededor no siembra más que ruinas. El exclusivismo de un círculo, de una clase, de una casta, de una sangre, de una raza, hace llegar a extremos que parecerían inverosímiles. Los cultores del egoísmo andan siempre por regiones muy alejadas de Dios. El egoísmo es la negación de la Caridad; y como Dios es Caridad, es el alejamiento de Dios.

La sensualidad es el culto de los placeres de los sentidos. He aquí la segunda de las funestas propensiones de la naturaleza humana que lleva a los hombres lejos de Dios. Jesucristo nos advierte que debemos defendernos de tres enemigos. Los tres son formidables: el demonio, el mundo y la carne.

¿Quién puede dudar del poder del *espíritu del mal*? Cuando los hombres, dominados por él, incurren en esos excesos que tantas veces nos horrorizan, solemos decir que son satánicos, que son demoníacos. Sobrada razón tuvo León XIII cuando al darse cuenta de la malignidad de los hombres y de los tiempos que arreciaban en su época, ordenó a todos los sacerdotes católicos del orbe que al terminar la Misa se posturasen ante el altar y suplicasen con los labios húmedos todavía con la sangre de la Víctima divina: "San Miguel Arcán-

gel, Príncipe de la milicia celestial, defiéndenos en la batalla y arroja de este mundo a Satanás y a los espíritus malignos, empeñados en la fatídica tarea de perder a los hombres."

Y ¿quién puede dudar del poder real del *mundo*? La saturación del ambiente, creada por las opiniones, las modas, los espectáculos, los ejemplos, las innovaciones y las costumbres, termina por constituir, no ya un clima, sino una corriente muy poderosa, al extremo de que la vulgaridad de las gentes se declara incapacitada de poderla remontar.

Pero más poderoso que el demonio y el mundo, es el tercer enemigo, que el Evangelio denomina la *carne*; la propensión excesiva a los placeres de los sentidos. Los otros dos enemigos están cerca de nosotros y, si se quiere, alrededor de nosotros, junto a nosotros: pero fuera de nosotros. Mas este otro está en nosotros, está dentro de nosotros. Y hablando con más propiedad, deberemos decir que somos nosotros mismos. Nosotros sentimos una propensión instintiva y poderosa a proporcionar satisfacción a nuestros sentidos. Esa satisfacción nos resulta extremadamente placentera, aun cuando las más de las veces nos resulta perjudicial. Pero la reflexión difícilmente se impone. La consideración de que el bien del espíritu es el resultado de la mortificación de los sentidos, no siempre nos convence. La advertencia divina suele ser como una chispa de la conciencia; la satisfacción de los sentidos, en cambio, una llamarada que la envuelve y nos la hace perder de vista. Yo no sé cuál sería en nuestra época la proporción de los cristianos que permanecerían constantes ante las amenazas del martirio; pero me parece que es espantoso el número de los que sucumben ante la seducción del sensualismo de la vida.

Y cuando es la civilización la que se vuelve sensualista, ya casi no se necesita el empuje de la fuerza exterior para derribarla, porque ella sola se desploma. ¡Cuánta razón tenía aquel que dijo, refiriéndose a la capital del imperio que que-

ría conquistar: "¡Oh, tú que para rendirte sólo aguardas la oferta de un buen postor!"

Hay una tercera propensión que nos aleja de Dios. La *ambición*. ¿Qué es la ambición? No tomo las definiciones en los libros de mística. Los tomo del diccionario de nuestro idioma. "Pasión por conseguir poder, honras, dignidades, fama." Pasión por conseguir poder. No la recriminemos por adelantado. Tengamos presente que hay muchas clases de poder. Tantas como para tentar a todos los hombres. No hay solamente el poder político. Todos tenemos la pasión de algún poder: de poder prevalecer en cualesquiera de las infinitas actividades de la vida. En medio de los semejantes, todos instintivamente anhelamos ser en algo, los primeros: *primus inter pares*. La pasión de la dominación es también innata. ¿Sabéis cuál fué la primera bendición de Dios a la humanidad? "Creced y multiplicaos, poblad la tierra y dominadla, ejerced vuestro señorío sobre los peces del mar y sobre los animales de la tierra." De ahí procede esa ambición de soberanía. Pero cuando se la deja sin control, cuando cada uno se deja conducir por ella sin tener en cuenta la jerarquía en la sociedad doméstica, en la sociedad civil, en la sociedad religiosa, es precisamente esa ambición desorbitada quien las desorganiza, introduciendo en ellas la anarquía. Y por lo que respecta a la ambición de poder político, abandonada a sus impulsos, ¿quién puede contar las ruinas que acumula en el pueblo que se quiere gobernar o en el mundo que se pretende sojuzgar?

Las tres propensiones que acabamos de enumerar son las que llevan a los hombres lejos de Dios y les impiden volver a Él. ¿Dónde hallaremos las energías necesarias para reaccionar? ¿Dónde lograremos obtener las disposiciones requeridas que nos inclinen a aceptar la invitación de Dios? En Cristo, solamente en Cristo. *Non est in alio aliquo salus*. A Dios no se llega sino por Jesucristo.

Para triunfar sobre el egoísmo, Cristo infunde en el corazón del hombre el sentimiento de la caridad. El egoísmo es amor, pero amor a sí mismo, amor exclusivista. La caridad es amor, pero amor a Dios y amor a los demás, amor expansionista. La caridad, cuando arde sobre el altar del corazón del hombre, emite dos llamas sagradas, una que sube hacia Dios, otra que baja hacia los hijos de Dios que son todos nuestros hermanos.

Para triunfar sobre el sensualismo, infunde la abnegación. La abnegación es la contraposición o, mejor, la superposición del sensualismo. Porque al sensualismo no se lo desaloja, no se lo extirpa, no se lo mata. Permanece siempre en el fondo de cada uno de nuestros sentidos como replegado en un último reducto, listo siempre para entrar en actividad. Pero la abnegación es la fuerza moral que lo mantiene sujeto, que se le sobrepone, que lo domina. La abnegación implica mortificación y la mortificación es amortiguamiento. La mortificación es la esencia del Cristianismo. "El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, mortifíquese, tome su cruz, crucifíquese a sí mismo, enlave su carne, su sensualismo, en la cruz, y sígame."

Para triunfar sobre la tercera propensión, es decir, sobre la ambición, Cristo nos arma de otra virtud divina. Virtud que para ser conocida de la tierra, tuvo que bajar del cielo. Virtud de la cual el paganismo no conocía ni siquiera el nombre: la humildad. Merced a ella el hombre que ambiciona ser el primero, se conforma con ser el último; el que ansía ser servido, encuentra sus complacencias en servir; el que aspira a mandar, prefiere obedecer.

TERGER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

SOLIAN los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle. Los Fariseos y los Escribas murmuraban de eso, diciendo: Este recibe a los pecadores y come con ellos.

Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto, y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla? En hallándola, se la pone, gozoso, sobre los hombros; y llegado a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado a la oveja mía que se me había perdido. Os digo que, de la misma manera, habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia.

O ¿qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende luz y barre bien la casa y lo registra todo, hasta dar con ella? Y en hallándola, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Felicítenme, que ya he hallado la dracma que había perdido. Así os digo yo que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia.

San Lucas, cap. XV, v. 1-10.

No hay nadie que se halle fuera de la zona de influencia de la misericordia de Jesucristo. Si así no fuese, cada uno de nosotros tendría suficiente motivo para desesperarse. Todos nos podemos reconvenir así: —Conciencia mía, tú me acusas de dos cosas: de carecer de merecimientos ponderables, y de

haber pecado. A los ojos de Dios ¡soy, o he sido abominable! Tal es el sentimiento de pesadumbre que me embarga cuando cierro los ojos del cuerpo y abro los del alma para mirarme por dentro. Pero luego, cuando espantado los aparto de mí para fijarlos en vuestra misericordia, Dios mío, siento que renace la confianza. Y no en vano, ciertamente: La historia de mi vida es una página de la de vuestra misericordia. Todos los ardides por mí empleados para sustraerme a vuestra gracia, todos mis empeños en hacerme indeseable, todo eso no ha servido más que para poner en relieve la gratuidad de vuestra misericordia para conmigo. Vuestra misericordia ha sido en toda circunstancia la atmósfera envolvente de mi vida.

Y cuando la paciente persecución de esa misericordia termina por triunfar reconquistando definitivamente a alguno de nosotros, suena la hora en que se transfigura una vida. Es la hora en que se sale de la miseria y se vuelve a Dios. Es la hora en que se inicia una nueva vida, que continúa en la tierra pero que refleja el cielo. Y en esa hora, ¡qué maravillas! Mis infidelidades son arrojadas por Dios a una distancia inconmensurable, *quantum distat virtus ab occidente*. Y la misericordia se despliega toda entera sobre mí y cubre mi miseria. La oculta a los ojos de los hombres para que no me desprecien, y la esconde a mis propios ojos para que no me desespere. Me echa encima el manto reluciente de su divino amor, y me envuelve todo en él misericordiosamente. ¿Es esto, acaso, una imaginación? ¡No, es la pura realidad! Me la ha revelado en una imagen creada por Él, la del padre que con su capa cubre los andrajos del hijo pródigo que vuelve. Es la estampa teológica, pero viva, del amor de Dios al pecador, que lo busca y se le entrega. Tal es el Evangelio del pecador. Tal es mi Evangelio. ¡Oh, Dios! me amas, pero no por lo que di de mí, no por lo que tengo, ni por lo que soy; sino porque tu mismo amor me cubre y me vuelve amable.



Tal es el proceder divino, que me alivia de tanta pesadumbre, me infunde tanta confianza y me proporciona tanto consuelo. Es el que yo debo seguir respecto de todos mis hermanos. ¿Sería yo más implacable o más exigente que el mismo Dios? ¿Y a título de qué? ¿De una mayor sabiduría o de una mayor justicia? No, a ninguno de nosotros ha sido confiada la distribución de esa justicia. Todo lo contrario. Dios nos ha prohibido hasta la pretensión de ejercerla. *Mihi vindicta*: Sólo a mí queda reservada la sanción; *et ego retribuam*: Sólo a mí corresponde el aplicarla. A ti no dejo más que la condonación fraterna. Te queda prohibido quebrar la caña que se ha doblado y apagar la mecha que todavía humea.



¿Y qué es lo que vemos a nuestro alrededor por todas partes: abajo lo mismo que arriba, y a la izquierda lo mismo que a la derecha? Con relación a esta virtud fundamental del cristianismo, ¿cómo proceden los cristianos? Peor que los Fariseos. Con una ligereza criminal, juzgan, sentencian y excomulgan. Recriminarían al mismo Dios porque no castiga a los que ellos condenan. ¡Y cómo condenan! Nada los modera: ni el pudor de lo que ellos fueron, de lo que son o de lo que pueden ser; se prevalen del manto de misericordia con que los cubre Dios. Nada los detiene, ni la hiel que propinan, ni el honor que ultrajan, ni la reputación que vilipendian, ni el nombre que enlodan, ni la herida que abren, ni el llanto que provocan, ni la paz que quitan, ni el hogar que arruinan. En nuestro mundo físico hay olas de calor, hay olas de frío. Parece que en el mundo moral hubiese olas de insanía, profundamente perturbadoras de las mentes contemporáneas. El solo instinto de conservación debería inducir a las gentes a callar y a respetar. Sobre todo en esta época en que la esta-

bilidad de la sociedad por tantas causas peligra. Hoy es más imprudente que nunca exhibir su decrepitud y exagerar su corrupción. Es desconcertante lo que se observa. Se niegan las virtudes, se silencian los méritos, se denuncian los defectos y se pregonan las transgresiones, sean ellas reales o sean imaginarias.

Los que acechan la oportunidad de precipitarse sobre ciertas sociedades para destruirlas, están de parabienes. Ellas les economizan la tarea, porque al desprestigiarse, se suicidan.

26/6/38.

* * *

Dice el Evangelio de hoy que los Fariseos y los Escribas, viendo que Jesús alternaba con los publicanos y los pecadores, se sentían molestos y decían: "Ese hombre anda con los pecadores y no tiene reparo en sentarse a la mesa con ellos."

Aun cuando los murmuradores decían esto, con el propósito de desprestigiar a Jesús, la afirmación que hacían no era una calumnia, era una verdad. Y Jesús, lejos de rechazarla, la aceptó; lejos de desmentirla, la confirmó.

Quiso, sin embargo, convencerlos de la perversidad de sus intenciones. Y les demostró que ellos procedían de la misma manera. Les dijo: "¿Hay alguno entre vosotros que, teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una, no deja en seguro las noventa y nueve para ir en busca de la que se le ha extraviado? Yo os afirmo que en el cielo habrá más júbilo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia." Y con un segundo ejemplo, tomado de una mujer que teniendo diez monedas pierde una, llega a la misma conclusión.

De estos ejemplos se deduce esta consecuencia. Si los Escribas y los Fariseos, si cualquier hombre o mujer procede así, al tratarse de un animal o de una moneda, ¿hay alguien

que tenga derecho a escandalizarse de que Él proceda de la misma manera, tratándose de un hombre, y más aún de muchos hombres que andan extraviados?

Para escandalizarse de esto, sería necesario adolecer de un desconocimiento absoluto de la misión divina de Jesucristo. Reiteradamente la ha revelado en forma categórica e inequívoca: "Yo no he venido a buscar a los justos sino a los pecadores; No son los sanos quienes tienen necesidad del médico, sino los enfermos."

Pero ¿cuál era la razón que movía a los Fariseos a hacer aquella inculpación a Jesucristo? ¿Acaso la de prevenir al justo contra el peligro a que podría exponerlo su familiaridad con los pecadores? No. Si hubiesen tenido conciencia de la realidad de ese peligro, no se lo habrían advertido. Su aspiración suprema consistía en sorprender en Jesucristo algún pecado. Y al no lograrlo, dedicaban su astucia, no a apartarle los peligros, sino a multiplicárselos.

La razón era ésta. La religiosidad de los Fariseos consistía en un formalismo puramente exterior. Eran escrupulosos en la observancia externa de las prácticas rituales; pero carecían del espíritu que debía vivificarlas: no tenían ni caridad, ni justicia; sentían repugnancia y aversión hacia los que consideraban inferiores a ellos en condición social, en fortuna o en religiosidad. Los desheredados de los bienes temporales, lo mismo que los privados de los bienes morales, constituían una casta de la que había que mantenerse a distancia, porque contaminaba.

Y la conducta de Jesucristo, yendo en su busca, contenía para ellos una recriminación evidente. Por eso los indignaba, los sublevaba. Jesús, departiendo con los pecadores y los menesterosos del cuerpo y del alma, se les hacía intolerable.

Esta página del Evangelio, como todas las demás, contiene adaptaciones admirables. El contenido del Evangelio es de

una virtud infinita y de un alcance ilimitado. Jesucristo, al anunciarlo, tenía ante los ojos del cuerpo la generación de su tiempo, y ante la mirada de su pensamiento, la del nuestro y cada una de las del futuro. Al dar una respuesta concreta a cada uno de los problemas que preocupaban a sus contemporáneos, la daba virtualmente a los que nos inquietan a nosotros y a los que agitarán a los que nos sucedan hasta el fin de los tiempos.

Cada generación tiene su problema. Y la Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesucristo, agrandándose a través de los tiempos, debe contribuir a solucionarlos. Por lo menos debe poner en salvo los principios orientadores y proclamar la necesidad de su aplicación. Con ese fin ha sido constituida su depositaria. Y tal ha sido la conducta de la Iglesia frente a cada uno de los problemas que han agitado a las generaciones del pasado. Mas éstos ya se hallan en la historia; ya se encuentran en seguro; en la actualidad poco o nada la deben preocupar.

Pero cada época tiene su problema, como cada día su afán: y la Iglesia se dedica al nuevo problema del presente, dejando en el redil de la historia a los noventa y nueve del pasado.

Poco antes de morir Pío XI, dejó oír este lamento: "El gran dolor de nuestros tiempos es el que causa la apostasía del pueblo trabajador."

El proletariado de los trabajadores anda lejos del redil. Las duras condiciones de la vida, que le han sido creadas por las injusticias humanas, lo han inducido a que se aleje para ir a buscar por otros sistemas y por otros métodos las reivindicaciones a que se sienten con derecho. Es, por lo tanto, la hora de una nueva adaptación del Evangelio. Es necesario dejar a los que están seguros en el redil, y lanzarse, sopor-

tando todos los sacrificios, a buscar a los que andan descarriados.

Algunos se molestan cuando nos ven empeñados en esa tarea redentora. ¿Será acaso porque corremos peligro de que nos contagien sus rencores o sus doctrinas? ¿Será tal vez para preservarnos? ¿No será también porque, como los antiguos Fariseos, carecen de caridad y de justicia?

Yo les diría: quedaos tranquilos y más bien dad gracias a Dios de que nos infunda el heroísmo necesario para consagrarnos a esa tarea de cuyo éxito seréis tal vez vosotros los más beneficiados.

¿Se podrá decir ante Dios que son más pecadores los de abajo que los de arriba? Y si lo son, yo os aseguro que es porque están amargados, y porque a fuerza de hacerles ver la injusticia de las privaciones que padecen, los han envenenado.

Dejad, pues, que vayamos a redimirlos, mejorando sus cuerpos y sanando sus almas. Dejadnos luchar por su bienestar temporal y por su regeneración espiritual. En cuanto a mí, de poco o de nada podría servir a los privilegiados. ¿Qué podría dar a los ricos, qué podría dar a los fuertes? En cambio a los desheredados puedo dar mucho: no de lo mío, porque esto se reduciría a mi compasión, sino de lo de Dios: y Dios es justicia, y Dios es caridad.

Y yo os aseguro que nadie puede dedicarse a esta tarea redentora teniendo en vista una compensación humana. Os aseguro que esa tarea no se realiza sino sólo a fuerza de abnegación y de renunciamientos constantes. A nadie seduce el riesgo de atraerse el repudio de los privilegiados. A nadie halaga la imputación de ser seductor de las turbas para exaltarlas. El camino que debe recorrerse para redimirlas de las miserias físicas y morales, no se realiza caminando sobre rosas ni aspirando incienso.

No sé si habéis pensado en esto: Cuando Jesucristo fué

interpelado acerca de si era el verdadero Mesías: si era Dios; dió esta respuesta: "Si queréis comprobarlo, observad lo que hago." Y al enumerar los hechos maravillosos, dijo: "Los pobres son evangelizados", "*pauperes evangelizantur*"... En nuestros tiempos habría dicho: el proletariado de los trabajadores es evangelizado, es decir: voy a él con preferencia a llevarles la buena nueva del Evangelio, que les dará el pan del cuerpo y el pan del alma.

Todos cuantos se hayan apartado del redil, todos cuantos se hayan alejado de la casa paterna, en forma individual o colectiva, hagan un alto como el hijo pródigo, y constando los desengaños de todas las ilusiones tan acariciadas, oigan el dulce silbido del Pastor. Se les clavará en el corazón como un dardo de fuego, y los hará volver por la senda que iluminó en su trayectoria.

18/6/39.

* * *

La virtud verdadera tiene un alma. Esa alma es el principio vital que difunde la vida y la redime. La eficacia redentora de la virtud verdadera deriva de ese impulso misterioso que la obliga a darse sin reservas hasta abatirse a sí misma para enaltecer a los demás. Es la antítesis más completa de la virtud egoísta, que por serlo deja de ser virtud.

La soberbia humana hace que los hombres se consideren superiores los unos a los otros. Reconocen que todos son de la misma naturaleza; pero admiten superioridad e inferioridad, haciéndola dimanar de diferencias accidentales. Unos fundan su superioridad en la raza o en la sangre; otros en la situación social o la condición económica; éstos en la cultura intelectual; aquéllos en la virtud moral. He ahí las causas de las divisiones entre los hombres; las que apartan y alejan a los unos de los otros.

El reconocimiento de la propia superioridad fundado en el convencimiento de poseer una mayor virtud, es quizás la más repelente de todas. Es un engendro del más sutil y pernicioso de los orgullos: del orgullo satánico. Es también la prueba auténtica de la falsedad de esa virtud.

La virtud verdadera es la que se desconoce a sí misma. La que nos convence de que siempre debemos realizar nuevos esfuerzos por alcanzarla. La virtud es muy semejante a la sabiduría. El que sabe mucho, alcanza a ver el mundo infinito de lo que le falta por descubrir y conocer. Se da cuenta de que sabe poco, de que comparativamente no sabe nada. El que realmente no sabe nada, cree que lo sabe todo. Por eso la ignorancia es tan pretenciosa.

La virtud tiene una segunda semejanza con la sabiduría, semejanza que procede de la primera: la semejanza en la humildad. El sabio es siempre modesto; el virtuoso es siempre humilde.

Y tienen además una tercera semejanza. La sabiduría es comunicativa, tiende a darse. No puede ser de otra manera. Porque la sabiduría es un bien: el bien supremo de este mundo; y el bien, por una exigencia de su naturaleza, es esencialmente difusivo. Por eso el que es fundamentalmente bueno, es esencialmente generoso. La virtud es igual. Es un don del cielo. Es una gracia con que Dios recompensa el esfuerzo del hombre. Es el bien supremo. Y su única aspiración consiste en comunicarse, en darse, en hacer que todos lleguen a ser virtuosos. La virtud quisiera ver virtud en todas partes. Y como la virtud es, en definitiva, la única fuente de la verdadera dicha, la virtud quiere hacer que todos sean dichosos. Quiere redimir lo que está en peligro de ser condenado, hallar lo que se ha perdido, levantar lo que ha caído, dignificar lo que se ha envilecido, santificar lo que está profanado.

Absténgase de hacer todo esto la virtud que es falsa.

Tampoco podría lograrlo si lo intentara, porque carece del principio vital: no tiene alma. Pero no se pretenda impedirlo a la virtud infinita de Jesucristo, que por un impulso esencial e incontenible se comunica y se da sin cálculos y sin reservas, aun cuando sea necesario bajar hasta los más hondos abismos de una abyección sin límites. Y en ello cifra su júbilo inefable. Es Jesucristo quien ha dicho: *Delitiae meae esse cum filiis hominum*. "Mis delicias consisten en convivir con los hijos de los hombres." Y a medida que son más bajas las capas que separan a los hombres, más plenas son sus delicias. Y no quiero que se tronche la caña que ya está quebrada; quiero enderezarla. No quiero que se apague la mecha que todavía humea, quiero avivarla. No he venido a curar a los sanos, sino a los enfermos. No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores.

Según esto, la inculpación con que los fariseos pretendieron denigrar a Jesucristo, sólo ha servido para poner en evidencia que la virtud de ellos es falsa, y la de Jesucristo infinita. Las virtudes puramente platónicas, las que se mantienen en el soberbio aislamiento de sus torres de marfil, si no son falsas, son estériles. Sólo las esencialmente prácticas son verdaderas y fecundas. Las virtudes cristianas son siempre humanas. No se es cristiano, si no se es humano.

El Cristianismo es la prolongación en el tiempo de la virtud de Jesucristo. El Cristianismo es la virtud generadora de la elevación del hombre.

Quien quiera encontrar, sobre todo en esta época de tan desconcertante confusión, la doctrina que enseña la dignidad suprema del hombre, cualquiera sea la grada en que se halle situado en la escala de la vida, y los valores de toda individualidad y los derechos inviolables de toda persona, debe acudir al Cristianismo. Los más grandes filósofos de la antigüedad:

Platón, Aristóteles, no llegaron a despertar y a levantar las conciencias como logró hacerlo más tarde el Cristianismo, aun en los seres vulgares, mediocres y abyectos.

En la antigua civilización de Grecia y Roma la religión estaba íntimamente vinculada con la ciudadanía. Ambas eran una sola cosa. El hombre dependía, en esta materia, integralmente del Estado, mejor dicho: del César. No gozaba de ninguna libertad espiritual. Y en las antiguas monarquías del Oriente era esclavo. Vino el Cristianismo, e inició en el mundo la era de la liberación y de la dignificación del hombre.

Las otras religiones históricas, el Judaísmo, el Islamismo, el Brahmanismo, creen en Dios. Pero sólo el Cristianismo une a la fe en Dios la fe en el hombre, en el Hombre-Dios. Sólo él afirma un parentesco interior entre Dios y el hombre, el parentesco que surge de la paternidad de Dios y de la filiación del hombre. El sólo cree que Dios baja hasta el hombre para que el hombre suba hasta Él. Tal es la exclusividad sublime de la virtud del Cristianismo. Tal es la razón de su preferencia por los más desheredados. Tal es el alma de la vocación del misionero que va en busca de los desheredados de la fe, y de la vocación del apóstol social que se entrega a los desheredados de bienestar moral y material.

He aquí el terreno en que desearía que nos encontrásemos todos. En lugar de crear nuevas diferencias trasplantándolas entre nosotros, esforcémonos por ser más cristianos. Estad seguros que siendo más cristianos, seremos más argentinos y, sobre todo, más humanos. Colmemos los abismos que pretenden abrir los que tratan de separarnos. Suprimamos las distancias, arrimemos los hombros, juntemos los corazones, démonos las manos para ponerlas a la obra del mejoramiento positivo de nuestro pueblo. Tarea ésta que sería infinitamente más argentina y más cristiana. Jesucristo jamás se ocupó de

hacer prevalecer a los judíos o a los gentiles, a los griegos o a los romanos, sino de redimir y de salvar a todos por igual.

2/6/40.

* * *

En cada generación de la humanidad vuelve a ser de actualidad esta página del Evangelio. Por lo que respecta a la nuestra salta a la vista que su aplicación no ha de servir para halagar a los espíritus pagados de sí mismos. Nada hay que ofrezca más contraste con la esencia del Evangelio que el espíritu de presunción. Los que se hallan poseídos de éste, se consideran como segregados de la vulgaridad. Forman una casta superior. Se tienen por incontaminados e incontaminables. Ellos solos están en posesión de la verdad. Ellos solos practican las virtudes civiles, patrióticas, morales. Miran desde la altura de su torre de marfil, en que les place instalarse, al resto de los mortales que, por el hecho de no compartir sus ideas o sus prácticas, se debaten, según ellos, en el fondo del valle de la vulgaridad. Para aquéllos, éstos resultan ser los habitantes de la oscura y baja región de las miserias: de la miseria física o de la miseria moral. Los privilegiados de la fortuna son tentados de mirar así a los desheredados de ella. Los eruditos, a los ignorantes y analfabetos. Los cultores de las virtudes cristianas y de las prácticas religiosas, a los despreocupados o indiferentes. Los secuaces de una fracción política, a los afiliados de la adversa. Los simpatizantes con una de las banderías del interior o del exterior, a los que lo son con la antagonica. En todos esos órdenes, los pretenciosos se consideran predestinados y miran a los otros como réprobos, y sienten repulsión hacia éstos. No alternan, no se dan con ellos. Y no toleran que otros lo hagan. Y si alguien tuviese la temeridad de alternar o de darse con tales réprobos, los predestinados se sienten ofendidos porque lo toman como una recriminación y lo abominan como un escándalo.

* * *

¿No hay entonces ningún pecador excluido de la órbita de la misericordia cristiana? ¿No hay ninguna miseria física o moral que coloque al hombre fuera del alcance de la compasión fraterna? ¿No hay ninguna casta, ninguna raza que pueda considerarse como confinada más allá de la frontera de la confraternidad humana y cristiana? ¡No, señores, ante el Evangelio, ninguna!

¿Ni la raza judía? ¡Ni la raza judía! Ante el Evangelio caen todas las fronteras. Ya no hay libre o esclavo, griego o romano, gentil o judío, grita San Pablo entusiasmado saludando la aurora de la era cristiana. Ante el Evangelio no hay diferencias de hombre ni de raza: todos no son sino una sola: *la raza humana*.

Probablemente, al escuchar estas afirmaciones, no faltarán quienes repitan: un predicador ha salido en defensa de los judíos. Estos si quisieran expresarse con toda exactitud, deberían más bien decir: ha salido en defensa del Cristianismo. Porque el Cristianismo está siendo mal interpretado y peor aplicado por muchos que se dicen cristianos. Cualquiera que pretenda cometer o justificar tropelías en nombre del Cristianismo, lo desvirtúa y lo profana. Hay quienes afirman que persiguiendo a los judíos se defiende la Religión. Ignoro a qué religión se refieren, porque si es a la Religión Católica, no sólo no se la defiende, sino que se la desconoce y se la injuria. La Iglesia Católica ni autoriza, ni acepta, ni necesita defensas que implican ofensas. La Iglesia Católica no se beneficia con procedimientos condenables que a su vez pueden volverse contra ella.

Si los judíos son perseguidos por razones de orden político, social, económico, nacional o internacional, vaya por

cuenta de quienes promuevan tales persecuciones. Desde esta Cátedra no habla ni un político, ni un sociólogo, ni un financiero, ni un legislador, ni un estadista: habla un auténtico, aunque modesto, predicador del Evangelio. Y en nombre de ese Evangelio afirma: que a la Iglesia de Jesucristo no interesa la persecución, sino la conversión de los judíos. Con el propósito de obtenerla fué erigida por el dulce Pontífice Pío X, el 24 de Agosto de 1909, la Archicofradía de Oraciones por la conversión de Israel. Y esta conversión debe también interesar a todos, porque el día de la conversión de Israel coincidirá con el de la conversión del mundo. ¡Y a nadie se convierte con el vejamen, la expoliación, el confinamiento y el exterminio! Por otra parte, semejante conducta con quien quiera que se observe, no es humana y, ya lo sabemos, cuando se empieza por dejar de ser humano, ¡se termina por dejar de ser cristiano!

No se me oculta que es necesario armarse de cierto valor para resolverse a afrontar las interpretaciones que pueda provocar la predicación de esta verdad católica. Pero no quiero incurrir en la cobardía de dejar de protestar por miedo, contra cualquiera desvirtuación del Evangelio. ¿De qué serviría predicarlo, si razones de circunstancia o de simple conveniencia bastaran para dejar de defenderlo?

Si se justifica la persecución y se fomenta el odio por una razón de raza, esa justificación debe valer también para otra raza. Y cada uno, según su prejuicio, hallaría justificado su odio a la raza germana, o a la raza sajona, o a la raza latina, o a la raza mongólica. Tendríamos la justificación del odio, que está envenenando y engendrando la muerte en las entrañas del mundo. Comprendo que es menos comprometedor afirmar que se odia por razones religiosas que por razones políticas o económicas; porque, en este caso, se podría argüir diciendo que no se tiene derecho a tolerar en compatriotas, en

correligionarios, o en uno mismo, lo que se puede condenar en los demás.

¡Albricias, pues, razas y hombres de toda la tierra que os sentís deprimidos, desmoralizados, desprestigiados, combatidos! ¡Albricias, todos los que sufrís sin culpa o con culpa! ¡Albricias, pecadores y publicanos! ¡Albricias, todos los que estáis cansados de sufrir! Vuestro es el Evangelio de hoy: es el Evangelio de Aquel, que dice a todos sin excepción alguna: “Venid a mí los que estáis cansados de trabajar, o desesperados de no poder trabajar, o rendidos de sufrir y de llorar, que yo os aliviaré.”



En el prefacio del libro sobre la bondad del sufrimiento, François Coppée refiere la manera cómo descubrió el Evangelio. Había recibido los sacramentos del Bautismo, de la Penitencia, de la Eucaristía, de la Confirmación, como la mayor parte de sus contemporáneos, y el Evangelio le era tan desconocido como pudiera serlo a un budista. Exactamente lo que acontece con muchos de nuestros cristianos: “Hallándome enfermo y desesperado, me dijo el sacerdote: —Rece usted, y lea el Evangelio...— En cada palabra del Evangelio he visto brillar la verdad, como si fuera una estrella; a cada palabra la he sentido palpar, como si fuera un corazón. Porque he leído el Evangelio, mi corazón no sólo se ha resignado, sino también se ha llenado de calma y de energía, habiendo aprendido el arte de sufrir y de morir... Yo he escuchado al Verbo Divino con tanta sencillez como los pescadores del Lago de Tiberíades. Bendito sea mil veces el sufrimiento, que me ha llevado hacia el Cristo, porque ahora sí que lo conozco. El Evangelio me lo ha revelado... Él es el único libro donde se halla la respuesta adecuada para cada una de las angustias del alma. Lector, hoy como yo, abre tu Evangelio.”. Así sea.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

SUCEDIO que, hallándose Jesús junto al lago de Genesaret, las gentes se agolpaban alrededor de Él, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto vió dos barcas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado, y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una de ellas, que era de Simón, pidióle que la alejase un poco de tierra. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso.

Acabada la plática, dijo a Simón: Guía mar adentro, y agregó: echad vuestras redes para pescar. Replicóle Simón: —Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos conseguido; no obstante, en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompía; e hicieron señas a los compañeros de la otra barca, para que viniesen y les ayudasen. Acudieron y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

Viendo esto Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador. Pues tanto él como todos los que con él estaban se habían llenado de estupor, en vista de la pesca que acababan de hacer. Lo mismo sucedió a Santiago y a Juan, hijos del Zebedeo y compañeros de Simón.

Entonces Jesús dijo a Simón: No tienes que temer; de hoy en adelante serás pescador de hombres. Y sacadas las barcas a tierra, dejáronlo todo y le siguieron.

San Lucas, cap. V, v. 1-11.

Hoy más que nunca se hace necesario esclarecer las ideas y dejar bien definido el concepto cristiano del trabajo. El trabajo dimana de una facultad inherente al hombre. Y esa fa-

cultad debe ejercitarla por imperio de una ley divina. Esa ley es tan antigua como la humanidad y tan universal como la misma. No bien hubo creado Dios al hombre, lo situó en el Paraíso terrenal ordenándole que lo trabajara y embelleciera. Pero el trabajo originario no causaba fatiga ni ocasionaba desgaste ni dolor; era el ejercicio placentero de la actividad del hombre que mejora las especies y refina las flores; la del artista que goza tomando, como Dios, un poco de materia entre las manos para infundirle el hálito del espíritu y de la vida, la del poeta que se estremece de júbilo cuando siente las armonías del mundo y las capta para prestarles su acento. De ahí que la ley innata del trabajo no nos causa la repulsión y el horror que nos infunden las leyes del dolor y de la muerte.

Pero hallándose todavía el hombre en el Paraíso terrenal, cayó en el pecado. El pecado fué un acto de orgullo, una extensión culpable de la soberanía acordada al hombre por Dios cuando lo hizo rey de la creación, y la penitencia del pecado fué la disminución divina de esa soberanía. El hombre, en castigo, sería menos rey de la naturaleza; y si no resultaba su esclavo, a lo menos en su trabajo sentiría a cada momento su resistencia. Y Dios dijo a Adán: "Porque has comido del fruto del árbol prohibido, la tierra será maldita por tu causa. Te producirá abrojos y espinas y comerás el pan con el sudor de tu frente."

La misericordia infinita de Dios hará, sin duda, que la fatiga del trabajo se convierta en redentora, pero quedará para siempre siendo una fatiga. El trabajo, según esto, ha sido desde el principio, y seguirá siendo hasta el fin, la ley básica de la vida. En el Antiguo Testamento está escrito: "El ave nace para volar, el hombre para trabajar." Y en el Nuevo, la pluma inspirada de San Pablo ha consignado esta fórmula: "El que no trabaja, no coma."

De hecho la tierra, abandonada a sí misma, es fecunda;

pero sólo para producir abrojos y espinas. Mas cuando se la trabaja, ¡de cuántas maravillas se viste! Pero ¡ay!, el trabajo después del pecado implica fatiga y desgaste. Mas no desesperemos: he aquí otra de las grandes maravillas de Dios. En ese desgaste y en esa fatiga, que son la penitencia del pecado, Dios ha puesto una virtud, como en toda penitencia: una virtud que redime y regenera. El sudor ocasionado por el trabajo adquiere, bajo la bendición de Dios, una eficacia redentora. La ociosidad es la madre de todos los vicios; el trabajo, el padre de todas las virtudes. Por eso el cristiano bendice el trabajo. ¡Cuántos pródigos se han regenerado en el trabajo! ¡Cuánta luz de esperanza invade los ojos del padre y de la madre cuando pueden decir del hijo que se había degenerado: ¡ahora trabaja! Dice un autor: los pueblos laboriosos han sido siempre pueblos castos, y los pueblos castos han sido siempre laboriosos. Seis mil años de experiencia enseñan que la fuerza, la grandeza, la cultura y la virtud se elevan en el hombre en proporción a su trabajo.

Una segunda observación: el trabajo es la primera gran propiedad del hombre; es el primero de sus derechos después del derecho a la vida: derechos inviolables, porque le han sido otorgados por el mismo Dios. Dios ha hablado más o menos de esta manera al hombre: —Tú eres el único dueño de tu trabajo, porque tu trabajo es tu actividad, y tu actividad eres tú. Quitarte el dominio de tu trabajo, sería quitarte el dominio de tu actividad, es decir, la posesión de ti mismo, mediante la cual eres un ser viviente y libre. Tú eres, pues, el dueño único de tu trabajo. Y el derecho a tu trabajo es el que te hace posible el derecho a la vida—. Por eso, entre otras razones, es que enseña la Iglesia que el trabajo no debe ser considerado como una mercancía.

* * *

Hay, pues, una propiedad que es inseparable del hombre,

una propiedad que él no podría enajenar sin dejar en cierta manera de ser hombre y cuya enajenación jamás debe ser aceptada ni tolerada por la sociedad: tal es la propiedad del trabajo. Puédesse no llegar a la propiedad de la tierra, pero quedará siempre la propiedad del trabajo. Y quien haya adquirido la propiedad de la tierra o la propiedad de las máquinas, tendrá siempre necesidad de ser auxiliado por la propiedad del trabajo. Sin este trabajo no se obtendrá ni el funcionamiento de la máquina ni la fecundidad de la tierra. Y esto es lo que hace que la riqueza dependa de la pobreza, tanto como ésta pueda depender de aquélla.

Pero ¿qué ha pasado? La humanidad pensó que podía apartarse de las normas divinas. Y los que se apoderaron del suelo, hablaron de esta manera a los privados de él: —Yo soy dueño de la tierra, y es necesario que lo sea también de tu trabajo, sin el cual la tierra permanecería infecunda. El suelo y el trabajo no forman más que una sola cosa. Yo no quiero trabajar, porque eso me fatiga y me gasta; y no quiero pactar contigo, porque esto sería reconocerte por igual y obligarme a cederte una parte de mi propiedad en cambio de tus sudores. Yo no quiero depender de ti. Tú, por lo tanto, serás mío, serás cosa de mi pertenencia, lo mismo que la tierra, y en cuanto a mí me convenga tendré cuidado de que tú no te mueras de hambre—.

Este discurso no habrá sido pronunciado por nadie; pero expresa lo que ha acontecido en el mundo y explica el establecimiento de la esclavitud.

Vino Jesucristo y restableció en el hombre los derechos divinos: el hombre no puede ser despojado de su personalidad, su personalidad es el asiento de su propiedad; y, antes que de toda otra, de la propiedad de su trabajo. El trabajador tiene derecho a ser suficientemente remunerado: *dignus est enim operarius mercedis suæ*. Y por el razonamiento cons-

tante de esta doctrina vinieron gastándose, unos en pos de otros, los eslabones de la cadena de la esclavitud.

Pero poco a poco sobrevino a su vez el olvido del Evangelio: *Quaerite primum regnum Dei et iustitiam eius*, había dicho Jesucristo a cuantos se sentían tentados por la ambición de las riquezas. Estos, en cambio, buscaron primero las riquezas, sin tener en cuenta para nada las normas de la justicia.

La ley del trabajo ha sido durante siglos violada de muchas maneras. El trabajo es una actividad redentora y se ha pretendido convertirla en humillante. Es una actividad destinada a afianzar la propia libertad y se la ha utilizado para imponer la esclavitud. Es una actividad dada por Dios para no carecer de lo necesario, y se la emplea para que otros abunden en lo superfluo. Es una actividad generadora de la propia grandeza, y se la ha rebajado hasta considerarla como una mercancía, una mercancía cuyo precio queda sometido a las oscilaciones y los caprichos de la oferta y la demanda.

Para remunerarlo no se tomaron en cuenta las necesidades de la familia, ni aun las del individuo; no se tuvo en cuenta ni la dignidad del hombre; y como antes de Jesucristo se había inaugurado en el mundo el reinado de la esclavitud, se inició el establecimiento del proletariado.

Y he aquí la causa de las grandes catástrofes sociales que amenazan a la civilización contemporánea. Por eso, hermanos míos, al trabajar por la justa remuneración de los salarios y por el mejoramiento material del pueblo, trabajamos por la implantación de los principios del Evangelio y la restauración de las normas del plan divino.

27/6/37.

* * *

La ley del trabajo sigue siendo violada por excesos y por defectos. Sigue siendo violada por los que no le asignan la dignidad ni la remuneración correspondiente. Y sigue siendo

violada por los que no quieren y por los que no pueden trabajar: dos formas diversas generadoras de un mismo y grave malestar. Tales excesos y tales defectos, no durarán. Llega la hora en que la ley del trabajo pesará sobre la humanidad bajo la forma de una nueva aplicación. Los que no quisieron adaptarse a las normas establecidas por Dios, deberán soportar por un cierto período las que impongan los hombres. Y quiera Dios que el remedio no resulte peor que el mal. De todos modos, quedará una vez más demostrado que nunca se violan impunemente las grandes leyes de las cuales depende, según lo establecido por Dios, la suerte de la humanidad. El recto cumplimiento de la ley del trabajo es, según el ejemplo y la doctrina de Jesucristo, de una incalculable trascendencia. Sus tres años de apostolado fueron precedidos por treinta de trabajo. Y los hombres que elige para establecer su Iglesia y para difundir su Evangelio por el mundo, son hombres de trabajo.

* * *

En las actuales condiciones del mundo, todos nosotros, cualquiera que sea el plano y la esfera de nuestra actividad, somos, o al menos debemos ser, hombres de trabajo. Y como tales, todos tenemos en la hora presente una misma consigna, una misión común. "Mar adentro, y a echar las redes." He ahí el divino llamado, la voz de orden. He ahí la vocación. Y una vez puesta la mano en el arado, una vez lanzados al trabajo, no se vuelve la cara hacia atrás, se sigue adelante confiando en la palabra de Jesucristo. Y ese trabajo se vuelve abundantemente remunerativo. Los resultados no serán sólo materiales. "En adelante serás pescador de hombres." ¡He ahí la segunda vocación!

Generalmente se entiende por vocación, el llamado de Dios a la vida sacerdotal o a la vida religiosa. Es una limi-

tación que no corresponde a la realidad. No hay un solo ser humano en el mundo, por impotente que parezca, que no tenga su vocación. Todos tienen alguna en la vida, y a veces es más eficaz la que es menos brillante. Todo lo espiritual que se acumula es la reserva de Dios. La cooperación humana es insustituible en la economía de la Providencia, y ninguna es pequeña. Dios, que nos ha creado sin nosotros, tiene resuelto no salvarnos sin nosotros.

* * *

Hay momentos en la historia del mundo en que todos los hombres, no obstante la diversidad infinita de sus vocaciones individuales, tienen una vocación común. En estos momentos, lo esencial es el conocimiento de esa vocación. Yo tengo una fe profunda en las grandes reservas humanas. Los hombres tardan a veces en orientarse respecto de cuál es la voz de orden a que deben responder; pero en todos hay un fondo de generosidad y abnegación y cuando descubren su vocación la siguen. Para todos hay horas en la historia, en las cuales es más difícil conocer el deber, que resolverse a cumplirlo.

¿Cuál es nuestro deber de hoy? No el de fantasear, no el de dividir, no el de alarmar, no el de enervar; sino el de trabajar con fe, el de trabajar con optimismo, lo que equivale a decir: trabajar con Dios.

Demasiado tiempo se ha perdido en trabajar sin Dios. Los hombres han trabajado mucho en atesorar riquezas, en formar su presente y asegurar su porvenir. Y para ello en muchos casos les estorbaban las normas de la justicia y las pusieron de lado: trabajaron sin Dios.

Quisieron triunfar, quisieron prevalecer, y para ello deprimieron a los demás, desprestigiaron sus aptitudes y desacreditaron sus merecimientos. Faltaron a la caridad. Trabajaron sin Dios.

Quisieron la economía sin Dios, la enseñanza sin Dios, la política sin Dios, la moral sin Dios, el progreso sin Dios. En una palabra, trabajaron mucho y empeñosamente por crear-nos una vida feliz, sin Dios.

Su suerte ha sido peor que la de los pescadores, y se ven precisados a exclamar: —Hemos trabajado toda la noche, es decir, toda la vida, y no sólo no hemos conseguido nada, sino que estamos a punto de haberlo perdido todo.

* * *

Es hora de que todos respondamos a nuestra vocación de trabajar sin apartarnos ni de la verdad, ni de la moral, ni de la caridad, ni de la justicia. Es tiempo de resolver colocarnos a la altura de la hora que exige trabajar sin divorciarnos de los principios cristianos reguladores no sólo de la vida religiosa, sino también de la social y patriótica. Si nos desorientamos, si nos detenemos, si nos paralizamos, si decimos: “¿para qué?”, ya estamos vencidos; si somos pesimistas, ya nos colocamos al margen de las actividades que decidirán a su antojo de nuestra suerte.

En cambio, si somos optimistas, saldremos victoriosos. To-bías pudo decir interpretando a sus contemporáneos: “Somos los hijos de los Santos.” Los cruzados pudieron decir: Somos los hijos de los mártires. Nosotros debemos decir: Somos los hijos de próceres cristianos. ¿Salvaremos en toda su integridad el patrimonio que nos legaron, que es de honor, de paz, de libertad?

Que nadie trabaje sin Dios y menos aún contra Dios. Que nadie trabaje en la noche, es decir, en la sombra; que nadie actúe en las tinieblas; que nadie haga lo que no pueda hacerse a la luz del día y bajo la bendición de Dios. Que todos los argentinos y todos los que comparten la hospitalidad de su cielo, la generosidad de su tierra y el clima de su libertad,

trabajen con fe, con esperanza y con amor; que trabajen con Dios para lograr que los hombres estén con Dios, y que Dios esté con los hombres. Que todos tengamos la dicha de ser pecadores de hombres, que trabajen en paz en la construcción del arca de la alianza, en que se ha de salvar del diluvio al menos esta parte del mundo.

25/6/39.

* * *

“No temáis, en adelante os haré pescadores de hombres”, es decir, salvadores de vidas en el océano del mundo.

¡Qué palabras! ¡Qué ideal para aquellas existencias, tan modestas! ¡Qué misión tan sublime!

Pero bendeciremos más esas bellas y fecundas palabras de Jesucristo, al saber que se refieren, no sólo a los Apóstoles, sino también a todos nosotros, a todos vosotros, a todos los hombres por insignificantes e incapaces que sean o parezcan.

* * *

Hay algo en la vida contra lo cual instintivamente se rebela todo hombre que conserva la conciencia de su propia dignidad. Algo hacia lo cual siente una repugnancia invencible. Ese algo no es ni el trabajo, ni el fracaso, ni el sufrimiento, ni la muerte. Con un poco de reflexión acepta el trabajo, reacciona en el fracaso, se resigna en el sufrimiento y no rehusa la muerte. Más aún, a la muerte, que es la última y la más dura de las pruebas, en ciertas circunstancias, la afronta y marcha a su encuentro.

Lo que repugna al hombre de una manera invencible es el creerse o el saberse inútil. Hay en el Evangelio una frase que expresa el mayor desaliento que se puede tener en la vida: es la que pone Jesucristo en los labios de los obreros llamados a trabajar en la hora undécima: *“Nemo nos con-*

ducit": ¿estamos aquí vegetando, porque nadie nos ocupa; no servimos para nada!

El hombre queda desmoralizado cuando se convence de su inutilidad. Cada uno, por insignificante que sea, siente la necesidad de una misión en la vida, tanto como del pan. Si mis días son vacíos, son nulos. Si mis horas son infecundas, son inútiles. Si mi existencia es sin objeto, es estéril; y en este caso, carezco de razón para ocupar un sitio en la vida. *Ut quid terram occupat?* ¿Qué tristeza experimento cuando me encuentro, y no es sin frecuencia, con seres que parecen haber terminado su misión, si alguna vez creyeron tenerla, en la vida! ¿Serres que tienen la sensación de haber entrado en un túnel sombrío, y del cual piensan que no saldrán sino por la abertura de la muerte! Dicen: "¡Mi vida ya no tiene objeto, no interesa a nadie ni a nada, ya no sirvo más que de estorbo!"

Para todos éstos, preferentemente, son mis palabras de hoy: quiero decirles que tienen un ideal, el más tentador, el más estimulante, porque es el más sublime y el más fecundo. Y se lo digo en nombre del Evangelio. A todos ellos se ha dirigido Nuestro Señor Jesucristo, cuando dijo a los que vió de brazos cruzados: "*Quid statis tota die otiosi?*" ¿Por qué os entregáis al abandono? ¿Por qué estáis ociosos y desmoralizados?: "*ite et vos in vineam meam*": "¡ea, también vosotros, trabajad en mi viña!"

"¡Trabajad en mi viña!" ¡La viña del Señor! Es decir: toda la extensión de la tierra, sin que ningún rincón pueda considerarse excluído, donde quiera que se halle una vida que se desea regenerar: un alma que se quiera salvar: donde cada simiente produce el ciento por uno, porque está fecundada por la virtud de Dios: donde se siembra llorando y se cosecha cantando. Esa es la viña del Señor. Y los llamados a trabajar en ella, ¿quiénes son? Todos, absolutamente todos,

sin que ninguno pueda considerarse excluido. Ni el último de cuantos se consideran incapaces y se tienen por inútiles.

* * *

Pero ¡cómo! Yo miro a mi alrededor, y veo que son innumerables no sólo los que se hallan incapacitados de ayudar a nadie, sino también los imposibilitados, los impedidos a quienes es preciso auxiliar y sostener. La edad o la enfermedad, la ignorancia o el vicio, los han puesto fuera de combate, los han reducido a una inactividad definitiva.

Todos éstos y tantos otros ¿cómo pueden tener un ideal en la vida? ¿Cómo pueden ser útiles?, ¿cómo pueden ser fecundos?, y ¿cómo pueden trabajar en la viña del Señor?

Enséñame, Dios mío, cómo desde el fondo de la sala de un hospicio, donde los incurables encuentran su último refugio, puede una pobre cancerosa resultar útil a los demás...

Enséñame, cómo ese niño recién nacido, a quien la muerte asediaba como a cosa que ya le pertenecía, y que muere en la tarde de su primer día sin haber abierto los ojos ni haber visto a nadie en el mundo, cómo puede irradiar aliento a sus padres y a sus hermanos...

Muéstrame cómo ese viejo que pasa sus días postreros sentado junto a la lumbre de su modesto hogar, sin conservar ya ni las fuerzas indispensables para frotarse los dedos endurecidos por el frío, guarda todavía una capacidad ilimitada para el bien, y realiza una misión divinamente redentora...

Muéstrame cómo esos mismos que sólo sirvieron hasta ahora de piedra de escándalo en el mundo, que llenaron de sombras la frente de su padre y de lágrimas los ojos de su madre; cómo esos que fueron tráfugas y pródigos, pueden convertirse en apóstoles después de haber vivido como apóstatas.

¿Es verdad, que la buena nueva del Evangelio es suficientemente luminosa, como para disipar esas brumas glaciales

que paralizan toda actividad? ¿Es cierto que podemos levantarnos de nuestra postración y comenzar a andar a la luz vivificante de su sol?: "*In lumine tuo?*" ¿Podemos estar seguros de que todos nuestros pensamientos circulan en la inmensidad de tu seno más conductor que el éter, que todos nuestros pequeños actos tienen un alcance trascendente y que todas nuestras horas pesadas y sombrías tienen una inconmensurable resonancia? ¿Es cierto que la maldición a la higuera estéril, no alcanza a los que, desde el punto de vista humano, deben llevar una vida inactiva y aparentemente inútil? ¿Podré yo servir de algo todavía, cuando la vejez o la enfermedad me hayan agotado y cuando ya no sea sino un despojo? Si me hallara alguna vez en la vida como un náufrago aislado sobre una roca solitaria, ¿podría ayudar eficazmente a los mismos que no piensan en salvarme, porque ignoran que me encuentro ocupado nada más que en morir? ¿Es cierto que ninguna situación, ningún abandono, ninguna soledad es capaz de aislarme en absoluto cortando mi solidaridad con la familia humana? ¡Ah! ¡Sí! El aislamiento no existe, y la esterilidad tampoco, en la obra redentora de Dios, a la cual ha querido asociar a todos, aun al más miserable de los mortales. Esa obra es viva y eterna, común y universal. En ella a veces los que menos se mueven, son los que actúan más, y los que más padecen, los que más benefician.

* * *

Esta verdad de fe quedará más iluminada con el relato de una página de Santa Teresita del Niño Jesús contenida en el "*Novissima Verba*": Cierta religiosa del Carmelo tenía que encender las velas para la procesión de la Comunidad. Cargando de fósforos, acercóse a la lámpara de aceite que ardía delante de las reliquias. La mecha estaba ya semiapagada. Pero enciende la vela, y con ella todas las de la Comunidad.

“Al ver eso, dice Teresita, me hice la siguiente reflexión: ¿Quién podrá luego gloriarse de sus propias obras? Una mecha casi extinguida ha podido encender estas lindas llamas que a su vez podían encender otras innumerables hasta rodear al mundo en un nimbo de luz. Pero ¿dónde tendríamos que buscar la causa de ese glorioso incendio? En la insignificante mecha que es ya una pavesa.”

Es lo que sucede gracias al dogma de la “Comunión de los Santos”... A menudo, sin que lo sepamos, las gracias y las inspiraciones que recibimos, las debemos a un alma ignorada, porque nuestro buen Dios quiere que nos salvemos los unos con la cooperación de los otros en una reciprocidad admirable, para que en el cielo sepamos que todos nos debemos algo y nos amemos con un inmenso amor fraternal. ¿Cuál es el misterio de la regeneración de tantas vidas y de la salvación eterna de tantas almas? El ofrecimiento secreto de esas inmolaciones que parecen inactivas dentro de las celdas conventuales, y de esas crucifixiones en la enfermedad, y la impotencia de tantas vidas que parecen infecundas. ¿Conocéis el secreto de algunos de los éxitos de mi Apostolado en favor de los pobres? Yo os lo revelaré. ¡Las bendiciones, las lágrimas y las plegarias de los pobres! Hermanos, con la gracia de Dios no hay en la vida ninguna condición que pueda volver infecunda y sin objeto la vida del ser humano. ¡Animémonos! Todos podemos y debemos ser pescadores de hombres, redentores de nuestros hermanos.

8/6/40.

* * *

Tened confianza, en adelante os haré pescadores de hombres.

Y cuando llegó la hora de iniciar la conquista de los hombres por todo el mundo, Jesús les dijo: “Id a enseñar a todas las gentes, sin distinción alguna de cultura ni de raza.” Como

si les repitiera *Duc in altum*. "¡Mar adentro!" Y los Apóstoles se internaron por todas las regiones de la tierra, presa de la infidelidad y el paganismo, con una confianza inmensa. La confianza la fundaban en la compañía de Jesucristo que les había dicho: "Estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos."

* * *

Hoy también nos dice Jesucristo: *Duc in altum*. "¡Mar adentro!" Cada día tiene su fatiga, cada época su tarea. En la nuestra los discípulos de Cristo tenemos, entre otras, una gran tarea: la de internarnos con Él en dos océanos que hoy se hallan agitados y sacudidos por vehementes inquietudes: el del pueblo de Israel y el del pueblo trabajador. Nuestra tarea consiste en persuadir al uno y al otro que hasta ahora han perdido su tiempo y malogrado sus esfuerzos, porque se habían empeñado en lograr sus propósitos trabajando sin Jesucristo y aun contra Jesucristo.

El Domingo pasado, al explicar el Evangelio de la oveja descarriada, hice algunas consideraciones respecto de la conducta evangélica a seguir para con el pueblo de Israel. Causaron impresión. Sólo me la explico por la desviación motivada en muchos por prejuicios y por la enorme confusión provocada por los acontecimientos actuales. Pero ello ha servido para persuadirme de la conveniencia de insistir. A medida que la oscuridad se vuelve más densa, se hace más necesario prodigar la luz.

Los hijos de Israel han venido trabajando durante los últimos siglos en casi todo el mundo, por la conquista de sus ideales. Pero han trabajado de noche, es decir, en la oscuridad, y, lo que es peor, completamente divorciados de Jesucristo. Con ello sólo han obtenido el más grande de los fracasos de su larga historia.

He dicho ya que hoy más que nunca el predicador del

Evangelio debe tener la seguridad y el valor de sus ideas evangélicas. He dicho también que el Evangelio no es partidario de la persecución, sino de la conversión. Y no se convierte con vejámenes ni confiscaciones, con confinamiento ni exterminio. Y me es muy satisfactorio añadir que si he tenido el valor de decir a ciertos cristianos esas cosas, también lo he tenido para decir a los judíos estas otras:

He debido mantener algunas conferencias con el más esclarecido de sus filósofos en la actualidad, con un erudito profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén y con tres de sus rabinos establecidos en nuestro país. Durante ellas, les dije: "Habréis notado en estos días, para vosotros apocalípticos, en que estáis soportando la más implacable de las flagelaciones, que sólo habéis encontrado una institución que, haciendo caso omiso de la hostilidad que su actitud para con vosotros provoca, os abre su corazón y sus brazos. Esa institución no tiene por cierto para con vosotros motivo alguno de gratitud y sí, muchos de agravio: es la Iglesia Católica, a quien tanto habíais perseguido. Y esto puede y debe haceros reflexionar." Con los ojos cargados de lágrimas me confesaron que más de una vez se habían hecho esta misma consideración.

Agreguéles también: "Creo llegada la época en que vosotros debéis reaccionar reparando la injusticia cometida por la generación de vuestros antepasados hace veinte siglos. Todos los pueblos han incurrido en responsabilidades semejantes. La generación de nuestra génesis patria fué injusta con nuestros próceres: fué injusta aun con San Martín. Las generaciones posteriores han reaccionado: han reparado aquellas injusticias, y la nuestra lo venera, lo aclama, lo levanta sobre el altar de la Patria como a "Santo de la espada" y lo propone a la nación y al mundo como modelo de austeridad ciudadana, como ejemplar de abnegación heroica y como tutelar de la libertad de los pueblos

“La generación contemporánea de Jesucristo, por causas de explicable aunque no justificable ofuscación, fué injusta con Él. Jesucristo pidió perdón para ella procurando aminorar su culpa, porque no sabía lo que hacía. Pero ¿por qué aquella injusticia ha de ser irreparable? ¿Por qué las generaciones sucesivas han de continuar pagando las consecuencias de la obcecación de aquélla?

“Pensad que cuando la humanidad cansada de odiarse, de dividirse, de masacrarse, comprenda que no podrá vivir en paz sin amarse y sin unirse, esa unión universal no se hará sino en torno del Hombre-Dios, en torno de Jesucristo. ¿Pretendéis continuar también entonces siendo los eternos parias? ¡Jesucristo es vuestro! ¿Os lo dejaréis arrebatarse para siempre? Comenzad a aproximaros a Él. Comenzad a trabajar por la restauración del reino de Israel, pero con Él.

“Hasta ahora os habéis empeñado tanto por la reinstalación de vuestra patria. Habéis trabajado tanto por ser los amos del mundo. Habéis pretendido ser los acaparadores del pan y los monopolizadores del oro. Habéis tratado de adquirir el sustento de los pueblos y de comprar las decisiones de los gobiernos. Y lo lograsteis en demasía. Pero trabajábais sin Jesucristo y contra Jesucristo, y, ¿qué habéis logrado al fin? ¡Salir a mendigar para vosotros y para los vuestros un resto de compasión al mundo que os persigue!”

Todo eso les dije. Y me hallaron razón. Y me confirmaron que ya en los últimos tiempos se ha iniciado la reacción: ha comenzado la reparación de la injusticia y ha empezado a ser reconocida y proclamada la supremacía de la persona de Jesucristo. ¡Facilitemos a los hijos de ese pueblo, tendiéndoles un puente de amor, su vuelta a Jesucristo, para que también empiecen a trabajar a plena luz con Jesucristo y por Jesucristo!

El pueblo trabajador también ha venido trabajando sin Jesucristo y aún contra Jesucristo.

La muchedumbre trabajadora tiene alguna semejanza con el océano. Unas veces se mueve sólo en su superficie; otras veces se remueve hasta en sus abismos, como cuando hay mar de fondo; otras con sus olas embravecidas golpea contra todos los obstáculos que se oponen a su avance, como queriendo deshacerlos para tragarlos.

Esa muchedumbre había venido soportando muchas injusticias. Las injusticias les amargaban el alma y la miseria provocada por ellas les dificultaba la vida. Esa muchedumbre ha continuado creciendo, y con el propósito de reaccionar, se ha venido organizando.

En el fondo la movía una enorme reacción contra la injusticia. Y —ley de toda reacción— se fué hasta el extremo opuesto.

Intentaban su propia redención, se proponían hacer saltar en trozos las cadenas de su servidumbre económica y social, se empeñaban en libertarse del yugo del capitalismo y en sobreponerse a él: pero trabajaban solos; confiaban demasiado en su número, en su fuerza, en sus huelgas, en su gimnasia revolucionaria, en su violencia, en su acción directa. Incurrieron a su vez en injusticias, y unas injusticias no se reparan con otras injusticias.

Y en nuestros días ¿qué es lo que está aconteciendo? En medio de esa muchedumbre ya está penetrando Jesucristo. Yo he escuchado de labios de sus propios dirigentes confesiones como ésta: "Nos hemos equivocado. Creímos con toda sinceridad que el único medio de lograr las necesarias reivindicaciones era el de la violencia. Nos estamos convenciendo de que no, que el sólo medio seguro es el de la justicia. Y nos estamos convenciendo de algo más, de que el único abandonado de esa justicia que debe establecerse como norma de vida para los de arriba y también para los de abajo, es Jesucristo. Dentro de nuestras filas hay una gran inquietud, se abre paso Jesucristo."

He ahí una confesión sincera y reiterada. ¿Qué es lo que pasa entonces? ¿Es el discípulo de Jesucristo que se hace comunista, o es el comunista que está a punto de hacerse discípulo de Jesucristo?

He aquí una de las más grandes vocaciones de la Historia, vocación providencial en esta nuestra crisis, que es de las más agudas de la humanidad. A todos cuantos pretendemos ser cooperadores de Cristo, nos dice: *duc in altum!* "¡Mar adentro!" Y por eso nosotros nos internamos en el océano del pueblo trabajador, y en cuanto nos es posible en el del pueblo de Israel. Pero no yendo solos, ni con prejuicios de orden político, económico, patriótico ni social, porque así trabajaríamos en la oscuridad y con esterilidad; sino yendo con Jesucristo.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos: Si vuestra justicia no es más perfecta que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás; y quien matare será condenado a juicio. Pero yo os digo: quienquiere que se aïre contra su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare RACA (necio), merecerá que le condene el concilio; mas quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno.

Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después vuelve a presentar tu ofrenda.

San Mateo, cap. V., v. 20-24.

“Si vuestra justicia no es más perfecta que la de los Escribas y Fariseos, no alcanzaréis el reino de los cielos.”

Con la palabra “justicia” expresa aquí Jesucristo la integridad moral. Puede ser perfecta o imperfecta.

Los Escribas eran los encargados de interpretar la Ley Mosaica. Eran los teólogos y los jurisconsultos.

Los Fariseos eran los militantes en un partido político-religioso, intransigente y formalista. Unos y otros eran tenidos por los más sabios y los más perfectos. Constituían la clase dirigente en la Palestina.

Por eso la tan categórica afirmación de Jesucristo, de que

su decantada justicia era imperfecta, causó una fuerte impresión y un inmenso desconcierto a los aludidos y al pueblo. Pero ¿por qué era imperfecta la justicia de los Escribas y de los Fariseos? Porque era puramente exterior y formalista.

* * *

Es indudable que las prácticas exteriores son indispensables. Los sentimientos que no se concretan en actos, son inocuos. Son como las promesas que no se cumplen. Como las palabras que no se traducen en hechos. Esto es mucho más exacto en el orden religioso. El culto que la creatura debe al Creador no puede ser mutilado. No se le puede tributar por mitades. Debe ser integral, privado y público, interior y exterior, del alma y del cuerpo.

Pero si las prácticas exteriores son indispensables, éstas resultan imperfectas si carecen del culto interior. El culto interior es al exterior lo que el alma al cuerpo. Quítese al culto exterior el espíritu que lo debe informar, y se tendrá un cadáver. Tal era la justicia de los Escribas y de los Fariseos.

No les interesaba ser realmente buenos, sólo querían parecerlo. No les importaba el juicio de Dios, les bastaba la opinión de los hombres. No se conformaban al espíritu de la ley, sólo se ajustaban a la formalidad de la letra. De este modo, y con sólo salvar las apariencias, hallaban la manera de conciliar las prácticas rituales que preceptuaba la ley, con el mantenimiento de los vicios que la misma condenaba. Hacían a la vista del pueblo, y con gran ostentación, limosnas cuantiosas, y explotaban a sus servidores, a las viudas y a los huérfanos. Alardeaban de justos y eran usureros. Cumplían en público con los ayunos, presentándose como penitentes; y eran en privado sibaritas y sensuales. Adoptaban en ciertas ceremonias actitudes humildes, y eran esencialmente soberbios.

Observaban escrupulosamente el sábado por amor a Dios, y despreciaban al prójimo.

La justicia, pues, de los Fariseos, tan encumbrados en el pueblo de Israel, no podía servir de modelo al pueblo cristiano que lo iba a suceder. Y Jesucristo quebró ese molde. No había venido a derogar la ley, pero sí a perfeccionarla. Jehová había dictado la ley antigua, y Él, como Mesías investido de la misma autoridad, le restituye el espíritu de que había sido vaciada por el hombre. En adelante no se podrá servir a Dios sino en espíritu y en verdad. "*Se había dicho a vuestros antepasados...* comenzó diciendo Jesús, *pero ahora yo os digo a vosotros...*" Y por seis veces reitera aquella afirmación seguida de la correspondiente rectificación. Es la promulgación de la nueva ley comprendiendo a todo el hombre, alcanzándolo desde su raíz hasta sus frutos, obligándolo en su espíritu y en su carne, en privado y en público, por dentro y por fuera, en la oscuridad de la noche y a la luz del día.

Voy a formular una pregunta cuya respuesta dejo a los oyentes. ¿Se halla conforme a la letra y al espíritu de la ley de Dios la integridad moral de los cristianos de hoy? ¿Su justicia es más perfecta que la de los Fariseos de ayer?

* * *

Concluye Jesús el discurso contenido en el Evangelio de hoy con un ejemplo de gran efecto, que pone en evidencia la hipocresía de los que pretenden cubrir su injusticia con las apariencias del amor a Dios. El amor a Dios es inseparable del amor al prójimo. En frase enérgica dice el Espíritu Santo que miente quien dice amar a Dios si no ama al prójimo. Los dos amores van unidos y son indivisibles. Ya conocéis el ejemplo que pone Jesucristo al cual me estoy refiriendo. Si llegado al altar con el propósito de presentar a Dios tu ofrenda, te acuerdas que tu prójimo tiene algo contra ti: deja la ofrenda

y ve a reconciliarte primero con tu hermano. Lo que equivale a decir: El amor a Dios sin el amor al prójimo es un amor imperfecto, un amor mutilado, un amor inaceptable. Reconciliarse con el prójimo es más urgente que honrar a Dios. No se tiene el derecho de dirigirse a Dios, si no se está en paz primero con los hombres. Tender la mano al prójimo de quien nos hemos distanciado, es previo al gesto de juntarla con la otra para invocar a Dios. Dios no escucha la voz que se ha resistido a pronunciar la palabra de la conciliación y del amor. ¡Tanto es el empeño de Dios en ver reinar en el mundo la caridad fraterna, y en restablecerla cuando se la ha violado! “¡Oh bondad!, exclama San Juan Crisóstomo, ¡oh amor que triunfas sobre todas las expresiones del lenguaje humano! Haces pasar la caridad debida al prójimo antes que el honor debido a Dios!”

No puede por lo tanto ser verdaderamente religioso quien ama y honra a Dios, si odia o desprecia al prójimo.

Y téngase presente que la mutilación que se hace del amor al prójimo no queda impune.

San Pablo denunciaba como causa de muerte para la civilización pagana la ausencia del amor fraterno “*quod sine affectione essent.*” ¿Y no será ésta misma la causa por la cual se está enfriando y se está muriendo la civilización contemporánea?

Y bien, Señor, la palabra sólo es completa cuando va acompañada del ejemplo. Es necesario hacer y enseñar. “*Facere et docere.*” Desde hace tiempo vengo presentando ante tu altar una ofrenda que quiero y debo perpetuar por el resto de mi vida: la de la palabra y de la acción en bien de mis hermanos. A fin de que sea siempre con la eficacia que sólo da tu bendición, doy el ejemplo de pedir perdón y de ser el primero en tender la mano al prójimo a quien voluntaria o involuntariamente yo haya distanciado de Ti o de mí. De esa manera reconciliado con todos mis hermanos, podrás servirte de mí

como de un instrumento que no ofrece resistencia, para la noble y tan urgente tarea de restaurar en la sociedad la caridad fraterna.

2/7/39.

* * *

“Pero yo os digo: El que guarda rencor en contra de su hermano, será denunciado ante el tribunal. Y el que se lo enrostre, será condenado.”

He aquí revelada una de las imperfecciones esenciales de la justicia de los fariseos, de la justicia de la Ley Antigua. De esa imperfección esencial debe quedar libre la justicia de la Nueva Ley. La ley antigua era la de la servidumbre y del temor; la nueva es la de la libertad y del amor. Jesucristo se presenta aquí armado de toda su autoridad divina. Utiliza el lenguaje de Dios. No destruye ni deroga la ley de Jehová, la ley de Dios en el Antiguo Testamento; pero la perfecciona en el Nuevo. La humanidad, estimulada por su venida al mundo, debe dar otro paso hacia adelante. Su perfeccionamiento moral debe iniciar una nueva etapa. “Fué dicho a vuestros padres... pero Yo digo ahora a vosotros.” En lo que ordena Jesucristo para perfeccionar la ley está claramente expresada la gradación. La ley antigua condenaba el hecho; la Nueva condena, además de la obra, el pensamiento, el deseo y la palabra.

Sólo de esta manera la ley es perfecta. El repudio de todo aquello que predispone a quebrantarla, debe ser integral.

La ley que sólo condena el hecho consumado es imperfecta. El hecho es el término lógico de un proceso. Este proceso tiene su iniciación en el pensamiento; el pensamiento engendra el deseo y el deseo provoca el acto. Es ilógico prohibir el acto permitiendo el pensamiento y el deseo. Las tres etapas se suceden por un encadenamiento fatal. Por eso, cuando el cris-

tiano se arrepiente de haber obrado mal, la Iglesia le hace decir golpeándose el pecho: "Confieso haber pecado con el pensamiento, el deseo, la palabra y la obra": *quia peccavi mimis, cogitatione, verbo et opere.*

La ley humana es impotente para prohibir y reprimir el pensamiento y el deseo, porque no los alcanza y porque carece de sanción. He ahí la superioridad infinita de la ley divina que llega al alma y que tiene el poder de intimar a la conciencia, matando en germen el mal que tiene en ella su principio.

La tragedia en la cual se están destrozando las entrañas de la humanidad, está concluyendo a la vez con los ídolos que guardaba en ellas. Los dioses que adoró y la sedujeron con su brillo efímero llevándola por sendas tan equivocadas, quedarán pulverizados, serán quemados. Uno de éstos ha de ser, sin duda, el liberalismo ilimitado que pareció la panacea del siglo pasado y de principios del presente. Si hay libertad para pensar y desear y expresar el mal, no se comprende por qué no ha de haberla para ejecutarlo. Y entonces todo queda reducido a una cuestión de oportunidad y de fuerza para traducirlo en hecho. Pero el hecho no implica el derecho. El liberalismo ilimitado no es libertad, es licencia. La libertad, para que pueda subsistir, debe tener sus límites y sus normas, como los tiene todo, ¡hasta la vida! Y a este respecto no sé cuáles son las naciones del mundo que puedan considerarse exentas de pecado.



La Nueva Ley perfeccionada por Jesucristo para los cristianos contiene en su espíritu y en su letra un segundo alcance, cuya actualización es sorprendente. Dice Jesucristo: Debe ser condenado el que atropella, el que mata; pero también el que guarda rencor y el que lo manifiesta. En conse-

cuencia, el rencor, el odio, la pasión de la venganza están condenados por la ley divina de Jesucristo.

Pero entonces: ¿constituye una transgresión en contra del Cristianismo el rencor en contra de aquellos que pretenden oprimir y aun destruir el Cristianismo? ¡Sí! Se puede y se debe odiar el mal, pero no se puede ni se debe odiar a los hombres. El mal del siglo está en que se odia tanto el mal cuanto a los hombres. En épocas de grandes exaltaciones, como es la nuestra, es fácil que se produzcan reacciones excesivas y es muy conforme a las pasiones que las engendran, buscar razones que las justifiquen. Hasta llegan a persuadirse de que complacen a Dios. Se obsesionan las gentes de tal manera, que llegan a considerarse tanto más cristianos cuanto se sienten y se manifiestan más rencorosos y más exaltados. Les parece que así defienden mejor la causa del Cristianismo y que los que no cultivan y demuestran esas pasiones, deben ser tenidos como tráfugas o como cómplices. Es ésta una de las más funestas deformaciones de la conciencia. El rencor no ha sido ni será jamás para el Cristianismo un arma ni de combate ni de defensa. El Cristianismo no se defiende odiando, sino perdonando; no se defiende blasfemando, sino rezando; no se defiende matando, sino muriendo. La ley del Tali3n: *ojo por ojo y diente por diente*, ha sido descalificada y excomulgada por Jesucristo. l dijo: "Si no ams sino a los que os aman, en qu os distingus de los paganos? Si bendecs a los que os hacen bien, en qu os diferencis de los gentiles? Amad a vuestros adversarios, perdonad a los que os odian, bendecid a los que os matan." Cuando me prendieron a M para eliminarme y cuando me mataron, mi venganza consisti3 en pedir al Padre perd3n para los que asesinaban al autor del Cristianismo; y esta actitud fu la que hizo que triunfara el Cristianismo. Cuando pretendemos defenderlo con venganzas, injurias y rencores, precipitamos su derrota; porque nos manifestamos ya

vacíos del espíritu del cristiano. Los enemigos contra quienes pretendemos reaccionar porque arrasan el Cristianismo, podrían contestarnos: —No es exacto, ¡nosotros no encontramos cristianos!

Por otra parte, el empleo de semejantes armas, además de ser estéril y contraproducente, resulta siempre en menoscabo de la única arma con que podríamos triunfar: la de la oración. Las almas saturadas de odio no pueden rezar con eficacia. Lo dice Jesucristo en el Evangelio de hoy: “Si cuando te postras ante el altar de Dios con el propósito de presentarle tus súplicas y tus ofrendas, te acuerdas de que alguno de tus hermanos tiene algo contra ti, levántate, aléjate, ve a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a prosternarte ante tu Dios.” ¡Qué admirable! Es el mismo Dios quien establece que antes que el culto a Dios está la reconciliación entre los hombres. Sin ésta, el culto a Dios deja de serlo, porque le resulta inaceptable.

Yo comprendo que esta doctrina es austera, es difícil, es heroica; pero es la única que es auténtica y que lleva aparejada la fuerza moral denominada “la gracia”, necesaria para practicarla.

Es necesario reflexionar. No aludo a bandos determinados; no pongo en discusión las simpatías personales, ni tampoco las censuro; pero debo advertir a quienes las cultivan odiando, que nos crean una atmósfera que se nos está volviendo irrespirable y nos está denunciando como exponentes de una civilización anticristiana.

Estoy convencido de que muchos de los que me oyen han de replicar que estoy predicando la indiferencia. No. Es absolutamente imposible permanecer indiferentes. Para permanecer indiferentes habría que colocarse al margen de la humanidad. A todos cuantos se sintieron tentados de hacer ese cargo, les pido que piensen en el hombre más interesado en la suerte

del Cristianismo que hay en el mundo. Ese hombre, ya lo sabéis, es el Vicario de Cristo, aquel a quien Jesucristo ha encomendado la suerte de su doctrina y de su moral. Y bien: ¿se ha descubierto en su alma, algún rencor? ¿se le ha notado algunas intemperancias? ¿ha prorrumpido en algunos insultos?

16/6/40.

* * *

La ley humana no va más allá de los actos externos. Por eso ella puede y debe castigarlos, pero carece de eficacia para prevenirlos. Los actos externos son una consecuencia de los internos, es decir, del pensamiento y del deseo. Primero se piensa, luego se desea y después se ejecuta. El acto es el fruto, el pensamiento y el deseo son la raíz. El acto es la consecuencia, el pensamiento es el principio. Son estas verdades tan elementales e inconcusas, que hasta los niños, para evadir toda responsabilidad, dicen: lo hice sin pensar.

De lo que acabo de decir procede esta lógica deducción: Sólo la ley divina puede reprimir los pensamientos* y los deseos del hombre, porque sólo Dios tiene sobre ellos la necesaria jurisdicción. He ahí la razón teológica y aun filosófica de la eficacia única de la moral religiosa. Tomen nota de esta verdad pedagógica los partidarios del laicismo en la formación de la niñez y de la juventud. Sólo la moral religiosa actúa sobre la conciencia íntima del hombre, obligándolo a reconcentrarse y a arrepentirse no sólo de los hechos delictuosos, sino también de los pensamientos y de las palabras.

Siempre ha habido malas acciones, siempre ha habido pecados y crímenes en el mundo. Pero en épocas pasadas, cuando la fe era viva, se daba el arrepentimiento hasta de los pensamientos y los deseos. Hoy no; hoy se cometen excesos con impudicia y hasta se alardea del mal.

Desde este punto de vista la imperfección de la ley huma-

na es tan evidente que los hombres sin fe han pretendido disimular su falla, proclamando como una soberana conquista la libertad del pensamiento. Y es claro, no hay poder en el mundo, ni el de la ley ni el de la fuerza, que sea capaz de esclavizar el pensamiento. La ley y la fuerza pueden a lo sumo reprimir la expresión del pensamiento, pero jamás el pensamiento mismo.

Pero es bueno recordar que los primeros héroes de la libertad del pensamiento fueron los mártires cristianos, frente a las amenazas de los césares prepotentes. Desde este punto de vista y con relación a los avances de los poderes de la tierra, no hay ninguna doctrina que haya defendido y defiende con mayor vehemencia la libertad del pensamiento como la doctrina católica. El libre albedrío es tan antiguo como el alma humana. Dios, al crear el alma humana, creó en la tierra la libertad. El alma es espíritu, y la esencia del espíritu es la libertad. *Ubi spiritus, ibi libertas*, "donde está el espíritu, está la libertad." El materialismo, que es la negación del espíritu, es por definición liberticida. La materia no es, no puede ser libre. El que más se independiza de la materia es el más libre de los hombres.

Esa libertad esencial, que es alma del espíritu, fué proclamada por Dios en la alborada de la creación. En el capítulo IV del Génesis, Dios amonestó a Caín y, en la persona de Caín, a todos cuantos se sienten tentados de abusar de la libertad en contra de sus hermanos. Dios conocía los pensamientos de envidia y los deseos de suprimirlo que alimentaba Caín contra su hermano Abel. Y dijo a Caín: ¿Por qué sientes esos pensamientos y esos deseos? ¿Por qué andas obsesionado y taciturno? ¿Acaso no sabes que si obras bien serás premiado, y si procedes mal serás castigado? El apetito de pecar, por obsesionante que sea, está sujeto a ti y tú tienes el poder de dominarlo. ¡Eres libre! He aquí la primera página que se escribió

en el mundo para proclamar la libertad; página escrita por Dios en el Génesis. La Carta Magna, la Constitución de la libertad humana. Y Dios la ha puesto bajo la custodia de la Iglesia. La Iglesia tiene la misión divina de ser la guardiana y la defensora de la libertad. El primero de los derechos naturales otorgados por Dios es el de la vida. El segundo, el de la libertad. Y, por fortuna, somos muchos los hombres que preferimos perder la vida antes que la libertad. ¿Acaso sin libertad vale la pena de ser vivida, la vida? He ahí por qué la Iglesia, en esta hora del mundo que parece la del imperio de la materia, por serlo de la fuerza, se ha erguido como adalid de la libertad.

* * *

Pero, eso sí, no confundamos libertad con licencia, y tengamos presente que, con relación a su ejercicio, no es lo mismo uso que abuso. El abuso de la libertad es liberticida: porque fatalmente provoca la represión y engendra la tiranía. Por eso la libertad, para no extralimitarse, para no degenerar, para no suicidarse, debe tener presente que no es discrecional. El hombre es libre, pero no con libertad absoluta. Fuera de Dios, no existe lo absoluto. El hombre es libre, pero no independiente. Depende de Dios, de quien ha recibido el atributo de la libertad y no debe ejercerla sino conforme a las normas de Dios. Cuando se sale de esas normas, se acaba por perder la libertad, como cuando se violan las reglas para la conservación de la vida, se pierde la vida.

27/6/42.

INDICES

SUMARIO

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

El adviento, preparación al advenimiento de Jesucristo y comienzo del año litúrgico. — Apocalipsis. — Juicio Universal. — Juicio individual. — Premios y Castigos. — Destrucción de Jerusalén. — Fin del Mundo. — Martirio de San Andrés. — Perennidad de la Cruz 15

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Preguntas a Jesús de los discípulos de Juan. — La persecución de los poderosos. — Deberes de los Pastores de almas. — El ejemplo del Bautista. — Jesús vuelve por su honor. — Modelo de amistad. — Los milagros como demostración de la divinidad de Jesucristo. — El Cristianismo: revolución social y civil que devuelve a los pobres los derechos de que habían sido despojados 25

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Los sacerdotes preguntan a San Juan Bautista si es el Cristo. — El Judaísmo, antigua religión verdadera. — Los levitas. — El Sanhedrín, consejo superior. — Los Fariseos. — Sus preguntas capciosas. — La Iglesia sucesora de la Sinagoga. — La Iglesia no es instrumento temporal. — Los Papas, depositarios auténticos y supremos de la autoridad religiosa. — La autoridad. — Autoridad y sociedad. — Necesidad de la autoridad religiosa. — La autoridad y la libertad 35

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

Institución del Bautismo. — Advenimiento de la Redención. — Preparando el camino del Señor. — A corregir la desmoralización, la presunción, el logrerismo. — Ausencia de la buena voluntad. — El profeta Isaías. — La Paz de Jesucristo 45

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

Jesucristo anunciado como blanco de contradicción. — Verdadero Dios y Verdadero Hombre. — Vida y rechazo del Cristianismo. — Hostilidad a Cristo. — Seducción de la inteligencia, de la libertad, de la economía, de la moda, de las costumbres. — Neopaganismo. — Racionalismo. — Denuncias del Pontífice. — Necesidad de un Nuevo Orden. — Los cinco puntos del Papa. 55

DOMINGO DE RESURRECCION

La Resurrección de Cristo garantía de supervivencia del Cristianismo. — Sus Vicarios, pilotos de tormenta, en las encrucijadas guerreras. — Advertencias y exhortaciones de los Pontífices antes y durante las dos conflagraciones. — Los hombres no quieren las guerras pero las hacen. — Las prácticas cristianas como única solución para la verdadera Paz 69

PRIMER DOMINGO DESPUES DE PASCUA

Institución del Sacramento de la Penitencia. — Credulidad del apóstol Tomás. — La angustia contemporánea. — La Paz de los Espíritus. — La Paz en la Liturgia. — Conspiración contra la Paz. — La guerra es mala. — La guerra política. — La guerra social. — La Paz por la justicia. — La Paz por el cumplimiento del Decálogo. — El saludo cristiano: *Pax vobis* 75

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

El Buen Pastor. — Bondad del hombre para con el hombre. — La misión del sacerdote. — La oración de los niños. — La crisis de la bondad: el egoísmo. — Muestras de bondad: la elevación material y moral del pueblo. — La bondad como instrumento de la verdad. — La crisis de la verdad. — El odio no es lícito. 101

TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA

Despedida de Jesucristo el Jueves Santo. — Anuncio de los sufrimientos. — El sufrimiento, engendro del pecado. — El pecado, abuso de la libertad. — Fecundidad del dolor. — El Calvario, símbolo de la humanidad. — Pequeñez del hombre ante el misterio de la vida y de la muerte, ante el misterio del universo físico y del universo moral. — Absurdo para los incrédulos, misterio para los cristianos. — Apertura por Jesucristo del libro de los misterios con sus promesas. — La vida sobrenatural 121

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

Jesucristo anuncia la venida del Espíritu Santo. — El mundo peca contra la justicia. — El derecho natural. — El derecho antes y después de Cristo. — Unidad de las razas en Cristo. — El derecho a la vida, al trabajo, a la honra. — Derechos y deberes. — El contrato social y el Evangelio. — Justicia divina y justicia humana. — Justicia distributiva. — Justicia conmutativa. — Justicia vindicativa. — Justicia social 141

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

El Evangelio de la Oración. — Las manos en la plegaria. — La genuflexión. — El humanismo. — El siglo de las luces. — Orgullo y fracaso del humanismo. — El Pontífice, maestro y padre. — Infalibilidad del Papa 165

DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION

Los apóstoles, testimonios de Jesucristo. — Cristianos nominales y cristianos prácticos. — Los misioneros de la Fe. — La imitación de Jesucristo. — El "*respeto humano*". — La civilización actual sólo es cristiana de apellido. — Falsamiento del cristianismo. — Los apóstoles, testimonios virtuosos, reflexivos y fehacientes de Jesucristo 175

DOMINGO DE PENTECOSTES

Fiesta del Espíritu Santo. — Nacimiento de la Iglesia Católica. — El Espíritu, fuerza de la Iglesia. — El amor, motor y fuego de la inteligencia. — La Actividad del Espíritu de Dios se condiciona a la libertad del hombre. — La violencia, abuso de la fuerza. — La fuerza moral: el Vaticano — El hombre: espíritu y materia. — Interdependencia de ambos elementos. — Las lenguas de fuego sobre los Apóstoles. — La lengua, órgano de la palabra. — La torre de Babel. — Confusionismo actual. — Necesidad de un mismo lenguaje: el cristianismo 191

**FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD Y
PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES**

Instrucción a los Apóstoles para bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. — Himno de la Creación. — Inteligencia y Fe. — Misericordia. — Divinidad de Jesucristo. — Constitución de la Santísima Trinidad. — Apostasía del mundo cristiano. — Retorno a Dios 211

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Los que resisten la invitación al Reino de los Cielos. — Los que temen el renunciamiento que impone el Cristianismo. — Concupiscencia. — Elogio de la pobreza. — Ejemplo de Jesucristo. — Pobres ambiciosos y ricos modestos. — El fin de un régimen. — Mundo, demonio y carne. — La Comunión de los Santos. — El banquete de la Eucaristía. — La ambición de los hombres. — La abnegación contra el sensualismo 223

TERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Murmuración de los Fariseos. — Búsqueda de las ovejas extraviadas. — La conversión de los pecadores. — El retorno de los trabajadores a Cristo. — La Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo. — El repudio de los privilegiados. — Soberbia. — La virtud como camino a la dicha. — Sólo es cristiano quien es humano. — El Cristianismo, prolongación en el tiempo de la virtud de Jesucristo. — Defensa de los judíos, defensa del Cristianismo. — El Evangelio: respuesta adecuada a cada una de las angustias del alma 241

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La Pesca milagrosa. — Pescadores de hombres. — Concepto del trabajo. — El derecho al trabajo. — De la esclavitud al Cristianismo. — La violación actual de los derechos de los trabajadores. — El llamado de la vocación. — Fracaso de la Ciencia y del Trabajo sin Dios. — La Viña del Señor. — "¡Mar adentro!" — La persecución a los Judíos. — El retorno de Israel a Cristo 257

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El Amor a Dios exige el amor al prójimo. — Escribas y Fariseos. — La Ley. — El respeto de su letra. — La violación de su espíritu. — La moral religiosa: su actuación sobre la conciencia. — Limitación de la ley humana. — Los mártires: primeros héroes de la libertad de pensamiento. — La Libertad: segundo de los derechos naturales. — La libertad no es licencia 275

INDICE ANALITICO

A

ABATIMIENTO	48
ABSOLUCION	75
ABSURDO Y MISTERIO ...	217
ADVIENTO	15
AGUSTIN, San	88
AMBICION	239
AMISTAD	30
AMOR A DIOS	
<i>Comprende el amor al pró-</i>	
<i>jimo</i>	278
AMOR DE CRISTO	209
ANA	55, 62
ANÁS	45
ANDRÉS, San	22
AÑO LITURGICO	15
APOCALIPSIS	21, 136
APOSTOLES	
<i>Iluminación de los</i>	203
ATEISMO	263
AUTORIDAD RELIGIOSA	
<i>Necesidad de la</i>	41
AUTORIDAD Y LIBERTAD	41
AUTORIDAD Y SOCIEDAD	41

B

BABEL	
<i>Torre de</i>	208
BAUTISMO	45, 211
BAUTISTA, San Juan .	25, 35, 45
BENEDICTO XV	70, 87, 90
BETANIA	35
BONDAD	102
BOSSUET	1111
BUEN PASTOR	101, 107

C

CAIDA DEL HOMBRE	131
CALVARIO	
<i>Símbolo de la humanidad .</i>	130
CASTIGO	18
CATOLICISMO	
<i>Moda del</i>	88

CIVILIZACION

<i>Decadencia de la</i>	227
CLASES, lucha de	88
COMUNION DE LOS SAN-	
TOS	269
CONCUPISCENCIA	224
CONFESION	75
CONTRATO SOCIAL .	151, 160
CONVERSION	241
CRISTIANISMO	
<i>Desplazamiento del</i>	57
<i>Falseamiento del</i>	182
<i>Prolongación en el tiempo</i>	
<i>de la virtud de Jesucristo</i>	250
<i>Teórico</i>	223
CRISTIANOS	
<i>Nominales</i>	175, 183
<i>Prácticos</i>	177, 223
<i>Primeros</i>	230
CRUZ	22, 23

CH

CHARLES, Padre Pierre	196
----------------------------	-----

D

DEBERES Y DERECHOS ...	151
DECALOGO	
<i>Su cumplimiento para la</i>	
<i>conquista de la Paz</i>	97
DEMONIO	191
DERECHO	
<i>Antes y Después de J. C. .</i>	148
<i>Natural</i>	147, 157
<i>Objetivo</i>	156
<i>Subjetivo</i>	156
DERECHOS DEL HOMBRE	160
DESMORALIZACION ..	48, 265
DIOS	
<i>Jesucristo es</i>	211
DISCORDIA	
<i>De la familia argentina</i>	92
DIVINIDAD DE JESUCRISTO	211

DOCTRINA

*Necesidad de exponerla con
valentía y claridad* 235

DOLOR

Fuente de grandeza moral . 77

Permitido por Dios 132

Redención por el 121

DUDA 77

E

EGOISMO III, 236

EGOLATRIA 236

ELIAS 35

ESCLAVITUD 260

ESCRIBAS 275

ESPIRITU SANTO 141, 175

Anuncio de su venida 141

Fiesta del 191

Influencia del 206

Soplo del 75

Vigorizador del alma 195

ESPIRITU Y MATERIA ... 205

EUCARISTIA 118, 230, 236

EVANGELIO

Enseñanza del 211

F

FARISEOS 36, 275

FE

De los apóstoles 165

FECUNDIDAD DEL

ESFUERZO 268

FIN DEL MUNDO .. 15, 19, 20

FUERZA

*No es en sí condenada por
el Cristianismo* 202

*Su ineficacia para las con-
quistas de la Iglesia* 193

FUERZAS MORALES

Decadencia de las 201

G

GOBIERNOS

Desorientación de los 138

GUERRA 70

Preparativos para la 86

Maldad de la 82

Social 88

H

HERODES 45

HIJO DEL HOMBRE 148

HONRA, Derecho a la 158

HUMANISMO 170

HUMILDAD 240

I

IDEOLOGIAS, Extrañas 235

IGLESIA

*Es prescindente en política
partidista* 84

*Guardiana y defensora de
la libertad* 285

Nacimiento de la 192, 201

No es instrumento temporal 37

Reemplazo de la Sinagoga . 38

IMITACION DE JESUCRIS-
TO 179

INFALIBILIDAD 211

INJUSTICIA 150

Proviene del hombre 127

ISAIAS, Profecías de, 28, 35, 45, 52

J

JERUSALEN

Destrucción de 19

JESUCRISTO

Blanco de contradicción . 55, 67

Divinidad de 62

Dar testimonio de 179

Hijo de Dios 121

Propósitos de 76

Resurrección de 96

JUAN, San

Apocalipsis de 136

JUAN BAUTISTA, San, 25, 35 45

Preguntas a 35

Preguntas a Jesús 25

JUAN CRISOSTOMO, San . 278

JUDAISMO 270

Religión del 36

JUDIOS

Persecución a los 253, 270

Su retorno a Jesucristo ... 272

JUICIO

Individual 17

Universal 15

JUSTICIA	93,	116
<i>Conmutativa</i>		154
<i>De Dios</i>		211
<i>Distributiva</i>		153
<i>Divina</i>		163
<i>Humana</i>		163
<i>La Paz por la</i>	89,	90
<i>Reinado de la</i>		73
<i>Social</i>		154
<i>Vindicativa</i>		154

L

LACORDAIRE	99,	108
LEON XIII	87,	237
LEVITAS		36
LEY		
<i>Divina y Humana</i>		281
LIBERALISMO	98,	280
LIBERTAD		42
<i>Segundo de los derechos naturales</i>		285
<i>Dios creador de la</i>		138
<i>y Autoridad</i>		41
LUCES		
<i>Del Mundo</i>		171
<i>Siglo de las</i>		171

M

MAGDALENA		117
MANOS		
<i>El lenguaje de las</i>		166
MANSEDUMBRE		
<i>No es indiferencia</i>		283
MARTIRES		
<i>Testimonios virtuoso, reflexivos y fehacientes</i>		186
MASAS		
<i>Apostasia de las</i>		273
MATEO, San		117
MAURRAS, Charles		228
MEJORAMIENTO DEL PUEBLO		73
MILAGROS		31
MISERICORDIA		215
MISIONEROS DE LA FE		79
MISTERIO Y ABSURDO		
<i>Frente a la razón</i>	131,	217

MORAL RELIGIOSA		
<i>Su actuación sobre la conciencia</i>		283
MUNDO		141
<i>Demonio y Carne</i>		237
<i>Destrucción del</i>		20
MURMURACION		211

N

NUEVO ORDEN		58
-------------------	--	----

O

OBEDIENCIA		
<i>De Jesucristo</i>		191
ODIO		
<i>No es Cristiano</i>		281
<i>No es licito</i>		120
OPTIMISMO		274
ORACION		
<i>De los niños</i>		110
<i>Recomendada por Jesucristo</i>		165
ORDENACION SACERDOTAL		199

P

PABLO, San 42, 95, 120, 149, 235, 253,		258
PACIFICACION		73
PAPA		
<i>Depositario auténtico y supremo de la autoridad religiosa</i>		38
<i>Palabras del</i>		82
<i>Infalibilidad del</i>		172
PARABOLA		
<i>De los arrepentidos</i>		241
PASCAL	187,	202,
		204
PASTORES DE ALMAS		
<i>Deberes de los</i>		27
PAZ		69
<i>De Jesucristo</i>		53
<i>De Jesús a los Apóstoles</i> ..		91
<i>En la familia Argentina</i> ..		92
<i>En la Justicia</i>	89,	90
<i>En la Liturgia</i>		82
<i>Espiritual</i>		80

<i>Por el cumplimiento del Decálogo</i>	97		
<i>Por los Sacramentos</i>	94		
<i>Puntos para la</i>	60, 70		
PECADO	258		
PECADO ORIGINAL	131		
PECADORES ARREPENTIDOS	241		
PECADOS			
<i>Perdón de los</i>	75		
PEDRO			
<i>Negación de</i>	117		
PENITENCIA			
<i>Camino a la Gloria</i>	124		
<i>Institución del sacramento de la</i>	75		
PERDON	216		
PERMISION DE DIOS	131		
PERSECUCION			
<i>De los poderosos</i>	26		
PESCA MILAGROSA	257		
PESCADORES DE HOMBRES	257		
PESIMISMO	264		
PILATOS, Poncio	45		
PIO X	254		
PIO XI	87, 246		
PIO XII, 18, 39, 51, 58, 59, 73, 90, 91	221		
POBRES			
<i>Restitución de sus derechos por el Cristianismo</i>	32		
POBREZA			
<i>Enaltecida por Jesucristo</i> ..	227		
PODEROSOS			
<i>Persecución de los</i>	26		
PRESUNCION	48, 252		
PROLETARIADO			
<i>Necesidad de su evangelización</i>	240		
<i>Su dignificación por el Evangelio</i>	261		
<i>Su retorno a Cristo</i>	273		
PROVIDENCIA	126		
PUBLICANOS, Fariseos y Escribas	241		
PUEBLO			
<i>Elevación del</i>	73, 115		
		R	
		RACIONALISMO	61
		RAZAS	
		<i>Unidad de las, en Jesucristo</i>	148
		REDENCION	46, 116
		RELIGION JUDIA	36
		RESPETO HUMANO	180
		RESURRECCION	69
		RODILLAS, Posición de	168
		<i>Su símbolo</i>	169
		S	
		SACERDOTE	
		<i>Misión del</i>	107
		SALOMON	90
		SANCION FINAL	17
		SANHEDRIN	36
		SAN MARTIN, José de	271
		SEDUCCION	57
		SIGLO DE LAS LUCES	171
		SIMEON	55, 62
		SOBERBIA	248
		SUFRIMIENTO	
		<i>Fecundidad del</i>	121
		<i>Fuente de grandeza moral.</i>	129
		<i>Permisi3n Divina</i>	132
		T	
		TERESITA, Santa	268
		TERTULIANO	58, 186
		TESTIMONIO DE JESUCRISTO	180
		TIBERIO CESAR	45
		TOBIAS	264
		TOMAS, Discípulo	75
		TRABAJADORES	
		<i>Su retorno a Cristo</i>	246
		TRABAJO	
		<i>Concepto del</i>	257
		<i>Derecho al</i>	158, 259
		<i>Ley del</i>	262
		<i>No es una mercancía</i>	259
		TRINIDAD ..	116, 191, 211, 214

U

UNIVERSO	
<i>Físico, misterio del</i>	134
<i>Moral, misterio del</i>	135
UTILES	
<i>Todos pueden serlo</i>	266

V

VERDAD	
<i>Crisis de la</i>	118

VIDA

<i>Derecho a la</i>	157
<i>Misterio de la</i>	131

VIOLENCIA

<i>O abuso de la fuerza</i>	202
-----------------------------------	-----

VOCACIONES	263
------------------	-----

W

WELLS	70
-------------	----

EDICIONES DE DIFUSION

CARLOS DE FOUCAULD, por R. Bazin.

La vida de este personaje de leyenda, que es Carlos de Foucauld, ha sido trazada con precisión y fidelidad admirable por un escritor de la proverbial maestría de R. Bazin. Su relato, ameno y enjundioso a la vez, nos revela las diversas alternativas de su existencia, que iniciada en las tinieblas del error, es iluminada de improviso por la Gracia, convirtiéndose así en esforzado y magnífico apóstol de la Verdad, llegando por ella a rendir el tributo máximo de su propia vida. Formidable transformación que no se produce bruscamente, sino que es consecuencia de sucesivas transiciones no exentas de luchas interiores que lo convierten de pésimo soldado, poco menos que expulsado del ejército francés, en abnegado ermitaño en el Sahara.

400 páginas. - Precio del ejemplar \$ 3.50

CHESTERTON, por Tonquedec.

La personalidad de G. K. Chesterton, es fuente inagotable de preciosas sugerencias y enseñanzas, que no por estar revestidas de un ropaje risueño y jovial, carecen de la hondura de las verdades inconcusas. Le ha bastado a Tonquedec, bucear en las páginas del genial escritor inglés, recogiendo en ellas "su pensamiento vivo", por decirlo así, para ofrecer un libro de extraordinario interés, que despierta en el lector el deseo de conocer la obra de este escritor contemporáneo. Metódicamente enfocada esta obra por Tonquedec, *Chesterton* es una prieta y jugosa síntesis de lo mucho bueno que tal conocimiento depara.

150 páginas. - Precio del ejemplar \$ 1.25

MEDITACIONES SOBRE EL EVANGELIO

Por *JACOBO BENIGNO BOSSUET*.

Esta obra fué compuesta en 1695 y una copia manuscrita enviada por su autor a las religiosas de la Visitación de su Diócesis. Recién en 1731, el obispo de Troyes, sobrino de Bossuet, hizo imprimir estas meditaciones, acompañándolas con una pastoral en la que exhorta y encarga a los fieles que las lean.

Bossuet da principio a las Meditaciones por el sermón que hizo en el Monte nuestro Salvador Jesucristo a sus apóstoles y al gentío que le seguía, y las acaba por las últimas instrucciones que el Divino Maestro dió a sus discípulos antes de padecer la afrentosa muerte de la cruz.

Las meditaciones siguientes son sobre las verdades contenidas en el discurso o sermón que hizo Jesucristo a sus discípulos en los últimos días de su vida, que llama Bossuet, la última semana del Salvador.

480 páginas. - Precio del ejemplar \$ 3.-

PRINCIPIOS BASICOS PARA UN ORDEN INTERNACIONAL

por G. GONELLA

De este libro ha dicho el Arzobispo de Cuyo, Monseñor Rodríguez y Olmos:

Es el libro que la humanidad necesita en esta hora de tinieblas. Es un canto de amor resonando en medio de la tempestad de odios. Su lectura parece el contacto de una mano amiga que se esforzara por despertar al que duerme agitado por una horrorosa pesadilla de sangrientas hecatombes. Su fuente no es otra que la purísima fuente del Evangelio, de donde el Papa extrajo sus quince puntos para la paz, y que el Prof. Gonella desenvuelve en sus múltiples alcances internacionales, con un espíritu genuinamente evangélico y sutilmente jurídico. Por eso sus afirmaciones tienen la misma fascinación de la belleza y la

verdad. Y por eso también producen el mismo desconcierto que la palabra del Maestro cuando aplica la segur a la raíz de nuestro egoísmo o a las exasperaciones de nuestro orgullo. El Prof. Gonella dice lo que el Papa y el Papa lo que Cristo: Amad a vuestros enemigos, hombres o pueblos. Vosotros todos sois hermanos, individuos o naciones. Será preciso que este libro llegue a todas partes, que esté en todas las manos, hasta que avasalle a todas las mentes y someta a todos los corazones.

MONS. AUDINO RODRÍGUEZ
Y OLMOS.

**Los Quince Puntos
para la Paz, del
Papa Pío XII**

Un volumen
de 360 pág.

\$ 4.-

OTRAS OBRAS

DE EDITORIAL DIFUSION, S. A.

OBRAS ESCOGIDAS DE JUAN DONOSO CORTÉS	„	4.—
LACORDAIRE, <i>P. Chocarne</i>	„	3.—
EL PROTESTANTISMO ANTE LA BIBLIA, <i>P. Remigio de Papiol</i>	„	3.—
EL EVANGELIO DEL POBRE, <i>Mos. Baunard</i>	„	3.80
MEDITACIONES SOBRE EL EVANGELIO, <i>Abate Bos-suet</i>	„	3.—
EL SIGLO, <i>E. Hello</i>	„	2.50
LAS EDADES DEL HOMBRE, <i>T. de Athayde</i>	„	2.50
SANTO TOMÁS DE AQUINO, <i>F. J. Thonnard</i>	„	1.25
EL CURA DE ARS, <i>Henri Gheon</i>	„	1.25
DISCURSOS DE J. M. ESTRADA	„	1.50
ALBERTO DE MUN, <i>R. Garric</i>	„	1.25
MAGNIFICAT, <i>R. Bazin</i>	„	1.45
LA GRAN AMIGA, <i>P. L'Ermite</i>	„	1.45
MANUAL DEL SINDICALISMO OBRERO CATÓLICO, <i>A. Torres</i>	„	0.95
EL NUEVO ORDEN, <i>L. J. Actis</i>	„	0.30
LA LUZ DE LA MONTAÑA, <i>R. Claude</i>	„	0.60
CUERPO MÍSTICO DE CRISTO, Y LA ACCIÓN CATÓLI- CA, <i>P. Tronc</i>	„	0.60
LA EUCARISTÍA, <i>Mons. Bougaud</i>	„	0.60
PEDRO GOYENA, <i>Rasgos biográficos</i>	„	0.60
HACIA LA VIDA FELIZ, <i>Mons. Lalieu</i>	§	0.40
CARTAS DE UN CURA DE ARRABAL A SU BUENA GEN- TE, <i>P. Elizalde</i>	„	0.30
LOS QUE NO CREEN, <i>G. Hoornaert</i>	„	0.20
“MIT BRENNENDER SORGE”, (<i>encíclica contra el totalitarismo pagano</i>)	„	0.10
“DIVINI REDEMPTORIS”, (<i>encíclica contra el co- munismo ateo</i>)	„	0.10

Estos libros se hallan en venta en las buenas librerías y en la

Editorial Difusión

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
"JOSE MANUEL ESTRADA" Soc. de Resp. Ltda.,
Humberto 1° 1050, Buenos Aires, el día
5 de Abril de 1944





Precio \$ 3.50 M./Arg.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentine